

Ángela Martínez

Un
destino
caprichoso

UN DESTINO CAPRICHOSO

Ángela Martínez

Título: Un destino caprichoso
Primera edición: Febrero 2020
© 2020 Ángela Martínez
© Derechos de edición reservados.
Diseño de cubierta: Roma García
Corrección: Luis Solís

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Un destino caprichoso

*«Qué caprichoso es el destino,
que nos pone a prueba retando al amor.
Haciéndolo dudar, lo intenta quebrar.
Sin embargo, cuando es verdadero,
nace directamente del corazón
y se alimenta de almas;
Nada podrá separar esa unión.
Ana FL(Palabra de Pantera)*

© Ángela Martínez

Quiero dedicar esta novela a mis ángeles de la guarda:
Ángel, Miguel, Fina y Mónica,
por protegerme desde el cielo.
A mi madre y a mis hermanos.
A mis sobrinas.
A mi marido y a mis hijas.
Os quiero.

Sinopsis

Diana estudió fisioterapia. Entre las aulas y los pasillos conoció a Iván, quién se convirtió en si gran amigo y en una de las personas más importantes de su vida. La amistad se fortaleció cuando Diana vio truncado de la noche a la mañana, su sueño de ser una gran pianista. Y ahí estuvo Iván para apoyarla, en las buenas y en las malas. Juntos han decidido montar una clínica de masajes y rehabilitación.

Miguel es neurocirujano, y también es un canalla y un seductor que está envuelto en un peligroso lío que no le deja ejercer su profesión hasta que se ponga en claro su dudosa conducta en el pasado. A pesar de todos los problemas, su corazón aún tiene tiempo para quedarse deslumbrado por la belleza natural de Diana. Se ha propuesto conquistarla, pero por única vez en su vida no sabe cómo.

Ángel fue el primer amor de Diana y es hermano de Miguel. Además, tiene en su currículum el haber sido cofundador junto con su padre ya jubilado-de la poderosa multinacional COSMOFARMA. Está a punto de casarse con Isabella, una mujer fría y prepotente, aunque él es consciente de que no está enamorado de ella. Sin embargo, no puede deshacerse del compromiso por un error que él mismo cometió.

¿Qué ocurre cuando el destino decide ser cruelmente caprichoso y los une a todos en un maremágnum de emociones y lamentos? ¿Sucumbirá Diana a los encantos de Miguel? ¿O se dejará arrastrar por el amor que sintió alguna vez por Ángel? Quién sabe y a lo mejor se decide por una persona más valiosa: ella.

AGRADECIMIENTOS

De nuevo tengo mucho que agradecer.

En primer lugar, quiero dar las gracias a la mujer más importante de mi vida: mi madre (Mami Pepi). Gracias por seguir apoyándome en esta segunda novela y estar deseando leerla. Te quiero, infinito y más allá.

A mi marido José A., por su apoyo incondicional y por seguir animándome en todo momento en esta parte de mi vida como en el resto de ella. Gracias por ayudarme a seguir cumpliendo este gran sueño. Dicen que cuando nos enamoramos de una persona a primera vista es porque esa persona fue nuestro amor en otra vida. Eso fue lo que nos pasó a nosotros. El destino nos unió. Te amo, mi vida.

A mis hijas Paula y Marta, por darme ese espacio que he necesitado para escribir y animarme para ello, aunque eso conlleve estar un poco menos con mami. Sois el motor de mi vida. Gracias, preciosas. Os quiero más que a mi vida.

A mis hermanos Amanda y Álex, por confiar siempre en mí en todo lo que me propongo, y a mis sobrinas Claudia y Valeria, por el entusiasmo que ponen cada vez que les cuento algo sobre mi novela. Os quiero a rabiar.

A mis cuñados Alex y Raquel. Os quiero mucho.

A mi queridísimo Iván. ¡Qué te voy a decir! Eres parte de esta novela. Y me ha encantado que pertenezcas a ella. Ojalá pronto alguien descubra el gran talento que tienes cuando coges una aguja e hilo. Estás disponible siempre que te lo pedimos. Eres más que un amigo para todos nosotros. ¡Qué suerte la nuestra de que pertenezcas a nuestras vidas! Eres el mejor. Te queremos mucho.

A Inmaculada Ureña (esteticista) y Noelia Amezcua (peluquera), por arreglarme y ponerme siempre bellísima cuando tengo un evento. Sois unas grandes profesionales.

A Eve Romu, por volver a hacer otra maravilla como ha sido el booktrailer, teaser, y banners de esta mi novela, al igual que con la primera. Sigues siendo una máquina en todo lo que haces. Gracias por hacer que me siga sintiendo tan especial, por tus consejos y esa alegría que me regalas cada vez que hablamos. Te quiero mogollón, amiga.

A Roma García, por esta portada tan espectacular y por, como siempre, seguir teniendo un hueco para mi novela y para mí, aun siguiendo de exámenes. Gracias por buscar lo que te pedía con tanto cariño y amabilidad. Por tu inmensa paciencia, por tu simpatía y las ganas de hacer las cosas bien. Has vuelto a hacer un gran trabajo. Te deseo lo mejor. Te quiero mucho.

A Luis Solís, mi corrector, por querer corregir mi segunda novela. Por la dedicación y el cariño que le has puesto en ello. Gracias por tus consejos porque siempre me ayudan a mejorar en mi carrera como escritora. Y eso es de agradecer. Como profesional vales tu peso en oro y como persona mucho más. Qué suerte haberte encontrado. Gracias por toda tu ayuda y por formar parte de mi vida.

A mi incondicional amiga y lectora cero Eva María Florensa y Xavi (Macho men). La conocí por casualidad al reseñar mi primera novela Un te quiero no es para tanto. Un te amo es para siempre. Ahí empezó nuestra gran amistad. Le di las gracias por la reseña tan bonita que hizo. Sin saber cómo, nos dimos los teléfonos y han sido tantas horas contándonos confidencias, risas... Me has dicho infinidad de veces que Rosa y Roberto (protagonistas de la primera novela) te cambiaron la vida. Pues bien, amiga mía, que sepas que la mía sin ti ya no sería la misma. Gracias por tus lecturas a fondo, por tus «eso no me suena bien». Por tus anotaciones, tus consejos. Cuando te pedí que si querías ser mi lectora cero, te echaste a temblar pensando que no estabas segura de hacerlo bien. ¡Hija de mi vida! ¡Hemos creado un monstruo de la corrección! Seguiría dándote las gracias, pero espero hacerlo muy pronto en persona. Te quiero muchísimo.

A Sylvia Ocaña. También la conocí por casualidad por las redes sociales y, al igual que a Eva, le agradecí su reseña tan bonita. Nos dimos nuestros números de teléfono y acabamos yendo juntas al Encuentro Exlibris en Dos hermanas (Sevilla). Desde entonces, no hemos parado de hablar ni un solo día. Gracias por buscar a mis

musos, por llamarme y preocuparte por mi familia y por mí cuando alguno hemos estado enfermo. No voy a olvidar el día que me dijiste que venías y por fin pudimos conocernos. Adoro a mis «sobrinos» Miguel y Mateo, que me robaron el corazón en el mismo instante que los conocí, al igual que mi Lola. Y qué decir de Miguel. ¡Ay, mi Miguel! Es un hombre maravilloso. Gracias por tanto cariño recibido. Os quiero mucho.

A Mónica Bohórquez, por sus palabras tan lindas que me dedica siempre que hablo con ella. Gracias por querer ayudarme en todo momento. Me alegro de haberte conocido. Espero tenerte siempre conmigo. Eres una bellísima persona y te mereces lo mejor. Te quiero mucho, preciosa.

A Yolanda García. Gran autora y persona que entre juicio y juicio contestaba mis mensajes respondiendo a mis dudas sobre temas jurídicos. Gracias por la paciencia que has tenido a la hora de explicármelo todo para que lo entendiera perfectamente y no metiera la pata. Te quiero mucho, compi.

A María Luisa Ramos. Gracias por aconsejarme al igual que Yolanda. Has sacado tiempo de donde no lo tenías para informarme sobre las cosas que te preguntaba. Eres una gran persona. Te adoro, preciosa.

En esta ocasión, vuelvo a dejar a esta GRAN PERSONA para el final. Qué decir de ella que no haya dicho ya. Mi querida madrina, Carmen (Carmen R. Dona). ¡Bendito Encuentro de Armilla! Tuvimos la suerte de conocernos allí y desde aquel momento no hemos parado de tener contacto. Has hecho que cada día que pasa crezca como autora y como persona. Siempre estás disponible para mí cuando te necesito y me regalas esa sonrisa tan bonita que tienes. Nunca has dejado que me venga abajo y, cuando he estado a punto de hacerlo, has puesto tu brazo para que no lo hiciera. ¡Te debo tanto! Qué suerte la mía haberme cruzado contigo ese día y pedirte que me firmaras a Caroba. El destino quiso que tus libros nos unieran para siempre. Y doy las gracias por ello. Quiero que sepas que, cuando me dijiste si te volvería a pedir ayuda para esta segunda novela, no me lo pensé ni un segundo. Sin ti no hubiera sido capaz de haberlo hecho sola. (Y lo sabes. Ja, ja). Te considero mucho más que mi amiga. Eres mi mentora, editora, consejera, mi hermana mayor, mi correctora. Me encanta cuando me dices, «Quilla, cambia eso» o «Dale una vuelta aquello». Gracias por preocuparte de mí siempre que lo he necesitado y cuando no. Sí, lo sé... las gracias para las monjas. Pero tenía que decírtelo. TE QUIERO MUCHO, MADRINA.

A mis tíos de La Carihuela (Málaga), Pepe (El Ruinas) y Mari Carmen. Y a mis tíos de Asturias, Marisol, Aquilino, Yolanda y Nacho. A mis tíos de Granada Óscar y Silvia. Y a los de Ibi Eva y Paco. Gracias por apoyarme en esta nueva etapa de mi vida. Os adoro.

A mi tío Manuel y Mari Carmen, por vuestro apoyo.

A mis primos de Málaga Rocío, Jorge, Rocío (pequeña), Antonio, Mari Carmen, Daniel y Jesús. Gracias por acompañarme en mis principios como escritora. Os quiero mucho.

A mis primos de Ibi Eva, Miguel Ángel y Nuria. Os quiero.

A mis profes Samuel, Alba y M. Paz, por confiar en mí y comprar mi novela.

A mi Mari Trini Pérez Morales y Jose Miguel (Coviran), gracias por el cariño que me demostráis cada día.

A mis chicas Conchifrit: Inmaculada López, Inmaculada Garrido e Inma Ferro. Sois muy especiales. Gracias por tanto cariño.

A mi querida vecina de El Puntal, Inma Delgado Moya, por leer mi novela con tanto entusiasmo y acosarme para que saque pronto la próxima. Eres maravillosa.

A mis niñas de la Librería Gaudí, María José y Mayte. Gracias por vuestro apoyo.

A Ana FL (Palabra de Pantera), por crear frases tan bonitas como la que has hecho para el principio de mi libro. Eres fantástica.

A mi grupo de WhatsApp las Locas Unidas, por tantos buenos deseos. Somos como los mosqueteros. Una para todas y todas para una. Siempre nos damos ánimos en todo lo que nos ocurre y eso es maravilloso. Hemos creado un grupo mucho más que de amistad, y eso es muy difícil conseguirlo. Aunque con personas como

vosotras, ¿quién diría que no a formar parte de él? Os quiero a reventar: Silvia Ocaña, Carmen RB, Mónica Bohórquez, Eva María Florensa, Carmen González, Gloria Cajas, Charo del río, Ana María Sánchez, Isabel Fraile, María Camús, María Isabel Robaina, Nerea Araujo, Noelia Frutos, Susy Hope, Andrea (Noemí Casco), Nora K. Rose, Susana de la Torre, Yolanda Montiel , Alicia y Fátima Perdiguero.

Y quiero hacer una especial mención a ti, lector o lectora, que has vuelto a confiar en mi nueva novela y darle una oportunidad a esta historia que de nuevo ha sido creada con tanto cariño e ilusión. Gracias por dedicarle tu tiempo.

Finalmente, agradecer a todas las personas que pierden un poquito de su tiempo en dar un «me gusta» o hacer un comentario todos los días en las redes sociales cuando ven algunas de mis publicaciones. Ellas son: Oana Simona, Fanny Mejías, Asun Molina, Javier Piña Cruz, Eliana Campos, Raquel Álvarez Ribagorda, Mercedes Angulo, Pilar Blanco Rayo, Amparo Pastor, Cristina García Fernández, Pilar NM, Antonieta Xinxo Pallerola, Jovir yol Logar, Sandra González, María José Aquino, Eli Mendoza, Vanesa Vázquez Carreira, Ana Di Como, Carmen González, Ale Osuna, Bianca Pértega Maseda, Emi Trigo Llorca, Sonia Martínez Gimeno, Gemma Arco Iza, Adelaida Elisa Gómez, María Teresa De Jesús Piñón Esquivel, Juan Carlos Gabriel Ferreyra, Manoli Ángel, Dori Arévalo Delgado, Mariluz Aquino, Soraya Rodríguez López, Miguel Ángel Fernández (Yeye), Tamara Aragón, Rocío Pérez Rojo, Lidia Páez, Juan Romero de Miguel, Carolina Cobo, Karla Ca, Mercedes Fernández, Eva María Montiel, Cecy pelisari, Rocío Ramos, Lola Bach escritora, Luz FS, Nuria Relaño Torrent, Margaret Florensa, Solezdiaz Hg, Sol Par Cru, Alba Martínez Garvi, Virginia Garvi, Cristy Herrera, Ana Farfán Tejero, Yohana Téllez, Sole Pareja, Paula Permuy, Meme De La Maza, Aradia María Curbelo Vega, María José Estreder y Janis Sandgrouse (escritora), Vanessa López Sarmiento, Marga Romera, Paqui Galera y Beatriz Baena, Rocío Fernández, Rocío Ramos, Patricia Amorós, Estrella Correa, Carmen Alemany, Lux Aeris, Susana Carmona y Merce Botias Novials.

A TODOS ELLOS, GRACIAS DE TODO CORAZÓN.

Índice

[CAPÍTULO UNO](#)
[CAPÍTULO DOS](#)
[CAPÍTULO TRES](#)
[CAPÍTULO CUATRO](#)
[CAPÍTULO CINCO](#)
[CAPÍTULO SEIS](#)
[CAPÍTULO SIETE](#)
[CAPÍTULO OCHO](#)
[CAPÍTULO NUEVE](#)
[CAPÍTULO DIEZ](#)
[CAPÍTULO ONCE](#)
[CAPÍTULO DOCE](#)
[CAPÍTULO TRECE](#)
[CAPÍTULO CATORCE](#)
[CAPÍTULO QUINCE](#)
[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)
[CAPÍTULO DIECISIETE](#)
[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)
[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)
[CAPÍTULO VEINTE](#)
[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)
[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)
[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)
[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)
[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)
[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO UNO



—¡Dios! ¡Llego tarde, llego tarde! —No paro de repetirme mientras conduzco despotricando cuando algo se cruza en mi camino.

Y es que esto de trabajar los fines de semana no lo llevo nada bien. Sobre todo, cuando te lían la noche anterior. Por fin, atisbo la mansión del señor Anselmo López, situada en Marbella. Nada más verla se me viene a la cabeza la imagen de este entrañable señor. Tiene sesenta y cinco años y se ha ganado un huequito en mi corazón. Es un hombre muy atractivo para la edad que tiene. Su pelo es canoso, ojos azules y su cuerpo está todavía de muy buen ver. Es el fundador de la multinacional Cosmofarma. Su hijo mayor es Ángel López, cofundador de la empresa y encargado de esta tras la jubilación de su padre. En unas semanas será el tercer aniversario de la fundación Sandra Robles. Su director es Roberto Martínez. Él mismo la fundó a raíz de la muerte de su mujer a consecuencia de un cáncer de pulmón. Lo celebrarán, como cada año, con una espectacular gala donde se recaudará dinero para la investigación de esta enfermedad. La empresa del señor Anselmo dona grandes cantidades de dinero para la investigación y cura, ya que su mujer también fue una víctima. Por ese mismo motivo, lo nombrarán junto con su hijo, miembros honoríficos de la fundación. Le he cogido mucho cariño a este hombre, ya que lo conozco prácticamente desde que abrí mi propio negocio. Aunque con su hijo Ángel ya nos conocíamos desde que entré al instituto, nunca había coincidido con él en su casa. Siempre anda ocupado con los asuntos de su empresa y no se ha dado la casualidad de vernos.

Llego a mi destino. Entro por la puerta del servicio doméstico saludando a todo el personal que se cruza en mi camino. A Don Anselmo no le gusta que entre por ahí, porque dice que me considera como de la familia, aunque no lo sea. Pero Isabella, la prometida de su hijo y en breve futura señora de la mansión, de nacionalidad italiana e hija de padres millonarios, no quiere verme entrar por la puerta principal, ya que solo soy una simple empleada. Es decir, la masajista de su futuro suegro. Ella llegó hace unas semanas para cerciorarse de que los preparativos de la boda marchen como es debido y que no haya el mínimo fallo. Me tiene una manía increíble. Cree que soy una amenaza, porque piensa que su prometido podría caer de nuevo en mis redes. Es cierto que hubo una época antes de entrar en la universidad donde tuvimos unos besos tontos, algún que otro roce y una apasionada noche de sexo en la fiesta que hicimos como despedida del curso. Para mi desgracia, solo quedó en eso. Unos buenos polvos y se acabó. Al día siguiente, si te he visto no me acuerdo. La cosa es que de esto ya hace unos años, y por más tiempo que haya pasado, no puedo olvidarlo, y según veo, ella también lo tiene muy presente.

Suelo venir todos los sábados de once de la mañana a una de la tarde; tengo que hacerle a Don Anselmo sus masajes y ejercicios correspondientes para que sus piernas estén fuertes. Tiene problemas de circulación y mis tratamientos lo alivian mucho. Desde que abrí mi clínica de rehabilitación no he faltado ni un solo día a esta gran casa. Incluso estando algo indispuesta he venido a cumplir con mi trabajo, y de eso hace ya dos años. ¡Cómo pasa el tiempo! Su hijo Ángel y yo perdimos la posibilidad de reanudar el contacto, al menos por mi parte, cuando cada uno eligió su destino. Y fue este mismo el que nos juntó de nuevo cuando un día se presentó en mi local, de casualidad, y me propuso ir a trabajar una vez por semana a su casa para tratar a su padre. Un poco de dinero extra no me vendría mal, ya que estaba prácticamente empezando y eso me aliviaría un poco las deudas. Y así lo acordamos. Me tocaría trabajar en uno de mis días libres, pero bueno, ¿quién

le decía que no a esos ojos azules? Imposible. Así que me dejé liar y aquí estoy.

—Buenos días, don Anselmo. Siento mucho el retraso. Ha debido de pasar algo en la autovía, porque me he topado con un gran atasco —le digo a modo de disculpa en cuanto entro en la sala habilitada para sus masajes.

—No te disculpes, hija. ¿Y cuántas veces tengo que decirte que me llames Anselmo, a secas? Me haces parecer mayor —replica entre risas.

—Lo que usted diga, Anselmo a secas. —Tengo una sonrisa en los labios. Me mira fijamente y suelta grandes carcajadas a las que no me puedo negar unirme.

En ese momento, la puerta de la habitación se abre de un golpetazo y hace acto de presencia «Maléfica» (así es cómo hemos apodado a su futura nuera).

—*Cos'è tutto questo scandalo?* —pregunta muy molesta por el ruido.

—Disculpe, Isabella; no volverá a ocurrir —me aventuro a decir cuando la muy bruja me contesta en un muy perfecto español.

—Por supuesto que no. Y para usted, soy doña Isabella, futura dueña de esta casa. No lo olvide. —Y sin más, se da la vuelta y se va.

En cuanto la vemos salir de la habitación, Anselmo y yo nos miramos, y veo en su rostro cómo las arrugas de su cara comienzan a moverse. Me apresuro a cerrar la puerta para que no se oiga lo que va a ocurrir. Soltamos tales carcajadas que nos tenemos que tapar la boca con las dos manos para que no se nos escuche.

—Menuda víbora está hecha. Futura dueña de esta casa, no sé cómo se atreve. Será cuando yo me muera —dice Anselmo secándose un par de lágrimas que se le han escapado por la risa—. No sé cómo mi hijo va a casarse con ella.

—Porque se quieren —le respondo algo divertida aún por el momento. Mientras hablamos, voy preparando a mi paciente para sus masajes. Enciendo el reproductor de música y pongo el nocturno de Chopin No. 20; es la preferida de Anselmo y le ayuda a relajarse. Me encanta la música clásica y sobre todo la música para piano. Hace unos años tocaba este instrumento e hice mis pequeños pinitos actuando en algún que otro concierto. Pero esa faceta ya quedó atrás, cuando un día, a punto de salir al escenario, me entró un miedo terrible al ver a tanta gente esperando que comenzara a tocar. A eso se le denomina «miedo escénico», y desde entonces decidí que esa sería mi última actuación. Le di un cambio a mi vida cuando me propuse que debía aprovechar la destreza que tenía en mis manos y me decanté por los masajes. En esto que la estamos escuchando cuando me dice:

—Ella puede que lo quiera, pero sé que mi hijo no puede estar enamorado de semejante arpía. Esa mujer se ha encaprichado de Ángel y él, como es tonto de remate...

—¿Hablabais de mi querido hermano? —Aparece de la nada Miguel, dándome un susto de muerte, el otro hijo de Anselmo y hermano pequeño de Ángel.

—Querido Miguel; eres un sinvergüenza. Podrías haber avisado que venías hoy —le recrimina su padre con una sonrisa de oreja a oreja.

Bajo la música para que Anselmo pueda hablar con su hijo y continúo con mi trabajo.

—Lo siento, papá; ya sabes que me gusta sorprender a la gente que quiero. Y también, me encanta ver la cara que pone mi futura y queridísima cuñada cuando no me espera. —Comienza a reír y termina dándole un beso en la frente a su padre. Cuando acaba de decir esto levanta la vista hacia mí y dice:

—Buenos días, Diana; ¿qué tal estás hoy?

—Muy bien, gracias —respondo algo nerviosa, ya que este hombre causa ese efecto en mí. Es alto, rubio, ojos verdes, y me estoy imaginando cómo deben de ser esos cuadraditos en su abdomen... ¡Ay, por favor!... ¡Está para comérselo! Por un momento, me evado de mi trabajo permitiéndome perderme en ese cuerpo prodigioso.

—Eso ya lo veo —responde sin ningún mínimo de pudor y con una sonrisa ladina.

—Miguel, por favor, deja a mi masajista tranquila —le riñe su padre, pero a este le sigue haciendo

gracia y continúa diciendo...

—¿Cuándo me vas a dejar invitarte a cenar?

¡¿Cómo?! ¿He oído bien? Pero bueno, a descarado no le gana nadie. Siempre que viene me dice lo mismo. ¿Es que este hombre no se cansa de mis negativas? ¿Qué quiere? ¿Jugar? Pues juguemos.

—Cuando quieras y donde quieras —respondo con toda la tranquilidad que mi cuerpo me permite.

Se hace un silencio y de repente... unas risas lo rompen.

—¡Te ha dejado planchado y sin palabras! ¡Eso no te lo esperabas! —le dice exaltado Anselmo a su hijo menor, que se ha quedado mudo al escuchar mi respuesta.

Anda lentamente hacia mí poniéndose tan cerca que, desde donde estoy, puedo sentir cómo su respiración se va acelerando poco a poco, para después decirme:

—Esta misma noche. Te recogeré sobre las nueve. —Ahora la que se ha quedado sin palabras soy yo. Me tiembla todo mi ser, pero no permito que se dé cuenta. «Madre mía, me he metido en un berenjenal», pienso para mí. Seguro que estoy como un tomate, porque voy notando cómo mi cara comienza a subir de temperatura. Aunque seré valiente y seguiré hacia delante.

—Perfecto. Te espero en mi casa —le confirmo muy segura, pero a la vez no muy convencida de lo que acabo de decir.

—Pues, allí te veré. Antes de irte déjame tu dirección y pasaré a recogerte a la hora acordada. Papá, tengo que irme. Te llamo luego.

—¿Ya te vas, hijo? —Su padre está algo extrañado por tanta prisa.

—He quedado para cenar con una preciosidad y no quiero que falle nada esta noche. —Según está diciéndole esto, clava su mirada en mí, provocando que se erice todo el vello de mi cuerpo. Vuelve a besar la frente de su padre, ya que este está tumbado bocarriba en la camilla de masajes, y se va no sin antes lanzarme un guiño y salir por la puerta.

Me quedo embobada mirando por donde ha salido, y es cuando mi paciente me saca de mi ensoñación.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —pregunta Anselmo con cara divertida.

—No... no lo sé. He querido seguir el juego y yo... ¡Ay, Dios mío! ¡Tengo una cita con su hijo! ¡Qué vergüenza! Pensaré que soy una fresca, una descarada...

—Tranquila, hija mía; llevo meses esperando que esto ocurra. Se derrite cuando vienes. Y solo viene a visitarme a la hora que tú estás. ¿Es que no te habías dado cuenta? En realidad, he sido su cómplice todos estos sábados hasta que por fin te has decidido a aceptar.

Me quedo un rato pensativa y comienzo a encajar piezas. Todo me cuadra. Esas proposiciones que yo creía que eran de broma, en realidad iban en serio. ¡Madre del amor hermoso! ¿Cómo he sido tan ingenua de no darme cuenta antes? La verdad es que el muchacho no está nada mal. Y una alegría para el cuerpo de vez en cuando no se le puede negar. Además, los dos estamos solteros y sin compromiso. ¿Qué puede pasar?

Por fin, salgo de mis pensamientos, y cuando termino de hacer el masaje comienzo a recoger todo lo que he utilizado; me despido de Anselmo hasta la semana que viene. Me apresuro a salir de la casa antes de que vuelva a toparme con la maravillosa «Maléfica» que nos ha visitado antes.

Salgo al pasillo y tengo suerte. No hay nadie, así que abro la puerta y por fin puedo respirar aire puro. Aunque el frío del invierno azota bien fuerte, en este momento no me viene nada mal este cambio de temperatura, ya que ahí dentro empezaba a hacer mucho calor.

Camino ligero hacia mi coche, cuando de repente suena mi móvil. Estoy intentando localizar dónde está para poder cogerlo antes de quien quiera que sea cuelgue. Lo encuentro. Antes de que pueda descolgar, un gran pitido hace que me sobresalte y caiga al suelo del mismo susto.

De pronto, veo bajar a un hombre alto, moreno, con ojos azules y de complejión fuerte. Es Ángel. Acaba de llegar de viaje. Están ampliando el negocio en la ciudad natal de su queridísima novia.

—¡Ay! ¡Qué daño me he hecho! —exclamo aún tirada en el suelo.

—Disculpa. No te he visto hasta que he estado cerca. Me distraje con el navegador.

Me coge del brazo para ayudar a levantarme y algo extraño pasa por mi cuerpo. Siento un gran escalofrío recorrer por todo mi ser. Qué bien huele. Me suelto rápidamente, y cuando logro ponerme de pie, alzo la vista y ahí lo tengo. Justo enfrente de mi cara. Madre mía, sigue teniendo esos ojos que te encandilan. Nos quedamos unos segundos mirándonos fijamente, aunque para mí son horas. Llevo mucho tiempo sin verlo. Siempre me gustó. En el instituto era el chico más popular y aunque pude probar su cuerpo, nunca se fijó en mí como para llegar a ser su novia. Y ahora, el destino ha querido que trabaje para él. Me pone nerviosa. ¿Se puede saber qué ocurre últimamente con el género masculino? ¿Y sobre todo, con los de esta familia? De vez en cuando hablamos por teléfono para hablar de la evolución de su padre y nada más. Pero tenerlo aquí conmigo... «Basta, Diana, este hombre está comprometido y punto», me digo a mí misma.

—Tran... Tranquilo. No pasa nada. Estoy bien —miento. Me duele el codo, pero no le digo nada.

—Diana —me llama con esa voz ronca que desconcierta a cualquiera.

—Dime.

—Tienes sangre en el codo. Deja que te cure. Vamos dentro de la casa.

Me miro el brazo y tengo un buen rasguño. Saco un pañuelo del bolso y lo pongo sobre mi herida.

—No hace falta, de verdad. Ya lo haré en casa cuando llegue. Eso si llego viva. —Le lanzo una sonrisa para quitarle hierro al asunto. Giro sobre mis talones, y cuando voy hacia mi coche...

—¡Espera!

—¿Sí?

—Se te ha caído el móvil; no querrás irte sin él.

Miro mi querido teléfono y la pantalla se ha roto. Menos mal que aún funciona.

—Te compraré otro. Lo siento. Está así por mi culpa.

Me da mi *smartphone* y el simple roce de sus dedos hace que me vuelva estremecer. Veo de reojo cómo su piel se ha erizado también, y eso... eso hace que me ponga más nerviosa aún.

—No hace falta, ya lo arreglaré cuando pueda.

—Ten mucho cuidado. ¿Seguro que estarás bien?

—Sí, seguro. Me voy ya. Quiero llegar a casa y curarme la herida, para que no se note mucho esta noche. ¡Qué mala pata! Espero que se me pase el dolor. Es mi herramienta de trabajo.

—Me siento fatal. ¿Cómo puedo compensarte? Te invito a cenar y así me pones al día sobre la evolución de mi padre.

—Eres muy amable, pero no creo que sea posible.

—¿Por qué? —me pregunta con la cara muy seria.

—Primero, no creo que a tu novia le haga gracia que me lleves a cenar a ningún sitio. No le caigo muy bien. Segundo, ya se te han adelantado. He quedado con tu hermano para cenar. Y tercero, para hablar de tu padre lo podemos hacer en cualquier momento.

—Vaya... No sabía que Miguel y tú...

¿Perdona? ¿Pero este hombre es tonto o qué? De verdad que no doy crédito con los hombres de esta familia.

—¡Eh, no te equivoques! Entre tu hermano y yo no hay nada. Es una larga historia que si quieres te la cuento en otro momento. Y ahora, si me disculpas..., me gustaría marcharme de una vez. —Estoy algo molesta por su comentario.

Por fin, logro llegar hasta mi coche y lo dejo a él allí, plantado, viendo cómo me alejo. Introduzco la llave, arranco y acelero todo lo rápido que puedo para salir pitando.

Me incorporo a la autovía y conecto el *bluetooth* para llamar a Iván, mi gran amigo desde la universidad. Es mi socio y compañero en la clínica. Necesito contarle todo esto que me ha pasado durante el día de hoy y de mi cita de esta noche, o lo que quiera que sea. Se va a quedar muertecito cuando se entere.

Suena el primer toque.

—Dime, chocho loco. —Comienzo a reír por su manera de responderme.

—Tú siempre igual. Te necesito en mi casa ya. Solo te voy a decir una palabra: cita.

—¡Oh, *my goodness!* En un periquete voy para allá. —Y dicho esto, me cuelga.

Con una sonrisa en los labios, y sin darme cuenta, estoy llegando a la puerta de casa. Y allí está mi loco amigo, esperándome impaciente.

Aparco mi coche y, sin dejar que me baje de él, comienza a preguntar sobre la cita.

—¡Ay, *my darling*, por favor! ¡Cuéntamelo ya!

—¿Puedes dejar de acosarme para que pueda bajar del vehículo? —le pido sin parar de reír.

—Vamos, vamos. Entremos en tu casa y me cuentas todo.

Y sin más, entramos rápidamente en mi apartamento y le relato todo lo sucedido. Le explico con pelos y señales desde que entró la bruja de Isabella, pasando por la invitación de Miguel y el amago de atropello de Ángel.

Miro a mi amigo y no se mueve. Está inmóvil en la silla en la que se ha sentado al entrar. Pero le bastan unos segundos para reaccionar y decirme:

—¡Menuda cacho de guarra la Isabella esa! ¿Y tú?... ¡Tú tienes mucha suerte! Has quedado con un adonis maravilloso y su hermano te ha puesto, como poco, cardíaca. Para mí lo quisiera, pero hija, los tíos buenos o están pillados o son heteros. ¡Ainss, qué injusta es la vida! Eres una zorra con suerte.

—Hombre, gracias por el piropo. Yo también te quiero.

Me mira con cara de niño bueno y comenzamos a reír como dos locas desbocadas.

—Bueno. Necesito que me ayudes a elegir qué ponerme y que hagas algo con mi pelo. Sé de buena tinta que eres muy bueno con los masajes, pero las veces que me has ayudado para algún evento he quedado de infarto.

—Es cierto, mi querida amiga; y así es cómo vas a quedar hoy. Venga, vamos para tu habitación y vemos que hay en ese maravilloso armario. Métete en la ducha mientras elijo el modelo. Llamaré para nos traigan algo de comer. No tenemos tiempo de cocinar nada —dice muy emocionado.

Siguiendo sus órdenes, me dirijo hacia la ducha y dejo a Iván que hurgue entre mis cosas y sea él quien elija el modelito de esta noche. Con los nervios que tengo no sería capaz de encontrar nada adecuado y, probablemente, acabaría con cualquier cosa mal combinada.

CAPÍTULO DOS



—¡Ya lo tengo! —exclama Iván muy satisfecho.

Lo veo triunfante cerrar mi armario y sosteniendo en alto un vestido negro de corte palabra de honor, con las mangas de encaje justo hasta el codo. Espero que no roce demasiado la herida. Me llega por las rodillas y es bastante ajustado. Lo compré hace un par de meses. Al verlo en el escaparate de la tienda, vi que estaba rebajado y no lo pensé. Entré a por él, y todavía no había tenido la ocasión de ponérmelo hasta el día de hoy.

—Es una pasada ese vestido. Había olvidado que lo tenía en mi armario.

—Vamos, ahora toca hacer algo con tu pelo.

Sentada en una silla del salón, comienza a secarlo con el secador. Después, enchufa la plancha y comienza a rizarlo. Me hace un semirrecogido, y *voilà*, lista para mi cita.

Justo cuando acaba de peinarme, suena el timbre. Es el repartidor con nuestra comida. Ha pedido sushi; nos encanta cómo lo preparan en ese restaurante japonés.

Terminamos de zamparnos todo lo que había en los cacharros de comida, y la tarde pasa volando. Me ha hecho la manicura, la pedicura y la cera. Le he dicho que era pasarse un poco. «¿Y qué?», ha dicho. Que si lo llevaba a la cama no querré que piense que se iba a acostar con un oso. ¡La madre que lo parió!

Es cierto que no me depilo tanto en invierno como en verano, y más si no tengo a quién enseñarle las piernas ni ninguna otra parte de mi cuerpo. Pero de ahí a un oso... ¡qué exagerado!

Iván se despide de mí deseándome suerte y haciéndome prometer que mañana quedaremos para contarle todo lo que ocurra esta noche.

Ya es casi la hora y reviso que todo esté perfecto. No seré como las mujeres que él está acostumbrado a salir, pero oye, tengo mi puntito sexy y estoy de muerte. Al menos para mí. Y eso es lo que importa. Soy rubia, ojos azules, mido un metro sesenta aproximadamente y tengo mis curvas que vaya trabajo cuesta mantenerlas.

Mientras termino de mirarme en el espejo de la entrada y compruebo mi atuendo, el sonido del timbre del portero automático hace que me sobresalte.

—¿Quién es? —pregunto como si no supiera quién está llamando.

—Hola, preciosa. Te espero aquí abajo. No tardes.

—Hola, enseguida bajo.

Cuelgo y tengo que respirar profundamente varias veces, para que los nervios que tengo no hagan mella en mi estado y parezca tonta cuando esté junto a él. «Es solo una cena», repito varias veces para convencerme y estar tranquila durante la velada.

Entro en el ascensor y pulso el botón del piso cero. Mientras desciendo, vuelvo a mirarme en el espejo que hay dentro y me digo: «Todo irá bien».

Una vez en el portal me abrocho bien el abrigo y ahí está. Como un caballero sostiene la puerta para que pase después de él. En el momento que lo estoy haciendo susurra: —Estás preciosa. —Y me da dos besos en la mejilla, aunque acercándose demasiado a la comisura de mis labios, cosa que no me importa que haga. Este hombre me pone mucho.

Me quedo paralizada por la forma en que lo ha dicho.

Cuando salimos a la calle respondo:

—Gracias, tú también estás muy guapo.

Va vestido con un traje de chaqueta y pantalón oscuro y una camisa blanca marcándole ese torso

tan prometedor.

Veo su cara de satisfacción cuando le he devuelto el cumplido. Me insta a que subamos al vehículo haciendo de su galantería su mayor virtud, ayudándome a subir al coche en la parte de atrás y a continuación él hace lo mismo. Una vez acomodados en nuestros asientos, le indica al chofer dónde debe llevarnos.

—Gracias por aceptar mi invitación. Llevo meses esperando este día.

Estoy sin palabras. Otra vez. Y lo único que se me ocurre es esbozar una leve sonrisa y bajar la cabeza, porque siento una vergüenza enorme.

Cuando por fin llegamos al restaurante, me quedo con la boca abierta al darme cuenta de dónde estamos.

—¿Cómo has conseguido mesa aquí?! —le pregunto asombrada.

Me mira risueño y responde.

—El dueño es amigo mío y me debía un favor.

Estamos en el restaurante El Lago, en Marbella. Es un lugar muy solicitado por los marbellíes, ya que es complicado encontrar mesa sin una reserva previa. Me he quedado como poco sorprendida. Tenía muchas ganas de venir algún día, pero mi economía tampoco me permite ir a restaurantes de lujo. Nos adentramos en el salón principal y me quedo prendada con lo que veo.

La entrada es preciosa. De hecho, todo a mí alrededor es una maravilla. Un camarero muy amable nos da las buenas noches y nos pregunta si tenemos reserva. Miguel le responde que sí, con una gran sonrisa triunfante. Se le ve contento.

Nos dirige hacia nuestra mesa, y es el momento en el que mi acompañante aprovecha para poner su mano alrededor de mi cintura. Me estremezco ante su contacto, pero dejo que siga rodeándome con ella. Llegamos a nuestro lugar. Estamos situados en la parte más bonita del salón. Han dispuesto un biombo para tener más intimidad y estar apartados del resto de clientes. Junto a la mesa puedo ver una gran cristalera con un precioso campo de golf iluminado al fondo. Todo es fantástico.

Antes de sentarme me quito el abrigo y él rápidamente me lo sostiene y lo cuelga en una percha que tenemos al lado de la mesa. Retira mi silla y me ayuda a sentarme. ¡Qué caballero, por favor!

—No tienes por qué hacer esto, de verdad. Pero de todas formas, muchas gracias. Me siento como la princesa de un cuento de hadas.

—Para mí eres como una princesa.

¡Ay, Dios mío, qué vergüenza! Muero por este hombre tan perfecto. «¿Por qué seguirá soltero?», me pregunto a mí misma. Con lo maravilloso que es. Pero ya lo descubriré. De momento voy a disfrutar de su compañía.

Intento recomponerme por los piropos, y cuando voy a contestarle, el camarero aparece para tomarnos nota. Menos mal, salvada por la campana (o mejor dicho, por el camarero).

Miguel sugiere un par de platos, y como estoy tan nerviosa le dejo que elija él. Da igual lo que pida. No creo que sea capaz de comer nada. Tengo el estómago revuelto.

—¿Me disculpas un momento? —le digo con toda suavidad—. Tengo que ir al baño. No tardaré. —Está empezando a sangrar la herida del codo y no quiero que nadie piense que vengo de pelear con alguien o algo parecido.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —me dice con cara de preocupación.

—No te preocupes. No tiene importancia. Ha sido un pequeño incidente esta mañana con tu hermano. Casi me atropella —le explico con una gran sonrisa en los labios.

Su cara ha cambiado. Se le ha puesto el rostro sombrío. Le noto preocupado. Me acerco todo lo que puedo a él rozándole las manos y en un susurro le digo:

—No pasa nada. De esta no muero. Creo que sobreviviré. Enseguida vuelvo.

—De acuerdo. —Esboza una sonrisa. Por lo menos ha cambiado esa cara de susto.

Hace un amago de levantarse para retirar la silla, pero no dejo que lo haga.

—No, no, por favor; sé hacerlo sola. Gracias.

Me mira con cara divertida y me apresuro hacia el aseo. Por el camino observo por dónde debo ir al baño, y al llegar a la puerta me topo con un cuerpo fornido y unos ojos azules que quitan el sentido.

—Vaya. Veo que esta vez no te ha hecho falta el coche para atropellarme —le digo sonriendo a Ángel, que se ha quedado de piedra al verme.

—Lo siento, de verdad. No te he visto.

—Y esta mañana tampoco. No creí que tuviera el poder de la invisibilidad.

En cuanto digo esto agarra mi codo delicadamente y...

—Para mí jamás serás invisible. —Y me suelta como si mi brazo le quemara.

Lo miro fijamente y no puedo pronunciar palabra. Este hombre con su comentario se ha llevado todos mis pensamientos coherentes y no soy capaz de decir ni una sola frase con sentido.

Ordeno mis pensamientos, obligándome a olvidar lo que ha ocurrido, y me aventuro a responderle.

—Muy bien, perdona si te he molestado. Era una simple broma. Ahora, discúlpame, quisiera gustaría ir al baño para poder curar la herida que me está sangrando.

Observa el corte, y de un tirón me mete en el servicio de señoras... Me cura él mismo. Yo no reacciono.

—Gracias. No tenías por qué hacerlo. Debo ir para mi mesa. Tu hermano seguro que está preocupado. Llevo mucho rato aquí ya.

Retoco un poco mi aspecto antes de salir y oigo su voz:

—Diana, yo...

—¿Sí?

—Lo siento. No quería ponerme así. Te he visto con mi hermano y... No sé qué me ha pasado. He sentido algo... Llevaba tanto tiempo sin verte... Discúlpame por favor.

¿¿¿Cómo??? ¡No me lo puedo creer! Ni contigo ni sin ti. Hace años estaba coladita por él y no pasó nada que los dos no quisiéramos que pasase. Pero eso no cuenta. Y ahora me viene con... ¿celos? Esto no puede estar ocurriendo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunto antes de salir por la puerta. No puedes tener celos porque haya venido a cenar con Miguel. Primero, entre tú y yo no hay nada, y no lo hubo porque tú no quisiste. Y segundo, en breve te vas a casar, así que no me vengas con tonterías.

Estoy muy enfadada. Ya no estoy nerviosa. Bueno sí, pero no de la misma forma en la que estaba antes.

—Diana —vuelve a decirme, pero esta vez en un tono más serio—. Siento lo que pasó hace años. Éramos unos críos. Yo estaba centrado en mi carrera... No pensé que esto podría pasarme al cabo de tanto tiempo cuando te volviera a ver.

No doy crédito a lo que estoy escuchando. Me estoy volviendo loca.

—Pues, debes olvidarte de todo eso y centrarte en la mujer que está esperando ser tu esposa y nada más. Si el destino lo ha querido así, por algo será.

Dirijo mis pasos hacia la salida, pero me vuelve a coger del brazo para ponerme contra una de las paredes del baño. Coloca su pie en la puerta de entrada para que ninguna mujer pueda pasar, y me besa. Me besa con tanta pasión que solo me puedo dejar llevar por el sabor de sus labios. Acepto encantada. Nuestras lenguas juegan la una con la otra y se funden en una sola. Se acoplan a la perfección recordando viejos tiempos. Esos en los que me hace recordar que este hombre nunca será mío. Acabado el beso, lo miro fijamente y le suelto un bofetón en la cara.

—No vuelvas a hacer eso.

Me mira triunfante con su mano puesta en el rostro. Tiene una sonrisa arrebatadora. Consiguió lo que quería.

—Ha sido el destino, que es muy caprichoso.

Salgo del baño más enfadada aún de lo que estaba, voy hacia la mesa donde está Miguel y este, al ver mi cara descompuesta, me pregunta.

—Diana, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí. Muy bien. Disculpa la tardanza. Encontré un cliente muy pesado y me ha entretenido con sus cosas. —No pienso contarle la verdad ni borracha.

En cuanto me siento en la silla observo que todo está dispuesto en la mesa y comenzamos a comer.

Hago un esfuerzo por llevarme algo a la boca. Solo en el primer bocado ya surgen un millón de sensaciones al saborear tan delicioso manjar. Esto hace que mi apetito se despierte y pueda disfrutar de esta maravilla de cena.

—Está todo muy bueno.

Lo miro y su cara parece la de un triunfador que ha conseguido el mayor de sus logros. Es guapísimo. Y tengo la suerte de estar cenando esta misma noche con él. Cada sábado que aparece en casa de su padre logra ponerme nerviosa. Algo dentro de mí se removía cuando me preguntaba si cenábamos juntos, y yo, por vergüenza, siempre me he negado. Hasta el día de hoy, que por seguirle el juego he acabado aceptando.

—Miguel, nunca te lo he preguntado. ¿A qué te dedicas?

—A mis negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Diana, no quiero aburrirte con mi trabajo ahora. Si no te importa, te lo explicaré en nuestra siguiente cita.

—Ah, ¿es que habrá más citas?

—Si tú quieres, sí. Muchas más.

Y así es cómo dejo de preguntar.

Terminados nuestros postres levanta el brazo para indicarle al camarero que nos traiga la cuenta y así poder marcharnos. Una vez saldada la deuda, me ayuda a ponerme el abrigo, momento que aprovecha para volver a rodearme la cintura y salir juntos del restaurante.

Una vez fuera, la gélida temperatura se adentra en nuestros cuerpos y comienzo a temblar. Miguel me observa y ve mi cara descompuesta por el frío. Me abraza con fuerza para que note su calor. Estoy temblando tanto que agradezco su abrazo. Por un momento, esto me está gustando demasiado. Sus brazos son fuertes y siento seguridad entre ellos. Aprieta tanto que parece que tenga miedo de que fuera a escaparme. Me retiro un poquito de su cuerpo, lo miro a los ojos, esos ojos que no tienen nada que envidiar a los de su hermano.

—Gracias por traerme a este sitio tan precioso. —Le doy un beso en la mejilla.

—No me las des. Soy yo quien tiene que darte las gracias por aceptar venir conmigo. Llevo mucho tiempo esperando este momento. —Y me coge la cara con las manos—. Diana, me gustas mucho. Cada vez que te veo en casa de mi padre el corazón empieza a latirme más deprisa.

Cuando termina de decirme lo que siente, me acerca mucho más a él y me besa.

Yo debo de estar loca o algo parecido, porque me dejo llevar al igual que he hecho hace un rato cuando su hermano estaba besándome en el baño. Pero este beso es muy dulce. Me introduce su lengua jugando con cada rincón de mi boca y yo, que no me puedo resistir a eso, le respondo de la misma manera.

Estamos besándonos como dos adolescentes en mitad de la calle, cuando una voz hace que nos sobresaltemos y tengamos que separar nuestros labios.

—Buenas noches.

Al ver quién está enfrente de nosotros, pienso: «Tierra, trágame y escúpeme cuando todo haya pasado». Espero que no le diga nada de lo que ha ocurrido en el baño.

—Buenas noches —respondemos los dos al unísono.

—¿Qué haces tú por aquí, hermanito?

—Miguel, por favor, compórtate. Estás en la calle y a Isabella casi le da un infarto cuando os ha visto.

—Ángel, si a tu querida prometida le molesta, que mire para otro lado. Pero no voy a contener las

ganas de besar a esta preciosidad solo porque a la estirada de Isabella le moleste. ¿Acaso tú no lo harías?

—Por supuesto que lo haría. Y no solo en la calle. En un millón de sitios más.

Y mientras dice esto no para de mirarme y sonreírme de medio lado. Creo que esta situación va a traerme un millón de problemas.

—Deberías replantearte lo de unirme a esa mujer. No me gusta para ti.

—Y según tú, ¿cómo es la mujer que te gustaría para mí? —le pregunta Ángel a su hermano.

Miguel me mira y le dice:

—Como Diana. Pero ella ya está conmigo. Así que tendrás que conformarte con Isabella.

—Miguel, por favor, el vino ha debido de sentar mal. No hables así de Isabella. Que no te caiga bien no significa que tu hermano y ella no deban de quererse. De hecho, se van a casar. ¿No es cierto? Están hechos el uno para el otro. —Y es cuando miro a Ángel; está fundiéndome con la mirada.

No puedo creer que Miguel le haya hablado así a su hermano. Me he quedado paralizada al escuchar sus palabras. Pero cuando Ángel le ha dado la razón refiriéndose al beso y me ha mirado así... He tenido que hablar para que los dos hermanos dejaran de discutir. ¿Y lo de que estamos juntos? Eso lo hablaré en privado con Miguel. He intentado calmar las aguas. Espero haberlo conseguido. «¿Dónde me estoy metiendo? Diana, estos dos te van a dar más de un quebradero de cabeza».

CAPÍTULO TRES



Después de la charla que nos echó Ángel en la puerta del restaurante, decidimos ir a dar un paseo por los alrededores de la playa de Marbella. Veo cómo Miguel saca el móvil y llama a su chófer para decirle que nos recoja en la puerta del restaurante y que nos lleve al paseo marítimo. Una vez que hemos llegado, Miguel le indica a John que en una hora nos recoja en el mismo lugar donde nos ha dejado.

Estamos casi a finales de octubre; el olor a mar y el sonido de las olas rompiéndose al llegar a la orilla es algo que jamás dejará de gustarme.

—Miguel, ¿podemos hablar?

—Claro, princesa. Podemos hacer lo que tú quieras.

—Por favor, deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Tratarme así de esta manera. Estoy muy agradecida por ello, pero me hace sentir un poco incómoda. Quisiera aclarar ciertas cosas que han sucedido esta noche.

—Bien, adelante. Te escucho.

Nos sentamos en el borde que hay en el paseo de la playa y comienzo a hablar.

—Primero, darte las gracias de nuevo por la cena. Segundo, mi corazón se siente muy halagado con todos y cada uno de los piropos que me has dicho. Y tercero, ¿desde cuándo tú y yo estamos juntos?

Me mira entre sorprendido y embobado.

—Primero, ya te he dicho que el placer ha sido mío. Segundo, seguiré piropeando cada vez que me dé la gana. Y referente a tu tercera pregunta, te diré que en el momento que has dejado que te besase he sentido que me pertenecías, pero aún más cuando he visto la cara de gilipollas que se le ha quedado a mi hermano mientras lo estaba haciendo.

Lo miro sin saber qué decir. Pasan unos segundos en los que el silencio se hace protagonista. Me vuelvo a enfadar. No puedo creerme que me haya besado solo por fastidiar a Ángel.

—¿El beso fue para joder a tu hermano?

—No me malinterpretes, Diana; te he besado porque llevo demasiado tiempo esperando para hacerlo. Pero al ver que mi hermano se ha enfadado por ello ha hecho que tuviera más ganas. No lo he podido evitar.

Me acerca todo lo que puede hacia él y vuelve a besarme, con tanta pasión que todo mi cuerpo se estremece con el simple contacto de sus labios; y el enfado que tenía se esfuma.

Terminamos de besarnos.

—Diana, no sé qué me pasa contigo, pero estaría feliz de empezar algo juntos. Podríamos intentarlo.

No doy crédito a lo que escucho.

—¿Y si no sale bien?

—Saldrá.

—No sé... Qué dirá tu hermano, tu padre... Pensarán que estoy contigo por el dinero y... —Me corta.

—No digas eso. Que piensen lo que quieran. Por papá no hay problema y lo sabes. Y por el imbécil de mi hermano, tampoco. Él tiene ya su vida hecha y está medio casado ya. ¿Qué dices? ¿Lo intentamos?

¡Ay, madre! Me siento como una adolescente cuando el chico guapo te está pidiendo salir. ¿Qué le

digo? Estoy tan nerviosa que lo mismo cometo la locura de mi vida, pero oye, a una no le propone todos los días un hombre atractivo y aparentemente buena persona que sea su novia. Y si no sale bien, pues a otra cosa mariposa.

—Está bien. Lo intentamos. Pero si esto falla quedamos como hasta ahora. Amigos y punto. ¿De acuerdo?

Me mira sorprendido. Le veo sonreír poco a poco para después decir.

—¿En serio?

—Sí, en serio —le respondo con mi mejor sonrisa.

—¡¡¡Sííí!!! ¡Ha dicho que sí! —Comienza a gritar dirigiéndose a un matrimonio mayor que pasaba justo al lado nuestro, y estos, al verlo, le dan la enhorabuena.

—¡¡Shhh, calla, loco!! ¡Se va a enterar todo el mundo!

—¡Que se enteren, Diana es mi novia! —grita como un loco a los cuatro vientos.

Me coge en brazos y no para de besarme. Sus besos están encendiéndome. Nuestras lenguas comienzan un baile infinito que quisiera que nunca acabara. Pero estamos en mitad de la calle y tengo que pararlo, porque si no, somos capaces de acabar detenidos por escándalo público.

—Miguel, para. Te invito a una copa en mi casa y hablamos de todo esto. ¿Te gusta la idea?

Por su forma de mirarme creo que la idea le ha gustado demasiado y acaba aceptando.

Nos dirigimos al punto de encuentro donde ya nos espera John con el coche arrancado; rápidamente subimos a él. Amablemente, le facilito la dirección de mi humilde morada al chófer de Miguel, para que podamos tomarnos una copa y así hablar tranquilamente de todo lo acontecido estas últimas horas. No ha parado de tocarme y besarme la mano en todo el trayecto hacia mi casa. Vivo en un pequeño apartamento en La Carihuela. Si no fuera porque teníamos público en la parte delantera del vehículo, se hubiese liado parda. ¡Qué pasional es este hombre!

Una vez que hemos llegado a mi apartamento, subimos en el ascensor acompañados por un vecino, y he notado cómo Miguel se ha aguantado las ganas de besarme.

—Ya hemos llegado —le hago saber a mi... ¿novio? Qué raro me resulta llamarlo así, pero tendré que acostumbrarme a llamarlo de esa manera.

Entramos en mi apartamento. Dejamos los abrigos y el bolso colgados en la percha de la entrada. En cuanto lo hacemos me planta un beso introduciendo su lengua con tanto deseo que parece que quisiera hacerla suya. Cuando libera su boca de la mía, me dirijo a mi pequeño mueble bar, donde tengo las bebidas alcohólicas. De vez en cuando, Iván y yo nos tomamos unas copillas después de un día duro de trabajo. Cojo dos copas de balón y las pongo sobre la mesa. Miguel no para de observarme con esa sonrisa que se le ha instalado desde hace rato. Voy hacia la cocina a por unos cubitos de hielo y unos refrescos de cola.

—Ya lo tenemos todo —indico al volver de la cocina.

—Ven aquí, conmigo. —Y me señala justo al lado de él.

Hago lo que me pide, y antes de sentarme, tira de mí y me pone sobre sus rodillas. Le ofrezco la copa y brindamos.

—Por nosotros. Porque esta relación perdure para siempre. —Levanta su copa para chocarla con la mía. Juntamos nuestras copas para después darle un buen trago, ya que lo necesito para digerir todo lo que me está pasando.

Observo cómo Miguel vuelve a beber, pero esta vez el contenido se lo queda en la boca. Se acerca lentamente hacia mis labios y me insta a que los abra para pasarme el líquido.

—Ummm... —Es lo único que puedo decir en este momento. Ese beso me ha puesto muy caliente. Aprovechando que estamos tan juguetones, hago lo mismo con mi vaso y acepta gustoso.

Me lo quita de la mano y me tumba sobre el sofá. Comienza a mordisquear el lóbulo de la oreja. ¡Ay, Dios! ¡Cuánto me gusta esto! Me retuerzo ante su contacto y prosigue con un reguero de besos descendiendo hasta mis pechos. Le indico que pare un momento para desabrocharme el vestido y así poder tener mayor placer. En ese momento, me acuerdo de mi amigo Iván y doy gracias al cielo por

hacerle caso y estar perfectamente preparada. No entraba en mis planes acostarme con él la primera noche, pero es mi cuerpo y hago con él lo que me da la gana. Dejo caer mi precioso vestido negro y me acerco a él todo lo que puedo para que disfrute de mi conjunto de lencería de encaje del mismo color. Empiezo a deshacerme de su ropa comenzando por la camisa. A continuación, le desabrocho el cinturón, el pantalón y, para finalizar, me deleito con el premio gordo. Agarro su polla y empiezo con unos movimientos de arriba hacia abajo, con suavidad, para ir aumentando el ritmo cada vez más rápido.

Me mira con lascivia y no permite que sea yo quien esté disfrutando de su miembro nada más. Me coge en volandas y nos dirigimos hacia mi habitación. No le cuesta trabajo saber dónde está, ya que mi apartamento es muy pequeño y es fácil de encontrar cada estancia. Me deja sobre la cama; con una destreza increíble introduce dos de sus dedos dentro de mi vagina.

—Ummm..., estás muy mojada. Me gusta que seas tan fogosa. Tú y yo lo vamos a pasar muy bien. Juntos podremos disfrutar del sexo a lo grande.

Le sonrío como puedo, porque siento tanto placer que creo que soy capaz de correrme solo con un movimiento más.

Deja de meterme los dedos, y sin apenas poder reaccionar, introduce su polla dentro de mí.

—Sí, sí... —repito sin cesar. Este hombre sabe cómo darle placer a una mujer.

Me ha dado el primer envite y la saca para ponerse un preservativo, que no tengo ni idea de dónde ha salido. Al igual que no me he dado cuenta cómo se ha deshecho de mi tanga. Pero me da igual, lo importante es que es un hombre que piensa en la seguridad, y eso me gusta aún más.

Una vez que se lo ha puesto comienza la fiesta. Vuelve a metérmela con premura. Estamos muy excitados y nos movemos uno al compás del otro. Nos acoplamos perfectamente. Me quita el sujetador y todo lo que le molesta para que nuestros cuerpos se fundan en uno solo. Está encima de mí y le llevo su dedo corazón hasta el centro de mi placer, mi clítoris, mientras sigue moviéndose con gran destreza. Hace grandes movimientos circulares y eso produce que sienta el mejor orgasmo que haya tenido desde hace tiempo.

—Sí, princesa, córrete para mí.

Llego al clímax llena de placer. Me levanto y me pongo a cuatro patas para que pueda terminar. Introduce su polla de nuevo poniendo uno de sus dedos en el inicio de mi trasero. Eso me vuelve aún más cachonda y ya estoy preparada para otro orgasmo más. Miguel se aferra a sus empellones y, sin parar de acariciarme, acelera sus envites hasta terminar, y yo lo acompaño llegando a un éxtasis increíble.

Caemos rendidos en mi cama, y durante unos minutos no podemos movernos. Me temo que si todos los polvos que echemos van a ser así, no voy a vivir mucho tiempo. Pero será una muerte muy placentera.

CAPÍTULO CUATRO



Domingo por la mañana.

La luz de la ventana hace que abra los ojos con dificultad. Me giro y topo con un cuerpo extraño. Bueno, extraño no. Es Miguel; no estoy acostumbrada a que nadie ocupe parte de mi cama. Puedo observar cómo aun dormido, sonrío. Le acaricio el pelo con suavidad y poco a poco va despertando.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, guapo. ¿Has dormido bien?

—Mejor que bien.

Hago el amago de levantarme, pero me envuelve en sus fuertes brazos y me da los buenos días, igual que hizo con las buenas noches.

Terminado el momento *hot* de la mañana, me dirijo al baño para quitarme el olor a sexo que desprendo desde anoche. Cuando salgo del aseo, compruebo que Miguel no está.

Me visto con lo primero que pilló del armario y, al salir de la habitación, encuentro un panorama inigualable. Miguel está preparando el desayuno, con tan solo un bóxer puesto. Puedo apreciar cada músculo de su cuerpo. ¿Es verdad lo que está pasándome? Tengo en mi cocina a un hombre perfecto preparando el desayuno y que ha hecho que pase una noche maravillosa. ¿Cuándo viene la parte en que me despierto y se acaba el sueño?

—¿Tienes hambre, bombón? —me pregunta con su eterna sonrisa.

—Mucha —respondo de la misma manera.

Ha preparado tostadas de mantequilla y mermelada, café y zumo de naranja natural.

Terminamos nuestro desayuno entre arrumacos y demás. Me pide permiso para poder asearse un poco y acepto encantada.

Al salir del baño nos sentamos en el sofá.

—Diana, ¿qué vas a hacer el resto del día?

—Había quedado con Iván.

Al pronunciar el nombre de mi amigo, noto que le cambia la cara.

—Iván es mi mejor amigo, socio y compañero de trabajo, y lo quiero como si fuera un hermano. Y antes de que me digas nada, te diré que es gay y que no tienes de qué preocuparte por él.

Al terminar de explicarle lo que significa Iván para mí, me rodea con los brazos y me da un beso en los labios.

—Gracias por aclararlo. Entonces, te llamo a la noche y me cuentas qué tal te ha ido. Tengo que hacer varios asuntos antes de ir a trabajar mañana.

—¿Vas a decirme en qué trabajas? —vuelvo a preguntarle, ya que anoche no me dijo nada.

—Soy neurocirujano en el hospital Costa del sol de Marbella.

—¿En serio?!

—Sí, ya ves. Me paso la mayor parte del tiempo estudiando y curando mentes, por así decirlo de alguna manera.

—¿Y te gusta?

—Claro, me apasiona; es maravilloso ver cómo la gente se cura gracias al esfuerzo que haces durante tantos años. Aunque a veces no se consigue siempre.

—Qué interesante.

—Sí, la verdad es que lo es. Y dime, ¿cómo has acabado siendo fisioterapeuta? Sé muy bien que te encantaba tocar el piano y asistí a uno de tus conciertos, pero... ¿por qué lo dejaste?

Vaya, pues sí que sabe cosas de mí.

—Eh... Eso es algo que pasó hace tiempo y que no me gustaría volver a recordar.

—De acuerdo. Cuando te apetezca ya lo harás.

—Gracias.

—Diana, tengo que marcharme. Disfruta de tu tarde con tu amigo. Mañana te llamaré.

—Gracias, lo haré.

Lo acompaño hasta la puerta y nos despedimos con un beso en los labios. Al cerrar, siento cómo se va un hombre ilusionado y, a la vez, entran un montón de inquietudes e inseguridades. Creo que me he precipitado al aceptar ser su pareja. Apenas nos conocemos y ya lo he metido en mi cama. Dios mío, necesito el consejo de mi gran amigo.

Decido llamarlo y contarle todas mis preocupaciones.

—Hola, chocho loco. —Siempre me saca una sonrisa cuando me contesta así.

—Hola, cariño, necesito verte.

—Uy, uy, creo que tenemos gabinete de crisis, ¿es así o estoy equivocado, *my darling*?

Qué bien me conoce, sabe en todo momento mi estado de ánimo.

—No, no te equivocas. En media hora te espero en mi casa.

Y así fue. Justo en treinta minutos lo tenía llamando al portero de mi casa.

Me acerco a la puerta y, al abrirle, lo veo cargado de chocolate, helado y no sé cuántas porquerías más para pasar una tarde de confidencias.

Lo pongo al día.

Una vez que he acabado de relatarle todas mis inquietudes, espero a que me ilumine con sus consejos.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Que qué hago. No sé si es buena idea que yo inicie una relación con el hermano del que fue mi primer amor.

—¿Del que fue o es?

—No seas capullo. Ya me has entendido.

—Pues mira, la verdad es que no te he entendido muy bien. A ver si me aclaro. Un hombre súper sexi, que besa por donde pisas, con dinero, que folla a las mil y una maravillas y que te ha pedido que seas su pareja, ¿te hace tener dudas? ¡Señor bendito! ¡Pero en qué mundo vives, loca! Aquí no caben dudas. Dile que sí y disfruta del tiempo que tenga que durar. Eres joven, y si no sale bien, ¡a tomar por culo la bicicleta! ¿Cuál es tu miedo?

—Ángel, ese es mi miedo. Sé que va a casarse, ¿pero por qué no fue él en vez de Miguel? Ay, Iván, estoy hecha un mar de dudas. Miguel me gusta mucho. Y en la cama es bestial.

—Chocho, ¿y quién la tiene más grande?

—¡Iván! ¡¿Serás bruto?! No pienso contestar a eso ni muerta.

Se hace un silencio sepulcral y comenzamos a reír como lo solemos hacer, dejando rienda suelta a nuestras carcajadas más sonoras.

Me lanzo al sofá y le tiro un cojín a mi amigo por lo bruto que ha sido. Y este, ni corto ni perezoso lanza otro, con la mala suerte que la cremallera del dichoso almohadón me da en el ojo haciéndome un daño terrible.

—¡Ay, ay! ¡Me duele mucho!

—¡Joder, Diana! ¿Estás bien?

—No, Iván, no estoy bien. No puedo abrir el ojo. Por favor, llévame a urgencias.

—Vamos, chochete. Lo siento mucho. Ha sido sin querer —me habla mientras busca las llaves del coche.

—¿Eres imbécil o qué? ¿Cómo voy a pensar que lo has hecho a propósito? Anda, vamos para el coche, que esto me duele para reventar.

Nos montamos en mi coche.

—Ve al hospital Costa del sol. Allí trabaja Miguel.

—De acuerdo.

Mientras Iván conduce busco el móvil en mi bolso con la mano que me queda libre, ya que la otra la tengo puesta en el ojo donde me he hecho daño.

Un tono, dos, tres, nada. Lo vuelvo a intentar y nada. Hago otro intento y esta vez sale el odiado contestador.

—Ya estamos aquí —anuncia mi amigo.

Bajamos del coche y entramos por la puerta de urgencias del hospital. Iván da mis datos en la recepción y nos hacen pasar a la sala de espera. Nos sentamos en un par de sillas que hay libres y, antes de acomodarnos, me llaman por el altavoz.

—Diana Ortiz, pase a la sala de curas.

Al oír mi nombre rápidamente nos dirigimos hacia donde nos han dicho. Iván prefiere quedarse fuera y decide no entrar. No le gustan mucho los hospitales, así que no le voy a dar ese mal rato. Bastante tiene ya con lo mío.

Al entrar en la consulta, un médico muy amable me pregunta qué ha pasado. Le cuento nuestra pequeña gran tontería. El colegiado observa mi ojo y me hace unas cuantas pruebas.

—Afortunadamente, no hay daños en la córnea. Ha tenido mucha suerte. Un golpe así podría dejarle ciega. En el informe le he puesto el tratamiento a seguir. No se preocupe. No es grave. A lo largo de la tarde estará un poco incómoda por el colirio, pero pasará pronto. Mañana por la mañana, si no mejora, tendrá que pasar de nuevo por aquí. Intente que no le dé demasiado la luz y descanse.

—Gracias, Doctor Jimeno. Haré lo que me ha dicho. Por cierto, ¿el doctor López está? Me ha dicho que se pasaría por aquí, pero el teléfono no lo tiene disponible. ¿Lo conoce?

—¿El doctor López?

—Sí, Miguel López, médico neurocirujano.

—Lo siento, señorita Ortiz, pero aquí no trabaja nadie con ese nombre. Los médicos neurocirujanos que hay llevan bastante tiempo, y uno de ellos es mi mujer y el otro mi cuñado. Y le aseguro que ninguno de los dos corresponde con el nombre que me está dando. Ha debido de equivocarse de nombre o de hospital. Cuídese mucho, y si necesita algo no dude en buscarme. Que pase buena tarde.

—Gracias, doctor Jimeno. Buenas tardes.

Salgo de la consulta desconcertada, y no precisamente por la medicación que me han suministrado, sino por la gran mentira que me ha contado Miguel. Si es que soy tonta de remate, si no quería decirme dónde trabajaba estaba en todo su derecho, pero mentirme y hacerme quedar como una gilipollas..., eso no.

—¿Qué te pasa, *my darling*?

—Vámonos.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. El que no lo va a estar es el pedazo de mentiroso llamado Miguel —le digo en un tono muy seco.

—¿Qué ha pasado?

—Ese cabronazo no trabaja aquí, y vete tú a saber cuántas mentiras más tendrá ocultas.

Mientras estoy diciendo improperios por la boca, suena mi móvil y, sin mirar la pantalla, descuelgo.

—¿Quién es?

—Vaya, no pensé que me olvidarías tan pronto.

Al escuchar su voz, me entran unas ganas terribles de gritar y lo hago.

—¡Eres un grandísimo gilipollas! ¡No vuelvas a llamarme en tu puta vida! ¡Mentiroso!

—Diana, ¿qué te ocurre?

—Mira, pedazo de embustero. Me he dañado un ojo y he venido a tu supuesto puesto de trabajo, en

el cual me han dicho que allí no trabaja ningún doctor llamado Miguel López. ¿Se puede saber por qué has mentido? No, mejor no me lo cuentes. Ni siquiera quiero saberlo. No vuelvas a llamarme. Adiós, Miguel.

Y sin más le cuelgo y me dirijo al coche junto con mi amigo, que no se ha atrevido a abrir la boca por miedo a que lo pague con él. Cosa que nunca haría, porque lo quiero demasiado como para hacerle pagar algo que él no tiene la culpa de nada.

Por el camino y un poco más tranquila consigo contarle a Iván lo que ha pasado dentro de la consulta. Por una vez en la vida este no sabe qué decir. Me aprieta la mano y sonrío para indicarme que está conmigo, como viene siendo todo este tiempo atrás.

Llegamos a mi casa y antes de bajarme del coche me pongo las gafas de sol para que la luz no dañe demasiado mi ojo. Está oscureciendo, pero toda prevención es poca. Al salir por la puerta me encuentro con un Miguel preocupado. No quiero verlo.

—¿Qué haces aquí? Creía haberte dicho que no quería volver a verte.

—Diana, escúchame, por favor.

—Te ha dicho que te vayas —le dice Iván en un tono que jamás le había escuchado.

—Y tú, ¿quién coño eres para hablarme así?

—Iván, por favor, no te metas. Espérame en casa. Enseguida subo.

—No, *my darling*, yo no me muevo de aquí.

Dios, qué cabezón es. Lo cojo del brazo y lo llevo al portal de mi casa.

—Por favor, te lo pido. No hagamos un espectáculo. ¿De acuerdo?

—Perdóname, chochete. Te esperaré arriba, pero si me necesitas, bajaré y le daré lo tuyo.

Una vez que he podido calmar a mi amigo, vuelvo hacia donde había dejado a Miguel. Está sentado en un escalón con la cabeza agachada. Se ve abatido. Al llegar hasta él me mira y se levanta. Me quita las gafas para observarme el ojo, momento que aprovecha para besarme.

—Lo siento. Lo siento mucho. Todo esto tiene una explicación. No tenía que haberte mentido. No, a ti no. Si me dejas te lo contaré todo.

—No vuelvas a besarme. Me dan igual tus palabrerías. Da lo mismo si eres médico o fontanero. Lo que más odio en una relación es la mentira, así que ahórrate tus explicaciones y vete por donde has venido.

Y diciéndole estas palabras me giro en dirección al portal. Pero no me deja hasta que lo escuche.

—Lo siento, pero vas a escucharme te guste o no.

—Es cierto que soy médico, pero me han invitado a pedirme una excedencia. Estoy acusado presuntamente de homicidio imprudente y conducción bajo influencia de bebidas alcohólicas.

Al escuchar esto me quedo paralizada.

—Mi padre y mi hermano lo saben. Isabella se enteró hace poco y por ese motivo no le caigo muy bien.

—Yo... yo no sé qué decir.

—No digas nada. Solo quiero que escuches, y si después de hacerlo sigues sin querer verme, lo entenderé. Pero antes dame la oportunidad de explicarme.

Madre mía, ¿qué hago? ¿Será verdad todo lo que me está contando?

—Está bien, subamos y nos lo cuentas todo.

—Pero tu amigo...

—Mi amigo se queda y punto.

—De acuerdo.

Subimos en el ascensor y unas lágrimas amenazan con salir; menos mal que me había puesto las gafas de nuevo y no se ve nada. Al llegar a mi piso le advierto a Iván que vamos a hablar como personas civilizadas. Este asiente con la cabeza y acercándose a Miguel le tiende la mano y se presenta.

Si es que mi loca desbocada es muy educada cuando quiere.

—Hola, soy Iván. Siento mucho la manera con la que te he hablado antes.

—Hola, soy Miguel. No pasa nada, yo también hubiera hecho lo mismo por ella. —Y al acabar de decir esto busca mi mirada, pero no le hago caso, aunque por dentro tenga unas ganas tremendas de besarlo.

—Bien, hechas las presentaciones, comencemos.

Y dicho esto, Miguel comienza a hablar.

CAPÍTULO CINCO



Joder, ¿cómo he podido cagarla tan pronto? Solo me han hecho falta veinticuatro horas para meter la pata. Desde que Diana entró por primera vez en casa de mi padre fue como si cupido estuviera esperando para lanzar una de sus flechas. Me gustó desde el primer momento. Esa mirada inocente, pero a la vez segura de sí misma. Esos ojos azules profundos como inmensos mares y ese pelo de color oro descendiendo en bucles sobre sus hombros. Unos labios esponjosos como dos bolitas de algodón de color rosado hicieron que casi dejara de respirar. He pasado la mejor noche de mi vida y por un instante olvidé toda la mierda que me rodea. Necesito explicarme y no sé por dónde empezar. Pero lo mejor será que lo haga por el principio.

Me acerco a ella y, cogiéndola de la mano, la llevo hasta el sofá. Comienzo mi historia.

—Diana, soy médico neurocirujano en el hospital Costa del Sol de Marbella. El que te hayan dicho que no trabajo allí no es del todo cierto. Como bien te he dicho antes me invitaron a pedirme una excedencia hasta que salga el juicio del que estoy pendiente de ser condenado o no.

Al decir esto, Diana abre mucho los ojos. Se ha quitado las gafas al entrar en su casa y puedo ver en ese precioso color azul cuántas dudas tiene sobre lo que le voy a contar.

—Una noche, después de salir de turno, quedé con unos amigos para ir a tomar unas copas y echar unas partidas de póker. Es algo que hacemos de vez en cuando para poder despejarnos del trabajo.

Entramos en un garito y pasamos gran tiempo allí. Entre nosotros apostamos y nos sacamos unas cuantas perras por diversión. Esa misma noche, un tipo nos invitó a jugar una partida mucho más seria. Pasamos a una sala que había para clientes vip. Comenzamos a jugar. En la mesa había varios tipos con sus guardaespaldas armados custodiándoles. Al ver aquello, quisimos irnos, pero ya era tarde. Para poder salir de allí, teníamos que jugar por lo menos una partida. Nos hicieron creer que la suerte estaba de nuestra parte. Así estuvimos varias horas. Habíamos caído en una mafia que se dedicaba a engañar y robar a gente como nosotros. Al principio era divertido, porque empezamos a ganar y cuando queríamos dejarlo siempre había alguien que te retaba a otra partida, doblando el dinero ganado, y claro, estábamos en racha, o eso creíamos. Cuando vimos tales cantidades desmesuradas encima de la mesa ya no tenía tanta gracia. Quisimos irnos, pero de nuevo encontramos la negativa de los anfitriones. Estábamos en un callejón sin salida.

En el momento que tuvimos la oportunidad de escapar, lo hicimos dando hostias a todo el que se ponía por delante de nosotros, y agarrando una de las pistolas de uno de los gorilas que custodiaban aquello, nos liamos a tiros. Salimos como almas que llevan al diablo. Íbamos cuatro amigos. Dos en mi coche y los otros dos en otro. Una vez alejados del tugurio aquel, tuvimos un accidente y atropellamos a una mujer y su marido; murieron al instante. Mis amigos, al ver la situación, recogieron a mi acompañante y huyeron, dejándome solo con el marrón. Yo no iba al volante. Mi amigo César era quien conducía y me traicionó largándose. Hice el juramento hipocrático y debía ayudar a esas personas. No podía dejarlas así sin antes intentar salvarlas. Iba bebido, pero al ver la situación se me quitó la cogorza del tirón. Al llegar los servicios sanitarios junto con la guardia civil, me hicieron la prueba de alcohol y drogas, y claro está que dio positivo en alcohol. Yo solo quería ayudar y acabé siendo el culpable. Por más que le expliqué al agente que yo no había sido, no hubo manera de convencerlo. El coche era mío, estaba solo, bebido y sin un alma que respondiera por mí. Blanco y en botella. Culpable. El percance llegó hasta el hospital donde fui tratado. Y por recomendación de la policía, de la dirección del hospital y demás altos cargos, me invitaron a tomarme un tiempo de vacaciones. Han prohibido dar mi nombre en el trabajo por seguridad ya que,

al comprobar la versión que les di sobre la banda, sabían perfectamente de quiénes estaba hablando puesto que llevaban tiempo detrás de ellos y son sabedores de que si nos encontraban seríamos hombres muertos. Mis jefes creen mi historia, pero deben ceñirse a las recomendaciones de la policía. No puedo conducir, porque cada vez que intento subirme en la parte del conductor, tengo miedo. Por eso me llevan a todos lados. He gastado mucho dinero para defender mi inocencia. Mi abogado, Roberto Martínez, está haciendo todo lo posible para que todo este embrollo se solucione a mi favor. Si quieres puedes hablar con él y verás que no te miento. Además, dentro de unas semanas lo podrás conocer en el tercer aniversario de su fundación.

Hago un pequeño parón, porque creo que le va a dar algo.

—¿Estás bien? —Le sostengo la mano, pero me la quita al momento como si ese gesto le molestase.

—Continúa, por favor —dice en un tono apenas audible.

—Diana, necesito que me creas. Esta situación está volviéndome loco. No encontraba la manera de poder contártela. Siento mucho que te hayas enterado así. ¿Qué puedo hacer para que creas lo que te he dicho y me perdones?

Joder, me está mirando fijamente. Si las miradas matasen, ella ya lo habría hecho. Pero un momento, ¿qué pasa en su cara?

—No por favor, no lo hagas —le imploro. Está a punto de llorar. Y lo hace.

Mientras intento consolar a mi bombón, Iván se acerca hacia mí y me dice:

—Yo te creo. Y tienes mi apoyo en todo lo que necesites.

Diana gira la cabeza mirando a su amigo, le sonrío tímidamente y le abraza con fuerza sin parar de llorar.

—Gracias, colega.

—Bueno, eso de colega ya lo vamos viendo —me responde algo más relajado.

Entonces, sucede lo que llevaba rato esperando.

—Yo también te creo. —Me besa en los labios, llevándome hasta la gloria.

—Gracias. Gracias a los dos. Lo siento mucho de verdad. Nunca más he vuelto a saber de esa gentuza, aunque no me cabe la menor duda de que nos estarán buscando para vengarse.

De los hijos de puta de mis supuestos amigos no sé nada desde el día en que se dieron a la fuga. Roberto está intentando dar con ellos, pero hasta el momento no se sabe nada.

Observo a Diana y tiene la mirada perdida. Creo que está intentando asumir todo lo que le he contado. No es fácil de digerir, así que tendré que darle su tiempo. Sin embargo, el que me ha sorprendido ha sido Iván, daría su vida por su amiga y ha tenido los huevos de enfrentarse a mí aun sacándole casi una cabeza. Eso me gusta. Me encanta que mi bombón tenga quien la defienda mientras yo no estoy. Sé que ella es capaz de defenderse sola, pero me complace saber que tiene donde apoyarse.

Una vez que he terminado de relatarle todo mi secreto, me levanto del sofá dirigiéndome hacia la salida. Diana no se ha movido aún de su asiento y me temo que no lo hará hasta que salga por la puerta. Sí, me ha besado, pero la he dejado en *shock*.

—¡Espera! —Oigo que dice desde donde está sentada—. No te vayas aún. Creo que tenemos que aclarar varios asuntos —me dice ya recompuesta del susto.

—De acuerdo. Como tú quieras —contesto con una sonrisa en los labios; me acerco al mismo sitio en que estaba segundos antes.

—Todo esto que nos has contado seguro que tarde o temprano se solucionará. Pero ha creado en mí una serie de dudas e inseguridades que tengo que aclarar yo misma. Así que me gustaría tomar un tiempo para replantearme lo nuestro. Sé que anoche te dije que lo intentaría, pero lo de hoy cambia las cosas. No quiero sufrir en el caso que llegues a ser condenado. Puede que esté siendo egoísta. Pero no me gustaría mantener una relación donde solo podría verte una vez a la semana a través de cristales o esperar una visita vis a vis para poder estar un rato juntos. Espero que puedas entenderme. Pienso que lo mejor es dejar esta no relación por un tiempo. Me entiendes, ¿verdad?

No es posible lo que acabo de escuchar. Hace unas horas era el hombre más feliz del mundo y el júbilo que tenía hace un instante se ha esfumado por donde ha venido. Está muerta de miedo y la entiendo. Si no quiero perderla para siempre tendré que aceptar sus condiciones, arriesgándome a que conozca a otro hombre y me la arrebathe para siempre.

«Vamos, Miguel, tú puedes con esto. Seguro que pronto pasará y podrás tenerla todo el tiempo que quieras», digo para mí mismo enfundándome un poco de valor, ya que me siento como una mierda.

—Está bien. Comprendo tu miedo. Respetaré tu decisión y esperaré el tiempo que haga falta. No habrá compromiso alguno. Pero no me prives de tu compañía ni de tu amistad, por favor, eso sí que no lo soportaría —se lo pido casi suplicando.

—No digas tonterías, eso no va a pasar. Seguiremos como hasta ahora. Haremos que no ha pasado nada y punto. De tu hermano ya me encargaré yo. Le explicaré que entre nosotros no hay nada más que una simple amistad y ya está.

Me hace gracia cuando responde así, de esa manera. Es maravillosa y lucharé por ella hasta que se agoten mis fuerzas.

—Pues si está todo aclarado, me voy. He quedado con Roberto para hablar del juicio, que será en aproximadamente un mes. Gracias por todo, bombón.

Veo que va a decir algo respecto al apelativo con la que la he llamado, pero la freno poniéndole un dedo en la boca. Y ella ni corta ni perezosa lo besa y me lanza un guiño. Creo que le gusta que la llame así, pero no logra decírmelo. Me va a costar Dios y ayuda no besar ni volver a tocar esos labios que tanto me gustan.

—Nos vemos pronto, Miguel. Cuídate mucho.

—Tú también, Diana.

Y salgo abatido por la puerta, sin mirar atrás.

CAPÍTULO SEIS



Observo cómo Miguel sale cabizbajo por la puerta de mi apartamento y me siento fatal por todas las cosas que le he dicho. No quiero sufrir, y menos por amor. Ya lo pasé con su hermano hace años, y eso que no teníamos nada serio, que si no... Me encariño muy rápidamente con la gente y quizás ese sea el problema, que soy demasiado confiada y en cuanto me doy la vuelta me la dan con queso. O espabilo ya, que, por cierto, con casi treinta años ya lo podría hacer, o la vida me va a ir como el culo.

—Iván, ¿crees que he actuado correctamente?

Mi amigo me mira y lo único que se le ocurre decirme es:

—¿Nos pedimos una pizza?

—¿En serio? —digo entre risas—. Iván, no puedo creerme que estés pensando en comer en estos momentos.

—Lo siento, corazón, pero es que con el estómago lleno pienso mejor. Y además, el nuevo repartidor está buenísimo, me encanta cuando sujeta las cajas al entrar y sus músculos se aprietan en esa camiseta roja...

—¡Basta, por favor! —le replico en carcajadas. Siempre sabe cómo sacarme una sonrisa cuando estoy de bajón.

—Vale, de acuerdo. Pedimos pizza, pero hazme el favor de dejar tus pensamientos de loca desbocada por un momento y dime qué hago con mi vida.

—Mira, cochete. Yo no soy quién para aconsejarte en los temas del corazón. La verdad es que ya me gustaría a mí tener ese gran problemón que tú tienes ahora mismo. Y desearía tenerlo entre mis piernas.

—¡Iván! ¡Eres un tocapelotas de mucho cuidado!

—Ainsss, me encantaría tocar pelotas. —Lo miro y está haciendo gestos obscenos con las manos, como si estuviera tocando los huevos de algún tío buenorro.

—¡Se acabó! —sentencio dando un golpe en la mesa.

Al ver mi reacción, mi amigo para de hacer tonterías y se acerca hacia donde estoy.

—Perdóname, *my darling*. Solo quería animarte un poco, pero veo que esto es más serio de lo que pensaba.

—No te disculpes. Sé que quieres lo mejor para mí. Pero es que esto me sobrepasa. Cuando creía haber encontrado al hombre perfecto, resulta que no lo es. ¡Qué mala suerte tengo!

—Tranquilízate, cariño; solo hazle caso a tu corazón, y deja que sea él quien hable por ti. Déjate llevar por una vez en tu vida. —Y lo mismo que está de broma, va y me suelta eso. Si es que tengo un amigo que no me lo merezco.

—¿Y si mi corazón se equivoca y sufro de nuevo?

—Ay, pequeña; bienvenida de nuevo al mundo del amor.

Dios, qué difícil es esto de los sentimientos. Me quedo un rato pensativa y un ruido hace que vuelva a la realidad.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto algo extrañada, porque se ha escuchado muy cerca de donde está Iván sentado.

—Son mis tripas. Tengo hambre y las tienes aquí sufriendo por amor, y ellas lo que quieren es comer.

—¡Ay, madre mía! No tienes remedio... Anda, anda, llama a ese repartidor buenorro para que nos traiga algo de comer y por lo menos nos recreamos un rato con las vistas. —Estoy algo más calmada y

sonriente. Seguramente que con el estómago lleno veré las cosas de otra manera.

Pasado un rato llega nuestro querido repartidor, ¿y cuál es nuestra sorpresa? Al abrir la puerta nos encontramos con un chico de unos veinte años, alto moreno y ojos marrones penetrantes.

—Son quince con cincuenta —dice mientras saca la pizza de la bolsa hermética y nos la entrega. Los dos estamos embobados mirándolo.

—Perdonad, son quince con cincuenta.

—Sí, sí, lo siento —me disculpo. Iván sigue en el mismo estado de alelado que tenía hace unos segundos. Solo que esta vez lo está haciendo con la pizza en la mano mientras yo consigo reunir el dinero y poder pagarle.

—Muchas gracias. —Y le doy el dinero en la mano. Esto por el buen servicio que siempre nos das. —Le entrego una pequeña propina solo por mantenerlo un segundo más aquí.

—Muy amable. Gracias. Hasta otro día y que aproveche.

El muchacho entra en el ascensor y mi amigo con la caja en la mano se queda mirando hacia la puerta, viendo cómo se marcha.

—Tierra llamando a Iván —repito varias veces para que mi amigo salga del trance en el que se encuentra.

—¡Iván, coño, espabila! —Tengo que subir un poco el tono porque no me hace ni puñetero caso. Cuando reacciona dejamos la caja de cartón encima de la mesa, la abrimos y cada uno coge un trozo, pero antes de que él le dé el primer bocado dice:

—Perdóname. ¿Has visto qué monumento? Me lo comería con un chorrito de salsa barbacoa junto con este trozo de pizza tan delicioso que tengo entre mis manos, y ni siquiera lo masticaría. Lo tragaría del tirón.

Otra vez la risa. Pero esta vez me ha pillado con la pizza en la boca y casi me atraganto. No paro de toser, hasta que por fin puedo escupir toda la comida que tenía dentro y respirar.

—¡No vuelvas a hacer eso! Al final vas a acabar conmigo, ¡pedazo de loca! —le regaño con toda la boca manchada por el estropicio que he liado.

—De acuerdo. Lo siento. Pero reconoce que está para comérselo.

—Sí, es cierto, para eso y mucho más —reconozco, por fin.

Pasado un rato terminamos nuestra cena y recogemos la mesa en un momento. Iván se despide de mí hasta el día siguiente, haciéndome prometer que no le daré más vueltas al coco por esta noche.

Al cerrar la puerta, echo la llave y me dirijo hacia la ducha para refrescar un poco las ideas.

Cuando termino de mi baño, me siento en el sofá y enciendo la televisión para distraerme un poquito y poder coger el sueño. Haciendo *zapping* veo un programa de costura donde los concursantes tienen que hacer una prenda de vestir en un determinado tiempo. Los tres jueces que hay los valoran y el mejor de todos se llevará un gran premio al final de la competición. Entre los jueces se encuentra el famosísimo diseñador italiano Giorgio Moretti. Me sorprende al verlo, porque es el diseñador favorito de Iván. Mi amigo tiene un don especial para la costura. Aun no entiendo qué hace haciendo masajes si lo que verdaderamente le hace feliz es coger una aguja e hilo y crear maravillas. Desde luego vaya dos patas para un banco. Una pianista miedosa y un diseñador frustrado. Lo nuestro es de título de libro. Tengo que decírselo a Iván y que se apunte al *casting*.

Los párpados comienzan a pesarme, y antes de quedarme dormida en el sofá y que despierte con un millón de contracturas, decido irme a la cama.

Suena mi despertador a las siete y media de la mañana y maldigo todo lo que puedo y más. No me gustan los lunes y menos después de pasar un fin de semana movidito. He estado casi toda la noche dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, y cuando por fin creo que lo he logrado, suena la dichosa alarma. Vaya semana tan dura que me espera. Muy a mi pesar, me levanto y entro en el baño a hacer mis necesidades. Cuando termino me dirijo a la cocina para prepararme un café antes de ir a desayunar con Iván. Sí, tengo que tomarme un café antes de salir o no soy persona en todo el día y será el pobre de mi amigo quien pague las consecuencias.

Pongo mi cápsula de café con caramelo en la cafetera. Mientras se hace, busco en mi armario el uniforme de trabajo para guardarlo en una bolsa y poder cambiarme una vez que llegue a la clínica. Me libero del pijama, me visto con unos vaqueros azules desgastados y un jersey amarillo huevo. Aunque estemos en otoño, me gusta vestir con colores alegres, ya que es como me siento siempre. Menos estos dos días, que han sido de locura. Aun así, seguiré con la alegría que me caracteriza. Porque como dice mi madre, al mal tiempo buena cara. Solo falta una semana para que el mes de octubre termine y con eso llega mi treinta cumpleaños. Pienso hacer una fiesta por todo lo alto. Bueno, la haré todo lo que me permita mi economía, que teniendo en cuenta el descomunal préstamo en el que me he embarcado, no creo que me dé para derrochar. Pero ya se me ocurrirá algo para pasarlo bien sin gastar mucho dinero.

Una vez que he terminado de arreglarme y de coger todo lo necesario para comenzar mi semana, salgo de casa con la esperanza de que el día de hoy sea el comienzo de una buena semana y no pensar que se me va a hacer eterno llegar de nuevo al domingo. Tengo la suerte de poder ir a trabajar dando un paseo, ya que mi clínica está muy cerca de casa y no tengo que sufrir el estrés de los atascos o de tener que salir un poco antes para poder aparcar el coche.

Cuando casi llego a la puerta, diviso a mi querido compañero de trabajo tan puntual como siempre, apoyado en una de las paredes de la entrada. Es un hombre muy guapo. Tiene el pelo moreno, ojos color azabache, mide un metro setenta y como buen metrosexual, su cuerpo no tiene ni un solo rincón donde puedas encontrar un puñetero pelo.

—Buenos días, *my darling*, aunque es por decirte algo. Vaya careto traes. Pareces la novia cadáver con esas ojeras que me llevas.

—Vaya, gracias por el piropo. Así da gusto comenzar una semana de mierda —le respondo de mala manera a Iván. Este me mira con cara de asombro.

—Mira, loca del coño. Que te hayas levantado con el pie izquierdo y hayas dejado el buen humor vete a saber dónde, no quiere decir que tengas que hablarme de esa forma. Así que, cuando vuelva la Diana con la que desayuno todos los días tan ricamente, me avisas.

Veo cómo se da la vuelta y comienza a caminar a paso ligero hacia el bar donde desayunamos todos los días juntos. Me quedo paralizada por el enfado que tiene y pienso que no es justo que le haya hablado así. Salgo corriendo hacia él, y sin que se lo espere, me subo a su espalda rodeando con mis piernas su cintura. Para en seco y empiezo a pedirle disculpas.

—Perdón, perdón —no paro de repetirlo—. Lo siento. No tengo derecho a ponerme así contigo. He pasado una mala noche y tú has sido el primero al que he visto... ¿Me perdonas? —Bajo de su espalda y observo cómo, poco a poco, su rictus serio va cambiando a un amago de sonrisa. Aprovecho ese momento para ponerle cara de perrito triste. Pongo el labio inferior hacia fuera, las manos juntas debajo de la barbilla y comienzo a hacer ruiditos como si estuviera llorando el mismísimo animalito.

—Deja de hacer eso —me dice algo más divertido.

—No hasta que me perdones. —Y vuelvo a hacer el mismo ruido, pero esta vez un poco más fuerte.

—Por favor, Diana, qué fatiga. Vale, vale. Te perdono si paras de una vez. Me estás avergonzando delante de toda la calle.

—¡Bien! ¡Gracias, cosa guapa! Lo siento muchísimo de verdad. Prometo que no volverá a pasar. Te invito a desayunar y fumamos la pipa de la paz.

Terminado el conflicto con mi amigo y acabados nuestros desayunos, nos dirigimos hacia la clínica para comenzar este lunes un tanto diferente, pero por lo menos productivo. La verdad es que no podemos quejarnos, de momento tenemos un montón de pacientes a los que atender.

CAPÍTULO SIETE



Llegamos de nuevo a la entrada de la clínica. Desconectamos la alarma y cada uno se dirige a su vestuario para cambiarse. Pasados unos minutos aparece Rocío. Es nuestra recepcionista. Se encarga de recibir a los pacientes y de hacerles pasar a la sala de espera mientras llega su turno. Es una mujer de treinta y nueve años en proceso de separación. Su marido la ha engañado tantas veces que ya no hay más oportunidades para poder arreglar lo suyo. Tiene tres hijas, dos de ellas menores de edad. La mayor se fue a Almería a vivir con el novio y la verdad es que le va de maravilla. Ella es de Granada, pero por circunstancias de la vida llegó a Málaga en busca de una nueva vida, y aquí la tenemos con nosotros. Es encantadora con todo el mundo, y como es muy difícil encontrar personas así, no la vamos a dejar escapar.

—Buenos días, Rocío. ¿Qué tal estás? —le pregunto todo lo alegre que mi estado de ánimo me permite.

—Buenos días, Diana. Bueno, no estoy muy mal del todo. Mi exmarido se ha pasado toda la noche mandándome mensajes pidiendo perdón. ¡Qué pesado! Pero bueno, al final he acabado apagando el móvil. —Suelta una pequeña carcajada. Ahora es ella la que lo hace sufrir. Pero esa es otra historia que ya contaré.

Mientras charlamos, se abre la puerta y aparece nuestro primer paciente, seguido de un mensajero.

—Buenos días. Dígame su nombre —pregunta Rocío al señor que acaba de aparecer. Es un hombre alto moreno, atractivo y lleno de tatuajes por todo el cuerpo.

Mi nombre es Mike. Tengo cita con la señorita Diana, pero si no es mucha molestia preferiría que me atendiera Iván. Espero que pueda solucionarlo. Dice nuestro paciente un poco apenado.

—Hola, Mike —lo saludo en cuanto lo veo—. No te preocupes, Iván no tiene a nadie ahora mismo y creo que te podrá atender sin problema.

—¿De verdad? ¿No te importa? —Está sorprendido porque no le haya puesto ninguna pega.

—Sí, tranquilo. Y no, no me importa. Pasa a la sala número uno y enseguida irá mi compañero.

Entre tanto que le estoy diciendo por dónde debe ir, el mensajero se acerca a la recepción y oigo que pronuncia mi nombre.

—¿La señorita Diana Ortiz? —le pregunta a Rocío. Y antes de que esta pueda contestar, me adelanto y respondo.

—Sí, soy yo. ¿Qué desea?

—Tengo un paquete para usted.

—¿Para mí? ¿Está seguro? Yo no he pedido nada que recuerde.

—Es un paquete de parte de Ángel López. Firme aquí, por favor.

Al escuchar el nombre de Ángel me pongo nerviosa y mis manos comienzan a temblar.

Al ver mi estado, el mensajero pregunta si estoy bien y le digo que sí. Me entrega mi paquete y se marcha.

—Hasta luego; que tenga un buen día.

—Gracias —respondo—. Rocío, voy para la sala de descanso. En cuanto llegue mi primer paciente hazle pasar, por favor, a la sala número dos.

—De acuerdo. Diana, ¿estás bien?

—Sí, sí, tranquila. Estoy perfectamente —terminado de decir esto me marcho con mi pequeño paquete en las manos.

Llego a nuestro rinconcito de descanso y suelto la pequeña caja sobre la mesa que tenemos para

comer. La miro con recelo, pero muero de ganas por saber qué contiene. Dudo si hacerlo o no. Me levanto de la silla y comienzo a quitarle envoltorios al dichoso cartón. Cuando termino de hacerlo, lo que encuentro no es nada más ni nada menos que... ¡un móvil! ¡Ay, madre del amor hermoso! Al sacar el teléfono de la caja, con él sale una nota que dice: «Espero que te guste y aceptes este regalo. Tu teléfono no quedó muy bien la última vez que nos vimos. ¿Quedamos para comer? Aún siento tus labios en los míos y tus dedos marcar mi cara. Necesito verte y aclarar algunas cosas, si no, me volveré loco. Si aceptas, te espero a las tres en el restaurante que hay junto a la clínica. Un beso. Ángel».

Bueno, lo que me faltaba. Ahora este quiere hablar de vete a saber qué y yo... yo me quiero morir. ¿Pero qué le he hecho yo a Dios para que me castigue de esta forma? En fin, como dice mi querida madre, que, por cierto, tengo que llamarla, porque si no lo hago acabaré saliendo en la primera página de sucesos del periódico. De bien nacido es ser agradecido. El móvil me lo quedo porque el mío, por su culpa, quedó para el arrastre. A las tres iré con él a comer y solucionaremos lo que tengamos que solucionar.

Salgo de la sala corriendo para contarle a Iván lo que me ha pasado, dejando a Rocío algo preocupada por las prisas que llevo. Supongo que ya habrá terminado con Mike y como mi paciente aún no ha llegado, me dirijo dando zancadas hacia su sala. Veo la puerta entornada y...

Me muero de vergüenza. Encuentro a Iván en los brazos de Mike besándose como si se fuera a acabar el mundo.

—Perdón, perdón.

Los dos se quedan mirándome porque me he quedado paralizada en el marco de la puerta y no sé qué hacer.

—¿Pasas o te vas? Por mí no hay problema en que te quieras quedar a mirar, pero si no es así, ¿te importaría dejarnos un poco de intimidad?

Al ver tal descaro de mi amigo al decirme esas palabras, reacciono. Lo aparto un poquito del lado de Mike pidiéndole disculpas por cortarle el rollo de esa manera y le digo:

—¡Serás bruja mala! ¿Sabes que lo que tenías que hacerle era un masaje y no meterle la lengua hasta el fondo?, ¿no? ¿Pedazo de guarra?

Comienza a reír sin parar y observo cómo a Mike le ha cambiado el color de cara. ¡Parece un tomate!

Al sentir la risa de Iván me uno a él. Y es Rocío quien interrumpe nuestro momento de diversión para advertirme que mi paciente ya ha llegado y que está esperándome en la sala de masajes.

—Ya hablaremos de esto y de lo que te quería contar. Ahora, por marrana, te vas a quedar sin saber lo que me ha pasado y con quién he quedado a comer hoy.

—¿Serás cabrona? Dice secándose las lágrimas por la risa.

—Por favor, hazle el masaje que tenías que hacer y, si quieres, te dejo las llaves de mi casa, ya que hoy no comeré allí y podréis tener un poco de intimidad. Pero aquí en la clínica no. ¿Entendido?

—Iván sigue mirándome con cara de estar pasandoselo muy bien.

—Perdona, pero te recuerdo que también soy dueño de esta clínica. Sin embargo, debo reconocer que no está bien hacerlo aquí.

Termino de escucharlo y salgo por la puerta muerta de la risa. ¡Menuda fiesta se estaban dando!

Me despido de ellos con una gran sonrisa en los labios y un poco avergonzada por la situación. Ahora entiendo tanto interés porque Iván lo atendiera hoy. Lo que no esperaba para nada era que Mike también fuera gay. Creo que tenía algunos prejuicios al ver su manera de vestir, sus tatuajes... ¿quién lo iba a decir?

Entro en mi sala, saludo a mi paciente y me pongo a hacerle su correspondiente masaje.

Termino con mi tarea, miro el reloj que tengo colgado en la pared y ya son casi las tres de la tarde. Estoy quitándome la ropa de trabajo cuando suenan unos toquécitos en mi puerta.

—Adelante.

—Chochete, me voy ya. ¿Me dejas las llaves de tu casa? —Lo miro fijamente y busco entre mis cosas

el bolso que traía esta mañana y por fin encuentro las llaves de mi humilde morada.

—Tómalas, y por tu bien espero que todo quede como está.

—Gracias, *my darling*, es imposible que lo pueda llevar a la mía con mi madre allí. Estoy planteándome la posibilidad de independizarme. Pero eso ya lo pensaré otro día. Ahora tengo otra cosa en mente —se despidió de mí a risotada limpia y se marcha.

Por fin puedo quitarme el uniforme, y cuando salgo, aún está Rocío esperando en la puerta para salir juntas. Salimos las dos a la misma vez y nos despedimos hasta la tarde.

Me dirijo hacia el restaurante. En cuanto atravieso la puerta, allí está. Tan impresionante como siempre. Luce un atuendo informal. Vaqueros, camisa y una americana que le queda como un guante. Justo cuando estoy acercándome a la mesa una camarera muy amable me pregunta si voy a comer. Le digo que sí, que hay alguien esperándome ya en una mesa. La amable mujer me sonrío y deja que vaya hasta donde está Ángel.

—Buenas tardes —le digo nada más llegar a su lado.

Al escucharme, rápidamente se levanta y se acerca a mí para saludarme con dos besos en las mejillas. Han sido un poco más largos de lo normal, pero lo dejo pasar.

—Buenas tardes, Diana; gracias por aceptar mi invitación. —Me insta a que me siente en la silla que hay libre y lo hago encantada. Estar aquí me desconcierta y me encanta a la vez. Ahora que estoy junto a él, siento que no debería haber venido. No sé cómo reaccionaré cuando comencemos nuestra conversación y si seré capaz de seguir aguantándome las ganas que tengo de sentirlo otra vez de nuevo entre mis piernas. Lo de Miguel ha estado muy bien, pero ahora me siento fatal por haber hecho que este crea que podemos llegar a tener algo algún día, cuando en realidad a quien siempre llevaré en mi cabeza y en mi corazón será a Ángel. Aunque cuando llegue el momento de su enlace lo pierda para siempre y tenga que conformarme con ver cómo otra mujer disfruta de sus besos. Espero que para cuando llegue ese fatídico día para mí, me encuentre lejos de su vida y así poder rehacer la mía.

Una voz me saca de mi ensoñación momentánea.

—Diana, ¿te encuentras bien?

—Sí, muy bien, disculpa. Digamos que los lunes no me gustan mucho y menos después de pasar un fin de semana un tanto extraño.

Me mira fijamente y sabe muy bien de lo que estoy hablando.

—Siento mucho que hayas pasado un mal fin de semana. Miguel me ha llamado bien temprano y ha estado contándome lo que os ha pasado. La verdad es que me resulta raro que lo haya hecho, puesto que llevamos un tiempo que no nos hacemos confianzas, pero creo que esta vez hay un gran motivo para ello. Y es que le gustas mucho y sabe que ha metido la pata hasta el fondo. Cosa que, en gran parte, me alegro porque tú no eres mujer para él. No te merece después de cómo se ha comportado últimamente.

Vaya, pues sí que empezamos bien. La primera en la frente. Y ahora qué quiere que le diga. ¿Que su prometida tampoco es merecedora de estar junto a él y que con quién mejor estaría sería conmigo, porque lo haría el hombre más feliz del mundo? Podría, pero complicaría aún más las cosas y no tenemos la necesidad de hacer sufrir a terceras personas. Así que, Diana, queda con él lo mejor que puedas y acepta de una vez por todas que este hombre no es para ti.

—Te agradezco que te preocupes por mi vida sentimental y todo eso. Pero ¿no crees que ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones al igual que tú tomas las tuyas? Probablemente, Miguel haya cometido un error. Todos nos hemos equivocado alguna vez y no por ello hemos dejado de intentar remediar nuestro fallo. No voy a dejar de lado a Miguel porque unos hijos de puta le hayan gastado la mayor putada que se le pueda gastar a una persona. Es mi amigo y voy a estar apoyándolo hasta que todo esto se aclare. No eres nadie para decirme si soy merecedora de tenerlo conmigo o no.

Al escuchar mis palabras noto cómo la vena de su cuello se ha hinchado de rabia. Ya no soy la Diana que él conoció hace unos años. La que se dejaba influenciar por cualquiera y hacía lo que los

demás le decían que hiciese. Ya no. Ahora tomo mis propias decisiones y, si me equivoco, que sea porque he tomado la dirección equivocada y no porque alguien ha estado detrás guiándome. Pero dentro de mi corazón sí que sigue la Diana enamorada de él hasta los huesos. Y eso no debe de saberlo jamás.

—Bien, creo que no hemos empezado con buen pie. ¿Qué te parece si comenzamos desde el principio y nos olvidamos de todo esto? —dice aguantándose las ganas de decirme cualquier bordería.

—Por mí perfecto.

—Buenas tardes, Diana; gracias por aceptar mi invitación. Espero que te haya gustado mi regalo. Me sentí fatal por haber roto tu teléfono y quería que lo aceptaras y así poder enterrar el hacha de guerra.

Sonríó por cómo se está disculpando y no tengo más remedio que contestarle.

—Yo piel blanca perdonar a ti gran jefe. —Levanto la mano como si de una mismísima india se tratase.

Comienza a reír por mi ocurrencia y, tras ello, pasamos una sobremesa muy agradable.

Terminamos nuestro almuerzo y ya es hora de volver al trabajo. Aún falta una hora para volver a abrir la clínica, por lo que lo invito a pasar dentro de esta y así seguir charlando tomándonos un café. Llegamos a nuestro destino y desconecto la alarma, como siempre. Le hago pasar hasta la sala de descanso mientras me cambio de ropa. Vuelvo a ponerme el uniforme blanco y me dirijo hacia donde se encuentra Ángel. Cuando vuelvo ya están los dos cafés preparados. Está sentado en el sofá que tenemos para descansar y me siento junto a él. Pienso disfrutar de este momento, ya que puede que sea el último rato así de íntimo que pase con él.

—Gracias por el teléfono. Aún no había tenido la oportunidad de agradecértelo. Pero no tenías por qué hacerlo.

Se acerca mucho más a mí y me dice:

—Te mereces eso y más.

Al terminar de decir eso se acerca a mis labios, comienza a besarlos y, como siempre me pasa cada vez que lo tengo cerca, me dejo llevar.

Nuestras lenguas comienzan un baile infinito de besos. Ángel, al ver que no pongo resistencia, comienza a desabrocharme la chaqueta blanca de mi uniforme, dejando entrever mi sujetador del cual no tarda en deshacerse; lo lanza al suelo divertido y prosigue con su juego. A continuación y sin darme tiempo a replicar, se dispone a quitarme los pantalones y vuelve a hacer lo mismo que ha hecho con la chaqueta. Me arranca de cuajo el tanga y lo miro sorprendida a los ojos por lo que ha hecho. Acaba de dejarme sin ropa interior el resto de la tarde.

—Te compraré otro —me promete entre jadeos y mientras pasa su lengua sobre mis pechos y los devora con ímpetu.

Una vez que me tiene donde quiere, se esmera en besar cada rincón de mi cuerpo sin que se le escape ninguno. Se para en un pequeño lunar que tengo en la cadera de la parte izquierda y lo observa.

—Me encanta ese lunar. Siempre me ha gustado —vuelve a decir acelerado.

Sigue bajando hasta llegar a mi sexo; hace una breve pausa y se relame como si fuera a degustar su helado favorito.

Comienza tocándolo un poco, haciendo movimientos circulares sobre mi clítoris, y va introduciendo poco a poco los dedos para acabar metiendo su lengua hasta perderse en él. Lo besa con sumo cuidado acelerando un poco más cada vez que pasa su lengua por el depilado coño. Está suave y puedo sentir cómo su boca saborea las primeras gotas de mi esencia que comienzan a salir sin permiso.

—Sí, preciosa, eso es. Dámelo todo. No sabes las ganas que tenía de volver a tenerte en mis labios. Córrete para mí.

—Ummm. Sí, sigue así. No pares —consigo decir, porque me está dando un gusto que no puedo ni

hablar. Solo sé sentir placer en este momento.

Mis palabras lo han encendido aún más, por lo que se aferra en hacerme disfrutar más, si cabe, hasta lograr que llegue al clímax y me corra sintiendo el mayor de los placeres.

Cuando ve que he terminado, me coge de las caderas, se sienta en el sofá y me indica que suba a horcajadas sobre él. Obedezco como si de su sumisa se tratase, pero no sin antes pedirle que se ponga un preservativo para poder disfrutar de un polvo seguro. Me pongo en la posición que anteriormente me había indicado. Busco su polla y la introduzco en mi preciado monte de venus y comienza la fiesta. Al sentirse dentro de mí se le escapa un gran gemido. Tengo que taparle la boca porque si no, nos van a escuchar en toda la calle. Seguimos con nuestra particular juerga metiendo y sacando su miembro sin parar. Lo ayudo tocándole los huevos por debajo, provocándole aún más placer.

—Sí, nena, sí. No pares ahora; sigue, sigue. ¡Arggg! ¡Oh, sí! ¡Estoy a punto, prepárate preciosa corrámonos juntos!

Y como si de una orden se tratase, así lo hacemos. Los dos llegamos al máximo placer en segundos.

Cuando hemos terminado, un sentimiento de culpa se adueña de mí y Ángel parece ser que lo ha notado.

—Diana, ¿estás bien? —pregunta con algo de incertidumbre.

—Sí; bueno, no. O sea, ¿qué hemos hecho? —Me pongo las manos en la cabeza, a la misma vez que voy recogiendo mi ropa que ha quedado esparcida por toda la sala.

Ángel se acerca hasta donde estoy; he conseguido ponerme la ropa, pero el tanga o lo que queda de él no sé dónde demonios lo habrá lanzado.

—Escúchame. Hemos hecho algo espectacular. Nos hemos dado amor y placer, que es lo más bonito que dos personas pueden regalarse.

Ay, Dios mío; «amor», dice. ¿Pero se habrá dado algún golpe mientras me estaba penetrando y no me he dado cuenta?

—Ángel, creo que no has entendido nada. Lo que hemos hecho no ha estado bien. —Me mira enarcando una ceja—. Bueno, sí, ha estado muy bien, pero no es eso a lo que me refiero.

Comienza a reír y de buenas a primeras estoy entre sus brazos. Me abraza como si no fuera a hacerlo nunca más. Y es así como debe ser.

—No te rías y suéltame, por favor. —Al decirle esto, su rictus cambia a estar más serio—. Estás comprometido y no puedes hacerle esto a tu futura mujer.

Me mira fijamente y comienza a hablar.

—Es cierto que estoy comprometido, pero aún no me he casado. —Se pasa la mano por el pelo en señal de preocupación. Lo noto agobiado.

—No quiero casarme, Diana; no quiero unirme a esa mujer porque... te amo desde el primer día que te conocí. No he podido parar de pensar en ti. He intentado olvidarte estando con otras mujeres, y la verdad es que siempre aparecías en mi cabeza. Nunca debí dejarte marchar y ahora...

Vale, estoy flipando por momentos.

—...ahora tengo que casarme con una mujer que ni siquiera me pone cuando estoy con ella en la cama. No la amo. Solo voy a casarme porque su padre ha jurado que me joderá el resto que me quede de vida si no lo hago. Es un hombre muy poderoso.

Al escuchar esto caigo de rodillas a sus pies para poder darle consuelo. No puedo creer esta declaración de amor que acabo de escuchar. Llevo toda mi vida esperando a que algún hombre me hable así y poder ser feliz con él. Y resulta que cuando llega ese hombre lo obligan a casarse por un capricho de la hijita malcriada. ¿Por qué tengo tanta mala suerte con los hombres?

—No sé qué decir, Ángel. Llevo años queriendo escucharte decir esto, pero creo que no ha llegado en buen momento. Así que, analizando la situación de ambos, creo que lo que acaba de pasar ha sido una buena despedida —mientras digo esto comienzan a salir esas dichosa gotas saladas por mis ojos, que no sé quién les habrá dado permiso para salir.

El hombre que me hubiera hecho la mujer más feliz del mundo se da cuenta de mis lágrimas y se

apresura a secarlas con la palma de su mano. Ese contacto hace que me recree en el olor de su perfume y lo memorice para siempre.

Instintivamente, miro el reloj y ya son casi las cinco. Iván y Rocío tienen que estar a punto de llegar y nosotros aún estamos en esta guisa.

—Son las cinco menos diez de la tarde y apenas hemos recogido todo el estropicio que hemos liado. —Me levanto divertida sin dejar que Ángel diga nada. Lo insto a que me ayude a recoger y que parezca que allí solo estábamos tomando un café. Unos minutos más tarde, aparece Iván con una sonrisa de oreja a oreja, la cual se le quita cuando me ve con los ojos hinchados y el pelo revuelto sentada al lado de Ángel, aparentando normalidad.

CAPÍTULO OCHO



Maldita sea mi suerte! Casi la atropello por culpa de la mierda del navegador. Me apresuro a salir del coche y la encuentro tirada en el suelo. Le pregunto si está bien y contesta que sí, aunque creo que está mintiendo porque veo que sale sangre de su codo. Soy un maldito inútil. La ayudo a levantarse y nuestras miradas se encuentran en el camino. ¡Dios! Sigue siendo la mujer más bonita del mundo. Acabo de llegar de Italia de supervisar el almacén que estamos montando allí para que después de la dichosa boda pueda por lo menos evadirme y olvidarme durante horas del gran error que voy a cometer.

La observo y ella me mira fijamente. Se levanta con prisa y veo que en el suelo está su móvil. La llamo para entregárselo y, al rozar la palma de su mano, mi piel se eriza igual que la de una gallina. Y eso es lo que soy. Una puta gallina por no saber enfrentarme al que será mi futuro suegro. Retiro mi mano como si de fuego se tratase y noto que a ella no le ha gustado ese gesto. Observa la pantalla de su móvil y se lamenta porque la pantalla se ha roto. Le prometo que le regalaré otro. Ella me dice que no hace falta y se apresura a marcharse. La invito a cenar para hablar sobre la evolución de mi padre y así poder olvidarme un poco de la asquerosa vida que me espera sin ella. Declina la oferta porque el cabrón de mi hermano ya la ha invitado y porque no quiere problemas con Isabella. Eso hace que me hunda más en la miseria en la que estoy viviendo, aunque no se lo hago saber. Por un momento he pensado que estaban juntos. He intentado que entre en casa conmigo para curarla, pero no he conseguido nada. Le digo que tenga cuidado y que ya hablaremos. Y sin apartar la mirada de su figura perfecta, se aleja dejándome allí plantado como una maceta más de las que hay en el jardín. Permanezco unos minutos en la puerta de la entrada para tomar aire fresco. Cuando ya me he recuperado un poco, decido entrar en la casa. Allí está la bellísima Isabella, sentada en el sofá tomando una copa de vino, esperando a que llegue. Hago acto de presencia.

—Hola, caramelito. —Le doy un beso en los labios. Debo tratarla así para no entrar en conflictos.

—*Ciao, amore. Mi sei mancato.* —Me abraza con fuerza y recibo otro beso, pero con más pasión de la que yo puedo demostrarle. Yo también te he echado de menos. (Miento a no poder más).

—Si no te importa, quisiera hablar en mi lengua materna. Estoy de los italianos hasta los cojones.

Isabella me mira con cara de enfado por lo que acabo de decir. Ella sabe perfectamente cuál es nuestra relación, así que no me toque los huevos, porque al final lo voy a mandar todo a la mierda, aunque mi vida se vuelva un infierno.

—Está bien, cielo. Te perdono la forma en la que acabas de hablarme porque sé que estás cansado y eso hace que te pongas de mal humor. Ve a darte una ducha. Hoy quiero que me lleves a cenar al restaurante del campo de golf.

—Isabella, estoy hecho polvo y sabes que allí hay que hacer reserva con tiempo.

—Por eso no te preocupes. Ya he llamado yo y tenemos mesa reservada para nosotros dos. Me apetece mucho pasar un rato a solas contigo sin que nadie nos moleste. Además, he escuchado a tu hermano hacer reserva en ese mismo restaurante y quiero ver cómo se desenvuelve la masajista esa que tienes contratada para el carcamal de tu padre.

—¡Vamos a dejar unas cuantas cosas claras ya de una vez por todas! —Y doy un golpe fuerte en la mesa del salón. Ella se asusta, y ya que tengo toda su atención, comienzo a hablar—. Primero, a mi padre lo respetas al igual que yo respeto al tuyo. Y segundo, esa masajista, como tú la llamas, tiene un nombre: Diana; y jamás hasta el día de hoy ha tenido una falta de consideración contigo, ni te ha dicho una mala palabra. Por lo tanto, mide las tuyas. ¿Me he expresado con claridad? —Isabella tiene

los ojos muy abiertos y finge estar dolida. Se pone las manos en la cara y comienza lo que parece un llanto. Está fingiendo porque no le sale ni una puñetera lágrima. Su actuación es digna de una actriz de telenovela.

—Lo siento, mi amor, no volverá a pasar. Yo te amo y quiero casarme contigo. Pero los celos me pueden cuando te veo mirar a esa... a Diana y pienso en lo que pasó entre vosotros hace años y... me da miedo. Tengo miedo de perderte .Y tu padre la trata tan bien... —Comienza a sollozar, pero sin éxito. Dios, qué grandísima actuación está haciendo. Decido parar esta pantomima porque si no, le van a dar el Oscar a la mejor actriz por el papel de mujer martirizada. Hago un esfuerzo por calmarla y me acerco para abrazarla. Ella acepta gustosa mi abrazo y le digo que todo se calmará, que lo que pasó entre Diana y yo fue hace mucho tiempo y está olvidado. (Ya quisiera yo, pero eso es imposible. Ella es lo que me mantiene vivo). Salgo de mis pensamientos y veo que ya se ha tranquilizado un poco.

—Isabella, voy a pasar a ver a mi padre. Después, me daré una ducha y nos iremos a cenar donde tú quieras. (Necesito ver de nuevo a Diana, aunque sea en la distancia). ¿Te parece bien, caramelito?

—Sí, *amore*. Me parece bien.

Una vez ha vuelto todo a su sitio, me dirijo hacia la habitación donde se encuentra mi padre.

—Hola, papá —le saludo cabizbajo.

—Hola, Ángel, ¿qué tal el viaje?

—Muy bien. Todo va como lo teníamos previsto. —Me meso el pelo y mi padre no tarda en reaccionar; sabe que cuando hago ese gesto es porque algo me preocupa. ¡Claro, es mi padre!

—¿Qué te ocurre, hijo?

—Nada, papá, no me pasa nada. He llegado cansado del viaje, eso es todo.

—Mira, puede que ya tenga unos años encima, pero no trates a este viejo como si fuera tonto. Dime qué cojones es lo que te pasa. Soy tu padre y tengo derecho a saberlo. Desde que murió tu madre por esa terrible enfermedad, siempre hemos estado unidos, pero últimamente te noto muy distanciado y sobre todo triste.

Joder, cómo me conoce. Es cierto que desde que murió mi madre no nos hemos separado ni un instante. Siempre he estado pendiente de él y ahora, con la cosa de la boda, el nuevo negocio, el juicio de Miguel, y Diana, ¡mierda!, Diana otra vez. Tengo que dejar de pensar en ella. Quizás si le contara a mi padre toda la verdad...

—Está bien, papá. A ti no te puedo engañar. Espero que estés preparado para lo que te voy a explicar.

Mi padre se preocupa al instante.

—Hijo, no me asustes. ¿Qué pasa?

—Déjame que te lo cuente y me entenderás.

—Como bien sabes, Isabella y yo dentro de poco nos casaremos. Su padre es el mayor hijo de puta que hay en Italia. —Al calificar a mi futuro suegro de esta manera mi padre abre mucho los ojos y me mira extrañado por lo que acabo de decir.

—¿Qué estás diciendo, Ángel?

—Sí, papá, Marco Torchia es uno de los mayores traficantes de armas que hay en todo el país. Es un hombre muy respetado en ese mundillo. Conocí a Isabella en aquel restaurante donde fui a comer con los arquitectos que estaban diseñando el nuevo almacén. Sin duda mis ojos se fijaron en ella porque es una mujer muy hermosa, pero observé que un hombre se le acercaba con cara de pocos amigos. Les dije a mis acompañantes que me disculparan un momento porque necesitaba ir al baño. Entonces, fui hacia la mesa de Isabella y le pregunté si estaba bien. El gilipollas que se acercaba a ella era su exnovio Francesco. Él no quería dejar la relación, pero Marco les obligó a dejarlo porque era poco hombre para su hija, aparte de ser sobrino de su enemigo acérrimo. Se enzarzaron en una gran discusión hasta el punto que vi cómo le levantaba la mano a la que ahora va a ser mi mujer. Llamé a la policía y se encargaron de él. Y ahora, te estarás preguntando por qué te estoy contando todo este

rollo. —Hago una breve pausa antes de seguir relatando por qué me encuentro así.

—La verdad es que no estoy entendiendo nada. ¿A Isabella no la conociste en una fiesta en Italia?

—No, os dije eso para que no te preocuparas por posibles represalias de aquel tipo. Pero no sabemos nada de él. Supongo que Marco se habrá encargado de que no vuelva a acercarse a su hija. El caso es, que a partir de ese día, Isabella y yo comenzamos a salir. Quedamos para tomar algo, fuimos al teatro. En una de esas citas acabé en su cama. Creía estar enamorado de ella. Pero no es así, en mis pensamientos sigue estando cierta rubia con ojos azules que me trae de cabeza desde el día que la conocí.

—Vamos a ver, hijo, ¿me estás diciendo que te vas a casar con una mujer amando a otra? ¿Por qué?

—El padre de Isabella me propuso entrar en un negocio de venta de armas ilegales. Era llevar un cargamento de Italia hasta Alemania. Acepté porque era bastante dinero y pensé que podríamos donarlo para la fundación de Roberto. Lo hice para contentar a Marco, ya que es un tipo muy peculiar. Soy consciente de que no era necesario, pero como era el padre de Isabella, yo... Fui gilipollas. Caí como un bobo. Cuando me dirigía hacia el punto de encuentro donde tenía que entregar la mercancía, la policía estaba esperando, y me detuvo. Alguien dio el aviso de que iba hacia allí. Fue una trampa. Marco, al enterarse de esto, rápidamente se encargó de todo. Y soborno tras soborno, salí absuelto de todos los cargos. Pero en realidad no es así. Marco, como bien te acabo de decir, compró policías, jueces y a todo el que pudo para que no quedara nada de mi paso por allí. —Observo a mi padre y no pronuncia palabra, está en shock. Parece que le están contando una película.

—¿Papá, estás bien? —Hago otra parada para que pueda asimilar todo lo que le estoy contando.

—Sí..., creo que sí. Prosigue, por favor.

—Bien. El caso es que Marco tiene todas las pruebas que me incriminan de ese delito. Si no me caso con su hija, las sacará a la luz y pasará una buena temporada en la sombra. Por mi culpa ha perdido una gran cantidad de dinero. Sabe todo el patrimonio que tenemos. Casándome con su hija se asegura de que, cuando llegue el momento de heredar, podré pagar lo que supuestamente le debo. Hace un rato casi atropello a Diana, llevaba mucho tiempo sin verla y aunque hablo con ella para ver cómo vas, no he podido evitar volver a sentir lo que llevo años guardándome. —Mi padre tiene la cara desencajada. No sabe qué decirme.

—Ángel, hijo mío, sigo pensando que eres tonto de remate. ¿Cómo has podido caer en semejante trampa? Ya sabía yo que tú no podías tener tan mal gusto. —Suelta una pequeña carcajada.

—¡Papá! —lo reprendo porque así no me ayuda—. Eso no es todo. También sabe lo que pasó con Miguel y está dispuesto a llegar hasta el final con tal de salirse con la suya.

—Hijo, déjame decirte que, aunque te haya llamado tonto, estoy muy orgulloso de lo que estás haciendo por tu hermano y por ti, pero es tu felicidad la que está en juego. ¿De verdad que vas a casarte con Maléfica?

—¿Maléfica? —pregunto extrañado.

Mi padre comienza a reír. Me gusta mucho ver cómo las arrugas de su cara se contraen cuando lo hace.

—Sí, es así cómo la hemos apodado Diana y yo. Y hablando de Diana... Es mejor que te olvides de ella. Tu hermano la ha invitado a cenar hoy mismo y espero que pasen una buena noche. No sé si me entiendes. Cada sábado, viene con la excusa de verme para verla e invitarla a cenar, pero ella siempre se ha negado hasta el día de hoy. Así que, por favor, te pido que dejes las cosas tal y como están.

—Papá, yo la amo.

—Sí, pero debes casarte con Isabella o tu vida será un infierno.

—Lo será de igual forma si no la tengo a ella.

—¡Ya basta! Buscaremos alguna solución. Está empezando a dolerme la cabeza con tanto problema. La jubilación no me la imaginaba así, la verdad. Anda, vete a la ducha. Y más te vale aprender a quererla, porque si no, lo vas a pasar muy mal. No te atormentes. Seguro que acabas amándola.

—No lo creo, pero si tú lo dices... Me ha pedido que la lleve al mismo restaurante que llevará Miguel a Diana.

—¡Por Dios bendito! Esta mujer no tiene límites. Te pido, por favor, que si os veis actuéis de la mejor forma posible. No quiero escándalos. Ya veremos la forma de sacaros de los problemas en los que os habéis metido.

Salgo de la habitación con la sensación de haberme quitado gran parte del peso que llevaba encima. Ha sido duro volver a recordar en voz alta todo lo ocurrido. No me ha gustado mucho. Estoy seguro de que entre los dos buscaremos una solución. Solo espero que sea más pronto que tarde, porque no sé cuánto tiempo podré aguantar esta situación.

Llego hasta mi dormitorio con bastante prisa. He pasado gran parte de la tarde con mi padre hablando de mis problemas y apenas tengo tiempo de darme una ducha. Me desabrocho el pantalón, y antes de echarlo en el cesto de la ropa sucia, saco mi móvil. Eso me recuerda que tengo que comprarle uno a Diana. Por mi culpa el suyo ha quedado para el arrastre. Hago un par de llamadas y por fin logro lo que quería. He conseguido que manden un teléfono nuevo y lo envíen a la clínica el mismo lunes. Junto a ello le he mandado una nota invitándola a comer. Espero que acepte.

Entro en la ducha, y mientras lo hago pienso en mi Diana; sí, es mía. Aunque aún no esté conmigo no pararé hasta conseguirla. Imagino sus ojos, sus curvas, sus labios. Sin darme cuenta he llevado mi mano a mi polla y la estoy agitando. Siento la necesidad de liberar toda esta carga de alguna manera y lo hago pensando en ella. La sujeto con una mano y sitúo la otra encima del glande. Comienzo a mover de arriba hacia abajo, aumentándome la excitación mientras el agua caliente resbala por todo mi cuerpo. Mi miembro está preparado para liberar toda mi esencia. Me concentro en mi amor. En pocos segundos y acelerando cada movimiento, termino corriéndome. Lanzo un gemido de satisfacción, pero con cuidado de que no me escuche nadie. Es el único momento donde he sentido libertad y alegría de que haya sido Diana quien me lo provoque.

Después de mi momento de placer, me visto rápidamente para que «Maléfica» no eche espumarajos por la boca. Río solo de pensar en el mote que le han puesto a Isabella. Dios, no puedo llamarla así o mi agonía será peor. Debo intentar tener un mínimo de cariño por ella, porque si no, acabaré más asqueado aún.

Ya estoy listo y veo a Isabella también preparada. Se ha dejado su larga melena morena suelta y maquillado a conciencia. Lleva un vestido de color rojo y puesto unos tacones a juego. Está muy guapa. Eso no puedo negarlo. Quizás podamos tener una noche agradable.

—Hola, caramelito. Estás muy guapa —digo en plan cariñoso.

—Gracias, *amore*; tú tampoco estás nada mal con este traje que te regalé. ¿Nos vamos ya?

—Sí. Vámonos o llegaremos tarde.

Salimos por la puerta principal de la casa y nos dirigimos hacia el coche. Ayudo a mi prometida a subirse en el lado del copiloto y le cierro la puerta una vez que lo ha hecho. Ocupo el asiento del conductor y nos dirigimos hacia el restaurante. Aparco en la entrada, le dejo las llaves al aparcacoches y, antes de que se vaya, le doy una buena propina. Ofrezco mi brazo a Isabella, gesto que ella acepta gustosa y los dos avanzamos hacia el interior del local.

Una vez dentro nos preguntan por el nombre de quien está hecha la reserva y nos dirigen hacia nuestra mesa. Rápidamente, un camarero nos toma nota y, como siempre, es Isabella la que elige el menú. Dejo que pida lo que quiera. Tengo buen paladar y comeré cualquier cosa que me traigan. Solo estoy pendiente de la gente que entra y sale del restaurante, por si veo aparecer a mi amor. Observo las mesas que ya están ocupadas y no hay rastro de ellos. A lo mejor no han llegado aún. Isabella se ha puesto hablar de no sé qué de la boda, que si los invitados, que si el diseñador Giorgio Moretti es el que le va a hacer su vestido, y no sé cuántas cosas más está contándome. La verdad, me importa una mierda. Yo solo asiento de vez en cuando y hago como que me intereso por la conversación. El camarero nos trae las bebidas y los entrantes que mi acompañante ha pedido. Alzo la vista para echar otro vistazo y por fin la veo. Ha salido de la mesa que está reservada por un biombo. Esa es la razón

por la que no la encontraba. Está guapísima con ese vestido negro ceñido a su cuerpo. ¡Dios, qué tortura tan grande! La sigo con la mirada y observo hacia dónde se dirige. Imagino que va al baño porque lleva sangre en el codo y querrá limpiarla. He visto cómo Miguel ha querido ayudarla, pero ella se ha negado. Así se hace pequeña, no dejes que te ayude. Me excuso de mi prometida y le digo que tengo que ir al baño. Me doy toda la prisa que puedo para llegar antes que Diana y así poder interceptarla y hablarle aunque sea solo unos segundos.

Está a punto de llegar a la puerta del baño, y cuando lo hace, hago como que me choco con ella. Diana se queja, y cuando ve que soy yo, le cambia la cara. Hace un comentario sobre que esta vez la he atropellado sin coche y algo referente a que para mí es invisible. Eso me enerva. La sujeto por el brazo para decirle que para mí jamás será invisible. Se disculpa diciendo que era una broma y me pide que la deje entrar en el baño para curarse la herida. Me siento fatal porque mi amor está dañada por mi culpa. Así que le doy un pequeño empujón para que entre en el servicio de señoras y le curo yo mismo la herida. Con sumo cuidado deslizo papel higiénico mojado en un poco de agua para limpiar la sangre que recorre su brazo. Diana observa cómo lo hago y puedo notar cómo su cuerpo ha empezado a temblar. Una vez terminado me da las gracias por la cura y comenta que no hacía falta que lo hiciera. Se dirige hacia la puerta para marcharse diciéndome que lleva mucho tiempo aquí y Miguel podría preocuparse. Menudo cabrón con suerte. Antes de que se marche la llamo y le pido disculpas por mi comportamiento, y es ahí donde le confieso que he sentido celos al verla con mi hermano. Al decirle esto noto cómo su actitud hacia mí ha cambiado. Está enfadada y no es para menos. Dice que lo nuestro no puede ser, porque yo voy a casarme, y aunque tuve mi oportunidad hace años, no supe aprovecharla. Cosas del destino, según ella. Es cierto, fui un gilipollas. En ese momento solo pensaba en mí y no quería rollos amorosos. Está claro que me equivoqué. Pero si ella supiera la verdad de toda mi situación... Quizás algún día se la cuente.

Cuando va a abrir la puerta, la sujeto fuertemente, pero sin llegar a hacerle daño. La poso en una de las paredes del baño, impidiendo que me diga nada y la beso. La beso con rabia, pero poco a poco noto cómo ella se deja llevar y aprovecho para meter mi lengua y dejar que se funda con la suya. El beso no dura mucho, porque cuando ella es consciente de lo que estamos haciendo, me da una buena hostia y se va, no sin antes decirle que lo que acaba de ocurrir ha sido un capricho del destino, usando casi sus mismas palabras.

Me ha dejado los dedos marcados por lo que tengo que esperar unos segundos para poder salir de nuevo al salón.

Ya estoy listo. Aunque llevándome un buen bofetón, salgo satisfecho del aseo, ya que he conseguido lo que quería. La he besado después de tanto tiempo y eso ha hecho que quiera más aún. Llego hasta mi mesa y ya tenemos los platos que Isabella ha pedido.

—*Amore*, me tenías preocupada.

—No pasa nada, caramelito. Había un poco de cola en el baño.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —me pregunta extrañada, porque aún quedan restos de la marca de los dedos de Diana,

—Nada, ha sido un simple tropezón con la puerta. Pero estoy bien.

—Ángel, *amore*, debes tener cuidado por dónde vas o sino saldrás marcado en las fotos de nuestra boda y tendremos que hacer uso del Photoshop.

Joder, qué pesada con la puta boda.

—De acuerdo, lo tendré —le respondo como el marido sumiso que ella quiere que sea.

Terminamos nuestra cena. Pago la cuenta y puedo observar que Diana y Miguel ya no están. Han debido de marcharse sin que me diera cuenta.

Isabella y yo salimos juntos del restaurante y es cuando a esta casi le da un infarto en el momento en que ve a Diana y Miguel besándose en mitad de la calle mientras el chófer viene a recogerlos. Mi prometida exige que los pare porque está pasando mucha vergüenza al verlos. Joder, me cago en la puta. Le ha faltado tiempo para besarla. ¿Pero qué hace mi amor besando a otro? Tengo que parar

esto como sea.

Los interrumpo dando las buenas noches, y como personas educadas que son, contestan al unísono.

Reprendo a mi hermano por estar besando a Diana en mitad de la calle como si fueran adolescentes y comenzamos una pequeña discusión sobre qué tipo de mujer me conviene o no y sobre si Diana fuera mi mujer, si no la besaría en cualquier lugar. Y antes de que le dé la réplica me suelta que Diana y él están juntos.

Joder, pues claro que lo haría. No pararía de besar esos jugosos labios. Se lo hago saber a Miguel pero sin dejar de mirar a Diana. Ella se da cuenta de mi comentario e intenta mediar entre los dos. Aunque lo que dice no me gusta ni un pelo. Comenta que yo he elegido a mi futura mujer y que eso hay que respetarlo.

Después de escuchar un montón de gilipolleces, me subo en el coche que, por cierto, ya llevaba un rato aparcado en la puerta del restaurante y arranco muy enfurecido, tanto que al salir del aparcamiento dejo una pequeña marca de las ruedas en el suelo. Llegamos a casa, y como me han jodido la noche, subo directamente a la habitación, me libero de toda la ropa voy directo a la ducha para calmar toda la rabia que llevo por dentro.

Al poco tiempo escucho repiquetear los tacones de Isabella, que me anuncian que está subiendo hacia la habitación. Salgo del baño con una simple toalla atada a la cintura, dejando al descubierto mis trabajados abdominales. Se relame al verme y comienza a desnudarse muy lentamente. Tiene ganas de jugar, y con el cabreo que aún tengo no creo que consiga nada. En mi mente solo cabe una mujer y no es precisamente la que se está desnudando para mí. Se acerca lentamente y comienza a tocarme el pecho. Me besa, y el hecho de sentir otros labios diferentes a los de Diana provoca que cierre los ojos e imagine que es ella la que me está besando. La visualizo en mi interior y no paro de pensar que es otra mujer la que lo está haciendo. Me aferro a ella y la llevo hasta la cama, quitándole la ropa a toda prisa. Ahora soy yo quien la besa y recibo su beneplácito con gusto. Comenzamos a excitarnos. Compruebo que está bastante húmeda, por lo que no paro en los preliminares, y sin más caricias ni arrumacos, la penetro. Ella gime de gusto. Al escuchar su voz reacciono y compruebo que no es Diana con la que voy a follar, pero me importa una mierda. Tengo tanta rabia acumulada que Isabella va a ser quien me alivie. Sé que en este momento estoy siendo un cabrón, pero por su culpa estoy pasando por este calvario y tendrá que solucionarlo de alguna forma. Además, es mi futura mujer y eso me da derecho a follármela cuando quiera.

La penetro de nuevo, pero esta vez un poco más fuerte. Ella me mira y sabe que este que la está follando no soy yo, pero aguanta el tirón como una campeona. Debo reconocer que esta mujer hace todo lo posible para que la quiera, se está dejando llevar por mi rabia. Vuelvo a penetrarla con más fuerza una y otra vez hasta que veo los ojos de Isabella; se han inundado en lágrimas, por lo que paro en seco y le pido disculpas.

—Lo siento, caramelito.

—No me llames así, ahora no. Me has hecho daño. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Es por ella, verdad? He visto cómo la mirabas. Ya sé que no estás enamorado de mí, y que nuestra boda será una farsa, pero si sabes lo que te conviene deberías plantearte cómo satisfacer a la que va a ser tu mujer y olvidarte de otras que no valen la pena. Y ahora, si me disculpas, voy a la ducha, y cuando vuelva no quiero encontrarte en mi cama. Esta noche no.

—Isabella, yo... lo siento, de verdad. No volverá a pasar.

—Eso espero. —Y con esa frase se mete en el baño dando un portazo.

Salgo de la habitación y voy hacia a la de invitados, sin que nadie pueda verme. Me meto en la cama y, sin quererlo, me sumerjo en un profundo sueño hasta la mañana siguiente.

CAPÍTULO NUEVE



—Buenas tardes —se dirige Iván hacia donde nos encontramos.

—Buenas tardes —le contestamos los dos.

—¿Me he perdido algo?

Dios mío, qué listo es. Se huele algo y a este no lo puedo engañar, así que a ver qué invento para que me deje tranquila y más tarde contarle lo que ha ocurrido.

—No pasa nada. Solo que como bien sabes había quedado con Ángel para comer y así hablar de la evolución de su padre, y como había mucha gente en el restaurante hemos decidido tomarnos el café aquí. Pero él ya se iba. Ya hemos terminado ¿verdad? —Lo miró para que asienta y se marche.

—Cierto, ya me iba. Gracias por todo, Diana, el café estaba buenísimo. Espero poder tomarme otro delicioso café como este. —Se levanta y mientras busca su chaqueta, observo cómo va riéndose por el camino. ¡Ains, qué sonrisa más bonita!

—Hasta el próximo día, Diana. —Se acerca a mí para darme dos besos y aprovecha ese momento para decirme que me llamará.

Cierro la puerta de la clínica y, al girarme, veo a Iván con mi... ¿tanga?

—¿Me puedes explicar qué hacía tu ropa interior, o mejor dicho lo que queda de ella colgada del cuadro de la sala? —me lo dice sujetándolo por el dedo índice a la vez que le da vueltas.

Comienzo a reír como una loca, los nervios me pueden y no sé qué decirle.

—Es... Esto, mira, ¡qué bien que la has encontrado! —le respondo quitándosela de las manos, muerta de la risa.

—¿No piensas contarme nada? —pregunta mi amigo entre divertido y ansioso por saber.

—No hasta que tú me cuentes lo que habéis hecho en mi casa.

—Eres una perra mala, ¿lo sabías?

—Y tú otra.

—¿Recuerdas eso de «en la clínica no»?

Nos miramos y comenzamos a reír de nuevo. Cuando paramos de reír, le digo:

—Te lo contaré esta noche en mi casa. Tenemos muchas cosas de las que hablar. Pero ahora tenemos pacientes a los que atender y no podemos perder tiempo.

—¡Sí, señora! —responde dirigiéndose hacia la recepción donde ya se encuentra Rocío recibiendo al primer paciente de la tarde.

Yo hago lo mismo; también tengo a mi siguiente paciente preparado para su masaje. Menos mal que mi sala está en orden y puedo comenzar al momento.

La tarde transcurre muy rápido y ya es casi la hora de irnos. Rocío se despide de nosotros y se marcha. Estamos terminando de recoger las últimas cosas cuando mi teléfono comienza a sonar. Me dirijo rápidamente hacia donde tengo el bolso, y al ver quién llama, descuelgo de inmediato.

—¡Buenas noches, mamá! —saludo muy felizmente.

—¡Vaya! Veo que te acuerdas de que tienes madre —me regaña, y con motivo. Llevo todo el fin de semana para llamarla y no lo he hecho.

—Lo siento mucho, de verdad; he estado un poco liada y no he podido hacerlo —le respondo con la voz un poco más apagada y ella lo nota.

—Hija, ¿estás bien?

—Perfectamente, mamá. ¿Qué tal está papá?

—Ya sabes, hecho un cascarrabias, pero lo sigo queriendo igual.

—Ay, mami, vosotros siempre igual. No te metas con él, pobrecito. —De fondo escucho a mi padre meterse con ella y comenzamos a reír. Llevan cincuenta años casados y jamás se han separado. Se quieren como el primer día, aunque estén todo el día metiéndose el uno con el otro. Eso les da vidilla a su matrimonio. Mi madre se llama María del Carmen y mi padre se llama Pepe. Están de viaje en Asturias visitando a mis tíos Aquilino y Marisol. Y cada vez que lo hacen lo pasan muy bien. Recuerdo cuando de pequeña me llevaban con ellos y pasaba las tardes enteras ayudando a Aquilino en el taller de carpintería, preparando los encargos que tenía pendientes. Hace verdaderas obras de arte con la madera. Sus relojes son exclusivos, ya que no hay ninguno igual en todo el mundo. Y no puedo olvidar las suculentas meriendas de Marisol. ¡Qué ricas! ¡Ainsss!, qué tiempos aquellos, donde lo único de lo que me tenía que preocupar era de que mi primo Nacho no se comiera mis dulces. Pero ahora debo enfrentarme a problemas más serios, y de una forma u otra supongo que sabré cómo solucionarlos.

—Mamá, te prometo que mañana te llamaré y hablaremos más tranquilas.

—Cariño, ve pensando qué vamos a hacer para tu cumpleaños. Es la semana que viene y pienso celebrarlo por todo lo alto.

—Mamá, por favor, ya no soy una cría para ir pensando en fiestas.

—Hija, de verdad, estás de un soso... Bueno, pues, ya lo organizaré yo.

—¡Mamá! Eres imposible, no tienes remedio —le digo entre risas—. Tengo que dejarte. Iván me está esperando en la puerta y ya sabes lo pesado que se pone cuando tardo en salir. —Se escuchan carcajadas a lo lejos.

—Vale, cariño, te quiero mucho. Llegaremos el jueves y prepararemos todo. ¡Cumple treinta años! Sonríe por lo entusiasmada que está por la dichosa fiesta.

—De acuerdo, mamá, lo que tú digas. Hasta mañana. Besos para papá. Os quiero. —Y por fin puedo terminar la llamada.

Salgo de la clínica no sin antes poner la alarma y cerrar la puerta con llave.

—Vámonos. Te invito a unas cervezas en Las Gaviotas. Su dueño se llama Kiko y pone unas tapas que te mueres de buenas —le digo a Iván para que no rechace mi oferta.

—Vale, me has convencido. Pero voy con la condición de que tienes que contarme el polvo que has echado esta tarde.

—Serás mala pécora —le digo sonriéndole.

—Está bien, pero tú tendrás que contarme lo de Mike.

—Hecho. —Y los dos salimos corriendo calle abajo hasta llegar al bar de Kiko.

Pasamos un buen rato entre risas, contándonos nuestros encuentros sexuales. Pero el momento más divertido ha sido cuando Iván ha recordado el momento tanga. ¡Qué vergüenza he pasado! Pero ha merecido la pena. Seguramente mañana me arrepentiré de todo lo ocurrido, pero tendré que vivir con ello. Iván me acompaña a casa y él se va a la suya. Nos despedimos hasta el día siguiente, quedando a la misma hora y en el mismo lugar para desayunar como venimos haciendo cada día. Entro en mi apartamento con la sensación de no estar haciendo las cosas bien. «¿Qué está ocurriendo contigo, Diana?», me pregunto a mí misma. Ángel y Miguel han logrado desequilibrarme en un par de días y lo peor de todo es que me he acostado con los dos. Dentro de poco cumpliré treinta años y ya no puedo andarme con estos jueguecitos. Tengo que olvidarme de Ángel, ya que el destino ha querido separarnos de la manera más cruel, y ha sido poniéndolo en los brazos de otra. Por otro lado, está Miguel, que aunque también me gusta, no logra hacerlo de la misma manera en la que lo hace Ángel. Pero esa batalla la tengo perdida y tengo que asumirla. Quizás Miguel sea la solución y él pueda darme lo que necesito. Aunque suponga ver a Ángel al lado de Maléfica.

Sumergida en mis pensamientos me dirijo al baño a darme una placentera ducha. Abro el grifo de agua caliente y la dejo correr hasta alcanzar la temperatura correcta. Me meto bajo el chorro y por fin puedo relajarme aunque sea unos minutos. Cierro los ojos para que el agua corra por mi piel y la primera imagen que me viene a la cabeza son esos ojos azules que me envuelven cada vez que me

miran. Voy a volverme loca con esta situación. Permanezco un rato dentro de la ducha y, al salir, cojo mi toalla y me envuelvo en ella. Comienzo a ponerme el pijama y salgo a mi pequeño salón para tirarme en el sofá y poder relajarme un ratito. Enciendo la televisión, pero no presto atención de lo que están echando. Repaso mentalmente todo lo que me contaron Ángel y Miguel; es difícil creer que sus vidas se hayan complicado tanto en tan poco tiempo. Estoy a punto de cerrar los ojos cuando es mi teléfono el que vuelve a sonar. Maldigo a quien quiera que se haya atrevido a llamar a estas horas. Miro la pantalla y me están invitando a una videollamada a tres. La acepto y me encuentro a mis amigas Eva, Carmen y Silvia. Eva es de Lérica y Silvia y Carmen son de Jerez de la Frontera. Las cuatro nos conocimos a través de un grupo de Facebook. Compartimos una misma afición: la lectura. Aunque Carmen es informática y trabaja en la parte pediátrica de varios hospitales, también es escritora, y para mí debo decir que la considero una gran autora, sus libros son historias reales que te dejan enamorada cuando las acabas. Por ese motivo hemos congeniado tan bien las cuatro. La pena es que últimamente no tengo mucho tiempo para dedicarme a leer esas grandes obras de arte.

—¡Hola, preciosas! ¿Qué hacéis llamándome a estas horas? ¿Ha ocurrido algo? —les pregunto algo inquieta.

—¡Hola, gordi! —responde Silvia.

—¡Hola, preciosa! —responde Carmen, que se encuentra al lado de Silvia.

—¡Hola, guapa! —dice Eva—. No pasa nada tranquila. Solo que como este sábado es tu cumpleaños, Silvia y yo hemos pensado que...

—¡¡Lo vamos a pasar contigo!! —gritan las dos a la vez.

—¿En serio? ¿Vais a venir a La Carihuela por mi cumpleaños? ¡¡No puedo creerlo!! Es la mejor noticia que podría recibir.

—Yo no voy a poder ir —responde Carmen decepcionada—. Estoy pendiente de un traslado y no puedo moverme de aquí hasta que se solucione este tema. Espero que me perdones.

—No te preocupes, bonita, el trabajo es lo primero. A ver si hay suerte y podemos vernos pronto. Te echaremos de menos. Estoy pasando por un momento un poco difícil y os necesito aquí conmigo. Ya os contaré más detenidamente. —Les cuento con pocas palabras lo sucedido y las dejo con ganas de más—. ¿Cuándo llegaréis?

—Llegaremos mañana por la tarde. Queremos pasar toda esta semana contigo —responde Silvia muy alegre.

—Eso es, mi niña; mañana estaremos juntas las tres —confirma Eva llena de emoción.

—¡Genial! Avisadme cuando estéis cerca y os recogeré en la estación. Me muero de ganas por abrazaros.

—Bueno, chicas, os dejo, que tengo que terminar de hacer la maleta. ¡Un besito, locas mías! —acaba diciendo Silvia.

—Pásalo en grande con estas dos locas, corazón, y disfruta de tu cumple. Te quiero mucho —dice Carmen con voz apenada antes de que Silvia corte la llamada.

—Yo también voy a revisar la mía para que no falte nada. ¡Hasta mañana, preciosas! —Cuelga Eva al terminar de decir esto.

Termino la llamada con una sensación de felicidad, aunque no tenga muchos motivos para serlo. Y es que mis amigas, junto con Iván, son un gran pilar en mi vida. Ellos hacen que sea mucho más fácil. Sin olvidar a mis padres, por supuesto, que son los mejores del mundo.

Me dispongo a irme a la cama cuando mi móvil vuelve a sonar, pero esta vez es un mensaje. Es Miguel.

—Buenas noches, preciosa. ¿Podemos quedar mañana?

—¡Hola! —respondo—. Claro que sí, pero tendrás que acompañarme a la estación. Mis amigas Silvia y Eva llegan por la tarde. ¿Te parece bien?

Veo cómo en la parte superior de la pantalla pone «escribiendo...».

—De acuerdo, todo sea por estar un rato contigo.

—Miguel, recuerda que somos amigos y eso es lo que suelen hacer, quedar y verse para pasar tiempo juntos.

—Lo sé, Diana. Tu compañía me hace mucho bien. ¿A qué hora paso por tu casa?

—Ven sobre las seis. Iván se encargará de la clínica para que yo pueda recoger a mis amigas.

—De acuerdo. Me parece perfecto. Mañana nos vemos. Que descanses.

—Hasta mañana. Un besito.

Al terminar, Miguel me manda un corazón de esos gigantes y doy por terminada la conversación. Sé que no le estoy haciendo ningún bien, aunque él diga lo contrario.

Por fin llego a mi habitación y consigo meterme en la cama sin ninguna interrupción. Estoy tan cansada que caigo rendida al momento.

Suena la odiada alarma del despertador a la misma hora de todas las mañanas. Hago lo propio con mi aseo personal y mi atuendo. Me tomo un café rápidamente y me dirijo a la cafetería de siempre para desayunar con Iván. Al salir por el portal de mi apartamento, observo a un tipo muy peculiar, está un poco demacrado. Lleva un sombrero y unas gafas que ocultan gran parte de su rostro y, por lo que puedo ver, creo que debería pasar por la ducha. Esto hace que sienta escalofríos al verlo. Me ha dado mala espina. El tipo en cuestión se acerca a mí, para pedirme un cigarro, y le digo que no tengo porque no fumo. Y salgo a toda prisa para encontrarme con Iván. Llego un poco alterada y mi amigo se sorprende por la manera en la que lo he hecho.

—*My darling*, ¿qué te ocurre? —pregunta sorprendido.

—Nada, tranquilo —respondo aún alterada por la caminata a toda velocidad que me he pegado—. Un tipo un poco raro me ha pedido un cigarro y he sentido un poco de miedo. Nada más. Y por eso he venido cagando leches hacia aquí.

—Vale, chocho loco. Me habías preocupado. Ya te he pedido el desayuno.

—Gracias, cariño.

Nos ponen nuestros desayunos y cuando los hemos acabado nos dirigimos hacia la clínica. La mañana transcurre con normalidad, gracias a Dios. Al finalizar la jornada de la mañana, le entrego las llaves a Iván para que sea él quien se encargue de abrir por la tarde. Me despido dándole un beso hasta el día siguiente no sin antes decirle que si le surge cualquier cosa que me avise.

Ya llegando de nuevo al portal de mi casa, el mismo tipo de esta mañana está sentado justo enfrente. Se acerca lentamente y yo en vez de salir pitando me quedo paralizada hasta que le digo.

—No tengo tabaco. —Él me mira extrañado y me contesta.

—No quiero tabaco. Solo quiero hablar contigo, Diana. —Al escuchar mi nombre, noto cómo todo el cuerpo entra en tensión por el pánico, pero la curiosidad puede conmigo y le sigo la conversación.

—¿Me conoce? ¿Cómo sabe mi nombre? —pregunto muy nerviosa.

—Tú no me conoces, pero yo a ti sí. Necesito que me escuches. Es muy importante. La vida de Miguel está en juego y solo tú podrás salvarlo.

Ahora sí que sí. No entiendo nada.

—¿Salvarlo? ¿Yo? ¿De qué? —Entonces recuerdo la historia que Miguel me contó referente al accidente...

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que tengo que hacer? ¿Quién es usted?

El hombre duda si decírmelo o no. Está nervioso.

—Eh... Mi nombre es... César.

Al escuchar ese nombre me dan unas ganas de pegarle y hacerle pagar todo el daño que ha causado y que sigue causando.

—¡Eres un grandísimo hijo de puta! —le digo en toda la cara, y sin pensarlo dos veces le arreo una hostia tan fuerte que logro girarle la cara.

Al recibir mi golpe no reacciona, y yo, al verlo, tampoco.

Pasan unos segundos y vuelve a decirme.

—Siento mucho lo que ocurrió, pensé que lo mejor que podía hacer era huir, estaba borracho y

seguramente acabarían metiéndome en la cárcel.

—Pues, ahora, el que está jodido es el que fue tu amigo. Eres un puto egoísta. —Saco el móvil de mi bolso y me ve tecleando.

—¿Vas a llamar a la policía? —pregunta impaciente.

—¿Tu qué crees? —le digo en tono sarcástico.

—Mejor, porque eso es lo que venía a decirte.

Entonces, por un momento lo miro y se quita las gafas que lo ocultan del mundo, y comienza a explicarme el motivo por el cual ha venido a buscarme.

—Me llamo César y soy amigo de Miguel desde la infancia. Bueno, era. Ahora ya sé que esa amistad me la he cargado para siempre. Quiero entregarme y contar toda la verdad. —Hace una pequeña parada para poder respirar. Se le nota cansado. Pienso por un momento en la posibilidad de subirlo a casa y hablar con tranquilidad. O mejor aún, lo llevaré a la clínica y así podremos solucionar esto. Allí tengo cámaras de seguridad y si en algún momento quiere hacerme daño solo bastará con apretar el botón S.O.S y la policía llegará rápidamente.

—Mira, César, me encantaría hablar contigo más tranquilamente. ¿Qué te parece si tú y yo vamos a mi clínica y charlamos allí?

Me mira aliviado y acepta la propuesta. Tiene pinta de no haber comido en varios días, así que llamo al bar de al lado para que me preparen un par de bocadillos, unos refrescos y me los lleven allí. Tampoco creo que se haya aseado hace poco porque desprende un olor horroroso.

Llegamos a la clínica y me resulta algo extraño hablar con una persona de esa guisa. Sí, sé que soy tonta, pero le voy a ofrecer una ducha para que podamos comer y hablar cómodamente.

Una vez dentro le indico dónde está el baño y le digo que lavaré su ropa. Le ofrezco un pijama de los que tenemos de usar y tirar mientras su ropa se seca.

—Gracias por todo. No me extraña que Miguel esté colado por ti.

—¿Perdona? ¿Tú cómo sabes eso?

—Lo siento. Llevo un tiempo observando los movimientos de Miguel y se nota a leguas que le gustas. En otro tiempo fui detective privado, pero al contraer la enfermedad y enterarse en la empresa para la que trabajaba que estaba enfermo, acabé en la calle. Mi familia no quiere saber nada de mí y me dediqué a robar lo que podía para poder llevarme algo a la boca. Pero ya no quiero seguir así. Quiero liberarme de esta carga de una vez por todas. Así que como no podía perder nada más, me dediqué a buscar a Miguel y a seguir sus movimientos. Está claro que lo traes loquito.

Vale, esto me sobrepasa. A las seis he quedado con Miguel para recoger a mis amigas y pasar una tarde tranquila. Cosa que César acaba de cargarse.

—Date prisa. He quedado con él esta tarde y no quiero que te encuentre por aquí cuando venga.

Termina de ducharse y sale con el pijama que le he dado. Es un hombre guapo, aunque nada del otro mundo. La enfermedad ha debido pasarle factura física y psicológicamente.

—Bien —comienzo a decir—. Mientras comemos, puedes empezar a contarme.

—Está bien. Gracias. Como ya te he dicho, era amigo de Miguel desde que éramos pequeños. Siempre jugábamos al fútbol en el mismo parque, estuvimos en la misma clase, incluso en el mismo instituto. Todo lo hacíamos juntos. Bueno, casi todo. —Al decir esto me mira con una sonrisa pícaro. Ya sé a lo que se refiere.

—Continúa, por favor —le digo con impaciencia.

—El día que salí huyendo del lugar del accidente mi vida cambió por completo. Cuando conseguimos huir con el coche de uno de nuestros amigos sin saber cómo, acabamos en un bar de esos..., donde si tú pagas a una chica se puede... follarse —sentenció secamente.

—Sí, eso es. Pagamos a tres de ellas. Una para cada uno. Yo subí a la habitación con la mía y me la tiré. Lo hice sin protección. —Baja la mirada al recordar semejante estupidez. Yo estoy perpleja por lo que estoy escuchando. De momento no sé qué tiene que ver esta historia con lo que salvar a Miguel.

—Sigue, por favor. —Le da un trago a su bebida y continúa.

Al cabo de un tiempo comencé a sentirme mal y fui al médico. Me hicieron una serie de pruebas hasta que dieron con el problema. Tengo una enfermedad de transmisión sexual. Tengo sida. Y está en estado avanzado. La medicación no hace el efecto que debería y el virus se ha desarrollado antes de lo previsto. Diana, estoy muriéndome; como mucho me quedan unos seis meses de vida. Por ello quiero entregarme y morir en paz.

No tengo palabras para describir lo que estoy sintiendo. No sé qué decir ni qué hacer. Al terminar de confesarme todo, nota mi angustia.

—Tranquila, no te lo he pegado. Solo podría hacerlo a través de la sangre o si nos acostásemos y esa posibilidad es nula. Vuelve a sonreírme de la misma manera que lo hizo la vez anterior.

—Lo sé, tranquilo. Gracias por decírmelo. —Es lo que se me ocurre en ese momento.

Hacemos una breve pausa para beber, yo he dejado de comer mi bocadillo porque no soy capaz de pegarle ni un solo bocado. Lo que acabo de escuchar ha hecho que se me cierre el estómago por lo menos el resto del día.

—Son casi las cuatro de la tarde y tengo que ir a casa para arreglarme. Miguel es muy puntual. —Me paro a pensar un momento y digo muy seria—. Escúchame. Vamos a llamar a Miguel y se lo vamos a contar todo ahora mismo. No voy a permitir que cargue con algo que él no ha hecho. ¿Entendido?

—Entendido. No me moveré de aquí hasta hacerlo.

Busco de nuevo mi móvil y tecleo el número de Miguel. Este no tarda en contestar.

—Hola, preciosa, ¿habíamos quedado a las seis, verdad?

—Sí, no te preocupes. Es que creo que deberías venir ya, estoy en la clínica. Hay alguien que quiere hablar contigo de algo muy importante.

—Diana, me estás asustando. ¿Qué cojones pasa?

—Ahora te lo cuento. Pero creo que tengo la solución de todos tus problemas aquí mismo.

—¿De qué coño estás hablando?

—Ven y te lo explicaré todo. Te espero. ¡No tardes! Y con ese entusiasmo cuelgo y me vuelvo a sentar en el mismo sitio donde me encontraba.

En menos de veinte minutos ya tenemos a Miguel en la clínica.

—Hola, Diana, ¿qué pasa? —saluda muy agitado.

—Hola, Miguel. Tranquilízate, por favor. Ahora quiero que me prometas que veas lo que veas dentro de unos instantes te vas a calmar. ¿Entendido?

Miguel me mira desconcertado y asiente con la cabeza sin más. Lo guío hasta la sala donde se encuentra César y al verlo se lía parda.

—¡Tú?! ¿Qué cojones hace este grandísimo hijo de puta aquí? ¿Es una broma? —Y sin darme tiempo a decir nada le propina un puñetazo en toda la cara, logrando que se le parta el labio. Comienza a sangrar y rápidamente me apresuro a ponerme unos guantes y a ir por una toalla para taponar la herida.

—¡Miguel, por favor! ¡No hagas eso!

—¿Que no haga qué? ¿Sabes quién es este cabrón?

—Sí, sí lo sé —respondo en un tono más calmado y sujetándolo por los brazos para que no vuelva a pegarle.

Al escucharme, Miguel se paraliza. Y me pide con la mirada la explicación que llevo rato intentando darle.

Una vez todos nos hemos tranquilizado, consigo que Miguel escuche a César. Este le explica por todo lo que ha pasado y lo que tiene intención de hacer. Inmediatamente llama a Roberto. Este le aconseja que llame a la policía y que cogerá el primer vuelo que haya disponible hacia Málaga. Miguel hace lo propio y al cabo de un rato, un coche de la policía nacional y otro de la guardia civil aparecen en la puerta de la clínica bajo la atenta mirada de los curiosos que pasaban por la calle en ese mismo momento y de los vecinos de alrededor, llevándose así con ellos a César esposado.

—Diana, gracias por todo. Si César confiesa que él fue el culpable de todo, mi vida volverá a ser la de antes. Y todo gracias a ti.

—No digas tonterías. Él ha sido quien ha venido a buscarme. Creo que deberíamos llamar a Ángel y decirle todo lo que está pasando. Se alegrará mucho de que por fin tu infierno esté a punto de terminar. Vamos para la comisaría. El agente nos ha dicho que quieren tomarte declaración. Después iremos a por mis amigas. Ya verás, te van a encantar.

—Estoy seguro de ello.

CAPÍTULO DIEZ



Salimos de la clínica. Aviso a Iván de lo ocurrido y me dice que no me preocupe por nada. Le advierto que he dejado en la lavadora la ropa de César. También que la ponga a secar y que después de hacerlo ponga otra sola con agua y detergente con un chorrito de lejía para desinfectar el electrodoméstico. Con lo sucia que venía la ropa, toda prevención es poca. Mientras termino de hablar con mi amigo observo que Miguel está hablando con su hermano con nerviosismo. Si esto sale bien, será libre por fin y todo volverá a la normalidad.

Llegamos a la comisaría más rápido de lo que pensaba y al cruzar la puerta, allí se encuentran Ángel con su grano en el culo Isabella, y mi querido Anselmo, que no ha querido dejar solo a su hijo en este momento tan importante para él.

—Hola, Miguel —saluda Ángel a su hermano con un gran fuerte abrazo, lo que me provoca una amplia sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, hijo. —Ahora es su padre quien lo abraza. ¡Ainsss!, al final se me van a escapar un par de lágrimas al ver tanto amor paterno filial.

Ahora es Ángel quien se dirige a mí.

—Diana, ¿estás bien? Ha sido muy arriesgado que estuvieras tú sola con ese malnacido en la clínica. Menos mal que ha sido por poco tiempo y Miguel ha aparecido enseguida. Has sido una inconsciente. Aun así, muchas gracias por ayudar al cabeza de chorlito de mi hermano. —Me reprende Ángel con el rictus muy serio. Pero no puede aguantarse y me abraza con fuerza sin importarle que su futura mujer presencie tal muestra de cariño. Mientras me abraza aprovecha para decirme al oído que no vuelva a hacer una cosa así y que recibiré mi castigo por ello. Veo un amago de sonrisa al terminar de decirme esto.

¿Castigarme? ¿A mí? ¡Ja! Lo lleva claro, ni que fuera una niña pequeña para que me castiguen. Según acabo de analizar lo que yo misma me estoy diciendo caigo en la cuenta de lo que ha querido decirme, y vuelvo a sentir cómo mi cuerpo se estremece. Creo que ya sé a qué tipo de castigo se refiere. Sin embargo, me encantaría que lo hiciese, pero eso no va a suceder porque aunque duela reconocerlo, él ya tiene la persona con la que poder jugar a los castigos. Lo miro con cara de enfado, no más que la que tiene Isabella. Se le ha hinchado la vena del cuello. Eso le ocurre cuando está a punto de estallar. En el momento que creo que lo va a hacer un agente de la policía se acerca a nosotros para informarnos que hasta que los abogados de César y Miguel no estén presentes no podrán proceder con el interrogatorio. Le explicamos que el de Miguel está de camino y que esperemos no tarde en llegar. Nos dice que no hay problema, que podemos ir a la cafetería que tenemos enfrente a tomar algo mientras los abogados aparecen. A César le han asignado uno de oficio, ya que no tiene dinero para costearlo. A Miguel lo tienen en una sala esperando ser interrogado. César está en el calabozo porque ahora es el principal sospechoso de un delito de conducción temeraria bajo los efectos del alcohol y drogas. Pasadas dos horas más o menos, aparece Roberto por la puerta de comisaría con su maletín y toda la documentación junto con su pequeño equipaje. Ha venido directamente desde el aeropuerto. Es un hombre guapísimo. Qué pena que se haya quedado viudo tan joven, aunque gracias a Dios, está conociendo a una mujer que por lo poco que sé de ella ha hecho que vuelva a creer en el amor. Diana, que te despistas. A ver si tú corres la misma suerte. En fin, a lo que iba. Ángel hace las oportunas presentaciones. Roberto se dirige hacia el mostrador donde se encuentra el policía. Se acredita como abogado de Miguel enseñando su carnet de colegiado. El agente toma nota de sus datos y le entrega la tarjeta identificativa para poder pasar a

las dependencias policiales registrando la hora de entrada y se lo devuelve con su tarjeta de visitante. Tiene que esperar en la sala habilitada para los abogados. Pasado un rato, un policía le pide amablemente que lo acompañe hasta la sala donde se encuentra Miguel. Esperamos un buen rato y después de tal agonía salen los dos con caras muy sonrientes.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado? —pregunto impaciente. ¿Lo dejan libre? —Vuelvo a preguntar.

—Diana, tranquilízate. Si os parece os hago un breve resumen. En cuanto ha llegado el abogado de oficio han interrogado a César. Ha relatado con puntos y comas todo lo que sucedió esa noche y ha exculpado de todo a Miguel. Ha explicado que por culpa del alcohol se puso nervioso y que la mejor opción que tuvo fue la de salir huyendo y esconderse. También nos ha contado que cambió de nombre y de dirección sin que nadie supiera nada. Consiguió documentación falsa. De ahí que no supiéramos nada de él en todo este tiempo. Encontró trabajo como detective privado, pero al enterarse de la enfermedad que padece terminaron por despedirlo. Bueno, y el resto ya lo sabéis. Normalmente en un rato saldría a la calle, pero permanecerá aquí toda la noche para pasar mañana a las dependencias judiciales, donde a primera hora el juez de instrucción le tomará declaración. Después de esto decidirá si lo deja en libertad a la espera de que llegue el juicio u ordenará prisión preventiva hasta la fecha del mismo. Mientras tanto tendremos que esperar hasta mañana y saber qué decisión ha tomado el juez.

—¡Muchas gracias, Roberto! —Me lanzo sobre él dándole un gran abrazo.

Me doy cuenta de que todos se han quedado asombrados mirándome. ¡Qué vergüenza!

—Lo siento. Lo siento mucho. Ha sido fruto de la emoción —digo un poco avergonzada.

De pronto, el silencio que había en la entrada de comisaría se rompe con unas grandes carcajadas.

—No te preocupes, Diana, es normal que estés feliz, pero esto no ha acabado aún. No adelantemos acontecimientos. La última palabra la tiene el juez y para eso quedan unos días de espera. Lo que sí podemos hacer, ya que Miguel no tiene ninguna restricción de libertad, es que lo acompañes a la celebración del tercer aniversario de la fundación. Me encantaría que asistieras y le dieras ese toque de alegría que desprendes. Si te parece bien. ¿Qué me dices?

Vuelvo a quedarme sin palabras. Yo nunca he ido a ese tipo de galas. Pero si me lo pide un hombre así de guapo..., y encima va a conseguir la libertad de Miguel..., ¿quién dice que no?

—Asistiré encantada. Muchas gracias, Roberto.

—Miguel, creo que vas a llevar a una acompañante de diez. Me marcho. Necesito llegar al hotel y darme una ducha. Prepararé todos los documentos que creo que son necesarios para mañana. Espero que esto no se demore mucho. He dejado a Rosa con las niñas, y aunque ellas están encantadas no me gusta pasar demasiado tiempo lejos de ellas. Mañana por la mañana en cuanto tenga alguna noticia te llamo. Nos vemos. —Se despide estrechándole la mano a Miguel y de mí dándome dos besos en la cara. Hace lo mismo con Ángel e Isabella, y por último, de Anselmo. Miguel llama a John y le pide que acompañe a Roberto donde le diga. Este acepta muy agradecido y se va.

Salimos todos del recinto y miro la hora.

—¡Dios mío, Miguel! —Me mira asustado.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos el tiempo justo para llegar a la estación. Vámonos deprisa —le digo un poco nerviosa.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunta Ángel extrañado.

—En menos de cuarenta y cinco minutos llegan mis amigas. Vienen a pasar unos días y se marcharán después de mi cumpleaños.

—Es verdad. Tu cumpleaños es el veintinueve de octubre, siempre coincidías con Inés y lo celebrabais juntas. ¿Sabes algo de ella?

—La verdad es que hablo poco con ella, lo único que sé es que se casó y que está esperando su primer bebé.

—Felicitála de mi parte cuando lo vuelvas a hacer.

—Lo haré.

Después de nuestra pequeña conversación, insto a Miguel para que nos vayamos y así poder pasar una noche tranquila, ya que la tarde casi se nos ha ido entre unas cosas y otras. Antes de marcharme observo a cara acelga, o sea a Isabella, porque así es el color que se le ha quedado al escuchar que su querido prometido se ha acordado de la fecha de mi cumpleaños. Es lo que le faltaba. Primero el abrazo y después la fecha de cumpleaños. Si supiera que también me lo he tirado... —Sonrío para mí y es Miguel quien se da cuenta de ello.

—Eres mala —me dice sonriendo él también.

—¿Por qué? —Me hago la interesante.

—Porque disfrutas viendo a Isabella cabreada.

Comienzo a reír y no digo nada más.

Nos despedimos de su padre y hermano, ya que de Maléfica no nos apetece hacerlo. Y justo en ese momento pasa un taxi, el cual paramos de inmediato. Subimos a toda prisa indicando al taxista dónde debe llevarnos.

El trayecto se hace muy ameno. Miguel no ha parado de darme las gracias por lo ocurrido. Dice que si no le hubiese entretenido en la clínica, a lo mejor se hubiese asustado y habría huido. Le digo que él vino a mí y que es lo único que podía hacer ya que en el fondo me dio pena porque ya había recibido su condena antes de ser juzgado. Le digo que ya me doy por agradecida y zanjo el tema.

Llegamos a la estación y nos han sobrado unos minutos para llegar a tiempo. A lo lejos veo a una morena y una rubia preciosas pegando saltos de alegría porque me han visto. Las dos están juntas y vienen corriendo hacia mí. Me alejo de Miguel todo lo rápido que puedo y dando un fuerte grito de alegría nos abrazamos las tres. El abrazo es tan inmenso que caemos al suelo entre risas y llantos dándonos un buen golpe en el suelo. Algunas personas sonríen al vernos a mis amigas y a mí tiradas en la acera, y otras nos observan como si estuviéramos locas. Y es que parte de razón sí que llevan. Nuestra locura nos ha llevado a ser las mejores amigas. Aunque estemos a kilómetros de distancia las unas de las otras. Logramos recomponernos y observo cómo Miguel avanza poco a poco muerto de la risa por ver el espectáculo que hemos liado. Cuando ya está a nuestro lado les presento a mis queridas amigas.

—Miguel, esta es Eva.

—Encantada de conocerte, me han hablado muy bien de ti.

—Y esta es... —Pero no me da tiempo a decir nada más cuando veo a Silvia acercarse rápidamente para decir...

—Silvia, yo soy Silvia, también estoy encantada de conocerte. —Le da dos besos muy cerca de la comisura de los labios y se queda tan a gusto.

Me quedo observando a Miguel y puedo ver que le ha gustado la manera en la que mi descarada amiga se le ha presentado.

Sacudo la cabeza de un lado para otro para no hacer mucho caso del momento y nos ponemos en marcha hacia mi casa. Se quedarán estos días allí. Tengo un sofá cama que es una maravilla y una cama mueble. Podremos apañarnos perfectamente unas noches. Mi apartamento es pequeñito. Sin embargo, es muy acogedor y estaremos muy bien allí. Me acerco a la parada de taxis para coger uno y Miguel, antes de que pueda abrir la puerta del vehículo, me coge del brazo y me dice que no vamos a ir en taxi. John ha vuelto del hotel de dejar a Roberto y nos llevará a casa. ¡Ainsss!, ¡es un cielo! Nos adentramos en el coche y lanzo la pregunta del millón.

—Chicas, ¿qué os parece si salimos esta noche para celebrar vuestra llegada?

—¡Una idea estupenda! —responde Silvia.

Miro a Eva y me da su beneplácito.

—Miguel, ¿te apuntas? —pregunta Silvia.

Me quedo a cuadros cuando veo que Silvia lo invita a venir con nosotras con ese desparpajo que tiene la jodía jerezana.

El pobre me mira como pidiendo permiso y yo levanto las manos en señal de rendición. Acaba

aceptando.

—Es imposible decirle que no. Te lo digo yo.

Silvia da saltitos de alegría como si de una adolescente se tratase y no puedo más que comenzar a reír. A Miguel también le ha hecho gracia y se une a mis risas contagiando de este modo a Eva y a la propia Silvia. Por fin llegamos y Miguel se ofrece a ayudarnos con los equipajes, pero le decimos que nosotras solitas podemos y que lo esperamos a eso de las nueve para ir a cenar algo y después tomar unas copas. Tenemos mucho que celebrar.

Salimos del coche y nos dirigimos a mi casa. Subimos en el ascensor, un poco justas porque es pequeño y con las maletas todas no cabemos, pero al final lo conseguimos. Entramos en el piso y les digo dónde pueden dejar sus cosas. Les enseño mi preciada morada y comenzamos a prepararnos. Una vez listas, aviso a Miguel de que lo esperamos en el restaurante La viña de Ale. Allí se come de vicio y está muy bien de precio. Tiene una terraza para el verano y cuando estás dentro el ambiente que se respira es muy acogedor a la par que bonito. Sus mesas están dispuestas ordenadamente. Hay dos pequeños salones en la parte de abajo. Y otro en la parte de arriba. Me encanta venir aquí cada vez que puedo.

Entramos entre risas y ya está Miguel esperándonos, cómo no, en la mejor mesa del local. Nos saluda de nuevo, y cuando voy a sentarme al lado de Miguel, Silvia se adelanta y es ella quien lo hace. Le sonrío, aunque me ha molestado un poco. Si no la conociera pensaría que le ha gustado y que está tonteando con él. A Miguel le hace gracia el gesto y por lo que veo está disfrutando de la situación.

Pedimos una ensalada de pollo con manzana, frutos secos y mozzarella fresca aderezado con mostaza. Una tabla de tostas de salmón ahumado con queso cremoso y unas minihamburguesas de buey con queso de cabra fundido. Lo acompañamos con una buena botella de Rioja, y para finalizar, un volcán de chocolate. Miguel nos pide que le disculpemos para ir al baño. En su ausencia, aprovecho para preguntarles a las chicas sobre qué les parece Miguel.

—Es un chico muy majo, pero no es mi tipo —responde Eva.

—Pues el mío sí —dice Silvia—. Diana, si tú no lo quieres para ti, me lo quedo yo. —La miro con los ojos muy abiertos. Cuando voy a contestarle, aparece de nuevo Miguel y tengo que cerrar mi preciosa boquita.

Ahora la que se levanta para ir al baño soy yo, pero en vez de eso voy y le pido al camarero la cuenta, sin que ninguno de mis acompañantes me vea, y cobre lo que se debe en mi mesa. Este me mira y responde que he llegado tarde, el caballero que nos acompaña ya la ha pagado. Le doy las gracias por su amabilidad y vuelvo a mi mesa.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunto fingiendo enfado a Miguel.

—¿El qué? —Se hace el despistado.

—Pagar la cuenta. —Mis dos amigas me miran asombradas.

—Porque quiero, porque puedo y porque me da la gana. ¿Te ha quedado claro?

Y al recibir eso por respuesta le digo.

—¿Ah sí? Pues ahora seré yo quien os invite a una copa.

—¿Y eso por qué? —pregunta.

—Porque quiero, porque puedo y porque me da la real gana.

Al escuchar mi respuesta todos empezamos a reír y salimos del local a por esa copa.

Llegamos al Atrévete, un pub situado muy cerca del restaurante donde hemos cenado. Al entrar buscamos la barra para pedir unas copas. La música que sale por los altavoces del local incita a bailar. Pedimos nuestras copas y Eva y yo nos dirigimos hacia el centro de la pista. Silvia que es muy lista se queda con Miguel en la barra para acompañarlo, ya que no le gusta mucho bailar. Él es de los que observan, por lo que aprovechamos para que nos guarde los bolsos y así poder mover el esqueleto más cómodamente. Pasado un rato, volvemos a la barra a pedir otra copa. Hago señas al camarero de que le cortaré el cuello si le cobra algo a Miguel. El muchacho me regala una sonrisa picarona que yo acepto gustosa porque a estas alturas de la noche ya voy un poco perjudicada. Mientras Eva y yo lo

damos todo en la pista, algunos moscones se acercan a nosotras para restregarse, pero como ya los tenemos fichados, nos libramos de ellos rápidamente. Al pedir la siguiente copa, puedo ver a Silvia demasiado cerca de Miguel, y a este muy a gusto con ella. Me acerco a ellos y de pronto se separan rápidamente. ¡Ui, ui!... Me temo que aquí hay tomate. Silvia agacha la cabeza un poco avergonzada. Miguel me mira muy divertido. Se nota que no estoy en plena facultad. Vamos, que llevo una borrachera importante. Busco a Eva y ella tampoco está muy bien, así que dada la situación y que ya son casi las tres de la mañana y tengo que trabajar al día siguiente, damos por terminada la noche. Pido la cuenta al atractivo camarero y al ir a pagar, dice que ya está pagado. ¿Cómo? Le pregunto al camarero quién ha pagado, sonrío diciéndome que han sido la rubia y la morena que me acompañan. ¡Vaya! al final la noche me ha salido redonda. ¡Redonda! ¡Así es cómo voy a caer en la cama en cuanto llegue! Pobres de mis pacientes mañana. Esto no es profesional. No. No lo es. Me río para mí sola.

Salimos del local y el frío del mes de octubre nos golpea y más que molestarme lo agradezco. Al girar la cabeza para ver si viene algún coche, me parece ver a Isabella saliendo del local *swing* agarrada del brazo de un hombre que no es Ángel. El local está justo detrás de donde estamos nosotros. Ella no puede verme. Estoy casi segura de que es Maléfica, pero con lo borracha que voy, podría ser cualquiera. Además, es demasiado correcta como para serle infiel a su querido prometido. De todas maneras, saco mi móvil y les hago una foto. Por la mañana, cuando mi visión vuelva a la normalidad, la miraré con detenimiento. Ahora no soy capaz de fijar la vista en nada ni nadie. Miedo me doy cuando llegue el sábado y celebre mi cumpleaños. Comenzamos a caminar, y sin saber cómo hemos llegado a la puerta de mi apartamento. Busco con dificultad las llaves en mi bolso hasta que por fin las encuentro. ¡Menudo agujero negro! Decido subir por las escaleras y Miguel, Silvia y Eva lo hacen en el ascensor. Al final Silvia ha sucumbido a los cócteles del barman y ha terminado como nosotras. Miguel, como buen caballero que es, las acompaña para que lleguen sanas y salvas hasta mi planta. Me invitan a subir con ellos, pero con el mareo que llevo no creo que sea buena idea encerrarme en el pequeño habitáculo por si decido echar todo lo que me he bebido y comido esta noche. Se suben en el elevador y con el peo que llevan se ponen a jugar con los dichosos botoncitos hasta que de golpe y porrazo se para el ascensor y se queda bloqueado. Comienzan a gritar diciéndome que se han quedado atrapados y que los botones no funcionan. De repente, se me quita la cogorza y les digo que me den el número de teléfono que hay en la pegatina superior de la derecha de la puerta. Aunque no sé si sabrán cual es la derecha en estos instantes. A Silvia no le gustan mucho los espacios cerrados. Y a Eva le ha dado un ataque de risa por los nervios.

—A ver, chicos, la pegatina que pone ascensores Florensa. Miguel sigue en su intento de arreglar el ascensor volviendo a dar a los botoncitos. Pero el esfuerzo es en vano. A duras penas me dan el teléfono, cuando caigo en la cuenta de que el dueño de los ascensores es mi primo Javier. Busco directamente su número y, aunque sé que me va a mandar a la mierda, me arriesgaré a llamarlo. Suena el primer tono, el segundo, y al tercero me responde.

—¿Se puede saber qué cojones haces llamándome a las tres y media de la mañana? —me responde de mal humor y con toda la razón.

—Lo siento, mucho primo. El ascensor de mi casa se ha quedado bloqueado con mis amigos dentro —le respondo aguantándome la risa.

—A saber qué estabais haciendo.

—Nada, Javier, te lo juro —miento. Si él supiera...

—Está bien, voy para tu casa, pero te recuerdo que hay un número de urgencia para estos casos. Mientras esperamos a Javier, escucho a Eva quejarse.

—¡Diana, por favor! ¡Sácame de aquí! A Silvia le está dando un ataque de ansiedad, y yo me estoy poniendo muy nerviosa también.

—Tranquila, ya he hablado con mi primo y viene de camino.

Desde fuera oigo cómo Miguel intenta calmarlas, aunque Silvia se ha desmayado y ha perdido el conocimiento. Miguel le pide ayuda a Eva para que haga lo él le diga. Comienza a practicarle la RCP,

para que nos entendamos, el boca a boca, y de pronto Eva comienza a chillar, porque por obra del Espíritu Santo y antes de que Miguel pueda terminar de hacer la maniobra de reanimación, en cuanto este le ha puesto la boca sobre la suya, ha comenzado a comerle la boca de una manera sobrehumana, y Eva ha empezado a decirles de todo. Que si está ella delante, que lo guarros que son, que se esperen a que salgamos... y un millón de cosas más. Por fin llega Javier con cara de pocos amigos, pero antes de hacer nada les explica que cuando el aparato se ponga en movimiento deben esperar hasta llegar a la planta baja, para volver a dar al botón del último piso que es donde yo vivo. Acto seguido sube hasta la sala de máquinas, quita la corriente del ascensor y la vuelve a dar. En ese momento se reactiva todo el sistema y cuando ya lo ha hecho desciende de nuevo hasta la planta cero. Javier baja un tramo de escaleras hasta llegar a mi piso a la espera de que mis amigos suban. Ellos le obedecen y hacen lo que les ha explicado. De nuevo el ascensor comienza a funcionar hasta llevarlos a mi planta. Al salir de él, una Eva desesperada sale despavorida hacia los brazos de Javier como si del mismo Dios del universo se tratase. Javier, al ver el pedazo de mujer que se le ha echado encima, la acoge gustosamente e intenta calmarla haciéndole una pequeña broma.

—¿No crees que deberíamos presentarnos antes? —le pregunta en un tono muy divertido.

Eva se retira rápidamente muy avergonzada.

—Lo siento, ha sido por culpa de los nervios, y de esos dos que casi lo hacen ahí, delante de mí.

—La observo y por la cara que tiene, no lo ha pasado muy bien, pero me da la risa tonta y comienzo a reír yo sola. Javier, que está atento a la situación, intenta no reírse, pero no puede controlarlo y empieza a soltar risotadas a troche y moche. Se produce tal escándalo en la escalera que algunos vecinos comienzan a salir para protestar y decirnos que estas no son horas de estar de juerga por los rellanos. Les pido perdón y les explico que el ascensor se había quedado averiado y con eso consigo que los amables vecinos vuelvan a sus casas.

Una vez solucionado el problema, invito a Javier a casa. Entramos todos en mi apartamento y me dirijo a la cocina sin parar de sonreír. Recuerdo todo lo ocurrido en la noche y me parto de risa. Si mi madre se enterase... Mañana por la mañana, bueno, dentro de un ratito, porque a lo tonto son las cinco de la mañana, casi, le contaré a Iván todo lo ocurrido. Va a flipar. Preparo unas cuantas tazas de café y saco toda la bollería industrial que encuentro en la despensa. Cuando ya lo hemos devorado todo, me dirijo a mi habitación. Me meto en la cama e intento dormir el par de horas que me queda. Los dejo a los cuatros sentados en el sofá, hasta el amanecer.

CAPÍTULO ONCE



Son las siete y media de la mañana, y al escuchar la alarma del móvil, me levanto a toda prisa, porque como no lo haga así, al final no voy a poder ir a trabajar. Tengo un terrible dolor de cabeza por la resaca de anoche, aunque mereció la pena la juerga improvisada que nos dimos. Salgo al salón y la imagen que me encuentro hace que la resaca que tengo desaparezca de inmediato. En el sofá cama están Silvia y... ¿Miguel? Ella lo tiene abrazado como si se fuera a escapar. Y él ni se ha dado cuenta. No me lo puedo creer. ¿Habrán sido capaces de...? No, no lo creo, ¿aquí en mi casa? Desecho esa idea, y giro hacia la cama mueble y me encuentro a una Eva durmiendo plácidamente. Sonrío al verla, porque menudo susto se llevó ayer la pobre con el episodio del ascensor y demás. No sé a qué hora se iría Javier, tengo que decirle que le debo una por el arreglo. Al pobre lo saqué de la cama a altas horas de la noche. Aunque no creo que le sentara muy mal cuando Eva se le echó encima para abrazarlo cuando puso en funcionamiento el dichoso aparato. Él, como buena persona que es, la consoló. ¡Menudo consuelo! Sonrío de nuevo.

Voy hacia la cocina y escucho ruido. Me quito una zapatilla por acto reflejo. Sea lo que sea, le voy a dar un porrazo...

De buenas a primeras me tapan la boca, me pongo muy nerviosa y al ver quién es, le doy con la zapatilla en toda la cara.

—Joder, prima! ¡Qué bruta eres! —Javier se retuerce de dolor. Al ver el zapatillazo que le he dado quedo en *shock*. Pero me dura muy poco tiempo ese estado porque me da la risa floja al verlo quejarse.

—¡Shhhh! Eso te pasa por asustarme. ¿Se puede saber qué carajo haces aquí aún?

—Vaya, te creía más hospitalaria. No creerías que después de llamarme a la hora en la que lo hiciste y ver a semejante pibón que hay en esa cama me iba a ir sin más. Por lo menos invítame a un café, que de ella ya me encargaré más tarde. Me he enamorado, Diana, ¡qué mujer más guapa! Ha sido amor a primera vista.

No sé qué contestarle. Sabía que era un caradura y un sinvergüenza, pero también es un pedacito de pan muy tierno. Y ahora que lo pienso, mi amiga encajaría a la perfección con él.

—De verdad, estás loco de atar. ¿Cómo te vas a enamorar en un segundo? Eva es una mujer preciosa, de eso no cabe duda, pero de ahí a que te hayas enamorado... ¡Anda, anda, que no sabes lo que dices! Toma el café y vete para tu casa que tendrás que trabajar, digo yo, ¿no? Yo también tengo que irme enseguida. Por cierto, te debo una por lo de anoche.

Me mira con cara maliciosa y me dice:

—Me debes una cita con ella —dice muy sonriente.

—¿Cómo?! ¡¿Te has vuelto loco?! —respondo en un tono más alto de lo normal, lo que provoca que mi amiga se levante y se acerque a la cocina.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritáis? Me duele mucho la cabeza. ¿Tienes un ibuprofeno? —dice aún adormilada.

—Buenos días. Sí, en ese cajón de ahí arriba están las medicinas. —Pasa por el lado de Javier y lo roza al pasar, y este me mira con felicidad. Se toma la pastilla y dice de nuevo.

—¿Y bien? ¿Por qué estabais haciendo ese escándalo? —pregunta muy curiosa.

—El caso es que... —Dudo si decírselo o no, pero, al final, acabo contándoselo.

—Mi primo me ha dicho que no me cobrará el favor de venir anoche si sales con él. —¡Hala, ya lo he dicho! La cara de Eva es como poco un poema. Me mira, y después a Javier, y sin más se dirige hacia mi primo y le suelta:

—Pues si el favor depende de mí... , qué remedio, tendré que salir contigo para que Diana no tenga que pagar nada. Yo, por una amiga hago lo que haga falta. Si me disculpáis, vuelvo a la cama para que se me quite este terrible dolor de cabeza y ya más tarde quedaré con este hombretón para saldar la deuda —lo dice todo de corrido, con su particular tono picaresco, y le da un beso en la mejilla a Javier. Se va y se vuelve a meter en la cama. De verdad que no doy crédito. Mis amigas están desbordadas. No sé qué coño bebimos anoche. Está claro que a mí no me pusieron lo mismo que a ellas, porque las dos han pillado cacho menos yo.

Despido a Javier y vuelvo rápidamente hacia mi habitación. Me cambio de ropa y les dejo una nota diciéndoles que cuando se despierten se pasen por la clínica.

Salgo silenciosamente de mi apartamento, dejando una copia de las llaves para que puedan cerrar cuando salgan. Al subirme en el ascensor, una sensación de fatiga me invade de pronto. La imagen de Miguel siendo abrazado por Silvia ha resultado un poco extraña. Por un momento he deseado ser yo, pero por otro, me he alegrado de que Miguel haya congeniado con mi amiga. Es un sentimiento un tanto contradictorio, pero es lo que siento en este momento. Al final, me quedaré para vestir a la Virgen del Carmen, y rodeada de gatos callejeros que me vaya encontrando por el camino. También puedo pasarme a la acera de enfrente, pero la verdad es que esa opción no la veo factible. Sumergida en mis pensamientos, salgo a la calle y los primeros negocios que ya están funcionando son las cafeterías que hay alrededor de mi casa. Me apresuro en llegar hacia el bar donde debe de estar Iván esperándome. Efectivamente. Y está tomando su desayuno y el mío están sirviéndolo en este mismo momento.

—Buenos días, chocho loco. Aunque a lo mejor debería de decir buenas noches porque vaya cara que traes. Tienes pinta de haber estado de marcha y haber dormido como poco un par de horas. —Lo miro sorprendida.

—¿Y tú qué eres ahora? ¿Rappel? —le respondo divertida. Ahora es él que se sorprende.

—¿En serio? ¿Has estado de marcha y no me has llamado? Ah, claro, como ya están tus amiguitas del Facebook aquí, ya no me necesitas. Termina de decir esto con fingida cara de enfado y se da la vuelta para que no lo vea reír.

—Lo siento. No fue planeado. Soy una mala amiga y una mala jefa. Te lo compensaré, de verdad. Además, tengo que pedirte un gran favor.

—Encima de que me dejas tirado, y no me preguntas cómo me fue ayer más solo que la una, ¿tengo que hacerte un favor? ¡Esto ya es el colmo! Sin embargo, como soy el mejor amigo que tienes y te quiero a pesar de no llamarme para salir, escucharé tu petición.

Me abalanzo sobre él para abrazarlo de una manera exagerada.

—Vale, vale, a ver cuál es ese gran favor.

—Verás... Roberto me ha pedido que...

—¿Quién es Roberto? —pregunta curioso.

—Roberto es el abogado de Miguel y Ángel.

—¿Qué te ha pedido?

—Me ha invitado al tercer aniversario de la fundación que creó después de la muerte de su mujer y de la que serán miembros honoríficos Ángel y su padre. Y para ese día no tengo nada que ponerme. Había pensado que quizás tú..., con tus manos y tu talento..., bueno, que...

—¡Vamos! ¡Pídemelo ya! ¡Muero porque me lo pidas!

—¡Que me hagas el vestido de noche más bonito que hayas visto en tu vida! ¿Me perdonas? —Según estoy terminando la frase comienza a pegar saltos de alegría llamando la atención de todo el que se encontraba en el bar.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un por supuesto que te perdono y que te haré el mejor vestido que jamás hayan visto tus ojos. Vas a dejarlos a todos con la boca abierta. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Tres semanas.

—Joder, pensé que tendríamos más tiempo. Pero no importa, lo tendrás para esa fecha.

—Muchas gracias, loca mía. No sé cómo te lo voy a pagar.

—Se me ocurren un par de cositas, pero ya te las diré. Por lo pronto, me vas a invitar a desayunar.

Salimos del bar y por el camino le cuento lo que pasó ayer en la comisaría, lo que me dijo Ángel referente a lo del castigo, la mirada asesina de Isabella, y cómo ha acabado Miguel sucumbiendo a los encantos de Silvia. Al recordar esto me siento un poco rara, hasta hace unas horas creía que con Miguel podría olvidar a Ángel. En realidad, no me ha molestado que se liara con mi amiga. ¿O sí? Pero está claro que el destino tiene otros planes para mí. Y de momento no se llaman ni Miguel ni Ángel. Terminó por relatarle el momento ascensor y cómo el descarado de mi guapísimo primo Javier se ha encaprichado de mi amiga Eva. Iván no sale de su asombro y me consuela diciéndome que él está a mi lado y que ya nos llegará nuestro príncipe azul. ¡Ay, si es que lo tengo que querer! Llegamos a la clínica. Mientras quito la alarma aparece Rocío con las niñas de la mano.

—¿Rocío? ¿Qué hacen aquí las niñas?

—Lo siento, Diana, es que se han puesto malas y no tengo con quién dejarlas.

Miro a la pobre Rocío y este no es sitio para que las niñas estén y menos si se encuentran enfermas.

—No me lo puedo creer, Rocío, ¿de verdad que has venido a trabajar estando las niñas malas? No tienes remedio. Coge ahora mismo tus cosas y vete para casa, y hasta que no soluciones el tema de tus hijas no quiero que vuelvas por aquí. Iván y yo nos encargaremos de recibir a los pacientes y de atender el teléfono. Luego te llamaré para ver qué tal siguen las pequeñas.

Rocío me mira con los ojos llenos de lágrimas y me abraza mientras me da las gracias. No imagino estar sola en una ciudad nueva, con tu exmarido dando el coñazo con dos niñas pequeñas y sin nadie que te pueda echar una mano.

Despedimos a nuestra compañera y nos ponemos manos a la obra. Al cabo de un rato los primeros pacientes comienzan a llegar y entre uno y otro entran por la puerta Eva, Silvia y Miguel.

—Buenos días, preciosa —me saluda Miguel.

—Serán para ti.

—¡Ei, ei! Tranquilízate. —Se acerca a mí y me lleva a la sala de descanso disculpándose de mis amigas para poder hablar a solas conmigo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada, Miguel. No me pasa nada. Pero no me voy a poder escapar. Estamos en cuadro. Rocío tiene a las niñas malas y la he mandado para casa. —Intento salir de la sala, pero me agarra del brazo y me pone contra la pared. Me quedo inmóvil.

—¿Qué haces?! —pregunto enfadada.

—No te voy a soltar hasta que me expliques lo que te pasa.

—Miguel, tengo trabajo y no tengo tiempo para tonterías.

En ese momento me planta un beso en la boca. Y es cuando lo abofeteo.

—¡No lo vuelvas a hacer! ¿Quién coño te ha dado permiso para besarme? ¿No tuviste suficiente anoche con mi amiga? Por lo que veo, ella está encantada contigo, pero si tú no lo tienes claro, házselo saber porque no la quiero ver sufrir. Silvia es una persona encantadora y lo da todo desde el primer momento. Por favor, dime si solo la quieres para pasar un buen rato. Si es así, mejor que te olvides de ella.

Miguel me mira muy serio y reflexivo.

—Diana, ayer no pasó nada. Bueno, sí. La besé. Aunque no fue exactamente un beso. Bueno, después..., supongo que acabó en eso. Se puso nerviosa y perdió por un instante el conocimiento. Con todo el alcohol que habíamos bebido no fui capaz de saber si respiraba o no y fui directamente a reanimarla, momento que ella aprovechó para meterme la lengua y yo no me pude resistir. La verdad es que es una mujer espectacular y me hizo sentir algo diferente, no sé cómo explicarlo. Sin embargo, ahora, al ver que te has puesto celosa, algo dentro de mí se ha removido diciendo que debía besarte. Pero veo que por más que me pese ha sido un error. Mira lo de Silvia; al principio, fue un beso tonto

de nada y sí, he dormido con ella porque estábamos hablando y de repente he despertado a su lado. Aunque no dudes ni por un momento que hubiese preferido que fueras tú. No voy a comenzar una relación con alguien que acabo de conocer de tan solo unas horas y menos cuando sigo sintiendo algo por ti. Lo que pasa es que después de este beso me he dado cuenta de que tu corazón le pertenece a mi hermano. —Abro los ojos como platos, sorprendida ante esa afirmación—. Sí, sé que estás enamorada de mi hermano y yo tengo que hacerme a un lado. Tu amiga es preciosa, pero para empezar algo con ella primero la tendré que conocer más a fondo, ¿no crees? Mis sentimientos por ti no han cambiado, aunque hasta este momento no he sido capaz de verlo claro. Siempre te querré, Diana, pero tendrá que ser de una forma diferente. Y créeme cuando te digo que estoy avergonzado, pero al ver a Silvia algo en mi interior me dijo que me precipité contigo y que me aferré a un amor que no era para mí. No quiero que desaparezcas de mi vida. Anoche pude comprobar que Silvia es una persona que merece la pena. Me gustaría seguir conociéndola y llegar con ella hasta donde el destino quiera.

—Pues díles a tus queridos sentimientos que luchen por ella, que es una gran mujer y se merece a un hombre como tú —finalizo de decir esto y recapacito por un momento en lo que ha sucedido. Me he pasado tres pueblos—. Lo siento. Perdóname. He dormido muy poco, me duele la cabeza y la falta de Rocío ha rematado el día. ¿Me perdonas?

Lo miro con los ojos llenos de lágrimas.

—Es cierto, pero a él nunca lo tendré. Anoche, cuando os vi tan cómplices y que ninguno me hacía el suficiente caso, sabía que lo nuestro no iba a ir a ninguna parte. Debo confesarte que me lo había planteado. Sin embargo, no puedo estar contigo amando a otro. No me parecería justo. Silvia y tú sois mis amigos y no me hicisteis ni puto caso, joder. Si quieres empezar algo con ella, adelante. Te aseguro que es la mujer ideal. Es técnico de laboratorio y muy inteligente. Ahí donde ves tanta locura tiene un corazón de oro.

Me coge la cara con las dos manos y me sonrío.

—Eres una mujer de diez. Solo espero que el gilipollas de mi hermano se dé cuenta a tiempo y recapacite. ¡Qué suerte tiene ese cabrón! Fue bonito mientras duró. Pero no olvides nunca que me vas a tener como amigo siempre. Y aún espero que quieras seguir siendo mi pareja en la gala de Roberto.

Comienzo a reír como una boba por sus palabras y no puedo más que asentir en todo lo que ha dicho.

—Gracias, Miguel. Por supuesto que lo seré. Eres un hombre maravilloso y me alegro de que Silvia y tú podáis comenzar algo juntos. Vamos fuera. Se preguntarán por qué estamos tardando tanto. —Me limpio las lágrimas, que al final han optado por salir, y regresamos a recepción donde habíamos dejado a Eva y Silvia esperando.

—Venga, salgamos y veamos cómo podemos ayudarte —me dice Miguel sonriente.

Cuando salimos, me encuentro a Iván preguntándole a mis amigas, que por cierto ya se han presentado ellas mismas, que dónde estaba. Antes de que respondan les digo:

—Estoy aquí, me había dado un bajón pero Miguel me ha ayudado un poco. Ya está. Estoy bien. Sigamos trabajando para que esta mañana de mierda acabe ya por fin.

—Si ya te encuentras mejor y no te importa, llevaré a tus amigas a dar una vuelta mientras terminas. Tengo que ir a casa a cambiarme de ropa y después te recogeremos.

Dice enseñándome esa sonrisa arrebatadora.

—Diana, si quieres puedo quedarme aquí contigo y te ayudaré con el recibimiento de los pacientes. Si te parece bien. —Oigo decir a Eva. Tengo la sensación de que no quiere ir de sujeta velas de estos dos.

—Si a ellos les parece bien, me vendría de maravilla. Te explico en un momento qué es lo que debes hacer. Es muy fácil.

—Pues todo solucionado. Yo acompaño a Miguel a su casa y ya nos vemos a la vuelta —resuelve muy feliz Silvia. Ha logrado quedarse sola con él.

Miguel me mira con los ojos muy abiertos, como esperando que le conceda permiso. Le hago saber que me encuentro bien y que me parece perfecto que Silvia lo acompañe.

Nos despedimos de ellos. Le explico a mi amiga lo que tiene que hacer y volvemos con nuestras tareas.

Por fin acaba esta mañana de locos y como estoy reventada se me ocurre una locura.

—Iván, ¿te apetece descansar esta tarde y nos vamos a organizar mi fiesta de cumpleaños del sábado?

—Me parece estar escuchando música para mis oídos —responde lleno de felicidad—. Y también encontraremos la tela para tu vestido.

Buscamos en la agenda los pacientes que teníamos citados y cuál es nuestra sorpresa que solo habíamos citado a dos personas. Nos disculpamos con ellas diciéndoles que se nos había estropeado la máquina de las corrientes y que no podríamos atenderlas hoy. Les damos cita para el próximo día. Sabemos que no es profesional, pero necesitábamos esa tarde libre.

—Eva, lo vamos a pasar en grande. —Al escucharme, le cambia la cara.

—¿Estás bien?

—Eh... La verdad es que no sabía que tenías pensado descansar esta tarde y...

—A ver, suéltalo.

—Javier me ha invitado al cine y he dicho que sí. Pero lo llamo ahora mismo y cancelo la cita para otro día.

Rápidamente saca su móvil del bolso pero no dejo que llegue a marcar.

—No. No lo hagas. No creo que tardemos mucho. Y mi primo me mataría si lo dejamos tirado esta tarde. Ve y disfruta todo lo que puedas. Iván y yo nos encargaremos de todo. Somos especialistas en organización de fiestas y si no, que se lo pregunten a sus amigos cuando tuvimos que organizar el cumpleaños de uno de ellos. Acabó la policía en la casa pidiéndonos que termináramos la fiesta amablemente, porque si no, se verían en la obligación de llevarnos a todos a comisaría. Y de repente todos empezaron a saltar de alegría. Menos mal que yo pude hablar con los agentes y les convencí de que acabaríamos con el guateque y que no tendrían que hacer nada más.

Escucho a Eva reír por nuestra pequeña hazaña y le digo que no se preocupe por nada.

Llamo a Miguel por teléfono y me responde en el primer tono.

—Dime, preciosa.

—Miguel acabamos de salir. Voy a comer con Iván en el centro comercial porque vamos a comprar unas cosillas para el sábado. Y también a elegir la tela para mi vestido de la gala. Os esperamos allí.

—Se hace un silencio—. ¿Miguel, has escuchado lo que he dicho?

—Sí, perdona, pero no vamos a poder ir. Silvia no se encuentra muy bien. La tengo tumbada en la cama. Está un poco... indispueta.

—Pero ¿está bien? En un rato estoy en tu casa. Voy para allá.

—Diana, no hace falta. Te recuerdo que soy médico. Y... —De pronto, escucho risas a lo lejos, y me doy cuenta de que el mareo que tiene y la indisposición que le ha dado de repente solo puede ser por una cosa. Sí, Miguel ha caído en la red de Silvia.

—Bueno, déjalo. Ya escucho lo mal que se encuentra. Dile a la enferma que cuando vayas a llevarla a casa que me avise para estar allí.

Cuelgo con una sonrisa en los labios y observo que Eva también está hablando por teléfono. Termina de hablar y cuando nos disponemos a caminar aparece mi primo con una cara de bobo...

—Hola a todos. ¿Lista? —le dice a Eva.

—¿Perdona? —pregunto a Javier pidiendo alguna explicación de por qué Eva debe estar lista.

Entonces es Eva la que me responde.

—Diana, cariño, Javier quiere invitarme a comer y después me llevará al cine. ¿Te importa? —¡Vamos, esto es increíble! Es decir, mis amigas vienen a verme y resulta que me las roban un par de tíos, vale que están buenísimos, pero coño, dejarme tirada... Eso está muy feo. Pero como veo que no

me queda otra, claudico y les doy mi beneplácito.

Eva me da un beso y se marcha con Javier. Me quedo pensativa por unos instantes y es increíble lo rápido que han encontrado estas dos hombre. Y yo, que llevo aquí unos cuantos años ya, nada. Menos mal que por lo menos estos días atrás me he desahogado con dos de ellos. Si mi madre me escuchase, me pondría de vuelta y media. Y al pensar en ella recuerdo que mañana volverá de su viaje.

—Iván, vámonos. Ellos se lo pierden.

—Di que sí, *my darling*. Vamos a buscar la mejor tela de toda Málaga para hacer un vestido despampanante.

Solo puedo reír al escucharlo. Tengo mucho que agradecerle. Siempre está a mi lado y está dispuesto a ayudarme en todo momento.

Nos hemos quedado solos y mi teléfono comienza a sonar. Miro la pantalla y me pongo nerviosa al ver de quién se trata.

—¿Ángel?

—Diana, tengo noticias frescas.

—Habla, por favor.

—Me ha llamado Roberto, y el juez de instrucción ha tomado declaración a César. Se ha auto inculcado de todo y es probable que Miguel quede libre de todos los cargos. Pero eso tendrá que decidirlo el otro juez que celebrará el juicio cuando nos den la fecha exacta. Estamos muy cerca de acabar con esta pesadilla. He llamado a Miguel, pero no me coge el teléfono.

—¡Qué alegría más grande! Luego se lo contaré, está un poco ocupado con cierta amiga que ha venido de Jerez. Al decir esto se me escapa una carcajada—. No te preocupes, ya te lo explicaré. Gracias por contármelo. ¡Es una gran noticia!

CAPÍTULO DOCE



Después del desafortunado encuentro en la cama con Isabella, he intentado hacer mi vida como si no pasara nada. Pero es imposible poder sacarme de la cabeza a Diana. Se ha metido tan dentro de mí que hasta duele pensar que nunca podremos estar juntos. Sin embargo, ¿no es la esperanza lo último que pierde? Acabo de llegar a casa después de la gran noticia que Roberto nos ha dado. Estamos a punto de terminar con la pesadilla de Miguel. En parte ha sido gracias a Diana, que ha sabido ganarse la confianza de César y ha acabado confesando. Si lo que no consiga ella... Ojalá, el destino tenga algo bueno preparado para mí. Solo puedo pensar en el momento en que hicimos el amor, sí, sí, el amor, porque nos dimos toda la pasión que necesitábamos. Así es como lo recuerdo. Me encantaría repetirlo una y otra vez. Aunque a pesar de todo, lo sentí como una despedida. Me niego a decirle adiós. Para mí fue un hasta luego, porque pienso luchar por ella hasta quedarme sin aliento. Tengo que aguantarme las ganas de besarla cada vez que la veo o la tengo cerca. He pasado miedo al enterarme de que ha estado sola con el delincuente de César. Lo ha hecho muy bien. Estoy muy orgulloso de ella. La he abrazado al verla con todas mis fuerzas y le he prometido que pagará por todo el miedo que me ha hecho pasar. Ella se ha extrañado por mis palabras, pero al caer en la cuenta de lo que significan casi le da algo. Tampoco puedo dejar pasar la cara que ha puesto Isabella, pero sabe perfectamente que la boda se llevará a cabo porque su padre me tiene cogido por los huevos. No digo que Isabella no me quiera a su manera, pero en el fondo los dos sabemos que vamos a vivir en un infierno. Yo no la quiero, y dudo mucho que ella lo haga tanto como dice. Es muy fría y calculadora. En cambio, cuando estoy con Diana es puro fuego. Gritaría a los cuatro vientos que la amo. Daría mi vida por ella. He escuchado a Roberto pedir a Diana que acompañe a Miguel a la gala. ¡Dios, va a ser una tortura verla tan guapa, porque estoy seguro de que va a ser la mujer más bonita de la fiesta! Por otra parte, estoy emocionado que esté presente en un día tan importante para mi padre y para mí. En un par de días será su cumpleaños. Miguel me ha comentado que están preparando una fiesta sorpresa en casa de los padres de Diana. Pediré permiso a su madre para que me deje correr con todos los gastos de la fiesta. Pasado mañana será el gran día y debe estar todo listo para entonces. Busco mi teléfono y llamo a Miguel. Un tono, dos tonos...

—Dime, capullo —responde alegremente.

—Serás gilipollas —respondo de igual manera.

—Vale, piropos aparte. ¿Qué quieres?

—Quiero llamar a la madre de Diana para decirle que correré con los gastos de la fiesta. Necesito que le pidas a Iván si puede darme su número y planearlo todo. He pensado que podemos alquilar una finca para la celebración. ¿Te acuerdas donde se casó la prima Alicia?

—Sí. Creo que sí. Fue genial. Es muy bonita.

—Ahí es donde vamos a celebrar su cumpleaños. —Se queda callado analizando mi tono de voz sonriente y se atreve a decir.

—¿Sigues enamorado de ella, verdad? —Me quedo ojiplático al escucharlo. Pero no puedo negar lo evidente.

—Hasta en lo más profundo de mi corazón.

—¿Y qué pasa con Maléfica? —Vaya, otro que la llama así. Comienzo a reír por su comentario.

—Por lo que veo, os habéis puesto todos de acuerdo en llamarla así.

—La verdad es que le pega más que su propio nombre.

—Ese es el problema. Que no pasa nada. Pero no tengo más remedio que casarme con ella, sino mi

vida ya no será la misma. —Ahora el ojiplático es él. Le cuento en un breve resumen mi pequeño secreto y se queda boquiabierto.

—Lo siento mucho, hermanito. No sé qué decir. Bueno sí. Ahora entiendo muchas cosas. Y también que Diana... —Se queda callado porque se ha arrepentido de lo que iba a decir.

—Miguel, ¿qué pasa con Diana? ¿Está bien? —pregunto angustiado.

—Sí, todo está bien. Solo que...

—Miguel, no me toques los cojones y suéltalo ya.

—Solo que Diana no va a intentar nada conmigo porque sigue perdidamente enamorada de ti. ¡Hala, ya lo he dicho! Pero no quiere que lo sepas porque te vas a casar con Isabella. No pensaba decírtelo, sin embargo acabas de confesarme el motivo por el cual te vas a casar con esa mujer y me he visto en la obligación moral de decírtelo. Por favor, no le vayas a decir que te lo he contado.

Me quedo callado. No puedo pensar con claridad. Me he puesto nervioso al escuchar lo que me ha confesado Miguel.

—Ángel, ¿sigues ahí? —pregunta inquieto.

—Sí, disculpa. No puedo creer lo que acabas de decirme. Había perdido las esperanzas en ella.

—Ángel, no seas gilipollas y lucha por la mujer que amas.

—No es tan fácil, Miguel. Ahora no quiero hablar de esto y menos por teléfono. Centrémonos en lo que importa en este momento y es hacerle a Diana la mejor fiesta que pueda tener.

—Está bien. Llamaré a Iván para que me dé el número y te lo paso.

—Gracias, hermanito. Por cierto, tienes que contarme quién es la señorita que te trae tan distraído.

—Bueno, bueno, todo a su tiempo —me contesta el muy canalla.

—Nos vemos pronto, Miguel.

—Hasta luego, Ángel.

Al terminar la llamada me quedo mirando la pantalla del teléfono pensando en todo lo que me ha pasado a lo largo de estos meses y cómo mi vida se desmorona cada vez más. Queda muy poco tiempo para atarme a una mujer que no quiero, y para rematar, tengo que hacer ver que es la mujer de mi vida. En cierto modo, sí que lo es, ya que mi vida depende de que me una a la suya. Ella sabe perfectamente que nunca la podré querer tanto como quiero a Diana, pero esto es lo que mi destino tiene preparado para mí. ¡Maldito destino caprichoso! Mientras me regodeo en la mierda de vida que me espera, recibo un mensaje de Miguel con el número de teléfono de la madre de Diana. Le contesto con un gracias y decido llamarla enseguida. Marco el número y espero impaciente a que me conteste.

—¿Diga? ¿Quién es? —responde por fin Carmen.

—Buenas tardes, Carmen. Soy Ángel, un amigo de Diana.

—Hola, corazón. Perdona, ¿pero no te conozco, verdad?

—En realidad sí que me conoce, pero no creo que se acuerde de mí. Fui compañero de su hija en el instituto, pero de eso hace ya unos años.

—Ángel... ¿Ángel López? ¿El muchacho rubio, de ojos azules y atractivo? Creo que sí sé quién eres. —Al terminar suelta unas carcajadas. Supongo que Diana me tenía más en cuenta de lo que yo pensaba.

—Eh... Sí, creo que sí, ese soy yo. Por cierto, gracias por el piropo.

—Ay, hijo, te he tenido muy presente durante estos años, pero no se lo digas a mi hija. Me mataría si sabe que te lo he contado. —Vuelve a reír y esta vez me uno a sus risas.

—Pero dime, ¿por qué me llamas? ¿Diana se encuentra bien?

—Tranquila, Carmen. Ella está perfectamente. Solo que como el sábado es su cumpleaños, queríamos hacerle una fiesta sorpresa entre todos sus amigos y yo. Por supuesto que contamos con ustedes. La llamo para pedirle permiso y dejar que me encargue de todo y de todos los gastos. ¿Qué le parece?

Se hace un pequeño silencio.

—¡Pues claro que te lo doy, hijo de mi vida! ¡Qué alegría me das! Este año mi hija no quería hacer

nada, está un poco tonta, no sé qué demonios le pasará a esta niña, pero desde luego que los cumpleaños son para celebrarlos independientemente de la edad que se cumpla. Así que, me parece una idea genial. Haced lo que os parezca. Nosotros llegaremos mañana por la mañana. Si necesitas nuestra ayuda, solo tienes que pedirla. Muchas gracias por todo. Hasta luego, corazón.

—No me las dé. Gracias a usted por dejarnos hacer. Ella se merece eso y mucho más. Nos vemos muy pronto.

Termino la conversación muy satisfecho de mí mismo. Hacía tiempo que no me sentía tan ilusionado por algo. Y de nuevo tiene que ver Diana con mi estado de ánimo. Dejo mis penas a un lado y me dirijo rápidamente hacia la finca donde vamos a celebrar la fiesta. Hablo con el dueño y le digo que no repare en gastos. Quiero la mejor fiesta de cumpleaños que jamás se haya hecho. No quiero que falte de nada. Terminada la reserva, mando un mensaje a Miguel diciéndole que ya tenemos sitio para la celebración y que él se encargue de avisar a los amigos y familiares de Diana. Vuelvo a casa con una sensación de felicidad que no cabe en mí. Pero se me corta de repente cuando al entrar por la puerta veo a Isabella con un montón de catálogos de flores, de vestidos, de regalitos para los invitados encima de la mesa y al magnífico Giorgio Moretti probándoles a las damas de honor los vestidos que llevarán en el tan esperado enlace. Y ahora que la veo, no sé cómo voy a hacer para decirle a Maléfica que voy al cumpleaños de Diana. Inventaré cualquier cosa.

—Buenas tardes —saludo en cuanto entro al salón.

—Buenas tardes —responden.

—Isabella, ¿podemos hablar un momento a solas? Te espero en mi despacho.

—Claro, *amore*. —Oigo como se disculpa de sus invitados y en unos segundos se planta en mi despacho con esa cara de mala leche que pone cuando algo no le gusta.

—¿Qué es lo que quieres? Podías haber sido un poco más simpático, ¿no? He pasado mucha vergüenza por tu actitud.

—Me importa una mierda si te da vergüenza o no. Simplemente no me gusta llegar a mí casa y encontrármela llena de gente desconocida, y menos ver que mi salón se ha convertido en un lugar de cacatúas estiradas —le digo muy enfadado.

Me mira muy sorprendida y dice.

—Creo que estás bastante nervioso. De nuevo no te lo tomaré en cuenta porque sé que estás sometido a mucha presión. Cuando la boda termine todo será diferente. Pero son cosas que tenemos que hacer y viendo que tú no le estás poniendo interés tendré que hacerlo yo —responde tranquilamente y en voz baja para que nadie nos escuche.

La observo detenidamente. Si quiero tenerla contenta tendré que ceder y bajarme los pantalones para que no ponga el grito en el cielo por lo que le voy a decir.

—Perdóname, caramelito. Llevas razón, estoy muy nervioso por todo lo que está pasando. —De pronto, se me ha venido a la mente una idea estupenda—. ¿Sabes? Creo que te mereces un pequeño descanso.

—¿Ah sí? —responde melosa.

—Sí, y por ello te voy a regalar un fin de semana de *spa* completo a ti y a tus amigas en ese hotel que tanto te gusta para que disfrutéis y podáis hablar tranquilamente todo lo referente a la boda. ¿Qué te parece la idea?

Se queda unos segundos pensando la respuesta hasta que por fin se decide a hablar.

—¡Es una idea fantástica! —Coge mi cara y me besa rápidamente en los labios. De un salto sale por la puerta del despacho para ir a contarles a las cacatúas el malvado plan que he tramado. Mientras ella está con sus queridas amigas, yo podré disfrutar de la fiesta de Diana. Esta vez ha salido un plan redondo. Me quedo un rato en mi particular espacio de intimidad y decido escuchar un poco de música para poder relajarme y seguir ordenando mis pensamientos. Llamo al hotel más lujoso que hay en Marbella y les contrato habitación y toda clase de masajes y circuitos que pueda haber. Necesito que esté muy entretenida y pasar un día tranquilo. Harto de estar aquí, decido pasar por la

sala de masajes de mi padre. Entro por la puerta y doy un breve paseo por la estancia. Aquí están todas las cosas que Diana utiliza para los tratamientos de mi padre. Está todo perfectamente ordenado. Observo el reproductor de música y decido encenderlo. Al hacerlo, comienzan a sonar los primeros acordes de la *Sonata para piano No. 20* de Chopin. Es la favorita de mi padre gracias a que Diana se la puso el primer día que ella pisó esta casa, y desde entonces no ha dejado de sonar. Sé a ciencia cierta que Diana la tocaba en casi todos sus conciertos. Una lástima que lo dejara, ya que el mundo de la música ha perdido a una gran pianista.

Mientras escucho la música, veo su ropa de trabajo colgada en la percha y me atrevo a cogerla y aspirar el perfume que hay impregnado en ella. Es su olor. Huele a ese perfume que tanto me gusta. Huele a ella. Vuelvo a soltarla donde estaba y decido que ya he tenido bastante sufrimiento por hoy. Apago el reproductor y salgo de la habitación.

Me dirijo a mi dormitorio, pero antes de hacerlo, paso por el de mi padre. Necesito estar un rato con él. Desde la última vez que le confesé mi secreto no he vuelto a mantener una conversación padre e hijo. Toco a la puerta por si está dormido.

—¿Se puede? —pregunto con cautela.

—Pasa, hijo. Pasa. Estaba mirando las fotos del álbum familiar. Echo tanto de menos a tu madre... —me confiesa afligido.

—Yo también la extraño bastante. —Estoy muy apenado. Pero como no quiero que esté en ese estado, cambio rápidamente de tema.

—¿Sabes una cosa? —le pregunto con felicidad.

—No. Cuéntame qué es eso que te ha puesto tan contento de repente.

—El sábado es el cumpleaños de Diana y le hemos preparado una fiesta sorpresa. Tú también estás invitado, por supuesto.

—¡Qué gran noticia! Pero... ¿Maléfica lo sabe? —Al escucharlo no puedo más que echarme a reír. Me mira extrañado, ya que hacía tiempo que no lo hacía.

—No, no lo sabe ni debe saberlo. He preparado un fin de semana de relax para ella y sus pequeñas arpías. —Volvemos a reír por mi comentario. La verdad es que estoy pasando un momento muy agradable con él.

Al cabo de un rato, nos damos cuenta de que se ha hecho de noche. Bajamos a cenar y puedo observar que la mesa está preparada solo para dos personas. Me acerco a la cocina y pregunto por Isabella. Me informan que ha tenido que salir. ¿Qué raro? Ha salido sin decirme nada. Tendré que llamarla y que me explique por qué motivo se ha ido sin avisarme. Busco mi teléfono, marco su número y lo coge en el primer tono. Le pregunto por qué no me ha dicho que se iba y ella en su tono meloso de siempre responde que se han ido a comprar ropa para el fin de semana y que se les ha hecho tarde. Han decidido cenar fuera. Me pide perdón por no avisarme y terminamos la llamada.

La verdad, ahora que lo pienso, es mucho mejor. Así tendremos una cena tranquila y en paz.

CAPÍTULO TRECE



Me despierto de un sobresalto porque mi teléfono no ha parado de sonar desde bien entrada la madrugada. Tengo un montón de notificaciones de las redes sociales y mensajes de WhatsApp. ¿Qué le pasa a esta gente hoy? ¿Por qué tanto escribirme? Cuando reacciono, caigo en la cuenta de qué día es hoy. Es veintinueve de octubre y cumplo treinta años. ¡Treinta años! Vuelve a sonar el teléfono; es mi querida Carmen. Sin dudarle ahora, sí lo cojo al momento.

—¡Felicidades, preciosa! No sabes cuánto me gustaría estar contigo hoy, pero por más que lo he vuelto a intentar ha sido imposible. Para colmo, se ha puesto enferma una compañera y tengo que hacerme cargo de sus cosas. ¡Espero que no tarde mi traslado porque me van a volver loca! Te echaré de menos. Me tomaré un par de copas por ti y por mí esta noche

—Sois una guarronas con suerte. Ya me enviaron las otras dos locas alguna foto que otra y por lo visto, Silvia está tonteando con Miguel ¿no? ¡Uf, Silvia! No sabes lo que hemos reído. Y sí, él también tontea con ella. Por lo visto le encanta seguirle el juego, pero creo que se gustan. Carmen guapa, tengo que dejarte. Debo ir a trabajar. Aunque sea mi cumpleaños el deber, es deber. ¡Te quiero mucho!

—Y yo a ti. ¡Pasadlo muy bien!

—¡Chao! —Termino de hablar con mi amiga y cuando miro el reloj son casi las diez de la mañana. Me levanto de un salto dándome de golpes con todo lo que se me pone por medio hasta llegar al baño. Tengo que estar a las once en la mansión para el tratamiento de Anselmo y hoy sí que llegaré tarde. ¡Soy un desastre! Ángel me dijo que si no podía ir hoy que no pasaba nada, ya que como estaban mis amigas aquí, quizás querría pasar la mañana con ellas. Pero decliné su oferta, porque lo primero son mis pacientes, y segundo, que ellas están muy entretenidas con sus nuevos ligues. Es decir, Miguel y Javier. Me han prometido que esta noche iremos a cenar para celebrar mi cumpleaños. Ayer hablé con mi madre y no ha puesto pegas cuando le he dicho que no voy a celebrar nada y que simplemente iré a cenar con mis amigas. Pero he tenido que prometerle que por lo menos iremos a comer a su casa. Es todo muy raro. Mi madre debe estar enferma o algo parecido para que aceptara a la primera sin rechistar. La tarde que me tomé libre la pasé con Iván mirando telas para el vestido que va a hacerme para la gala y encontramos la mejor tela del mundo. En vez de comprar comida para la supuesta barbacoa que íbamos a hacer en casa de mis padres, decidí que quería una cena tranquila, unas copas y para casa.

Vuelvo a mirar el reloj y ya son las diez y media, menos mal que ya estoy lista y puedo salir de inmediato. Bueno, tengo que sortear a este par de locas que siguen durmiendo en el salón.

Me subo en el coche y pongo rumbo a la mansión. Las calles están decoradas con motivos tétricos, ya que en un par de días se celebrará Halloween. Es una fiesta que hemos adoptado de los americanos y que particularmente a mí me encanta. En menos de lo que canta un gallo llego a la mansión. Como siempre paso por la puerta del servicio doméstico saludando a toda prisa y observando las caras divertidas de todos los empleados que en ese momento se encuentran allí. No hay un sábado que llegue tranquila a esta dichosa casa.

Por fin llego a la sala de masajes y me encuentro a Anselmo sentado en una silla esperándome.

—Buenos días, Anselmo.

—¡Feliz cumpleaños, Diana! —me felicita muy sonriente y saca de detrás de él un pequeño paquetito envuelto en papel de regalo.

Me quedo boquiabierta y no sé qué decir.

—Eh... ¿Y esto? ¿Es para mí? —pregunto algo desconcertada.

—Pues creo que sí, porque no veo a nadie más aquí que hoy sea su cumpleaños... —Me sonrío abiertamente.

Cojo el regalo y comienzo a abrirlo. En cuanto veo lo que es, mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas, que por supuesto no puedo controlar y comienzan a salir sin permiso. Es una cajita de música con forma de piano, que al darle cuerda comienza a sonar nuestra sonata favorita. Me lanzo sobre él para abrazarlo, sin importarme las formalidades, y finalmente acabo dándole un beso en la mejilla.

—Muchísimas gracias, Anselmo. ¡Me encanta! Es un regalo precioso. —Vuelvo a abrazarlo y como viene a ser costumbre en esta casa, aparece de la nada Miguel, dándome el habitual susto de los sábados por la mañana.

—Vaya, veo que mi padre tiene más suerte que yo. —Lo miro extrañada. De pronto, veo que sigo abrazada a Anselmo y a este muerto de la risa—. Lo siento mucho Anselmo, ha sido por la emoción. ¿Te he hecho daño? —Lo escucho reír.

—No, hija, hacía tiempo que una mujer no se tiraba a mis brazos de esa forma. —Y continúa riendo a carcajada limpia.

—¿Me das un abrazo a mí también, cumpleañosera? —pregunta Miguel con los brazos abiertos y con una sonrisa de lado a lado. Madre mía, qué sonrisa tan bonita tiene. Me gusta tenerlo cerca. No penséis mal. Es un hombre muy guapo y no por eso voy a decir que no a un abrazo suyo. Total, ya hemos intimado y aclarado todo entre nosotros.

—Pues, claro que sí, tonto. Y por favor, la próxima vez toca antes de entrar. Cualquiera día nos vas a matar de un susto. —Me abraza con fuerza y me felicita dándome un gran beso en la cara.

—Muchas gracias, Miguel. Y ahora, si me disculpas, tengo trabajo —le digo señalando a su padre que sigue sentado en la misma silla del principio.

—Ni hablar, hoy no se trabaja —me replica Anselmo.

—¿Cómo? He venido a trabajar y eso es lo que voy a hacer.

—Yo creo no —responde otra voz diferente a las que estamos en la sala, la cual produce que tiemble todo mi ser. Me giro y encuentro a Ángel echado en el resquicio de la puerta. Acaba de llegar de la calle.

Lo miro fijamente y me encanta lo que veo. Está feliz, se le ve relajado y contento. Se acerca lentamente hacia mí para felicitarme.

—Feliz cumpleaños, Diana. —Me abraza él también y me besa en los labios. No sé cómo reaccionar porque su padre y su hermano están delante. Entonces, es Anselmo quien rompe esa situación tan incómoda y placentera a la vez.

—Ángel, acompaña a Diana hasta su coche mientras Miguel se queda aquí conmigo.

—Anselmo, yo...

—Tú nada. Hoy no quiero que trabajes. Si he dejado que vinieses es porque este par de dos me lo han pedido para que podamos felicitarte y darte mi regalo tranquilamente. Y ahora que ya está hecho, puedes irte. —Miguel me mira con cara de estar divirtiéndose de lo lindo y sale con su padre agarrado del brazo hacia la habitación de este. Ángel y yo nos quedamos solos en la sala de masajes y con tan solo una mirada sabe lo que le estoy preguntando.

—Tranquila, no está. La he mandado todo el fin de semana con sus amigas a relajarse y así todos descansaremos de ella.

Comienzo a reír, y cuando voy a hablar, me coge en brazos, sobre su regazo y vuelve a besarme. Esta vez sí que reacciono y lo beso con ganas. Esas ganas que llevo guardándome desde que nos despedimos en la clínica. Nuestras lenguas se echan de menos y comenzamos un baile infinito de besos llenos de pasión. Pero como siempre, alguien tiene que parar esto y debo ser yo.

—Para, lo siento. No puedo. No debí...

—Tranquila, no es culpa tuya. He sido yo. No he podido aguantarme. Te deseo tanto...

—Ángel, no sigas por favor, no digas nada. Muchas gracias por la felicitación. Despídeme de tu hermano y de tu padre. —Después de decir esto, salgo corriendo hacia la salida y sin mirar atrás me monto en mi coche. No puedo arrancar, porque me he permitido llorar como una tonta y apenas puedo ver. En unos segundos me enjugo las lágrimas y consigo arrancar el vehículo. Aunque no lo crea, me ha hecho el mejor regalo de cumpleaños que nadie podría hacerme... Un beso de esos que nunca se olvidan. A decir verdad, cualquier cosa que él haga jamás se podrá olvidar. He oído cómo gritaba mi nombre mientras he salido desfavorida hacia el coche. Se ha quedado quieto en la entrada de la casa viéndome una vez más cómo me marchaba de allí otra vez, como lo hice aquel día. Seco mis lágrimas de nuevo con el puño y me dirijo hacia mi casa. Por el camino llamo a Iván y a mis amigas, les digo que se preparen porque mi madre nos espera en su casa para comer y así la tendremos contenta a ella también. No les cuento nada de lo sucedido en la casa de Ángel y hago como que estoy súper feliz por el día que es. Al llegar a casa, Eva y Silvia se abalanzan sobre mí y me cantan cumpleaños feliz a pleno pulmón. No puedo más que sonreír y dar gracias a Dios por haber conocido a estas dos personas tan maravillosas al igual que a Carmen. En cuanto me dejan respirar un poco, observo otra figura en mi salón. Mi querido amigo y compañero al que quiero como si fuese mi hermano está esperando que estas dos me dejen libre para poder abrazarme y tenerme para él solito.

Cuando me liberan se acerca a mí y me felicita con un montón de besos y abrazos. Silvia y Eva se ve que no han tenido suficiente, porque se unen a nosotros, lo que ocasiona que acabemos tirados en el suelo. Comenzamos a reír. Tengo que pedirles que paremos, porque ya está empezando a dolerme la tripa. Me recompongo como puedo y les digo que voy a darme una ducha rápida y nos iremos a casa de mi madre.

En un santiamén estoy lista y nos dirigimos hacia mi antigua casa, donde mis padres nos esperan con una gran comilona y postre incluido. Una tarta de tres chocolates preparada por mi madre hasta con sus treinta velitas. Ya sabía yo que algo tenía preparado. Bueno, por lo menos ha sido algo íntimo y discreto. Y no como quería hacer ella, que era organizar una fiesta a lo grande.

Terminamos la pequeña celebración en casa de mis padres y volvemos a la mía para prepararnos para la fiesta que me pienso dar esta noche. Dicen que con alcohol las penas son más llevaderas, aunque no sea muy sano. Esta noche pienso ahogar las penas de cualquier forma.

Iván es el encargado de arreglarnos a todas. Pasamos la tarde entre risas y bromas. Hacemos comentarios sobre cómo nos queda esto o lo otro... Cuando Iván acaba con nuestros atuendos, ya es casi la hora de marcharnos. Mi amigo se prepara en un periquete y todos listos.

Antes de salir llamo a Miguel y Javier para indicarles dónde vamos a quedar. Me confirman que allí estarán a la hora acordada. Mis amigas me miran y comienzan a reír malvadamente. Esas risas no me gustan ni un pelo. Están tramando algo. Busco a Iván y está empezando a reír él también, lo cual me pone más nerviosa. De pronto, sacan una bolsa con una banda de color amarillo fluorescente donde se puede leer FELIZ CUMPLEAÑOS. Los miro atónita.

—Me niego a ponerme esto —les digo a los tres.

—No tienes elección. Si no te lo pones no vamos a salir. Así que tú decides.

—¡Y un cojón como mi manga de grande! —Se miran los tres y comienzan a contar.

—Una, dos y... ¡tres! —Me acorralan en mi propia casa y me ponen la dichosa banda. Al final, claudico, porque por lo que veo no tengo elección.

Por fin salimos todos juntos y la gente comienza a mirarme. Normal, con el color que tiene el trocito de tela, cualquiera no se fijaría en él. Me olvido de mi nuevo complemento y nos dirigimos hacia el bar donde he citado a los demás.

Silvia me dice que, por favor, cojamos un taxi porque le duelen los pies y no quiere que le salgan rozaduras antes de tiempo.

Como no quiero retrasarme le hago caso y paramos el primer taxi que vemos. Subimos a él y le indico la dirección a la que tenemos que ir. Eva llama mi atención.

—Diana, tienes rímel en el párpado. Deja que te lo quite. Cierra los ojos un momento.

—Hago lo que me dice y escucho a Iván murmurar algo que no logro entender. Nos ponemos en marcha y agradezco a Eva que me limpiara el pegote que por lo visto tenía en el ojo.

Por el camino no hemos parado de hablar y se ha hecho muy corto, tanto que no me he dado cuenta de que el conductor se ha equivocado de dirección y nos ha llevado a otro sitio. Mi enfado crece por momentos.

—Disculpe, pero aquí no es donde le he dicho. Haga el favor de dar la vuelta y llévenos a la dirección correcta.

Silvia, Iván y Eva me miran y me dan un pequeño empujón para que salga del vehículo y lo hago. Al ver dónde me encuentro me quedo quieta. Iván me dice que en este lugar se come muy bien. Me quedo pensativa, porque no veo ningún tipo de bar ni nada que se le parezca, pero si lo dice mi amigo será porque habrá estado aquí alguna vez. Avanzamos hacia dentro y no sé qué hacer cuando en la entrada de la que creo que es la finca más bonita que jamás haya visto cuelga un cartel en el que pone, FELIZ 30 CUMPLEAÑOS, DIANA.

Asombrada, los miro y de pronto empieza a salir un montón de gente conocida gritando:

—¡Sorpresa! —Comienzo a llorar como un bebé y empiezan los abrazos y las felicitaciones. Estoy muy feliz. Nunca nadie me había hecho una fiesta sorpresa de cumpleaños. Empieza a sonar la música y ya tengo una copa de champán en mi mano.

Puedo ver a mis padres, amigos de la facultad, pacientes con los que tengo bastante confianza, a Kiko, a Miguel y Javier. ¡Ay, por favor, pero si también está mi querido Anselmo! Supongo que habrá venido con Miguel. Reparto besos y doy las gracias por venir según voy avanzando hacia mi adorable paciente. Pero me paro en seco al comprobar quién está a su lado. Ángel también ha venido y está guapísimo. Ha dejado su atuendo de empresario y se ha vestido con ropa informal, pero acorde con la ocasión. Sopeso la idea de acercarme y acabo haciéndolo. Camino lentamente mientras logro controlar mi respiración, ya que me he puesto un poquito nerviosa al verlo después de lo que pasó esta mañana. Casi estoy a un paso de ellos y me doy la vuelta para irme, pero es demasiado tarde y Anselmo me ha visto.

—Feliz cumpleaños, querida. Siento haberte engañado esta mañana, pero mi hijo me tenía amenazado de muerte si te contaba algo. —Observo cómo Ángel me mira con una sonrisa.

—¿Has sido tú quien ha organizado todo esto? —pregunto muy sorprendida.

—Esto... yo... —Se pone nervioso y empieza a hacer lo mismo que su hermano cuando no saben qué decir ni hacer. Se mesa el pelo varias veces hasta que por fin me contesta.

—En realidad, no he sido yo solo. Todos han colaborado durante toda la semana. Por eso tus amigas han estado un poquito ausente contigo. Ellas han ayudado en todo lo que se refiere en la fiesta. Miguel y el resto nos hemos ocupado de todo lo demás. Olvídate de todo y disfruta de tu fiesta. —Se acerca a mí rodeándome por la cintura y me da un beso en la mejilla, momento que aprovecha para decirme susurrándome:

—Feliz cumpleaños, preciosa.

Como puedo le doy las gracias y antes de que intente decir nada más, mis amigas tiran de mí para ir a la pista de baile a marcarnos unos cuantos pasos al ritmo de la música.

—Cariño, muchas felicidades —me felicitan mis padres por segunda vez hoy. Espero que nos perdones. —Mi madre comienza a reír. Al final, se ha salido con la suya.

—Claro que te perdono, ¡si eres mi madre! —Nos fundimos en un dulce y cariñoso abrazo los tres juntos.

Nos acercamos a la gran barbacoa que han dispuesto en uno de los lados de la finca. Iván me acompaña hacia la mesa donde están dejando la carne ya cocinada. Lleva en la mano un plato preparado con un tenedor, y con tan mala suerte que al poner el plato encima de la mesa auxiliar que hay al lado se le cae el tenedor al suelo, y en el momento que se agacha para cogerlo siento crujir sus pantalones. La cara de Iván es un poema. Me mira, y sé perfectamente lo que ha pasado. Comienzo a

reír, y mientras se tapa el agujero que se ha hecho empieza a soltar improperios de toda clase. Al escucharlo, más risa me da, lo que ocasiona que mi amigo se olvide de su pantalón y se ría por la situación tan divertida que estamos viviendo. Me pide que le mire el roto del pantalón y tiene mucha suerte porque la parte que se ha rajado ha sido por dentro y al caminar no se nota nada. Una lástima, porque hubiéramos reído mucho más de lo que lo hemos hecho.

Pasamos un buen rato entre risas, bebiendo, comiendo, bailando y, sobre todo, el momento pantalón rajado de Iván. Casi me meo encima de la risa, y para evitar eso le digo entre copa y copa a Silvia, que es la que está conmigo en este momento, que debo ir al baño. Me indica por dónde está y justo en ese instante Miguel tira de ella y se la lleva. Este me pide perdón juntando las manos y yo solo puedo echarme a reír. Voy un poquito perjudicada, pero todavía creo que llegaré sola al aseo. Salgo del servicio y tengo que hacer una pequeña parada porque estoy un poquito mareada. A lo lejos veo un pequeño balcón rodeado de un precioso jardín con flores, y decido ir hacia allí y sentarme en uno de los bancos que lo adornan. Respiro profundamente. Estoy pasándolo muy bien y es gracias a toda esta gente que tengo alrededor y sobre todo a Ángel.

Agacho un poco la cabeza, y cuando la levanto, encuentro a Ángel justo enfrente de mí.

—Hola, preciosa.

—Ho...Hola —balbuceo.

—¿Te encuentras bien?

—No, bueno sí. No sé.

—Me encanta que lo tengas tan claro. —Suelta un par de carcajadas y se acerca un poco más a mí. Se arrodilla dejando su cara a la altura de la mía. Me coge de las manos y me pide perdón por lo que ha pasado esta mañana.

—Perdóname, por favor, no quería hacerte sentir mal. —Lo miro fijamente a los ojos y estos comienzan a llenarse de esas gotitas saladas que últimamente están saliendo más veces de la cuenta. No puedo dejar de pensar en ese beso. No se lo he contado a nadie. Me come por dentro no poder corresponderle, pero volvemos a lo de siempre. No quiero líos con su futura mujer. Ya me ha quedado bastante claro que él no la quiere, pero no puedo meterme en medio de esta relación, porque estaría perjudicando al que podría haber sido el amor de mi vida.

—No pasa nada. Solo que cuando me has besado delante de tu familia, fue una sensación rara. Me haría muy feliz que pudiéramos mantener una relación normal como cualquier pareja que se quiere, pero lo nuestro no es posible. Tú estás comprometido y yo no entro en esos planes. Muchas gracias por la fiesta. No la voy a olvidar jamás. Y si no te importa, me gustaría seguir disfrutando de ella, ya que es lo único que va a quedarme de ti.

—Te equivocas, Diana. —Lo miro extrañada porque no sé a qué se refiere.

—¿Qué quieres decir con que me equivoco?

—Que no es lo único que vas a recordar esta noche de mí. —Le hace señales a Miguel de que nos vamos. Miguel levanta el dedo pulgar hacia arriba indicándole a su hermano que todo está bien. En ese instante y sin darme tiempo a reaccionar, me coge en brazos y me lleva a una pequeña caseta que hay justo al lado de la finca.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —Comienzo a mover las piernas pateando, pero dejo de hacerlo cuando me dice:

—Voy a darte tu regalo de cumpleaños. —Entramos y me suelta suavemente en una cama con pétalos de rosa con forma de corazón y un dosel blanco alrededor. Cierra la puerta y comienza a darme mi regalo de cumpleaños. Llevo un vestido corto ajustado de color azul marino. La verdad es que no deja mucho a la imaginación porque mi plan de esta noche era tirarme al primero que se cruzara en mi camino y olvidar a Ángel, y ahora me encuentro que mis planes no han salido tal y como tenía pensado, sino que estoy tumbada en la cama de una preciosa habitación con un hombre maravilloso. Me temo que mi regalo va a ser como poco inolvidable. No soy capaz de moverme y le dejo hacer conmigo lo que le plazca. Se tumba encima de mí susurrándome palabras al oído. Palabras

que no logro entender, porque en este mismo momento estoy borracha. Borracha de amor y no quiero pensar en nada más que en recibir este regalo tan especial. Después de las palabras tan dulces comienza a quitarme el vestido dejándome tan solo con la ropa interior puesta. Vuelve a mi cuerpo y lo llena de deliciosos besos y caricias. Se levanta y no para de sonreír. ¡Madre mía! ¡Es el mejor cumpleaños de mi vida! A continuación, él se quita la camisa y desabrocha su pantalón, quedándose con el bóxer puesto. ¡Dios! ¡Qué vistas tengo desde aquí! Se acerca a sus pantalones de nuevo, saca un antifaz de color negro, se aproxima hacia mí pidiéndome calma, me lo pone y eso me estremece. Nunca habían tapado los ojos para hacer el amor, pero este juegucito me está gustando mucho. Así que me dejo llevar. Escucho cómo se aleja un poco y coge algo. Estoy un poco nerviosa porque al no ver nada no sé qué va a pasar. Eso hace que mi libido crezca más aún. Se sube de nuevo encima de mí y coge mis brazos sin parar de besarme, los estira alrededor de mi cabeza y... ¡Zas! Algo frío rodea mis muñecas. No será... ¿En serio? ¡Me ha esposado a la cama! Comienzo a ponerme muy nerviosa y puedo escuchar cómo se ríe a carcajadas. Se acerca a mi cara y quita la dichosa tela negra que tengo tapándome toda visión posible. No puedo moverme.

—¿Qué coño haces? Quítame esto antes de que comience a gritar.

—No. No lo voy a hacer. Y ya puedes comenzar a gritar si quieres. He dado orden de que nos dejen tranquilos hasta que yo les avise. Además, con la música tan alta no creo que nadie pueda oírnos.

—Eres... eres... —Cuando voy a soltar el primer insulto que pasa por mí mente, me da un beso para que calle y no diga nada más.

—Dime que me quieres. —¿Cómo? ¿Pero se ha vuelto loco?

—Ni hablar. No voy a decir eso. ¡Suéltame!

—Dime que me quieres.

—¡Gilipollas! —Me vuelve a besar, pero esta vez mi lengua cobra vida propia y se funde con la suya.

—Dime que me quieres. Hasta que no lo digas no te voy a soltar y mucho menos vamos a salir de aquí.

—¡Estás loco! ¿Lo sabías?

—Sí, estoy loco por ti. No puedo vivir sin tenerte a mi lado. Y cada día que pasa soy más infeliz por no poder tocarte, besarte, decirte que te quiero... —Lo observo y no puedo creer lo que mis ojos están viendo. Está llorando como un niño pequeño.

—Ángel, yo... —Me mira abatido y se acerca a la cama para quitarme las esposas. Pero antes de que lo haga le digo:

—No lo hagas. Aún no te he dicho que te quiero. —Me mira asombrado y se pone justo a mi lado—. Te quiero —digo por fin. Te quiero desde el primer día que te vi. No puedo parar de pensar en ti en cada momento porque estás tan dentro de mi corazón que no puedo vivir pensando que jamás serás mío. Ángel, no te quiero. Te amo. Lo hago con todas mis fuerzas y me odio por ello. Por favor, solo te voy a pedir una cosa. Suéltame y hazme el amor una última vez.

No se mueve. No respira. O por lo menos eso me parece porque está quieto mirándome fijamente a los ojos. En unos segundos vuelve de donde quiera que estuviese y comienza a quitarme las esposas.

—Gracias —digo con hilo de voz.

—Lo siento —responde apenado.

—No lo sientas y despedámonos como es debido.

Me quito la ropa interior y hago lo mismo con él. Ahora soy yo la que empieza a besarlo. Comienzo por el cuello, entreteniéndome un poco en esa zona, ya que me encanta aspirar su olor. Quiero que se quede grabado en mi memoria para siempre. Desciendo poco a poco por su torso perfecto recreándome en cada uno de sus cuadrados. Bajo un poco más y me encuentro en la zona ardiente, la agarro y lleno mi boca con ella. Saboreo las primeras gotas de su esencia y empiezo a chuparla aumentando el ritmo cada vez más. Él se retuerce de gusto en cada instante que siente mi aliento caliente sobre su polla.

—Sí... Así es, nena. —Me esmero en cada movimiento, hasta que puedo sentir cómo está a punto de

correrse en mi boca. Su mirada se posa en mí pidiéndome permiso, y se lo doy.

—Me corro... —Mientras lo hace intento tragar todo su ser, pero es imposible... Comienzo a esparcirlo por mis pechos, hasta que no queda ni una mísera gota.

Me incorporo, y voy hacia un pequeño aseo que he visto por casualidad al entrar. Vaya, estaba todo bien preparado. Hay de todo para asearse. Hasta una pequeña ducha en la que no dudo en utilizar. Cuando estoy dentro, aparece Ángel con una cara de felicidad increíble. No dice nada. Solo puede sonreír. Abro el grifo y espero unos segundos para que el agua tome la temperatura correcta. Cuando ya lo ha hecho, entro de nuevo y Ángel no duda en acompañarme. Enjuago mi boca, mi cara, mis pechos y cuando voy a seguir por el resto de mi cuerpo, Ángel me aprisiona contra la pared y comienza su revancha. Me besa apasionadamente. Baja hasta mis pechos y se queda un buen rato ahí dándole toda la pasión que se merecen mientras uno de sus dedos comienza a jugar con mi clítoris. Siento tanto placer que creo que no voy a aguantar mucho. Ya estoy donde quería. Apaga el grifo, y me lleva de nuevo a la cama. Se sube a horcajadas y puedo comprobar cómo su polla está de nuevo lista para otro asalto. Se pone un preservativo que saca del bolsillo de su pantalón y que coloca con gran destreza. Me abro todo lo que puedo y dejo que me llene de placer. Me penetra una y otra vez acompañado siempre de dulces caricias y besos.

—Ah... Sí... No pares —le suplico.

—No lo haré, nena.

Quiero disfrutar hasta el último segundo. Continúa con sus envites cada vez más rápidos mientras me chupa los pezones con más intensidad, tanto que si por él fuera me los arrancaría. Esto me provoca un placer inmenso. Me agarro fuertemente a su espalda, él se aferra a mi cuerpo y juntos llegamos al clímax.

Nos aseamos un poco. Vuelvo a ponerme mi ropa; mi pelo está aún mojado. Tendré que dar unas cuantas explicaciones de mi aspecto. Salimos juntos de la mano. Al estar un poco más cerca de la fiesta me suelto y me pongo frente a él para decirle:

—Gracias, por todos los momentos tan maravillosos e increíbles que hemos pasado juntos. Pero ha llegado el momento de decir adiós.

—No digas eso, preciosa. No me digas adiós, dime un hasta luego.

Mis ojos comienzan a escocerme, y antes de que las dichas gotitas saladas empiecen a salir, lo digo:

—Entonces, hasta luego, Ángel. —Y con un suave beso en los labios, me despido de mi amor y voy en busca de mis amigos a pedir un poco de consuelo.

CAPÍTULO CATORCE



Llego cabizbaja hasta donde están todos, y el primero que se da cuenta de mi estado es Iván.

—¿Qué te ocurre, *my darling*? —pregunta preocupado.

—Se acabó. Se acabó todo. Acabo de despedirme de Ángel para siempre.

Intento aparentar felicidad. Hago de tripas corazón y saco mi mejor sonrisa.

Observo cómo Ángel hace lo mismo, pero en sus ojos veo la tristeza instalada.

No paramos de enviarnos miraditas. Es imposible no hacerlo después de lo que ha pasado entre nosotros hace un momento.

Estamos un rato bailando y bebiendo. De repente, se apagan las luces y una enorme tarta con forma de piano aparece delante de mí. La ilumina solamente las treinta velas que hay puestas a su alrededor. Todos comienzan a cantarme cumpleaños feliz. Comienzo a llorar, esta vez no voy a reprimir ni una lágrima, así aprovecho y me desahogo por todo. Antes de soplar, Ángel me frena y me dice:

—Debes pedir un deseo. —Lo miro con los ojos llenos de lágrimas y le respondo en voz muy bajita:

—Lo que yo deseo nunca será posible. —Me mira entristecido. Aunque, finalmente, lo que pido es tenerlo conmigo para siempre. Pero no se lo digo.

Llega la hora de los regalos. Mis padres me han comprado un montón de ropa. Mis amigos, productos de cosmética, claro está que son de la empresa de Ángel. Y un montón de cosas más. Una vez abiertos todos los paquetes, mis invitados continúan con sus bailes y risas. Comienzo a recoger mis cosas y hay algo que me llama especialmente la atención. Es un sobre de color rojo. En él pone «Para Diana, de Ángel». Lo cojo con incertidumbre, lo acerco a la nariz y lleva su perfume. Abrazo el papel como si de él mismo se tratase y doy un salto cuando alguien me habla.

—Feliz cumpleaños de nuevo. Lo compré pensando que lo nuestro algún día podría llegar a algo. Ábrelo, por favor. Puedes utilizarlo cuando quieras y con quien quieras.

Momificada. Así es mi estado al abrir el sobre y ver que contiene una escapada romántica a París. Siempre he imaginado ir a visitar la torre Eiffel, pasear por los Campos Elíseos, contemplar la belleza que esconde el Museo del Louvre y otras muchas cosas más, de la mano del hombre que siempre he amado. Pero ni el corazón, ni el tiempo, ni el dinero lo hicieron posible. Sin embargo, ahora que tengo la posibilidad de hacerlo, no puedo. No quiero ir, si no es con él.

—Gracias, pero no puedo aceptarlo.

—No seas tonta y cógelo. Es tu sueño y debes cumplirlo. En la visita tienes incluido un par de entradas para el teatro Moulin Rouge. Incluye cena y espectáculo. Y tú estancia será en el hotel Mayfair de París. Puedes elegir la fecha que quieras. Es tu regalo y puedes hacer con él lo que te dé la gana. Lleva a Iván contigo, si quieres. O si lo prefieres, cambia el paquete romántico por otro. Lo dejo a tu elección. —Sin decir nada más, se despide dándome dos besos y se marcha todo lo rápido que puede. Me quedo embobada mirando cómo se va y no soy capaz de pronunciar palabra alguna ni de retenerlo. Mis amigos se acercan preocupados porque han visto salir muy alterado a Ángel. Les cuento por encima lo que ha pasado. Eva y Silvia me reprenden por no haber hecho nada. Les pido perdón y me voy para casa. Miguel se ofrece a acompañarme, pero declino su oferta ya que lo único que necesito es tener un poco de tranquilidad. Me despido de mis padres y del resto de invitados con la excusa que estoy agotada; y aprovechando que Ángel ya se iba, le he dicho si podía llevarme a casa. Preguntan por él y les digo que ha pedido que lo disculpe porque ha ido a en busca del coche. Iván me mira con cara de mala leche por la gran mentira que estoy contando. Pero como buen amigo que

es me sigue el rollo. Mi gran embuste ha colado y ya puedo irme tranquila. De camino hasta la salida, pido un taxi y mientras espero, repaso mentalmente todo lo sucedido esta noche. Envío un mensaje a Iván disculpándome por haberme ido así y me contesta que ya hablaremos. El ruido del motor de un coche hace que ponga toda la atención en el vehículo. Se acerca velozmente a mí, y cuando ya lo ha hecho, frena en seco. De él se baja un hombre alto, moreno, y ojos marrones. Impresiona verlo. Esa cara me suena de haberla visto en alguna parte y ahora no sé muy bien dónde.

—Buenas noches, señorita Diana. —Me entra miedo. Otro que sabe mi nombre y yo tampoco lo conozco. Sopeso la posibilidad de salir corriendo, pero la puerta de la finca está cerrada y por mucho que corra, el individuo que tengo al lado me alcanzaría de inmediato. Me aferro a mi bolso por si viene a robarme y este vuelve a hablarme.

—Tranquilícese, no voy a hacerle daño. Solo quiero hablar con usted. Mi nombre es Francesco. Si es tan amable de subir al coche...

—Agradezco la invitación tan amable, pero prefiero esperar a mi taxi.

—Se lo estoy pidiendo por las buenas, señorita; no haga que tenga que hacer uso de mi compañera para que me acompañe. Yo la llevaré a su casa. —Según dice esto, retira un poco su chaqueta y deja ver una pistola que lleva escondida. Ahora sí que me arrepiento de no haber salido corriendo. No tengo otra que aceptar la invitación obligada de este hombre tan educado. Subo al coche temblando. No sé qué quiere este tipo, pero estoy segura de que en breve lo sabré. No me atrevo a hablar, pero como en la mayoría de las veces me pasa, hago lo contrario de lo que pienso. Y me atrevo a preguntar.

—¿Qué es lo que quiere de mí? Yo no tengo nada, ni siquiera dinero.

—Quiero algo más que eso. Quiero que saque de mi camino a Ángel, y usted es la persona indicada para ello.

Al escuchar esas palabras, mi cuerpo y mente se llenan de rabia.

—¡Qué cojones dice! No se le ocurra tocarle un pelo porque se las verá conmigo.

—Veo que no se han equivocado al describirla. Tiene carácter. Harás muy bien tu trabajo. —Sonríe y por unos segundos me deja fuera de juego. Sin darme cuenta, hemos llegado al portal de mi casa.

—Ya puede bajar. Le voy a pedir otro favor, no comente a nadie que esta conversación ha sucedido, si no quiere tener problemas con la señorita Isabella. ¿Me ha entendido?

Me bloqueo al escuchar el nombre de Isabella.

—Señorita Diana. —Vuelve a decirme con ese acento italiano—. ¿Me ha entendido?

—Alto y claro —logro decir por fin.

—Tendrá noticias mías.

Bajo del vehículo temblando. No sé si por el frío, la rabia, el miedo, o quizás sea por la mezcla de todo un poco. Sale como alma que lleva al diablo dejando la marca en el asfalto. En pocos segundos dejo de ver el coche.

Parada en el portal busco las llaves para entrar, y de los nervios que llevo no las encuentro. Por fin las localizo, se me caen al suelo y maldigo por ello. Las recojo, consigo abrir la dichosa puerta y correr hacia el ascensor. Comienzo a hiperventilar, pero me auto tranquilizo hasta llegar a mi casa. Abro la puerta y voy quitándome la ropa y dejándola tirada por todos lados. Me dirijo directamente hacia la ducha para ver si con un poco de agua puedo aclarar mi mente y asimilar esta situación que a mi parecer es como poco surrealista.

Al salir de la ducha, un poco más calmada, analizo este embrollo. Tumbada en mi cama comienzo a pensar en todo esto. Hay algo que no me cuadra. La cara de Francesco creo haberla visto en alguna parte, pero... ¿dónde? ¿Y qué tiene que ver Isabella en todo esto? La cabeza me va a estallar, tanto o más que el día que salí con Eva y Silvia. ¡Bingo! Al recordar ese día, a mi memoria viene el momento en el que saliendo de la discoteca me pareció ver a Isabella cogida de la mano de un hombre diferente a Ángel. Se parecía mucho a... ¡No puede ser! Doy un gran salto de la cama para ir en busca de mi móvil. Lo cojo y... ¡mierda! No tiene batería. Busco el cargador y lo conecto. Cuando ya lo tengo

encendido, introduzco el número pin y busco la galería de fotos. Al encontrar lo que estaba buscando, me quedo inmóvil. El hombre que salía junto a Isabella es Francesco. ¿Quién demonios es este tío? No entiendo nada. ¿Por qué quiere que le ayude a sacarlo de su camino? ¿Qué camino? ¿Para qué? Estoy desconcertada. Yo sola no puedo con toda esta situación. Ese hombre me ha dicho que no se lo cuente a nadie, pero si no lo hago no sabré qué hacer. Mañana por la mañana se lo contaré a Iván. Él siempre ha sabido darme buenos consejos. Espero que pueda ayudarme porque acabaré volviéndome loca.

Decido volver a la cama, pero tengo que hacer uso de una pastilla para dormir, ya que no soy capaz de cerrar los ojos. Necesito estar descansada por la mañana porque tengo un montón de piezas de puzle que debo encajar. Ángel, Isabella, Francesco. ¿Qué les une? No sé de qué manera ni cómo lo voy a conseguir, pero tengo que averiguar qué pasa con estos tres antes de que ocurra algo desagradable. Mis ojos me pesan cada vez más y caigo rendida gracias a la ayuda extra que me he proporcionado.

Ya es por la mañana. Decido levantarme sin hacer ruido, pero mis amigas ya lo han hecho. Hoy es su último día aquí. Me da mucha pena no haber podido disfrutar más tiempo de ellas, aunque los días que han pasado aquí conmigo han sido geniales. A mi familia y a mis amigos les han encantado. Sobre todo a un par de ellos. Sonrío al recordar el momento del ascensor. No quiero llorar. Me hacen mucha falta, pero ellas tienen su vida y deben continuar con sus rutinas.

Salgo al salón.

—Hola, chicas.

—Hola, bonita. ¿Te encuentras bien? —Silvia está preocupada.

La miro a los ojos y le respondo.

—¿Quieres la versión *happy* o la versión original? —le respondo todo lo serena que puedo.

—Me encantaría que fuera la versión *happy*, pero mucho me temo que no es la verdadera. Así que cuéntame la original.

—Llevas razón. Eva, por favor, acércate. Quiero deciros algo.

Las dos se acercan a mí, y como buenas amigas, están expectantes a que comience a hablar.

—En primer lugar; quiero daros las gracias por haber estado a mi lado estos días. Han sido unos momentos difíciles para mí y vosotras junto con Iván y los demás habéis hecho que sean mucho más llevaderos. En segundo lugar, os voy a echar muchísimo de menos. Cuando mañana me levante y no os vea no será lo mismo. Me había acostumbrado a veros por aquí haciendo jaleo y sentir vuestras risas. Tercero, quiero que sepáis que aunque ahora mismo me siento como una mierda, gracias a vosotras podré salir adelante de toda esta situación. Y por último, quería disculparme por haberme ido así de la fiesta anoche. En dos semanas es la gala benéfica de la fundación y tendré que acompañar a Miguel para el evento. Espero que no te importe, Silvia.

—Por supuesto que no me importa. Miguel y yo hablamos de eso y aunque hemos pasado unos días estupendos, hemos decidido que si queremos que esto funcione tendremos que confiar el uno en el otro. Me ha prometido que cuidará de ti y que me mantendrá informada sobre cualquier novedad del juicio cuando se celebre.

—Gracias, preciosa. —La abrazo.

—¿Y qué pasa conmigo? —pregunta Eva con su habitual sonrisa.

—Pues no sé qué va a pasar contigo, lo que sí sé es que voy a echar mucho de menos escucharte hablar catalán cuando te metes con nosotras para que no te entendamos. Estoy feliz de que mi primo y tú hayáis empezado algo. Lástima que tengas que irte porque ahora no sé quién lo va a aguantar.

Al acabar de decir esto, Eva me sonrío y me dice.

—Pues lo aguantaré yo, porque se viene conmigo. Ha cogido unos días de vacaciones y los pasaremos juntos.

Me quedo con la boca abierta. No puedo creerlo. Lleva años sin irse de vacaciones y de pronto llega esta muchacha, lo hechiza y se lo lleva.

—¿En serio? ¡Cuánto me alegro! Mi tía estará encantada.

Hago lo mismo que he hecho con Silvia y acabamos fundiéndonos en un abrazo muy emotivo, soltando alguna que otra lagrimita.

—Bueno, bueno, vamos a dejarnos de llantos. ¿A qué hora salís?

—Mi autobús sale en dos horas —responde Silvia.

—Y mi avión sale en dos horas también. Pero tengo que estar allí una hora antes para facturar la maleta. Llamaré a Javi para que se dé prisa.

Después de nuestra conversación recogemos todas las cosas de mis amigas. Ya están listas para marcharse. Las acompaño hasta el portal donde las esperan Miguel y Javi para llevarlas a sus respectivas estaciones. Me despido de ellas soltando de nuevo lágrimas y me vuelvo a casa para seguir sola con mi pena.

¡Mierda! Al final no les he contado nada de lo de Isabella y Francesco. Pues, ¿sabes qué?, me digo a mí misma. Que mejor así. Por lo menos no se van preocupadas... Aunque conociéndolas como las conozco, cuando pasen unos días, llamaran y me harán el tercer grado. Suspiro y decido llamar a Iván.

—Hola, Pinocha —responde un poco molesto por haberle mentido en la fiesta.

—Iván, por favor, me encuentro fatal. Te he llamado para pedirte un poco de consuelo, pero si estás enfadado conmigo mejor cuelgo. Mañana nos vemos en la clínica. —Estoy a punto de colgar y escucho a lo lejos.

—¡Espera! En un rato estaré allí.

—Gracias, cariño —le digo y cuelgo.

Al cabo de un rato tocan al timbre. Es Iván. Le digo que suba. Al entrar en mi casa me abrazo a él y le pido perdón por el comportamiento que tuve ayer. Le cuento lo que me pasó anoche, mi regalo despedida de Ángel, aunque Iván estuvo en la fiesta y fue cómplice del regalo. Tenía la necesidad de contarle cómo me sentía. Y también le expreso lo que siento al no tener a mis amigas aquí. Menos mal que aún lo tengo a él y así puedo abrirme con total confianza y desahogarme. Cada día que pasa lo quiero más. Me observa y, como siempre, me arropa en sus brazos y rompo a llorar todo lo que llevo aguantando desde hace rato.

—¿Por qué tengo tanta mala suerte? —le pregunto como si él pudiera darme una respuesta razonable.

—¡Oh!, *my darling*. No puedo contestarte a eso. Solo sé que el destino ha querido que pase esto por alguna razón. Espero que dentro de un tiempo veas las cosas de otra manera. Vayamos al bar de Kiko a tomarnos unas birras para olvidar.

Dicho y hecho. Me arreglo un poco y con Iván a mi lado paso el domingo intentando olvidar lo que me ha pasado. Espero que mi destino tenga algo bueno preparado porque últimamente está que se sale con sus caprichos.

CAPÍTULO QUINCE



Javier y yo nos hemos despedido el uno del otro. Él se ha ido con Eva al aeropuerto. Van a pasar unos días juntos. A este chico le ha dado bastante fuerte por ella. Aunque no sé de qué me extraño. Eva es una chica que al momento se hace querer. Entre ellos hay una conexión especial. Yo he acompañado a Silvia hasta la estación de autobuses. Es una mujer increíble. En menos de lo que canta un gallo ha sido capaz de llamar mi atención y hacer que me fije en ella. No creí que pudiera gustarme otra mujer diferente a Diana. Por más que lo he pretendido, no he conseguido que esa rubita de ojos azules sucumbiera a mis encantos. Debo reconocer que Diana ha puesto de su parte para que lo nuestro funcionase, pero está claro que, aunque su mente quería intentarlo, su corazón está en otro sitio. Exactamente en el de mi hermano. Soy consciente de que Ángel está perdidamente enamorado de ella desde el primer día que se conocieron, aunque el gilipollas no haya sido capaz de hacer las cosas bien. Él también ha cometido errores. Y los está pagando bastante caros, por cierto. Silvia llama mi atención.

—Gordí. —Me gusta que me llame así—. Aquel es mi autobús. Ha llegado el momento de despedirnos. Ha sido increíble haber estado estos días aquí y haberte conocido —me dice con ojos humedecidos por algunas lágrimas que se le han escapado al pronunciar las palabras que acaba de decirme.

—No llores, canija. —Me sonrío al escuchar el apodo que le he puesto—. El placer ha sido mío. Has llegado en el mejor momento. Jamás pensé que alguien en tan poco tiempo pudiera darme tanto. Dios sabe que lo mío con Diana no iba a ir a ninguna parte. Y que conste que no ha sido por falta de intentarlo, pero ella...

—Ella está enamorada de Ángel. Lo sé. Por ese mismo motivo me atreví a darle un pequeño empujoncito y hacerle entrar en razón. Ella siempre lo ha amado y siempre lo hará. Nos contaba cuando le decías esas cosas cada sábado en casa de tu padre y reíamos muchísimo. Eso no quiere decir que no le gustases. ¡Es imposible! —Ríe al decir esto—. Pero el corazón es el que manda. Tengo que confesar que cuando te vi la primera vez casi me da un infarto. Me gustaste desde el minuto cero. —Estoy embobado escuchando todo lo que dice. Esta mujer está volviéndome loco. Sabe todo lo que me ha ocurrido de este tiempo hacia atrás y aun así quiere estar conmigo.

—Silvia, no quiero que te vayas. Estos días contigo han hecho que me dé cuenta que el amor llama a tu puerta cuando menos te lo esperas. —Termino mi improvisada declaración de amor y Silvia, observándome fijamente, va a decirme algo y... «Miguel, como hayas metido la pata de nuevo, será para darte de hostias», me digo a mí mismo. Y de golpe y porrazo, sin pensárselo dos veces, suelta sus cosas en el suelo y se lanza literalmente a mis brazos para besar mis labios. Me da un beso apasionado que dura unos segundos más de la cuenta. Le hago prometer que nos llamaremos todos los días y en cuanto acabe todo el embrollo del juicio y demás, iré a buscarla. Vuelve a decirme que cuide de Diana. La quiere como a una hermana y no soportaría verla sufrir de nuevo. Bastante lo ha hecho ya. El conductor del autocar llama la atención de todos los pasajeros que tengan como destino Jerez de la Frontera. De nuevo vuelve a besarme para después subirse al bus y ocupar su asiento. Veo cómo se va alejando poco a poco. Los dos seguimos lanzándonos besos hasta que la pierdo de vista. Cabizbajo me dirijo al aparcamiento a buscar mi coche. Busco las llaves, abro la puerta y arranco para dirigirme a mi casa. En poco tiempo estoy entrando por la puerta de mi hogar y me siento vacío. Saludo a Grace y le digo que se vaya a descansar. Es muy rara la sensación que tengo. Me sirvo una copa de vino y me relajo en el sofá. Hago balance de todo lo ocurrido hasta ahora y a pesar de todo es positivo. Hemos pasado unos días estupendos. Tengo a Diana como amiga, y a Silvia como una futura

pareja. Pienso disfrutar esta oportunidad que la vida me está brindando de nuevo. Quiero volver a mi vida normal. Empezar otra vez a trabajar. Deseo con todas mis fuerzas que todo se aclare. Me levanto del sofá, entro en mi habitación y preparo la ropa para darme una buena ducha. Cuando salgo de tan relajante momento, me preparo algo para picar y decido ir a la cama hasta el día siguiente. Mientras me dirijo a dormir, suena mi teléfono. Es Silvia diciéndome que ha llegado a su casa y que me echará de menos. Me temo que yo a ella también. Pasamos un rato hablando de las cosas que nos gustan y de las que no. Hemos estado más de diez minutos despidiéndonos con la tontería de cuelga tú; no, cuelga tú, como si de dos adolescentes nos tratásemos. Qué dulce es esta chica. Por fin terminamos la llamada y sin darme cuenta caigo rendido por el cansancio hasta el día siguiente. Al ver la luz que entra por la ventana doy un salto de la cama, miro el reloj y... ¡Joder! ¡Son más de las once de la mañana! Hacía tiempo que no descansaba tan bien. Vuelvo a coger mi teléfono y le doy los buenos días a mi canija. Le mando unos cuantos corazones y le hago saber que más tarde la llamaré.

Termino la conversación con mi Silvia, y decido llamar a Diana para saber cómo está. Supongo que a estas horas estará despierta. Hoy es uno de noviembre y es el día de los difuntos. Por lo tanto, hoy no trabaja. Comienzo a marcar su número y empieza a sonar el primer tono.

—Hola, preciosa.

—¡Qué quieres ahora!

—Qué humor tienes por la mañana, mujer —le respondo, porque no es precisamente así como me esperaba que me contestase

—Hola, Miguel, perdóname. Creí que era... —me contesta cabizbaja y deja la frase sin terminar.

—¿Qué te ocurre, Diana?

—Nada, ¿por qué?

—Vamos, Diana, que ya llevamos un tiempo conociéndonos y sé que no estás bien. Te pasa algo.

—Miguel, no me pasa nada —me responde molesta.

—Vale, vale. Si no quieres contármelo, estás en todo tu derecho, pero por lo menos deberías tranquilizarte un poco.

—Llevas razón. Perdóname de nuevo. Es que no he dormido. Ángel se ha pasado toda la noche llamándome y escribiéndome. No puedo más. Esto es un sin vivir.

—Preciosa, lo siento mucho. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí. —Me sorprende al escuchar que necesita algo—. Si no tienes nada que hacer hoy, ¿te importaría pasar por mi casa y hablamos un rato?

—Claro que sí. Pero solo con la condición de que me dejes invitarte a comer.

—Miguel, no tengo cuerpo para salir —protesta.

—Entonces, tendré que secuestrarte, y por tu bien, que cuando llegue a tu casa estés arreglada, porque pienso salir contigo de cualquier forma. —La escucho reír por fin.

—Está bien. Tú ganas.

—Perfecto. Se me ha ocurrido una idea. Comeremos en mi casa. Te sorprenderé con mis dotes culinarias.

—Tendré el teléfono del chino a mano por si acaso —dice muerta de la risa. He logrado que cambie su estado de ánimo. Me alegro por ello.

—Muy graciosa. —Hago como que estoy ofendido y vuelve a reír. Colgamos y me preparo para recogerla. He conseguido lo que quería. No me gusta verla triste. Le he prometido a mi canija que cuidaré de ella y así lo haré. Pasada una hora más o menos llego al portal de su casa. Le hago saber que la espero dentro del coche. Me responde con un ok. Y en menos de un minuto está aquí conmigo.

—Hola, pesado —me saluda sonriente.

—Hola, simpática. —Le devuelvo la broma y nos damos dos besos. Le indico a John que ya podemos marcharnos y así lo hacemos. Por el camino de vuelta a mi casa hablamos muy poco. Creo que está esperando a que lleguemos para poder contarme todo lo que le preocupa.

No tardamos en llegar y le digo a mi chófer que se tome la tarde libre. Si necesitamos salir, Diana se encargará de conducir. Me da su beneplácito y se marcha.

Entramos en mi casa. Aparece Grace para darnos la bienvenida. Ella es mi ama de llaves. A mí no me gusta llamarla así. Lleva mucho tiempo conmigo y desde que me ocurrió lo del accidente se ha encargado de todas mis cosas. Es una mujer de cincuenta y cinco años, pero no los aparenta. Se quedó viuda muy joven y no tuvo hijos. Un día puse un anuncio en Internet de que necesitaba alguien para que se ocupara de mi casa, y tras una larga lista de candidatas, ella fue la elegida. Acerté de lleno porque ha estado a mi lado día tras día sin darme ni tan siquiera un problema. La quiero como si fuera mi madre y ella me trata como al hijo que nunca tuvo. Hago las oportunas presentaciones. Grace, al presentarle a Diana, sabe perfectamente de quién hablo. En mis momentos bajos la busco y le cuento mis cosas. Sí, también hace de psicóloga. Cuando le dije que vendríamos a comer, como cualquier madre no puso buena cara porque sabe todo lo que he sufrido por ella. Pero le hice comprender que, en las cosas del amor, si la otra parte no está receptiva, no hay nada que hacer. Y que gracias a ella he conocido a Silvia. Nos recibe con una gran sonrisa. Se retira y nos dice que si la necesitamos estará terminando de hacer la comida. Al decir esto, Diana me mira y me pregunta.

—¿No ibas a cocinar tú? —Me mira frunciendo el ceño.

—Eh... Bueno sí, pero al final...

—¡Serás liante! —me dice a grandes carcajadas.

—Tenía que inventar algo y fue lo primero que se me ocurrió. Grace tiene unas manos para la cocina increíbles.

Vuelve a sonreírme y eso me hace muy feliz. Estoy aprendiendo a verla como a una amiga, aunque debo reconocer que me está costando lo mío. He querido en silencio a esta chica y, a día de hoy, daría mi vida porque fuera feliz.

Pasamos a la terraza cubierta y tenemos preparada la mesa con un delicioso aperitivo. La veo relajada e inquieta a la vez. No trae su sonrisa habitual y no me atrevo a preguntarle por sus inquietudes. Pero hemos venido a que se desahogue y eso es lo que tiene que hacer. Pero antes de preguntarle decido que es mejor hacerlo después de comer. ¡Joder, no me gusta verla así! Pasamos una sobremesa tranquila, pero en alguna ocasión he observado cómo se evadía y perdía la mirada. Me temo que su problema tiene una difícil solución, pero como amigo suyo intentaré darle mi mejor consejo para que se sienta lo más feliz posible.

Grace aparece de nuevo con un par de cafés, momento que aprovecho para decirle que llame a sus amigas y vaya a tomar algo. Nuestro trato no es de empleada—jefe, sino que es mucho más familiar. Ella acepta mi propuesta y en nada de tiempo sale por la puerta dejándonos solos a Diana y a mí. Creo que ya es el momento de comenzar a preguntarle.

—Diana, ¿me puedes contar ya qué es lo que te tiene tan preocupada? —Suelta su taza de café y se acerca un poco más a mí.

—Miguel —comienza a decir—, me estoy volviendo loca. No puedo ni quiero vivir así. Amo a tu hermano por encima de todas las cosas y es imposible que estemos juntos. He estado pensando que voy a dejar de ir los sábados a casa de tu padre. No soportaría verlo allí cada vez que vaya. Este sábado será el último que iré. Me encantaría seguir atendiendo a tu padre. Le he cogido un cariño tremendo y no me gustaría dejar de verlo. Así que he pensado que podríais traerlo a la clínica y lo atenderé gustosamente. —Sus ojos han comenzado a llenarse de lágrimas.

Ángel se ha pasado toda la noche llamándome y mandándome mensajes diciéndome que me quiere y que siempre lo hará. Al final tuve que silenciar el teléfono para dormir un poco, aunque no ha sido posible. No sé qué hacer. Él, dentro de poco, se casará y hará su vida. Sin embargo, sé que él tampoco será feliz, y eso me hace sufrir aún más. Dentro de poco será la gala benéfica y aunque no quiero ir, le prometí a Roberto que asistiría. Espero que no te separes de mí ni un instante. No quiero malos entendidos por parte de Maléfica. Bastante tengo ya con lo mío como también tener que preocuparme de la arpa de Isabella.

En ese momento suena el teléfono de Diana, y lo gira para que pueda ver quién la está llamando. Es Ángel. Ella cuelga y al segundo recibe un mensaje en el que pone: «Necesito hablar contigo. Es urgente». Muevo la cabeza de un lado a otro y le digo:

—Diana, yo siempre voy a estar a tu lado. No te preocupes por lo de llevar a mi padre a la clínica. Buscaremos una solución que sea beneficiosa para todos. Si a mi padre le parece bien, yo mismo lo llevaré para que lo trates. Y por Ángel, ya se cansará de llamar. —Me mira con una sonrisa de medio lado haciéndome saber que eso no pasará. Y es cierto. Mi hermano es cabezón de nacimiento y no parará hasta conseguir hablar con ella.

—Gracias. Te parecerá que es poco profesional, pero en este momento no le veo otra salida. En cuanto pase la boda, volveré a tratarle allí. —Termina de decir esto y ahora es mi teléfono el que está sonando. No le hago el menor caso. Quien quiera que sea puede esperar. No voy a cortar la conversación ahora. Devolveré la llamada cuando lo crea conveniente.

Me olvido del teléfono, que no ha parado de sonar en todo el rato, y sigo escuchando a Diana. Está sufriendo bastante y me duele.

—Diana, siento mucho toda esta situación. Ojalá estuviera en mi mano el que pudieras ser feliz. Tienes que intentar olvidar a mi hermano. Si no lo haces, sufrirás bastante. Ven aquí y dame un abrazo. —Ella acepta gustosamente mientras deja caer unas cuantas lágrimas. Nuestro abrazo es muy intenso, me aferro a ella para transmitirle todo mi afecto. En ese instante nuestra muestra de cariño se ve interrumpida por un enfadado Ángel.

—Ya veo por qué ninguno de los dos se digna a coger el teléfono. Siento haber interrumpido este momento tan tierno, pero nuestro padre está muy mal esta tarde, con sus dolores, y no sé qué hacer. Iba a llevarlo a visitar la tumba de mamá, pero no ha sido posible. Os he estado llamando a los dos, pero veo que estáis muy entretenidos.

—Ángel, no es lo que parece —le digo a mi hermano para tranquilizarlo, pero está fuera de control y lo único que se le ocurre es asestarme un golpe en la cara dejándome el labio partido.

—¡Ángel!, ¿estás loco? —le recrimina Diana, que no tarda en atenderme enseguida.

—Déjalo, Diana, no sabe lo hace —le digo poniéndome la mano en la boca. No paro de sangrar. Ángel hace un amago de volver a pegarme, pero en esta ocasión se pone Diana en medio de los dos y es ella la que recibe el golpe cayendo literalmente al suelo dándose un topetazo en la cabeza. Ángel, al darse cuenta, maldice y va a socorrerla de inmediato, pero Diana no le deja que la toque.

—¡Ni se te ocurra tocarme! —le grita—. ¡No quiero volver a verte! ¡Déjame en paz de una puta vez! No estábamos haciendo nada malo. ¡Gilipollas! He pasado la tarde aquí llorando por ti, y ahora veo que he perdido el tiempo. No te mereces la familia que tienes y mucho menos a mí. ¡Vete de aquí! —Escucho a Diana gritar todas esas cosas. Ella también ha perdido el control y estoy seguro de que se arrepentirá cuando se dé cuenta de todo lo que ha soltado su boquita de piñón.

—No me iré sin vosotros —nos dice como si nada.

No puedo creerlo. Se lía a dar puñetazos, ¿y ahora no se quiere ir sin nosotros? No salgo de mi asombro.

—Ángel, será mejor que te vayas —le pido amablemente, aunque me muera de ganas de partirle la cara.

—No. Nuestro padre necesita una sesión de las de Diana y no me pienso mover de aquí hasta que vaya a dársela.

—Está bien —contesta Diana—. Iré por él. Miguel, ¿estás bien? —me pregunta muy preocupada.

—Sí. Tranquila. ¿Y tú? —Me preocupo por ella y me responde que está bien. Antes de salir, Diana va hacia la cocina a por un poco de hielo. Me lo pone en el labio para que no se hinche y yo le observo el pequeño bulto que le ha salido en la cabeza.

—Diana, ese golpe tienen que verlo en el hospital. ¿Te sientes bien? —Al escucharme, Ángel abre mucho los ojos en señal de preocupación.

—No pasa nada. Estoy bien. Es un simple chichón. No seas exagerado. Médico tenías que ser. —Me

sonríe y se prepara para irnos. Pasa por el lado de mi hermano y este intenta hablarle, pero de nuevo Diana le hace saber que ni se le ocurra. Él se contiene y la deja pasar. Seguidamente, paso también, y antes de que me diga algo, soy yo quien en un tono muy bajo le digo.

—Eres un completo gilipollas. Ya hablaremos. Vamos, papá nos espera.

Y con el rictus muy serio, salimos los tres de la casa a toda prisa.

CAPÍTULO DIECISÉIS



Llegamos a casa de Anselmo muy preocupados. Al entrar por la puerta nos recibe una Isabella alterada.

—¡Hola, *amore!* ¿Por qué has tardado tanto? Tu padre no ha parado de quejarse. Me he acercado a su habitación para verlo y cada vez está peor. Tiene una de las piernas muy coloradas. —Me sorpendo al ver tal preocupación y decido interrumpirla.

—Voy a subir a verlo —le informo a Maléfica. Y sin más, subo los escalones de dos en dos sin mirar atrás. Por el rabillo del ojo veo a Ángel mirándome y seguidamente escucho cómo Miguel también sube muy rápido. Irrumpimos en la habitación como dos fieras. Estamos bastante preocupados.

Al vernos, Anselmo se alegra mucho de nuestra presencia.

—Hola, hija, ¿qué haces aquí?

—Hola, Anselmo a secas. —Sonríe al escucharme—. ¿Cómo estás?

—Ahora que has venido, mucho mejor. —¡Ainsss! ¡Es para comérselo!

—Hola, papá. Yo también me alegro de verte —le dice Miguel a su padre con una sonrisa de lado a lado—. Sé que Diana te gusta más que yo, pero por lo menos podrías disimularlo un poco. —Anselmo le sonríe como puede. Tiene bastante dolor y no está para bromas.

—Hola, hijo, a ti también.

—Dime qué te ocurre —le pregunto preocupada.

—Me duele mucho la pierna derecha y se está poniendo cada vez más roja.

—Déjame verla, por favor. —Al subirle un poco el pantalón confirmo lo que por el camino venía sospechando. Pero antes de decírselo, me aseguro comprobando que los síntomas sean correctos. La pierna está enrojecida. La toco y puedo notar que además de estar caliente, las venas se han hinchado. Tiene dolor y fiebre. Efectivamente se confirma, mi sospecha.

—Miguel, si no me equivoco, creo que tenemos que llevarlo al médico. —Él se acerca a su padre y repite la misma operación que acabo de hacer—. Tu padre tiene todos los síntomas de una flebitis superficial. Sería conveniente que lo llevásemos al hospital y allí nos lo confirmen. Pero tiene toda la pinta de ser así, ¿no crees?

—Diana, sin duda has acertado. Eres increíble.

—Lo increíble es la paliza que me he pegado estos años estudiando la anatomía humana. Y los cursos de vascular que he hecho. Eso sí que es increíble. No me puse por casualidad a hacer masajes sin más. Tuve mi preparación antes. ¿Te suena? —Le sonrío tímidamente y este me devuelve la sonrisa.

—Es cierto. Perdóname. ¡Qué tonto soy! —Comienza a reír.

—Avisaré a Ángel de que nos llevamos a tu padre a urgencias. Quédate aquí con él mientras se lo digo. —Bajo rápidamente las escaleras y allí encuentro al futuro matrimonio hablando. ¡Dios, qué rabia me da de verlos! Respiro hondo y me atrevo a hablar en un tono muy seco.

—Ángel, tenemos que llevar a vuestro padre al médico. Sospechamos que puede tener una flebitis superficial. —Se queda callado asimilando la información que le acabo de dar. Sin embargo, es Isabella la que rompe el silencio abriendo la boca.

—Eso suena fatal. ¿Se pega? —Vamos, lo que me faltaba por oír. Confirmado. Es mala y tonta. Lo tiene todo. Menuda joyita se va a llevar este hombre. Le contesto de mala leche.

—No. No se pega, y aunque fuera así... —Antes de seguir contestándole, Ángel me corta y no deja que continúe la guerra que iba a comenzar.

—Vamos, caramelito. Llevaré a mi padre al hospital. Llama a alguna de tus amigas y cómprate algo

bonito. Te llamaré cuando sepa algo —le dice cariñosamente, y para rematar le da un pequeño beso en los labios antes de que se marche.

¿Caramelito? ¡Buag! Lo está haciendo para darte celos Diana, me digo a mí misma. Pues lo ha conseguido. Pero no puedo dejar que se dé cuenta.

—¿Podemos aligerar un poco? Tu padre necesita atención médica. —¡Mierda! Creo que se ha notado lo molesta que estoy por el gesto.

—¿Celosa? —pregunta Ángel con esa sonrisa que me vuelve loca.

—Más quisieras —le respondo ofendida—. Me giro para ir en busca de Anselmo, pero antes de que lo haga me corta el paso.

—Déjame pasar, por favor —le pido educadamente, pero no se aparta.

—No.

—¿No? —Al darme su negativa, intento pasar a la fuerza pero es imposible, me coge fuertemente del brazo y comienza a hablarme.

—No hasta que obtenga tu perdón. —Lo miro fijamente y está lleno de rabia y dolor.

—Vale, te perdono. Y ahora déjame pasar.

—No. Así no. Tienes que decírmelo sintiéndolo de verdad.

—Pues entonces espera sentado. Me has hecho mucho daño, y no estoy hablando precisamente del chichón que ha salido en mi frente. —Se acerca un poco más para verme el golpe, y aprovechándose del momento hace un amago de besarme, acto que, aunque me muera de ganas, puedo evitar haciendo una magnífica cobra. Se queda perplejo ante mi actitud. He decidido que tengo que olvidarlo y estar besándolo no me va a ayudarme en nada.

—Veo que estás muy enfadada conmigo.

—Ángel, ahora no es momento de hablar. Lo importante en este instante es tu padre. Lo demás puede esperar.

Por fin puedo librarme de sus brazos, y aguantándome las ganas de llorar, logro llegar hasta donde están Anselmo y Miguel. Bajan las escaleras muy despacio, para no hacer daño a su padre. Una vez en el recibidor, salimos todo lo rápido que podemos. Con nuestra ayuda, Anselmo sube al coche de Ángel. Lo acomodo y le ayudo a ponerse el cinturón de seguridad. Ángel me insta a que suba delante con él. Pero no hago ningún caso y decido subirme en la parte de atrás acompañando a mi paciente. Al final, es Miguel quien se sienta a su lado, y veo cómo su cara es de fastidio. ¡Que se aguante por malpensado!

No tardamos en llegar. Al bajarnos del vehículo, me apresuro a avisar a un celador para que nos ayude a sentar a Anselmo en una silla de ruedas. Al momento reconocen a Miguel y se dan prisa por atender a su padre. Intento entrar con ellos pero no me dejan. Me piden que vaya a la sala de espera. En pocos minutos aparece Ángel y se dirige hacia el mostrador de la entrada para dar los datos de su padre. Una vez que lo ha hecho se pone de nuevo a mi lado. Madre mía, ¡qué tortura! Qué bien huele... Diana, para ya. Tienes que concentrarte en Anselmo y no pensar en el hombre que te vuelve loca. Empiezo a sentirme un poco rara. Me duele la cabeza y tengo ganas de vomitar. No me extraño, con el estrés que llevo, raro sería encontrarme bien. Estoy buscando un asiento libre para sentarme, pero no sé qué me pasa que todo comienza a darme vueltas. Y sin poder avisar a Ángel, siento cómo poco a poco voy cayendo al suelo hasta terminar tirada en él. Entre sueños escucho voces pidiendo ayuda, creo que es Ángel gritando. Unos brazos fuertes me levantan y ya no recuerdo nada más. Pasado un buen rato me encuentro en una habitación de hospital y a Ángel sentado a mi lado cogiéndome de la mano. Está afligido por lo sucedido.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hago aquí? —pregunto algo nerviosa. Estoy confundida y no recuerdo muy bien lo que ha pasado.

—Tranquila. Ya pasó todo. Te has desmayado a consecuencia del golpe que recibiste en casa de mi hermano por mi culpa. Se acerca lentamente hacia mí y hace otro intento de besarme, pero puedo frenar ese acto de nuevo volviendo la cara hacia otro lado.

—¿No me vas a perdonar nunca? —pregunta angustiado.

—¿A qué has venido? ¡Vete! ¡Sal de aquí! No quiero volver a verte. Por tu culpa estoy en esta situación. —Me levanto demasiado rápido de la cama y comienzo a tambalearme y caigo en sus brazos. Momento que aprovecha para besarme por fin. Me quedo inmóvil y no reacciono.

—Quiero que te quede una cosa muy clara. Voy a besarte cada vez que tenga oportunidad, te guste o no. Porque eres mi razón de vivir, y si no puedo tener eso, prefiero la muerte.

Sus palabras me hacen sufrir. No quiero que me bese, ni que me toque. Bueno, sí que quiero, pero si la situación fuese diferente. Así no. Vuelve a sentarme en la cama con mucha delicadeza y comienzo a llorar.

—No llores, por favor. No era mi intención hacerte sentir así. Perdóname, vida mía. —Se ve destrozado y creo que ya ha tenido suficiente.

—Está bien. No pasa nada. Pero mi corazón se rompe en mil pedazos cada vez que me robas un beso. Yo tampoco quiero vivir así. Entiéndeme por favor. —Asiente con la cabeza. Se hace un pequeño silencio y la puerta de la habitación se abre muy despacio. Es mi madre, acompañada de mi padre, y haciendo su particular drama.

—¡Ay, hija mía! ¡Por la Virgen del Carmen! ¿Cómo estás, cariño? —Se acerca tan rápido que casi tropieza y se cae. Pero por suerte no lo hace y se sienta a mi lado. —Sonríe al verla y me abrazo a ella.

—No te preocupes. Todo está bien —le respondo para calmarla.

—Carmen —comienza a hablar Ángel, ha sido por mi culpa. —Mi madre se gira hacia él con cara de pocos amigos y...

—Mamá, no le hagas caso. Dice que ha sido su culpa porque tropecé con él en casa de Miguel. Nada más. Eso le puede pasar a cualquiera, ¿verdad? —Lo miro para que me siga el rollo y lo consigo.

—Muchacho, de verdad, pues claro que le puede pasar a cualquiera. Menos mal que has estado aquí con ella. —Mi madre le planta un beso en la cara y no puedo más que sonreír, porque es una situación rara. Hace un momento me hubiera gustado matarlo y ahora que lo veo tan vulnerable está tan mono... «¡Ainsss, Diana! No te aclaras ni con agua y jabón. Tienes un verdadero problema», me vuelvo a decir a mí misma.

—Es una mujer muy fuerte y puede con todo —le contesta el señor «pienso lo que me da la gana y doy puñetazos a todo el mundo».

—Ángel, ¿sabes algo de tu padre? —Mientras pregunto aparece Miguel con él en una silla de ruedas y con las piernas vendadas.

—¡Anselmo! ¡Qué alegría verte! ¿Te encuentras mejor?

—Diana, lo importante eres tú. Ya me han contado lo que ha pasado y me alegro de que estés bien y no sea nada grave.

—Preciosa, tu diagnóstico es afirmativo. Flebitis superficial. Hemos contratado a una enfermera para que se encargue de él todo el tiempo que haga falta y así tú podrás recuperarte del todo. —Me informa Miguel de los nuevos acontecimientos. La verdad es que me parece una gran idea. Así estaré unos días sin ver a mi amor prohibido y podré pensar en cómo encauzar mi vida sin él.

—Diana, tengo que irme. Espero que te recuperes muy pronto. —Se acerca Ángel a mi lado y me da dos besos en la cara; siguiendo la estrategia de los hermanos López, lo hace demasiado cerca de la comisura de mis labios, y como tengo a mi madre al lado, tengo que aguantar el tirón como puedo.

—Gracias por cuidar de ella. Pásate por casa cuando quieras. Eres un amor —le dice mi madre ajena a todo lo que está ocurriendo. Mi padre solo observa y calla. Pero como buen caballero que es, le estrecha la mano para despedirlo y aprovecha para darle las gracias por toda su ayuda. Si ellos supieran...

—Miguel, tu padre tiene que descansar, y yo estoy perfectamente. En unas horas me darán el alta y pasaré a veros.

—¡De eso ni hablar! —Iván que acaba de aparecer por la puerta.

—¡Ya estamos todos! —digo algo más animada.

—Te vienes a casa conmigo, que te voy a tener como una reina.

—Así que no os preocupéis por nada, que ya estoy yo aquí para cuidar a *my darling*. —Nos echamos a reír por el desparpajo de mi amigo. Mis padres no tardaron mucho en irse, y seguidamente lo hicieron Miguel y su padre, haciéndome prometer que me iría a casa directamente. Y así es como lo hago. Me dan el alta, ya que todo está perfecto; me recomiendan que, si noto algo fuera de lo normal, que vuelva rápidamente para atenderme de nuevo. Le doy las gracias y con mi amigo cogida del brazo nos vamos para mi casa. Le cuento por el camino toda la verdad de lo ocurrido. Iván se queda ojiplático con el relato. Intenta consolarme con sus mimos y por lo menos me saca alguna que otra sonrisa y aparco por unos instantes toda mi desgracia hasta la mañana siguiente.

CAPÍTULO DIECISIETE



Han pasado unos días y ya estoy recuperada. No he ido a trabajar porque necesitaba descanso físico y mental. Han sido unos días tranquilos, ya que he contado con la ayuda de Iván y de Rocío. ¡Pobrecitos míos! Iván ha enseñado a Rocío a manejar casi todos los aparatos que tenemos y a quitar contracturas leves. Es una chica muy lista y lo ha cogido al momento. Han trabajado muchísimo para que yo pudiera descansar.

Miguel, Javier, Silvia, Carmen y Eva se han preocupado por mí todos estos días. No han dejado de llamarme ni de mandarme mensajes cariñosos. Mis padres también lo han hecho. Incluso he recibido algún mensaje de Ángel que he borrado sin leer. Necesitaba descansar, no torturarme. Apenas se nota ya el golpe y por fin puedo salir a la calle sin parecer un unicornio. Hoy no tengo que ir a casa de Anselmo, porque la enfermera que han contratado lo está haciendo bastante bien. Ha congeniado a la perfección con él. No me extraña, ese hombre se hace querer al instante. Tengo muchas ganas de verlo, sin embargo, dudo si hacerle una visita o no. Al final, me decanto por ir. Espero no encontrarme con Ángel, aunque por dentro esté que me muera de ganas de que eso ocurra. Sin decirle nada a nadie, me arreglo a conciencia. No quiero que piensen que estoy deprimida o algo por el estilo. Me miro al espejo y me digo: «Diana, estás estupenda por fuera pero rota por dentro. Venga, tú puedes con esto y con más». Pero mejor que se quede como está. Más problemas no, por favor. Ya estoy en el coche dirigiéndome hacia la mansión. Hoy, como es fiesta, hay mucha gente paseando, pero sin embargo apenas hay tráfico. Sumida en mis pensamientos he llegado a la mansión sin darme cuenta. Aparco mi coche. Estoy nerviosa. No vengo a trabajar, sino a ver a mi querido paciente. Me vuelvo por la parte de atrás y saludo de nuevo al personal que encuentro por el camino. Quiero darle una sorpresa a Anselmo. Me dirijo hacia la sala de masajes y por el camino escucho música en otra habitación. ¡No puedo creerlo! Está sonando nuestra sonata favorita. Es un hombre de costumbres. Me acerco con sigilo y toco suavemente la puerta. Abro poco a poco y... me quedo con la boca abierta por lo que veo. No es Anselmo quien está escuchando la música, sino mi amor prohibido.

Ángel está sentado en un sillón con los ojos cerrados, escuchando la música que cada sábado ha estado sonando desde que entré en esta casa. Estoy temblando. Siento un escalofrío recorrer todo mi cuerpo. Miro hacia todos lados y estoy sola. Decido cerrar de nuevo la puerta con sumo cuidado pero mi torpeza me delata. Sin saber cómo se me ha enganchado una pulserita que Silvia me regaló en señal de nuestra amistad al pomo de la puerta y no puedo quitarla. Al hacer otro intento, se me caen las llaves del coche al suelo provocando un ruido espantoso. ¿Cómo unas cositas tan pequeñas pueden hacer tanto ruido? Ya las podría haber guardado hace rato. Al escuchar el ruido, interrumpo el momento de tranquilidad de Ángel. Intento marcharme, pero...

—¡Espera! —me ordena—. ¡No te vayas, por favor!

—Lo siento, creía que tu padre estaba aquí. Solo he venido a ver cómo se encontraba. Pero si no está vendré en otro momento. —Hago un intento de marcharme, pero vuelve a decirme:

—Quédate un momento, te lo ruego. —Me quedo parada en el resquicio de la puerta, cierro los ojos sopesando la posibilidad de irme, pero mi cerebro ha decidido por sí solo que debo entrar. Mi mente quiere salir corriendo, pero mi cuerpo y mi corazón han decidido que me quede.

—Pasa y cierra la puerta, por favor —dice en un tono muy meloso. Hago lo que pide pero no avanzo. Quedo justo echada detrás de la puerta, mirándolo. Ninguno de los dos pronunciamos palabra alguna. La música sigue sonando y seguimos sin movernos. Mi respiración está comenzando a ser más acelerada cada segundo que pasa. Ángel se está acercando poco a poco. Activo el modo

estatua.

—Estás guapísima —dice al llegar hasta mí.

—Gr... Gracias. Tú también. —¡Ay, madre! ¿Pero qué he dicho? ¡Uf, qué calor está haciendo aquí! Pone su sonrisa picarona. Se está divirtiendo por mi reacción. Estoy bloqueada y no sé qué hacer. Apoya una mano a cada lado de la puerta, dejándome bajo su cuerpo. Siento que estoy atrapada. Alzo la mirada hacia sus preciosos ojos y me deleito unos segundos por las facciones de su cara hasta llegar a esos apetitosos labios ladrones de besos. En ese momento, cierro los ojos, aspiro su perfume que tanto me gusta y me dejo llevar. Intento decir algo pero su boca sella la mía. Espera mi reacción y contra todo pronóstico le devuelvo el beso. Suelto el bolso, las llaves y no sé qué más. Me agarro a su cuello y, como si de una pluma se tratase, me coge en volandas para que con mis piernas rodee su cintura. Sin dejar de besarnos bailamos por toda la habitación. Necesitamos tocarnos, besarnos, abrazarnos. Queremos darnos placer. No soy consciente de lo que estamos haciendo. ¿O sí? La verdad es que en este momento todo da igual. Amo a este hombre y necesito sentirlo. Nos dirigimos hacia el sofá que está situado en un lateral de la habitación, pero chocamos con algo bastante grande. Abro los ojos y me quedo sorprendida con el objeto que impide nuestro paso. Es un piano de cola color blanco. Me mira lascivo, y sonrío. Sabe perfectamente que me ha encantado. Sin pronunciar palabra alguna me sube encima del instrumento y comienza a desabrocharme la camisa. Va dejando un reguero de besos alrededor de mis pechos, y mientras hace eso, yo acaricio el suyo. Estamos muy excitados, no hablamos. La música ha dejado de sonar. Lo único que podemos oír son nuestros besos y gemidos. Nuestras pieles se erizan al entrar en contacto con el frío material del piano. Sube mi falda, aparta mi tanga y con su habitual destreza me penetra. Lo hace una y otra vez. Observo su cara. Está lleno de placer producido por el momento. Vuelve a besarme y me pierdo en esos labios que me vuelven loca.

Nos movemos con libertad, tanto que casi acabamos en el suelo tirados. Pero, por suerte, me agarra con fuerza y evitamos tal caída. Ahora estamos de pie junto al instrumento, Ángel sabe que este objeto ha sido muy importante en mi vida y por la manera en la que me mira creo que no quiere que olvide este momento de pasión que está regalándome. Pone mis manos sobre la superficie blanca de madera dejando medio cuerpo tumbado sobre él haciendo que mi redondeado trasero quede descubierto a su merced. Me penetra varias veces en esa postura haciéndome sentir la mujer más deseada del planeta. Después de estar un rato en esa posición, nos dirigimos al sofá sin dejar de besarnos. Me tumba boca arriba y echa todo su peso sobre mi cuerpo volviendo a entrar de nuevo de una manera brutal. Está volviéndome loca con tanto placer. Me avisa que está a punto y le hago saber que yo estoy igual. Con una complicidad abrumadora disfrutamos de los últimos envites antes de llegar al clímax. Me dejo llevar sintiendo un orgasmo que hace quedarme en tal punto de no saber ni dónde estoy. No quiero que esto acabe, pero algo me alerta en este momento. El repiqueteo de unos tacones hace que me separe rápidamente de Ángel.

—¡Para! ¡Para! Se acerca alguien —le digo silenciosamente.

—Diana, yo...

—Shhhh. Calla. Viene alguien. —Le tapo la boca a la vez que le sonrío. Se libera de mi mano y dice:

—Diana. No he podido parar. —Al escucharlo me da la risa nerviosa. Los tacones son de Isabella. Lo sé porque está dando alaridos llamando a Ángel. Si supiera que lo tengo entre mis piernas... Río para mí. Ángel me coge de la mano y como dos delincuentes corremos todo lo rápido que podemos para metemos en el armario que hay en la habitación. La situación es como poco de chiste. Llevo el tanga por los tobillos y algo resbala por mis piernas. No me paro a pensar lo que es. Aunque imagino que será la esencia de Ángel que ha acabado de cualquier manera. Pobre, ha tenido que hacerlo rápido y veloz y para remate encima de su ropa interior. Sin embargo, Ángel no es que vaya mejor que yo, lo veo con el bóxer a medio subir dando grandes zancadas, a la vez que sigue tirando de mí con fuerza. Mientras lo hace me deleito de su atractivo trasero. Conseguimos entrar en el armario y al segundo, Isabella abre la puerta de la habitación y busca desesperadamente a su futuro marido. Ahora

es él quien pegándose a su cuerpo me silencia.

Al no encontrarlo, sale de la sala y continúa su búsqueda. Salimos con cuidado y saco de mi bolso unos pañuelos de papel. Nos limpiamos como podemos bajo una leve sonrisa. A continuación, vamos vistiéndonos poco a poco y soy consciente de la situación. «Diana, has vuelto a caer y a meter la pata de nuevo. Chica, no tienes remedio», me recrimino a mí misma. En ese momento, Ángel intenta decirme algo pero yo no quiero que lo haga.

—Diana, yo...

—No digas nada, por favor. —Me acerco de nuevo, y dándole un último beso, salgo apresuradamente de la habitación, teniendo mucho cuidado de no ser pillada por Maléfica. Dirijo mis pasos hacia la cocina y me encuentro a Anselmo y a...

—¿Chedes? ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —Exclamo con alegría al ver a la enfermera de Anselmo.

—¿Diana? ¡Hija de mi vida, qué guapa estás! ¡Dame un beso, hermosa!

Le doy un beso muy fuerte y me quedo abrazándola durante un rato

—Soy la nueva enfermera de Anselmo —responde feliz. Este no le quita ojo de encima. Mercedes, que es así como se llama en realidad, es una buena amiga de familia. Me ha visto nacer y ha estado presente en mi vida siempre. Desde pequeña la he llamado con ese apelativo cariñoso, porque su nombre me parecía muy difícil de pronunciar. Claro que ahora la sigo llamando así porque le tengo un cariño enorme. La trasladaron a Barcelona durante un tiempo y por circunstancias de la vida perdimos el contacto. Pero por lo que veo ha vuelto y eso me alegra muchísimo. Es una gran profesional. Qué suerte que está para cuidar a Anselmo. No me imagino mejores manos que las de Chedes.

—Hola, Diana —me saluda Anselmo sorprendido—. Qué sorpresa tan agradable. ¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunta curioso.

—No, la verdad es que acabo de llegar —miento. Si supiera el rato que llevo y lo que he hecho...

En ese momento, aparece Ángel; seguidamente, Isabella.

—Hola, Diana. No sabía que estabas aquí. ¿Ya te encuentras mejor? —¡Qué bien disimula este hombre!

—Sí, gracias. Mucho mejor. Vine a visitar a tu padre, pero como veo que está muy bien acompañado, me marché. Cuidate mucho, Anselmo —le digo antes de salir por la puerta; y mientras lo hago, me despido de Chedes, diciéndole que nos veremos otro día. Ángel no entiende nada. Isabella, al verme, se marcha sin decir ni mu; y yo, agradeciendo el gesto, salgo por la misma puerta por la que he entrado. A toda prisa me dirijo hacia mi coche y a mis espaldas escucho cómo alguien está siguiendo mis pasos. «Pies, ¿para qué os quiero?», me digo acelerando el paso cada vez más rápido. Noto que alguien está persiguiéndome. Sé a ciencia cierta que es Ángel quien viene detrás y no quiero hablar con él. Consigo subirme en mi coche pero no logro arrancarlo. Ha llegado a tiempo de pillarme justo en el momento que lo iba a hacer. Le da unos golpecitos a la ventanilla para que la baje y no me queda otra cosa que hacerlo.

—Ángel, ¿qué quieres? Deja que me vaya, por favor.

—Diana, solo quiero que sepas que lo que ha pasado ahí dentro ha sido maravilloso. Gracias por ese momento tan increíble.

Se queda con las ganas de besarme de nuevo. No lo hace, por si acaso cierta persona nos está vigilando. Otra vez dice que volveremos a hablar y por fin me deja ir. Salgo de aquella casa como alma que lleva el diablo y es ahora cuando empiezo a comerme la cabeza por lo ocurrido. ¿Que si me ha gustado? Pues claro que sí. Ha sido un momento donde un hombre y una mujer que se aman con locura se han dado mucho amor. Aunque haya sido un poco raro, por el instante en el que ha aparecido Isabella buscando a su futuro marido. He reído mucho. Tanto que Ángel ha tenido que taparme la boca con su cuerpo. Uf, ese cuerpo... Vuelvo a salirme de mis pensamientos; y para no pensar más en lo sucedido, enciendo la radio y... ¡Vaya por Dios! La canción que está sonando en este

precioso instante no podría ser otra que *Destino*, de Greeicy y Nacho. Terminó de escucharla y rompo a llorar. Porque es precisamente lo que nos ocurre a nosotros. El destino nos enamoró, pero el camino nos separó. Aunque lo que nos ha separado no es tan trágico como en la canción. Este no nos deja seguir juntos. La maldita boda está cada vez más cerca y no creo que pueda aguantar eso. No quiero que se case con nadie, aunque sepa que no la ama. Pero esa arpía... Ella será la afortunada de ver su cara todas las mañanas al amanecer y lo último que verá todas las noches antes de irse a dormir... Maldigo por ello una y mil veces, dándole un golpe al volante mientras dejo salir toda la rabia que me consume.

Acabo de llegar a casa y buscando las llaves del portal suena mi teléfono. Es Iván.

—Hola, chocho loco. ¿Dónde estás?

—Hola, cariño. Acabo de llegar a casa.

—Tengo tu vestido listo. Voy para allá y te lo pruebas. Muero por verte con él.

—¿En serio? ¡Qué emoción! Aquí te espero. Chao. —Es justo lo que necesito. Una tarde entretenida con mi mejor amigo.

Cuelgo dando saltitos de alegría, como si de una niña pequeña se tratase. Mi querido amigo ha terminado mi vestido. Subo todo lo rápido que puedo a casa para darme una ducha y quitarme el olor a sexo. Por increíble que parezca estoy feliz. Me encuentro mucho mejor, he visto a Anselmo que se recupera poco a poco gracias a los cuidados de Chedes y, bueno, como ya he dicho, el encuentro furtivo en la sala del piano ha sido apoteósico. Y ya para rematar el día, Iván me va a traer el vestido más bonito que haya visto nadie en la vida.

Al cabo de un rato llega Iván con un espectacular vestido, pero no puedo verlo porque lo tiene bien escondido.

—Hello, *my darling* —saluda rebosando felicidad—. Esto que tengo en mis manos no es un vestido. Es una obra de arte digna de una reina como tú.

—¡Iván, déjate de presentaciones y enséñame lo ya! —le apremio para que se dé prisa por sacarlo de la bolsa especial donde lo trae guardado. Quedo prendada con lo que tengo delante de mis ojos. Es un vestido de una sola pieza. Su tela es muy suave, de color violeta claro tirando a rosa, sus mangas son de pedrería del mismo color, dejando algún espacio transparente. La espalda queda al descubierto. La parte de abajo es una gran falda lisa de tul del mismo color. Para mi sorpresa, saca de otro paquete una caja de zapatos de tacón del mismo color y un bolso haciendo juego.

Salgo corriendo hacia mi habitación a probármelo. Le indico a Iván que me acompañe para que me ayude a ponérmelo. Cuando ya lo tengo puesto me miro en el espejo y... Comienzo a llorar como María Magdalena.

—¡Es precioso! ¡Me encanta! ¡Me queda perfecto! —le digo exaltada soltando lágrimas sin parar.

Iván no para de reír, pero al ver que no dejo de llorar, me llama la atención porque con tanto lloriqueo puedo manchar el vestido. Me lo quita de inmediato y lo guarda en la bolsa que traía para colgarlo en mi armario. Los zapatos y el bolso me quedan como un guante. Vuelvo a ponerme mi ropa y me lanzo literalmente sobre él para comérmelo a besos.

—¡Te adoro! ¡Te adoro! ¡Eres el mejor del mundo! Muchas gracias por todo. Tengo mucha suerte de tenerte a mi lado.

—Lo sé, *my darling*. Pero no puedo llevarme todo el mérito. Tengo una musa que tiene unas curvas que hacen que el vestido quede perfecto.

Sus palabras me halagan, pero, de pronto, recuerdo para qué es el vestido y me vengo abajo.

—¿Qué te pasa, Diana? —pregunta mi amigo preocupado. Hemos pasado de la felicidad a la tristeza en un segundo.

—Esta tarde he vuelto a acostarme con Ángel, en la sala del piano de su casa —le digo sin rodeos.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Otra vez? ¿Pero es que tú no sabes decir que no? Te voy a tener que atar con una cuerda y llevarte así para poder controlarte. ¿Pero no os habías despedido de verdad? Es la despedida más dulce y más amarga que he visto jamás. —Iván está muy exaltado.

—Lo sé. Pero yo fui a ver a Anselmo y...

—Un momento. —Me corta de golpe—. Fuiste a ver a ese querido ancianito porque de verdad te preocupas por él, o lo pusiste de excusa para encontrarte con el hijo del queridísimo ancianito.

—Bueno, yo... Yo fui... ¡Ay, Iván, no sé por qué fui! Solo sé que si no hubiera ido ahora, no estaría comiéndome la cabeza como lo estoy haciendo. ¡Si es que soy tonta! —le cuento enfurecida.

—Pues, ahora que lo dices..., un poco sí que lo eres. —Me lo suelta mirándome muy serio. Y sin saber cómo comienzo a reír y le digo:

—Muchas gracias por tu apoyo, «querido amigo». Y sin hacerme mucho caso, porque si me lo hace nos volvemos locos los dos, como buen amigo que es cambia de conversación para que no me sienta peor de lo que ya me siento y se lo agradezco con una sonrisa.

—Los dos quedamos encantados con el resultado de mi nuevo modelo, y con tanta emoción entre unas cosas y otras, nos ha entrado un hambre voraz. Pedimos unas pizzas para que Iván pueda babear con el repartidor y así terminar una noche redonda.

CAPÍTULO DIECIOCHO



He vuelto al trabajo y la verdad es que me ha sentado muy bien. Mientras estoy ocupada no pienso en cierta persona que me trae de cabeza. La clínica va muy bien. Cada día que pasa tenemos más pacientes. Eso es buena señal. Quiere decir que no lo hacemos mal del todo, ¿no?

He dejado mi maleta preparada para el que va a ser una tortura de viaje. Mañana será el aniversario de la fundación de Roberto y el nombramiento de miembros honoríficos de esta. He recibido un mensaje de Miguel diciéndome la hora en la que me va a recoger para irnos a Madrid, que es la ciudad donde se va a celebrar el evento. Le contesto rápidamente con un «ok» y comienzo mi tarea. En estos días, Mike no ha parado de venir. Me hace gracia cuando viene y pone cualquier excusa para poder ver a Iván. Mi amigo, que le encanta hacerse de rogar, lo hace sufrir un poco diciéndole que está muy ocupado, o que si yo le voy a llamar la atención..., cosas así. Una de las tardes en las que salimos temprano, Mike lo cogió por sorpresa y le dio un beso en la boca delante de toda la calle, dejando a Iván totalmente descolocado. Pero no quedó todo ahí. Me quedé sin palabras al presenciar cómo Mike se subía en un banco, gritando a los cuatro vientos que le gustaba y que quería que fuera su pareja. No pensaba irse de allí sin una respuesta, y menos si no era afirmativa. Iván, al ver a su loco enamorado, no tuvo otra opción que decirle que sí, sellando con un apasionado beso. Los vecinos que pasaban en ese momento, Rocío y yo aplaudimos como si de una película romántica se tratase. Fue una tarde muy divertida. Al final, mi amigo tiene una pareja increíble con quien compartir su vida, aparte de mí. Salgo de mi ensoñación y sonrío mientras terminamos de recoger. Por fin hemos concluido otra dura tarde en la clínica y nos despedimos unos de otros. Al salir por la puerta, encuentro a Miguel sonriente. Su sonrisa me recuerda a Áng... «Diana, déjalo ya. Estás intentando pasar página y así no te ayudas a ti misma», me vuelvo a regañar. Si sigo así acabaré, como decía mi abuela, en «el catorce» o sea, en el psiquiátrico.

—Hola, guapetón —lo saludo feliz.

—Hola, preciosa. ¿Ya estás preparada?

—Sí, lo único que debemos hacer es subir a mi casa y coger la maleta y el vestido.

—Perfecto, te acompaño y te ayudo con todo.

—Eres un amor, ¿lo sabías?

—Sí, sí que lo sabía. —Nos miramos y reímos juntos. Me siento muy a gusto con él porque me hace sentir muy especial. En un periquete ya hemos recogido las cosas y vamos en busca de Iván, que, gracias a la generosidad de Miguel, viene con nosotros con la excusa de ayudarme, pero yo sé que Miguel lo ha hecho para hacerme sentir arropada en todo momento. Iván lleva muchas más cosas que yo. Sí, todo tiene su explicación. Lleva un gran maletín con maquillaje y accesorios para poder peinarme mañana antes de la gala. Se ha propuesto que llame la atención sí o sí. Llegamos hasta su casa y necesita de nuestra ayuda para tirar de todo lo que trae consigo.

—¿Te mudas? —le pregunto soltando carcajadas porque es increíble el peso que lleva el dichoso maletín.

—Muy graciosa. Para tu información, lo que va ahí dentro —Señala con el dedo la maleta— es todo lo que necesito para que mañana por la noche seas la envidia de muchas mujeres y el deseo de todos los hombres que vayan a asistir a la gala. Así que deja de protestar y ayúdame con esta caja. —Lo miro encantada, y vuelvo a reír. Este viaje creo que va a ser, como poco, inolvidable.

Nos ponemos en marcha, y Miguel me informa de que hemos quedado con Ángel, Isabella y Anselmo, que está recuperándose poco a poco, en la salida de La Carihuela, para ir todos al mismo

tiempo. Ángel ha contratado a un chófer que los llevará hasta Madrid. No quiere llegar cansado del viaje. Y no me extraña, porque tener que conducir y soportar todo el camino a la pesada de su prometida no hay quien aguante eso. Nosotros iremos con John. Es un cielo de hombre. He notado, que las veces que he estado en casa de Miguel, mira mucho a Grace y ella le corresponde a sus miradas. Para mí que entre ellos dos hay algo más que ser compañeros de trabajo. La verdad es que me parecen una pareja adorable. Ella está libre y él creo que también lo está. Así que algo tengo que hacer con estos dos. Ya pensaré en alguna estrategia cuando volvamos de Madrid. Pero de todas formas, decido preguntarle a Miguel.

Miguel observa que tengo la mirada fija en John.

—Diana, estás poniendo una cara que no me gusta nada. ¿Se puede saber en qué está pensando esa loca cabecita tuya?

Giro la cabeza para mirarlo y acercándome más a él, me aproximo a su oído y le pregunto.

—¿John está casado? —Me mira muy sorprendido y yo, al ver la cara que pone, me tapo la boca para que no me escuche reír.

—¿Te gustan los maduritos? —pregunta picarón. Y ya sí que suelto la carcajada, llamando la atención de John e Iván, que va delante con él, porque es de los que se marean en los viajes largos.

—¡Claro que no! Le digo muy divertida. —Aunque el hombre está muy bien, pero no es mi tipo —vuelvo a decirle—. Es que he observado en varias ocasiones que entre él y Grace hay cierta complicidad que...

—¡Serás alcahueta! —Al escucharlo decir eso vuelvo a reír, esta vez sin parar. Lo que provoca que Miguel, al imaginarse a la pareja que quiero formar empiece a reír conmigo.

—Desde luego no tienes remedio. Mira que lo que se te ha ocurrido... —Mueve la cabeza de lado a lado sonriendo.

—Pues ya verás cómo consigo que acaben juntos.

—Lo que tú digas, cabecita loca.

Pasado un rato me da mucho sueño. Me retrepo un poco en el asiento y echo una cabezadita. Al cabo de un tiempo, Miguel me habla:

—Bella casamentera durmiente. Hemos parado para tomar algo y estirar un rato las piernas. —Me despierta con dulzura. Al abrir los ojos poco a poco, me doy cuenta de que estoy echada encima del hombro de Miguel. Intento contestarle lo más espabilada que puedo.

—Vaya. Veo que te ha hecho bastante gracia mi propuesta.

—La verdad es que me lo voy a pasar bomba viendo cómo haces que esos dos se junten.

—Aún no sé cómo lo haré pero ya inventaré algo —termino de decirle esto y con la sonrisa de la familia López bajamos del coche.

Entramos en el bar y voy directamente al baño. Como es habitual, el de señoras está ocupado y tengo que esperar. No tardo en entrar al aseo y por fin puedo hacer mis necesidades. Justo cuando voy a tirar de la cisterna, oigo cómo alguien abre la puerta. Está hablando por teléfono y esa voz es inconfundible. Maléfica acaba de entrar. Decido no tirar de la cadena de momento, subo al váter y me centro en la conversación. Por suerte lo está haciendo en español.

—*Amore*, ya falta poco para que tú y yo estemos juntos. Solo tengo que dialogar con Diana para que nos ayude. Pero ahora no puedo hablar demasiado. Estoy en un baño de señoras y alguien podría escucharnos. —Finaliza la conversación y se marcha. ¿Pero qué demonios tiene que hablar esa conmigo? Tengo que averiguar con quién estaba hablando. Aunque puedo imaginar que quien estaba al otro lado del teléfono era Francesco. Me aseguro de que ya se ha ido y puedo salir del baño como si allí no hubiese ocurrido nada. Al hacerlo, me topo con ese cuerpo que tanto me gusta y en décimas de segundo recuerdo todas las veces que hemos chocado.

—Perdona, estaba distraída y yo... —Y como viene siendo una costumbre cada vez que salgo de un baño, le da una patada a la puerta, me aprisiona contra la pared, me besa y cuando se separa de mí dice:

—Te voy a besar cada vez que tenga oportunidad. Estás advertida. —Y sin dejarme pronunciar palabra sale rápidamente del baño disculpándose con una señora que acababa de entrar, diciéndole que se había equivocado de puerta. No me lo puedo creer. ¿Pero quién se ha creído que soy? ¿Su muñequita? Pues se equivoca. Esta vez me ha pillado por sorpresa, pero será la última vez que lo haga.

Salgo molesta y complacida a partes iguales del aseo y me uno a Iván y Miguel.

—*My darling*, ¿todo bien?

—Sí, cariño, todo bien.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunta Miguel.

—Sí, gracias. Una Coca Cola Zero. —El camarero me la sirve y la bebo del tirón. Voy a sacar de mi bolso el monedero para pagar nuestras bebidas y el señor «roba besos» ya lo ha hecho. Si lo llego a saber, no pido nada. Lo miro y me sonrío triunfante. «Diana, este viaje promete», digo para mí misma.

Reanudamos la marcha y vuelvo a quedarme dormida, pero esta vez procuro no utilizar a Miguel de almohada y apoyo mi cabeza sobre la puerta. No sé cuánto tiempo pasa desde mi segunda siesta, pero volvemos a parar y compruebo que hemos llegado a nuestro destino. Salgo del vehículo y me quedo asombrada por lo que estoy viendo. La gala se celebrará en el hotel Ritz de Madrid, uno de los mejores hoteles de la capital.

Observo la magnífica construcción y Miguel me hace saber que fue inaugurado en noviembre de mil novecientos diez por el Rey Alfonso XIII. Es un edificio muy elegante y se respira lujo allá donde mires. Nos adentramos en él y sigo sin salir de mi asombro. Hemos pasado por una puerta giratoria de cristales, acabados en madera de roble, mientras el botones ha ido de inmediato a recibirnos a la entrada para recoger nuestro equipaje. El *hall* tiene una gran alfombra de color burdeos con estampado de flores y tonos azules alrededor de esta. En el centro se encuentra una mesa redonda con flores haciendo juego con la alfombra. En el techo, llamando la atención, cuelga una espectacular lámpara de cristales brillantes en forma de lágrimas. A la izquierda, nos encontramos con una majestuosa escalera de color dorado con su correspondiente alfombra en tonos rojos y dorados. Es la que lleva a las habitaciones. Nunca en mi vida había visto un hotel tan precioso. Me parece increíble que vaya a pasar un par de noches aquí.

Avanzamos hacia la recepción y Ángel se está encargando de asignarnos las habitaciones. Isabella y él, claro está, irán en una. Anselmo y Chedes en otra. Sí, Chedes nos acompaña por si Anselmo necesita de sus cuidados. (Ya digo yo que aunque no los necesite él los pedirá). Menudo es Anselmo. Sonrío al imaginarlo. Y las dos que faltan serán una individual para Miguel y otra para Iván y para mí. Subimos a nuestra habitación acompañados por el botones hasta llegar a nuestra planta. Le damos una generosa propina cuando deja nuestro equipaje. Parece que esté en un sueño porque, al entrar, vemos un pequeño recibidor del que se compone una mesita redonda con dos sillones alrededor de ella y sobre esta un ramo de flores inmenso con una tarjeta con mi nombre.

—¿Has visto eso de ahí? —pregunta mi amigo señalando las flores.

—Como para no verlo. Es enorme. Me acerco al jarrón para ver qué pone en la nota y la leo: «Espero que disfrutes de tu estancia. Haré que este viaje no lo olvides jamás». No reacciono y de un tirón Iván me quita la tarjeta de las manos y lee lo que pone.

—Hija de mi vida, no sé qué le habrás hecho a ese hombre, pero por tu bien espero que me lo digas para que Mike acabe regalándome uno como este —comenta Iván muerto de risa.

—Calla ya, bicho malo. No he hecho nada. Solo que aún cree que puede haber algo entre nosotros. Antes, cuando hemos parado a descansar, me ha abordado en el baño y me ha besado —lo digo de corrido y mi amigo se le ha cortado la risa de golpe.

Como si nada, cojo mi maleta y me dirijo al enorme armario empotrado que tenemos justo enfrente de la enorme cama de dos por dos en el centro de la habitación. Está decorado en tonos salmón, rojo y blanco. Me recuerda mucho a la *Belle époque*. Pero me encanta. La moqueta de la pared y suelo hacen juego con el resto de inmobiliario. Busco el baño y doy un gritito de sorpresa al

encontrarme con un jacuzzi gigantesco. La de cosas que haría yo aquí. Qué pena que no lo vaya a utilizar.

—¿Perdona? ¿Me sueltas esa bomba y te pones a sacar cosas de tu maleta como si nada?

—Comienzo a esbozar una leve sonrisa hasta que no me aguanto más y se me escapan grandes carcajadas.

—Me ha pillado por sorpresa cuando salía del aseo del bar y no me ha dado tiempo ni a respirar.

—Diana, ten mucho cuidado. Estás jugando con fuego y te puedes quemar.

—Lo sé. Sé que no debería dejarme hacer estas cosas. Pero lo echo tanto de menos..., necesito sentir de nuevo su cuerpo. Es como una droga. Me tiene enganchada y no hay clínica en el mundo que pueda desintoxicarme de él. Lo amo con todas mis fuerzas. Y ¿sabes lo peor de todo? —le pregunto con algunas lágrimas recorriendo mi rostro.

—No.

—Que dentro de poco lo perderé para siempre. Y ahí es donde comenzará el fin de vida.

—Oh, *my darling*, estás enamorada hasta las trancas. Siento mucho por lo que estás pasando, pero... ahora es el momento de vivir el día a día y no lamentarse por lo que pueda suceder en un futuro.

—Llevas toda la razón, cariño. No es momento de lamentarse. Voy a llamar a Miguel para que nos diga a qué hora iremos a cenar. Y también aprovecharé para decirles a mis padres que hemos llegado.

Llamo a Miguel y me dice que en una hora estemos preparados porque nos va a llevar a cenar a un restaurante al que Roberto suele ir a menudo. Van a concretar algunos puntos de la gala de mañana. Le he dicho que yo no pinto nada en esa cena y que nosotros no deberíamos ir, pero ha insistido tanto que al final me ha dado fatiga volver a decir que no. Así que, aquí estoy haciendo las últimas llamadas a mis padres y a las increíblemente locas de mis amigas Eva, Silvia y Carmen. Nos arreglamos lo más pronto posible para estar puntuales a la hora acordada.

Pasado el tiempo, ya estamos preparados. He optado por un vestido de cóctel de color negro y beige. Es una sola pieza. La parte de arriba es de tirantes en color negro y la falda es de vuelo con grandes rayas alternando los dos colores. Los tacones van acorde con el vestido. He dejado mi melena suelta dejando caer las preciosas ondas que Iván me ha hecho. Y mi maquillaje es muy sencillo, pero hace que me vea estupenda. Llegamos al restaurante y nos indican que Roberto está esperándonos en la mesa.

—Buenas noches, Diana. Me alegro de que estés aquí. Si me lo permites, debo decirte que estás preciosa con ese vestido. Te sienta muy bien —me saluda muy cariñosamente y halaga mi atuendo.

—Muchas gracias, Roberto. Tú también estás muy elegante —le presento a mi amigo Iván y me intereso por su familia—. ¿Qué tal están tus hijas? —Me ha hablado tanto de ellas que es como si ya las conociera.

—Muy bien, gracias. Se han quedado en casa con Rosa. Mañana la conocerás. —Termina de saludar a todos los asistentes a la cena y comenzamos a degustar los platos tan deliciosos que nos han puesto en la mesa. Está todo exquisito. Acabamos nuestros platos y ponen el postre. No me he podido resistir y me lo he comido entero. Espero que el atracón de comida que nos hemos dado hoy no repercuta en mi vestido de mañana. La cena ha ido muy bien. No ha habido ningún incidente, y cuando me refiero a eso es que Ángel no se ha movido de su asiento en todo el rato. Ni tan siquiera me ha insinuado nada. Estar tan cerca de Isabella lo pone de mal y humor. Una vez terminada la cena, nos despedimos de Roberto y ponemos rumbo al hotel. Mañana tenemos que estar muy descansados ya que nos espera un día bastante duro. Nos quitamos la ropa y nos ponemos el pijama para después lavarnos los dientes. Y sin demorarnos más, nos metemos en la cama hasta el día siguiente.

CAPÍTULO DIECINUEVE



Ha llegado el día. Apenas he dormido en toda la noche y eso que la cama es una maravilla. Estoy atacada. No sé por qué motivo tengo que estar tan nerviosa. Bueno, sí que lo sé. Hoy es un día muy importante para Ángel y Anselmo y todo lo que les ocurra a ellos es como si me pasase a mí. Esta familia ha calado hondo en mi corazón y siempre los voy a apoyar en todo. Miguel y yo nos hemos hecho muy buenos amigos, y aún más desde que Silvia y él han formalizado su relación. Ella ha pedido traslado a Málaga para poder estar junto a su amor y así evitar darse la paliza de ir uno en busca del otro. Les deseo que les vaya muy bien. Salgo de mis pensamientos y despierto con cuidado a Iván. Tiene muy mal despertar. Me parto de risa cuando lo veo con su antifaz para dormir. No hay noche que no se lo ponga. Necesita oscuridad absoluta para conciliar el sueño.

—Iván, vamos, despierta.

—Umm... Qué a gusto se duerme aquí —dice estirándose en la cama.

—Qué bien que uno de los dos ha podido disfrutar de este mullido colchón, porque yo no he pegado ojo en casi toda la noche. Estoy de los nervios.

—Oh, *my darling*, solo tienes que disfrutar el momento. En un rato te voy a dejar un cutis de locura, hacer un peinado espectacular y un maquillaje de ensueño. Vas a ser el centro de atención esta noche.

—De verdad, tienes unas cosas... —Le sonrío—. Esta noche es muy importante para Ángel, y de algún modo quiero disfrutarla, aunque por otro lado lo voy a pasar mal por no poder estar junto a él. No sé si me entiendes, pero tengo un millón de sentimientos contradictorios. Es un ni contigo ni sin ti. Me muero por estar a su lado, pero no podemos estar juntos. ¡Ainsss, Iván! Estoy volviéndome loca. ¿Qué me pasa?

—A ti lo que te pasa es que estás enamorada hasta decir basta. Y sabes perfectamente que aunque lo vuestro no sea posible, deseas con todas sus fuerzas que él alcance la felicidad.

—Joder, Iván, desde que estás emparejado no hay quien te diga nada chico. Ni yo misma lo hubiese explicado mejor. Ay... Ojalá no sintiese esto por él.

—Bueno, venga, va... Date una ducha que vamos a empezar con el cambio. —Me apremia para que no le dé más vueltas al asunto porque sabe que me hago daño a mí misma. Lo adoro. Me dirijo al baño, pero antes de poder entrar tocan a la puerta. Voy hacia ella y escucho:

—Servicio de habitaciones. —Me quedo inmóvil cuando al abrir la puerta me encuentro con un camarero, por cierto guapísimo, esperando que le dé permiso para entrar y dejar la mesa que trae consigo.

—Pase, pase.

—Gracias. ¿Dónde quiere que lo deje?

—Allí mismo. —Le señalo hacia la pequeña salita—. Muchas gracias —le digo amablemente. Y cuando voy en busca de mi monedero y hago el intento de sacar el dinero, el joven camarero me dice:

—No, por favor. El señor López se ha encargado de eso. Muchas gracias y que pase un buen día.

—Gra... Gracias —consigo decir mirando cómo se va y cierra la puerta. Me quedo con el dinero en la mano pensando que Ángel está haciendo todo lo posible para cumplir su palabra. Como bien ha dicho mi amigo, disfrutaré del momento.

—¡Oh, *my goodness*! ¡Tenemos comida para una semana! —exclama mi exagerado amigo.

—Iván, por favor, ni que no hubieses comido en tu vida. —Comienzo a soltar carcajadas.

—¿Has visto qué platos? ¡Por el amor de Dios! No voy a olvidar este desayuno jamás.

—¡Para, por favor! ¡Me van a salir agujetas de tanto reír! —le suplico que pare porque ya no puedo

más.

—Está bien. Disfrutemos de esta maravilla que nos han traído.

Y después de pasar un momento muy divertido, comenzamos a degustar el desayuno. Me dirijo al baño para ducharme y comienza a sonar el teléfono de Iván. Supongo que será Mike quien lo está llamando. Me desnudo, y justo cuando voy a entrar en la bañera, el sonido del WhatsApp hace que vuelva a por mi móvil para ver quién es. Es un mensaje de Miguel diciendo que tiene que hacer unas gestiones y que no podrá comer con nosotros. Le digo que no se preocupe y que esta tarde nos veremos. Dejo el teléfono sobre la cama y mi amigo me hace saber que va a dar una vuelta por el hotel mientras me ducho. Quiere hablar en privado con su pareja. Pero antes de irse me dice:

—Diana, corazón, podrías aprovechar este rato y meterme en ese jacuzzi tan inmenso. Así te relajarás para esta noche.

—La verdad es que sería una pena no probarlo.

—Me llevo la llave para abrir cuando vuelva. Imagino que vas a estar un buen rato ahí dentro. ¡Disfrútalo! —Y me lanza una sonrisa picarona.

—Gracias, cariño —le contesto, pero me ha dejado un poco mosqueada con esa cara que ha puesto de picarón. ¿Qué irá a hacer este por ahí? Espero que no tenga nada que ver con Mike, porque como sea así, ¡lo mato! Me acerco hacia el jacuzzi y comienzo a llenarlo de agua. Junto a este he encontrado un botecito con sales de baño con olor a vainilla y otro con jabón del mismo olor. Los echo en el agua y empieza a salir espuma sin parar. Creo que he echado demasiado, pero bueno, ya no tiene remedio. Corto el agua. Me desnudo y por fin me adentro en esta maravilla. Conecto las burbujas, y mi cuerpo, al sentir el agua burbujeante, se relaja al momento. Cierro los ojos e intento dejar la mente en blanco. Es una ardua tarea, pero al final lo consigo. No ha pasado mucho tiempo desde que Iván se fue a hacer no sé qué, pero escucho abrirse de nuevo la puerta de la habitación y abro los ojos para asegurarme de que es Iván quién lo ha hecho.

—*My darling*, soy yo, olvidé la cartera. Sigue disfrutando de tu baño. ¡Chao!

—De acuerdo. ¡Chao, cariño! —le contesto alzando un poco la voz.

Vuelvo a cerrar los ojos, pero un ruido me pone en alerta.

—¿Iván? ¿Eres tú? —No contesta nadie, pero sigo escuchando ruido—. No tiene gracia. Así no voy a poder relajarme. Haz el favor de dejar de hacer el tonto y contéstame.

—Lo siento, no quería asustarte. —Escucho la voz más maravillosa del mundo.

—¡Joder! Me has dado un susto de muerte —le digo enfadada—. Per... Pero ¿qué haces tú aquí? —pregunto muy nerviosa al ver a Ángel apoyado en el marco de la puerta, solo con el bóxer puesto y con una botella de champán y dos copas en la mano.

—¿Tú que crees? —me pregunta socarrón.

—¿Dónde está Iván? ¿Y tu mujer?

—A la primera pregunta te diré que he venido a que no olvides este día. A la segunda, no te preocupes porque acaba de llegar Mike y va a estar muy entretenido con él; y a la tercera, te diré que aún no es mi mujer, que está comprando cosas como loca, y tardará un buen rato en volver. ¿Alguna pregunta más? ¿O puedo empezar con mi propósito?

No puedo contestar porque no me salen las palabras. Muevo la cabeza de lado a lado para hacerle saber que mis preguntas han terminado. Voy a matar a Iván cuando vuelva. O a comérmelo a besos. Ya veré qué hago.

Se acerca poco a poco hacia donde estoy. Deja la botella y las copas con suavidad a mi lado y lentamente se quita el bóxer. Si antes no podía hablar, imaginaos ahora que lo estoy viendo en todo su esplendor. Se mete cuidadosamente en el agua y se pone junto a mí. Comienzo a temblar. Él lo nota y al momento me abraza. Unas lágrimas amenazan por salir por tanta felicidad que siento en este instante.

—No tiembles, mi amor. *Carpe diem*. —Esas palabras me han tocado el corazón. Lo miro fijamente con los ojos inundados en lágrimas y, sonriéndole, le beso. Esta vez he sido yo quien ha ido a por él.

El tiempo que dure que pueda disfrutar de Ángel y de su cuerpo no lo voy a desperdiciar. Ya tendré tiempo de martirizarme. Acabo de darme cuenta que nuestro destino está en direcciones diferentes, pero hasta que ese día llegue, pienso memorizar y recordar cada momento en el que fui feliz a su lado.

Se ha sorprendido al sentir de pronto mis labios sobre los suyos. Me abraza más fuerte aún, si cabe, y nuestros cuerpos se funden en uno solo. En un movimiento veloz, vuelvo a pulsar el botón de las burbujas y comienzan a masajearnos mientras nos tocamos. Seguimos besándonos. Me separo de él y lo pongo en la parte que me encontraba cuando llegó. Me subo encima y, sin pedir permiso, busco su polla y la introduzco en mi vagina. Un fuerte gemido sale de sus labios. Me sonrío. ¡Dios!, cómo me pone esa sonrisa. Localizo las dos copas y cojo una de ellas. Hago un amago de llevarme la bebida a la boca, pero decido no hacerlo y dejo caer el líquido sobre mis pechos. Ahora la que gime soy yo, y Ángel no puede resistirse a pasar su lengua para no dejar ni una sola gota de alcohol sobre mí. Nos excitamos cada vez más. Ese juegucito con el alcohol nos ha encantado. Comienzo por unos movimientos suaves, pero estoy tan excitada que decido aumentar el ritmo. Muevo mis caderas un poco más rápido hasta encajar perfectamente en él. Su cara de placer me vuelve loca. Me sujeta por las nalgas ayudándome a marcar el ritmo. Subo y bajo varias veces. El placer que siento es inexplicable. Las burbujas nos hacen estar más calientes aún. Noto cómo en poco tiempo los dos estamos a punto de estallar. Desliza una de sus manos por mi trasero, la posiciona en mi agujero presionando poco a poco hasta meter el dedo, mientras que la otra acaricia uno de mis pechos, y sin dejar de investirme, me pide que se lo dé todo. Pierdo la razón y le pido que nos lo demos a la vez, y sin más nos dejamos ir dentro del agua. Al terminar nos miramos como dos locos enamorados. Estoy a punto de decir esas dos palabras, pero me da miedo, y me las guardo para mí. No quiero hacerlo sufrir más. Salimos del jacuzzi en silencio. Me pongo el albornoz que hay colgado en una de las perchas del baño. Él hace lo mismo. Se seca rápidamente. Va en busca de su ropa y aprovecho ese momento para meterme en la ducha y asearme. Lo hago en un abrir y cerrar de ojos. Cuando salgo, veo a Ángel sentado en mi cama con las manos puestas en la cabeza. Se le ve agobiado.

—¿Qué te ocurre? —pregunto con un hilo de voz—. Al oírme se levanta rápidamente y me estrecha entre sus brazos.

—Diana, no quiero que pienses que he venido a echarte un polvo y ya está. Para mí ha sido mucho más que eso. Me estoy volviendo loco. Tenerte aquí, tan cerca...

—No digas nada. Aprovechemos el tiempo que nos quede. Para mí tampoco ha sido un simple polvo. He sentido cosas inexplicables. No lo olvidaré jamás. Gracias por estos momentos junto a ti.

—Esta vez sí que las lágrimas se han aventurado a salir y no he podido hacer nada para remediarlo.

—No llores, mi amor.

—Perdóname. No quería hacerlo. —Acerca su mano a mi cara y seca esas dichosas gotitas saladas que resbalan por mi rostro. Le cojo su mano y la beso. Miro esos preciosos ojos que tiene y le digo:

—Es casi la hora de comer y tu muy... O sea, Isabella no tardará en buscarte.

—Tranquila, le he dicho que no podía comer con ella porque había quedado con Roberto para ultimar detalles de la gala. Si te apetece, podemos llamar al servicio de habitaciones y almorzar juntos. ¿Qué me dices?

—Supongo que Iván no vendrá, así que... te digo que me encantaría que comiéramos aquí los dos.

—No esperaba otra respuesta. —Se le nota complacido.

Al cabo de un rato, nuestra comida llega. Y sin darme cuenta el tiempo ha pasado volando. Ha sido una mañana y un mediodía insuperable. Me despido de Ángel con un dulce y a la vez amargo beso en los labios hasta la hora de la gala. Una vez que estemos allí no podremos demostrarnos ningún gesto de cariño, ni nada por el estilo.

Por fin llega Iván, y lo hace acompañado de Mike.

—Hola, *my darling*. Antes de que me digas nada, quiero que sepas que me amenazó de muerte si no le ayudaba, y además, ha reservado una habitación igualita a esta para Mike y para mí y... hemos

estado probando el jacuzzi. —Comienza a reír mirando a su acompañante—. Aunque por lo que veo, tú tampoco lo has pasado muy mal, ¿no? —lo dice echando un vistazo al desorden que hay en la suite.

Lo miro detenidamente. Pongo cara seria, pero no puedo aguantarme y me lanzo a sus brazos dándole las gracias. Él me acoge con cariño y me vuelve a decir:

—Vamos bonita, tenemos mucho trabajo por hacer.

—De acuerdo. Vamos a pasarlo muy bien esta noche. Perdona, Mike. Gracias a ti también por hacer que esto sea posible.

—Gracias a ti y a Ángel. Ojalá me pidiera más veces que os ayude. —Y ahora es Mike el que mira a Iván con picardía. Menuda pareja están hechos.

—¿Nos dejamos de bobadas o qué? —dice mi amigo desde la puerta del baño sujetando el secador como si fuera una pistola. —Al verlo, soltamos grandes carcajadas, y cuando nos hemos calmado, comenzamos con los preparativos de la gala.

Iván ha convertido la suite en poco más de diez minutos en un pequeño salón de belleza. Tiene el secador enchufado en un lado, la plancha en otro. El maletín de maquillaje en una mesa, los cepillos para el pelo en una silla... ¡Vamos, un desastre! Pero dentro de ese desorden, mi amigo sabe perfectamente dónde tiene cada cosa. Comenzamos por el pelo. El vestido que llevo tiene la espalda al descubierto, lo que quiere decir que cualquier peinado me vendría bien. Optamos por unas ondas. Me apetece llevar el pelo suelto. No he querido hacerme ningún recogido porque no me quiero llevar un millón de horquillas clavadas en la cabeza. Necesito que mi peinado sea muy natural. Mientras termina de peinarme, ya casi está lista la mascarilla que minutos antes Iván me había puesto en la cara. Parezco un extraterrestre con la cara verde. Al terminar de lavarme el rostro, continúa con el maquillaje. Primero la base, después el corrector, sombra aquí, sombra allá, un poco de rímel... y el toque final. Unos labios del mismo color de mi traje. Y por último, llega la hora de ponerse el vestido. En cuanto Iván termina de abrocharme los pocos botones de la espalda, me giro para verme en el espejo y...

—¡Dios mío! —grito poniéndome las manos en la boca—. Iván, cariño, ¡me has dejado preciosa! —Estoy a punto de llorar, cuando oigo que me dice:

—Si lo haces, te mato. —Y claro, con tal amenaza, cualquiera se atreve a echar una miserable lágrima.

—Vale, vale, me las guardo para luego.

—Así me gusta, pequeña —dice con gesto triunfante.

—Diana, no te muevas demasiado, en diez minutos estaré listo.

—De acuerdo, pero no te demores mucho.

Al poco tiempo, aparece mi amigo vestido con un traje de chaqueta de... ¿flores? ¿En serio?

—¿Te gusta? —me pregunta emocionado.

—Esto... Umm... Sí. ¿Pero eso de ahí son flores?

—¿Tienes algún problema con el estampado floral? —Se hace el ofendido.

—No, por supuesto que no. Es solo que... ¡Tú sí que vas a ser el centro de atención! —Suelto a risotada limpia.

—Ah, bueno, creía que había algún problema. Si es por eso, entonces estamos preparados para disfrutar de una gran noche.

CAPÍTULO VEINTE



Me dirijo hacia el armario para coger mi bolso, y reparo en una cajita de color plateado en la que pone «Para Diana». Me acerco a ella y la abro. No salgo de mi asombro cuando veo lo que hay dentro; son unos pendientes y una pulsera de brillantes.

—¡Iván! ¿Qué es esto? —le digo señalando las joyas.

—Son joyas.

—Eso ya lo veo. Pero de quién son.

—Tuyas, ¿no? Eso pone en la caja.

—Iván, no me toques el coñ...

—¡Vale!, ¡vale! Me rindo. —Sube las manos en señal de rendición—. Es un regalo de parte de Ángel. Quiere que lo lleves esta noche. Así podrás tenerlo contigo de algún modo.

—No puedo respirar; este conjunto debe costar una fortuna. Se ha vuelto loco.

—Loco por ti. Anda, ven que te ayude a ponértelo y vámonos ya o llegaremos tarde.

Bajamos a la sala de fiestas, y por el camino la gente nos mira descaradamente. No sé si es por mí, o por el traje tan florido que lleva mi amigo. Sonríe al ver que él está encantado por ser el centro de atención. Por fin llegamos al salón y hay una multitud de gente. Así, a bote pronto diría que hay sobre unas trescientas personas. Se encuentra lo mejorcito de Madrid y sus alrededores. En la entrada localizo a Mike y Miguel, que pronto me ofrece su brazo no sin antes elogiarme.

—Diana, estás espectacular. No sabía si eras tú o una diosa que se había colado en la fiesta.

—Calla, tonto, me vas a poner colorada. Menos mal que tu canija no te ha escuchado, que si no...

—Comienzo a reír, y eso hace que me destense un poco.

—No se lo digas, ¿eh? Ahora, en serio, estás preciosa.

—Gracias. Todo es gracias a Iván.

—¿Todo? —me pregunta y fija la mirada en mis pendientes y pulsera.

—Bueno, todo no.

—Entiendo. Tiene buen gusto.

Lo miro y no tengo que decir nada más porque lo ha comprendido perfectamente. Me ofrece de nuevo su brazo y nos ponemos en la inmensa cola que se está formando para pasar. Comprueban nuestros nombres y nos indican en qué mesa estamos. Mientras llegamos a nuestro sitio, Miguel va saludando a la gente que se le acerca y le da la enhorabuena por el nombramiento de su padre y hermano. Los invitados vamos pasando ordenadamente hasta estar cada uno en su lugar. En la mesa presidencial están Anselmo con su inseparable Chedes, Ángel con Isabella junto con Roberto y Rosa. Ella es su nueva pareja. Es encantadora y muy guapa. Roberto ha encontrado de nuevo el amor. Según me ha contado Miguel, Rosa ha pasado por unos momentos complicados por culpa de un delincuente que se la juró cuando entró en la cárcel por haber abusado de su mujer y maltratado a sus hijos. Pero eso ya pasó y ahora se le ve feliz. Lleva un vestido de color verde esmeralda con un solo tirante adornado con unas flores en color negro que hacen juego con un lazo que lleva atado a la cintura. Lleva su pelo pelirrojo recogido en un moño precioso. La parte de abajo es de pequeños pliegues que llegan hasta el suelo formando una preciosa cola. Sus tacones, para resaltar, son de color fucsia con adornos plateados, lo que hace que llame más la atención. Roberto va con un traje de chaqueta al igual que todos los asistentes varones, pero el pañuelo de su chaqueta hace juego con el vestido de su pareja. ¡Qué monos!

En nuestra mesa estamos Iván, Mike, Dora, la madre de Roberto, que acompaña a sus preciosas

nietas Paula y Marta, y finalmente Miguel y yo. Ya estamos todos en nuestros respectivos asientos y da comienzo la gala. Primero nos ponen un video sobre la fundación Sandra Robles y puedo ver cómo las niñas han dejado escapar unas pequeñas lágrimas al recordar a su difunta madre. Aprieto la mano de la pequeña Marta, que está sentada justo a mi lado, y ella la acepta. Me devuelve el gesto con una gran sonrisa. Qué linda es esta chiquilla, como diría cierta jerezana que conozco. Paula se abraza a su abuela en ese momento. Al terminar el video toda la sala se levanta en aplausos haciendo honor a Sandra. Después de varios minutos de ovación, continúan con otro video explicando la enfermedad del cáncer de pulmón y las consecuencias que acarrea para el enfermo y sus familiares. Y por último, ha llegado el momento de los discursos del presidente de la fundación y de los miembros honoríficos. Primero habla Roberto, dándoles las gracias a Anselmo y Ángel por el gran apoyo que reciben por parte de su empresa.

Después, es el turno de Anselmo, y por último, el de Ángel. Les regalan una placa en recuerdo de este día y acto seguido da comienzo a la cena. Mientras nos van poniendo platos sin parar, me agobio un poco porque no sé con qué cubierto debo comer, y es la pequeña Marta la que me ayuda con mi dilema. Lo que yo diga. Para comérsela. Pero no contenta con haberme ayudado, se atreve a decirme:

—Me gusta tu vestido. ¿Cómo te llamas?

—Muchas gracias, y me llamo Diana.

—¿Eres la novia de Miguel? —Me suelta de golpe. Y a mí me da la risa.

—No, no lo soy. Soy su amiga.

—¿Y no tienes novio? —¡Ay, mi madre con la niña! Al final me saca los colores. Menos mal que se acerca Rosa y le dice que deje de ser tan cotilla y que siga comiendo para irse después a jugar con los niños que han invitado a la gala. La niña le sonríe con dulzura, termina su plato y se marcha a la zona de juegos que han puesto para los más pequeños.

—Discúlpala. Es muy curiosa y está en la edad de preguntar por todo. Hola, Diana, Soy Rosa. Encantada. Me han hablado mucho de ti —me dice la preciosa pelirroja dándome dos besos.

—Encantada. A mí también me han hablado de ti. Espero que podamos quedar algún día y poder charlar más tranquilamente. Disfrutad de la fiesta. —Y con una elegancia increíble, se disculpa y se va. Observo cómo Roberto le hace un gesto y le indica que vaya hacia el baño. Al cabo de un rato los veo salir a los dos un poco... Ella se está arreglando el vestido y el peinado está un poco revoloteado. ¡Jal Han tenido su particular fiesta en el baño. Miguel me saca de mis pensamientos.

—¿Otra vez soñando despierta?

—Estaba viendo lo felices que son Rosa y Roberto. Ojalá yo pueda serlo algún día.

—Pues mientras llega ese día, ¿qué tal si bailamos un poco? Es la hora del baile y están tocando un vals. No es precisamente que se me dé muy bien pero me defiendo. ¿Me concedes este baile?

—Si me lo pides con esa carita de niño de bueno... —Nos levantamos y nos dirigimos a la improvisada pista.

La música está amenizada por un dueto de piano y violín. Cuando soy consciente de los instrumentos, reparo en el piano. Es exactamente igual al que vi en casa de Ángel. Casualidad o destino. No lo sé. Pero me ha hecho recordar aquel momento tan especial. Miguel hace todo lo posible por llevar el compás del baile, pero como bailarín deja mucho que desear. Ay, pobre, lo está intentando pero el vals no es lo suyo. De repente, sentimos una voz masculina. Esa voz.

—Si me disculpas, te enseñaré cómo se baila con una dama. —Y apartando a Miguel de mi lado, me coge por la cintura sin importarle las miradas de los demás ni de la propia Isabella, y comenzamos a bailar. El baile ahora es diferente, es fluido y rítmico. Es incluso sensual, atractivo. Ángel es capaz de llevarte a la luna en un segundo. Durante un par de minutos que se me hacen eternos, nos evadimos el uno en el otro y disfrutamos del momento. Terminada la pieza musical, aplaudimos y cada uno vuelve a su sitio. Pero antes de irse me da un beso en la mejilla acompañado de un «gracias». Anselmo llama la atención de su hijo y le habla algo bajito al oído. Entonces, Ángel se acerca hacia donde está el dueto musical y les comenta algo. El pianista se levanta y se marcha. Ángel se acerca al micrófono y

empieza a decir:

—Buenas noches de nuevo. Les rogaría que me prestasen un poco de atención. Mi querido padre tiene una petición y nos gustaría que fuese complacido. —Todos estamos expectantes por la propuesta de Anselmo. Le pasa el micrófono y comienza a hablar.

—Quisiera, si es posible, y espero que no me dé un no por respuesta, que mi querida Diana me dedicase al piano nuestra sinfonía favorita. Por favor, Diana, ¿serías tan amable de concederle este capricho a este pobre anciano?

¿Perdona? ¿He oído bien? Me giro hacia Miguel y...

—¿Tú sabías algo de esto? —Me mira tan sorprendido como yo y no hace falta que conteste. Él tampoco sabía nada—. Miguel no puedo tocar. Me muero de miedo.

Hay mucha gente. Observo cómo toda la sala está pendiente de mi respuesta. Estoy en un callejón sin salida. Comienzo a levantarme para marcharme sin mirar atrás y el público comienza a aplaudir. Mierda, esto no era lo que había planeado. Diana, no te queda otra que subir allí y demostrarles que tus miedos ya los has superado. O eso creo. Avanzo lentamente. Me tiembla el pulso. Llego hasta Anselmo y con un cariñoso beso en la frente me acerco a su oído y le digo que me lo va a pagar muy caro. Y sonriéndome con picardía me desea suerte.

Mientras voy acercándome al espectacular piano aparece Ángel a mi lado con las partituras de la pieza. Las deposita en el atril y le digo en un susurro:

—Por favor, no me dejes sola. Quédate a mi lado.

—Tranquila, siempre estaré contigo. —Y con esas palabras empiezo a tocar los primeros acordes, sintiendo cada nota. Al principio los dedos me tiemblan y el miedo se apodera de mí. Temo que dé una mala nota y meta la pata. Pero el tener a mi amor tan cerca hace que la confianza vuelva a mí y llegue hasta el final de la pieza sin problemas. Levanto las manos del teclado, indicando que ya he terminado. Se hace un silencio sepulcral y es Anselmo quien lo rompe con su ovación particular arrastrando al resto de invitados. Me levanto, y con una pequeña reverencia de cabeza, doy las gracias. Vuelvo a darle un beso a mi querido viejete y vuelvo a mi sitio. Por el camino recibo felicitaciones por parte de los asistentes y me siento feliz. He podido tocar delante de más de un centenar de personas y no me he bloqueado. Creo que por fin he superado mi miedo escénico.

—Has estado brillante —me felicita Miguel seguidamente de Iván y Mike.

—Gracias a todos. La verdad es que me ha encantado. Vamos a tomarnos una copa para celebrarlo. —Nos levantamos de nuestros asientos y se acerca un hombre mayor pero de muy buen ver. Pero un momento, ese no es...

—Buenas noches. Mi nombre es Giorgio Moretti. Soy...

—Usted es el diseñador de moda. —Lo corto y me presento. Encantada, soy Diana.

—Me ha gustado mucho tu actuación, pero no he podido dejar de fijarme en tu maravilloso vestido. ¿Quién te lo ha diseñado?

—Iván García —le respondo y mi amigo, al escuchar su nombre, se paraliza y más al ver al diseñador a mi lado.

—No me suena, ¿es español?

—Español de pura cepa. Lo tiene aquí mismo.

—Iván, te presento a Giorgio Moretti.

—Buenas noches. Encantado. Soy un gran admirador suyo —contesta mi amigo con voz temblorosa por los nervios.

—Y a partir de hoy yo lo seré tuyo. Pásate por mi taller y hablamos. Tú y yo tenemos un gran futuro por delante. Me encanta tu estilo. Nos vemos pronto, socio.

Le da su tarjeta y vuelve a su mesa. Iván comienza a dar gritos de alegría por lo que ha sucedido y se abraza a Mike que aún no ha reaccionado. Por fin lo hace y besa a su chico con ímpetu. Están repletos de felicidad y yo me alegro mucho por ellos.

La noche transcurre con normalidad, menos cuando vemos acercándose a Roberto con cara de

preocupación hacia donde estamos.

—Diana, ha pasado algo.

—¿Qué ocurre?

—César se ha suicidado en su celda. —La noticia es desgarradora, a la vez que impactante. Aviso a Miguel para darle la noticia. Estaba hablando con unos conocidos, y al enterarse del trágico suceso tiene que sentarse en la silla porque le ha impactado demasiado.

—Miguel, ¿te encuentras bien? —le pregunto preocupada.

—Sí, tranquila. Pero la fiesta para mí ha terminado. Voy a subir a la habitación. Disfruta de la fiesta preciosa. —Me da un beso casto en la mejilla y se va.

Miro a Roberto, y asintiendo con la cabeza, me pide que lo acompañe y es lo que hago.

—¡Espera! Te acompaño. —Por el camino de vuelta a la habitación envío un mensaje a Iván de que me he ido con Miguel. Nos damos las buenas noches hasta la mañana siguiente.

CAPÍTULO VEINTIUNO



Al siguiente día, me despierto con una sensación agri dulce. Después de estar un buen rato hablando con Miguel y de intentar consolarlo, recibí un mensaje de Ángel dándome las buenas noches y pidiéndome explicaciones de por qué me había ido de la fiesta sin despedirme de él. Le contesté relatándole lo sucedido y lo comprendió al momento. Vuelve a decirme que si lo necesito solo tengo que llamarlo. Aunque eso lo sé de sobra, se lo agradezco y desconecto el móvil para centrarme en Miguel. Ahora él me necesita más que nadie. La fiesta no acabó muy bien con la noticia que recibimos. Por un lado, me siento una mala persona porque en el fondo me alegro de que César esté bien muerto; y por otra parte, me siento fatal porque Miguel está más afectado de lo que pensaba. Al fin y al cabo era su amigo. Es verdad que lo traicionó pero no puede olvidar los buenos años que pasaron juntos, y a pesar de haber sido un cabrón, gracias a su confesión él probablemente quede libre de todos los cargos de los que se le imputa. Cuando se quedó dormido, regresé a mi habitación. Iván me escribió para decirme que no dormiría en la nuestra y que lo haría en la de Mike. ¡Vaya con mi mosquita muerta! Sonríe al imaginarme a esos dos enamorados. Decido levantarme y preparar la maleta. Es momento de volver a casa y a la rutina. Espero que ya que todo esto ha pasado pueda olvidarme de Ángel y rehacer mi vida de una vez por todas. No puedo parar de recordar lo increíble e inolvidable que ha sido este viaje, pero debo reconocer que esta no es mi realidad. Él no tardará en dar el sí quiero y nos separaremos para siempre. Nunca olvidaré el momento en el que estaba a mi lado infundiéndome seguridad con sus palabras para que el miedo no me invadiera mientras tocaba el piano. Cuando terminé de hacerlo, por el rabillo del ojo pude observar cómo Isabella se encendía. La verdad es que a esta mujer no la comprendo. Se va a casar con él pero se tira a otro. No entiendo esos arrebatos de celos. Hay algo que se me escapa y no tardaré en averiguar. Sumida en mis pensamientos, no me he dado cuenta de ya lo tengo todo casi listo. ¡Hasta me he vestido! «Diana, necesitas centrarte en algo más que no sea Ángel. Ojalá pudiera», me digo a mí misma. Busco el teléfono, y al encenderlo tengo un millón de llamadas entre otras de mi madre y mis amigas. Decido llamarlas. Como es costumbre, hacemos videollamada y así les cuento todo a la vez. Silvia me dice que estuvo hablando con Miguel bastante rato. Finalizada la conversación les prometo que si tengo novedades las avisaré. A continuación hablo con mis padres y quedo con ellos para contarles todo lo que está ocurriendo, ya que mi madre sospecha que algo no va bien porque me ha notado un poco baja de ánimos, y a ella no la puedo engañar. Así que, en cuanto llegue a casa, me han hecho prometerles que hablaremos y que da igual lo que sea, que estarán ahí para ayudarme en todo lo que esté en sus manos. Son los mejores padres del mundo.

Por fin salgo de la habitación, pero antes echo un último vistazo. Miro hacia el jacuzzi con nostalgia dejando unos maravillosos recuerdos. Sin más, cierro la puerta y me dirijo al ascensor donde ya está esperando el botones para ayudarme con el equipaje.

Al llegar a recepción solo puedo ver a Ángel que está devolviendo las tarjetas de las demás habitaciones. Me acerco y le doy la mía.

—Buenos días. —Le sonrío al saludarlo.

—Buenos días —responde de la misma manera. Le entrego la tarjeta y nuestras manos se rozan. Él me acaricia con disimulo y yo no puedo evitar estremecerme. Me retiro de su lado al momento, cuando veo que la recepcionista se ha dado cuenta del gesto y también porque estoy escuchando andar a Isabella como si de una yegua se tratase. Viene despotricando por el camino debido a que su querido prometido no la ha esperado para ayudarla con su maleta. Me mira frustrado, y muerta de la

risa voy en busca de Miguel que, por la cara que tiene, creo que no ha pasado buena noche.

—Hola, Miguel. ¿Has dormido algo?

—Hola, preciosa. Pues no. Cuando te fuiste me desvelé y no he pegado ojo en toda la noche. Estuve hablando con mi canija. Eso me animó bastante.

—Yo también he hablado con ella esta mañana. Después lo hice con Carmen y Eva.

—Diana, estoy hecho polvo. Jamás pensé que mi amigo acabaría así —me dice abatido.

—No pienses más en eso. Ahora solo debes preocuparte por ti y por lo que va a pasar. —Estamos hablando y veo aparecer a Roberto cogido de la mano de Rosa.

—Buenos días. Traigo noticias. He podido hablar con el abogado de César. Antes de morir ha dejado una carta de despedida. En ella explica todo lo sucedido. Te exculpa de nuevo de todo.

Miguel se ha quedado paralizado. No se mueve. Tengo que llamarle varias veces la atención para que reaccione.

—Miguel, di algo, por favor —le insto a que hable.

—Perdona. Todo esto está afectándome mucho —se disculpa apurado.

—No te preocupes. En cuanto lleguemos a Málaga nos informaremos de todo lo ocurrido. Me he enterado por un amigo, y aún no sabemos bien lo que ha pasado. Dejaré a Rosa con mi madre y las niñas, y en cuanto prepare algunas cosas, cogeré el primer vuelo disponible que haya.

—Muchas gracias, Roberto. Puedes quedarte en mi casa, si quieres.

—Sería estupendo —responde agradecido—. Nos vemos en unas horas. Miguel, voy a hacer todo lo posible para que todo acabe de la mejor manera. Recemos para que las pruebas de criminalística no tarden mucho y traigan buenas noticias.

—Estoy segura de que será así —respondo esperanzada.

Nos despedimos de Rosa y Roberto. Salimos del hotel y ya están nuestros coches preparados con todo el equipaje. Acompaño a Miguel hasta el vehículo y me subo a su lado. Observo el rostro de Ángel y no puedo evitar sonreír porque lleva la misma cara que cuando llegamos. Es decir, no le hace gracia tener que volver al lado de Isabella.

El viaje de vuelta a casa lo hacemos sin ninguna complicación. Bueno salvo cuando Isabella y yo hemos mantenido una breve conversación en el momento que paramos para tomar algo y poder ir al baño. Justo en el instante que estaba entrando en él se ha colado detrás de mí.

—Diana, ¿podemos hablar?

—¿Qué quieres, Isabella? Si me vas a montar un numerito de celos, ya te puedes ir olvidando. Estoy cansada y lo que menos me apetece en este momento es discutir contigo. —Me dirijo a ella en un tono cansado.

—No quiero discutir. Solo me gustaría que hablásemos. Es importante. Tengo que hacerlo antes de la boda. En cuanto lleguemos a casa, podríamos quedar en algún lugar apartado para que nadie pueda vernos y contarte todo lo que llevo intentando decirte.

—¿Tiene algo que ver con lo que tu amante vino a decime el otro día? —Al dirigirme como «amante» para referirme a Francesco le cambia la cara.

—Ahora no puedo revelarte nada, pero sí, algo tiene que ver. Te rogaría que no comentaras con nadie nada de esta conversación. Solo quiero que sepas que no soy tan mala como crees.

Y dejándome con la palabra en la boca se marcha de nuevo al coche.

Salgo del baño de mal humor y Ángel, que está terminando de pagar, me lo nota. Paso por su lado y se da cuenta de que, segundos antes de que yo saliera del aseo, lo hacía Isabella.

—Diana, ¿ha sucedido algo ahí dentro? —me pregunta preocupado.

—No. No ha pasado nada —respondo todo lo seca que puedo, pero como siempre, agarra mi brazo y me aparta hacia un lado del bar.

—No soporto verte así. Te ha cambiado la cara cuando te he visto salir por esa puerta. —Se acerca mucho más como para besarme, pero en ese momento aparece Iván y nos llama la atención.

—¡Estáis locos o qué! Os puede ver alguien igual que os he visto yo —nos regaña mi amigo, y

tirando de mí, me lleva hasta el coche.

—Lo siento, Iván. Ha sido sin querer. Ha notado que estaba cabreada por algo que me ha pasado con Maléfica.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, ahora no puedo ni quiero hablar de ello.

—Vale, *my darling*. Pero cuando se te pase ese mal humor me lo cuentas. —Sin decirle nada subo al vehículo y continuamos nuestro viaje.

Pasadas unas horas por fin llegamos a casa. Primero nos dejan a Iván, Mike y a mí. Después de despedirme de Miguel y hacerle prometer que me llamará si necesita hablar o cualquier otra cosa, por fin llego a casa y comienzo a deshacer la maleta. Aunque es tarde y debería irme a la cama, con tantas emociones no creo que consiguiera dormir ni tan siquiera un poco. Observo la funda donde va guardado mi precioso vestido, lo cuelgo tal cual viene en el armario. Ya lo llevaré al tinte. En poco tiempo ya lo tengo organizado todo. ¡Hasta he puesto una lavadora! Me tumbo en el sofá haciendo un repaso mental de todo este fin de semana. He pasado dos de los mejores días de mi vida. Por la mañana, llegará Roberto para informarse de cómo ha sido la muerte de César y lo que conlleva toda esta situación. Por otra parte, pienso en Ángel y en la dichosa Isabella. Se trae un misterio con lo de hablar conmigo que hace que me ponga de mal humor. Y también están mis padres, que cuando les cuento todo este embrollo van a flipar. En fin, en poco menos de unas semanas mi vida se ha puesto patas arriba y ahora toca volver a ponerla en su sitio. Intentaré dormir un poco porque si no, a ver quién da masajes en unas horas.

Suena mi despertador y doy un salto de la cama. Por increíble que parezca tengo la sensación de haber dormido muchísimo. Preparo mi café como todas las mañanas y la ropa para ir a trabajar. Me dirijo hacia la clínica, pero antes paro en la cafetería donde solemos desayunar y encuentro a Iván y a Rocío con sus desayunos. En cuanto llego ya están preparando el mío también.

—Buenos días —digo nada más entrar.

—Buenos días, Diana —responde Rocío.

—Buenos días, *my darling*. ¿Has dormido bien?

—Las pocas horas que lo he hecho, sí. ¿Y tú?

—Bien, también. —Comienza a esbozar una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Se puede saber a qué viene esa felicidad un lunes por la mañana? —Utilizo un tono de curiosidad.

—Eh... Mike y yo nos vamos a vivir juntos —lo suelta del tirón.

—¿En serio? ¡Eso es maravilloso! —Al decir esto me abalanzo sobre mi amigo y tiro el café sobre la barra del bar. Comenzamos a reír, y con manchas de café incluídas, nos abrazamos los tres. Pasados unos minutos y un poco más calmados, nos recomponemos y nos vamos para el trabajo. ¡Qué alegría! Una buena noticia entre tanto problema. Me alegro mucho por ellos ya que hacen una pareja espectacular. La mañana transcurre rápidamente. Al salir para ir a comer nos encontramos a Roberto y a Miguel.

—¡Hola! ¿Qué hacéis aquí? ¿Ha ocurrido algo? ¿Están todos bien? —pregunto sin parar.

—Tranquila Diana. —me calma Roberto—. Hemos venido a invitarte a comer y de paso te contamos todo sobre cómo ha sido la muerte de César. ¿Nos acompañas?

Miro a Miguel y la cara que lleva me desconcierta. No sé si está alegre, triste, preocupado... o yo qué sé. Eso me pone aún más nerviosa.

—Por supuesto que os acompaño. —Me despido de mis compañeros y quedamos en vernos por la tarde de nuevo en la clínica.

—Llegamos al bar de Kiko y pedimos algunos platos para compartir. Mientras nos ponen las bebidas, Roberto empieza a hablar.

—Bien —comienza diciendo—. He estado informándome y esto es lo que he podido averiguar. Como bien sabes, César estaba en prisión preventiva. Los funcionarios, al hacer la ronda diaria, lo

encontraron tirado en el suelo. Rápidamente fueron a auxiliarlo pero llegaron tarde. Ya llevaba unas horas sin vida cuando quisieron ayudarlo. Ha fallecido de sobredosis. Están intentando saber quién le pasó la coca, pero en la cárcel eso de ser un chivato te puede acarrear problemas. Así que eso no creo que lo averigüen de momento. —Hace una breve pausa.

—Continúa, por favor.

—De acuerdo. Sigo contándote. Los mismos funcionarios que recogieron sus pertenencias encontraron una carta dirigida al juez de instrucción. En ella relata todo lo sucedido y exculpa de todo a Miguel.

—¡Ole! ¡Eso es una gran noticia! —exclamo dando palmadas.

—No nos precipitemos. Estamos a la espera de los resultados de las pruebas del servicio de criminalística de la Guardia Civil. Si los resultados confirman lo que esperamos, todo habrá terminado. Pero si, por el contrario, no es así, tendremos que ir a juicio y demostrar que Miguel no es culpable.

Al terminar de explicarme el procedimiento se me corta del tirón toda la alegría que tenía hace un momento. Pero no quiero que mi amigo se preocupe demasiado.

—¿Sabes qué? —Me giro para preguntarle a Miguel—. Estoy segura de que todo saldrá bien. Me lo dice el corazón. Ya verás que pronto estaremos celebrándolo.

—Tenemos que esperar un poco más, puede que uno o dos días tal vez. Llevan con las pruebas varias semanas y deben de estar a punto de terminar. Solo os pido un poco de paciencia.

—Gracias, Roberto, por toda tu ayuda. Sea lo que sea, lo aceptaré. No me queda otra.

—No te rindas tan pronto, hombre. Vamos a ser positivos. No está todo perdido. Tenemos un cincuenta por ciento de probabilidades de que ese resultado sea favorecedor. Y ahora que ya lo sabéis todo, vamos a degustar estos platos tan ricos que acaban de ponernos.

Disfrutamos de una comida deliciosa y al acabar me despido de ellos y vuelvo al trabajo. Pasamos la tarde entre pacientes sin parar ni tan siquiera para beber agua. Por fin llega la hora de cerrar y de volver a casa.

Han pasado varios días. Roberto sigue aquí, en La Carihuela. Por muy raro que parezca, no he tenido noticias de Ángel. Miguel me comentó, en una de las conversaciones que tenemos a diario, que tuvo que ir a Italia a solucionar unos problemas que había con las obras de la nueva empresa. Por lo visto, Marco quiere hacerse con ella y no ha dejado trabajar a los obreros hasta que Ángel apareciese por allí. Es extraño, pero con tanto trabajo no he reparado en la falta que me hace saber si está bien o lo mucho que lo echo de menos. Mi lucha es constante. No quiero pensar en él, pero sin embargo no puedo dejar de hacerlo.

De vuelta a casa, suena mi teléfono. Mi madre.

—Hija, ¿cuándo piensas pasarte por casa? Sé que estás muy liada, pero por lo menos podrías llamarnos o algo. ¿No te parece? —Jelines, la que me está cayendo en un momento. Qué buen aperitivo antes de comer.

—Lo siento, mamá, de verdad. No estoy pasando por un buen momento. Os lo explicaré todo en cuanto pueda. Solo decirte que estoy bien, y tan pronto tenga un momento me pasaré por casa. Soy consciente de que estamos a solo unos metros. Pero juro que lo intentaré. Por favor, dame unos días y me entenderás. ¿Vale?

—¡Por la Virgen del Carmen! ¿No estarás metida en algo de drogas?

—¡Mamá, por el amor de Dios! ¿Cómo puedes pensar eso? Parece mentira que no me conozcas. No es nada de eso. Estoy intentando ordenar un poco mi vida. Nada más.

—Diana, corazón. Ya sé lo que te pasa.

—¿Ah sí? ¿Y según tú qué es lo que me pasa?

—Lo que te ocurre se llama enamoramiento. Y sé que de quién lo estás. Entiendo perfectamente

por lo que estás pasando. Quiero que sepas que estamos aquí para lo que precises y si ahora mismo lo que necesitas es tiempo, tómate el que creas conveniente hasta que quieras contárnoslo. Espero por tu bien que te aclares pronto, porque si no lo haces tú, lo haré yo. —Al decirme esto último me hace sonreír.

—Vale, tú ganas. Te lo contaré todo en cuanto esté preparada. Gracias, mamá. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, cariño. Cuídate, mi vida. —Y con sus palabras de cariño cuelgo el teléfono. Es increíble cómo su instinto maternal puede adivinar mi estado de ánimo.

Me quedo pensativa unos minutos y mi móvil me saca de mis pensamientos. Es Miguel.

—Dime, guapo —le respondo feliz.

—¡Diana! ¡Por favor, tengo que verte! —Está muy exaltado.

—Miguel, tranquilízate. ¿Qué te pasa? —le pregunto muy nerviosa.

—Ya sabemos los resultados de criminalística de La Guardia Civil. —Al escucharlo me pongo histérica. Estoy temblando. No sé si quiero oírlo no. Por lo nervioso que está no creo que sean buenas noticias. Lo he escuchado llorar.

—Bien, tranquilo, ¿dónde estás?

—Estoy aquí abajo. En tu portal. Baja, te lo suplico —me ruega llorando como un niño pequeño.

Salgo corriendo de casa y bajo las escalera de dos en dos; voy tan deprisa que casi me caigo rodando por ellas. Por fin llego hasta el portal donde Miguel está esperándome, moviéndose de un lado a otro.

—Mig... Miguel. Ya estoy aquí.

—¡Preciosa! —Al verme me abraza tan fuerte que casi me deja sin respiración—. Los resultados de criminalística han confirmado lo que César confesó. El juez de instrucción ha dado traslado al fiscal y este ha decidido no mantener la acusación. Diana, todo se ha acabado. Por fin voy a poder vivir en paz y todo gracias a tu ayuda. —Lo miro fijamente con lágrimas en los ojos y ahora soy yo quien lo abraza.

—¡Ay, Dios mío! Yo sabía que esto pasaría. ¡No puedo creerlo! ¿Has llamado a la canija?

—Sí, en cuanto me he enterado. Mientras venía hacia aquí se lo he contado. Mañana la tenemos aquí para celebrarlo. Diana, soy tan feliz...

—Me alegro mucho. De verdad. Tu pesadilla ha terminado. Ahora podrás volver a trabajar, a conducir...

—Bueno, bueno, todo a su tiempo. A lo de trabajar no te digo que no, porque amo mi trabajo. Pero lo de volver a coger un coche, para eso tengo a John y de momento no pienso despedirlo. —Comienzo a soltar carcajadas y él, que no ha parado de sonreír desde que nos hemos visto, se une a las mías.

—Miguel, iba a comer algo. ¿Me acompañas?

—Por supuesto. Vamos, subamos a mi casa y hablamos de ello más tranquilamente. —Charlamos más calmados, y cuando llega la hora de volver al trabajo, Miguel decide venir conmigo a la clínica y pasar la tarde allí con nosotros hasta la hora del cierre.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



Estoy nerviosa. Comienzo a dudar de si lo que voy a hacer es lo correcto o si, por el contrario, voy a meter la gamba. Pero es algo que he decidido y tengo que asumir las consecuencias de lo que ocurra, si quiero que este infierno acabe de una vez por todas. Amo a Francesco con toda mi alma. Es cierto que Ángel al principio de conocernos era atento y cariñoso conmigo y en la cama... ¡uf! Es como se dice aquí, un macho alfa. Pero el corazón es el que manda y el mío no deja de pensar en mi amado italiano. De un tiempo a esta parte, mi prometido y yo no hemos vuelto a consumir nuestro supuesto noviazgo. Excepto aquella noche en la que volvíamos de cenar del restaurante del campo de golf, aunque no llegamos a terminarlo. Él estaba furioso porque vio a Diana besarse con Miguel y descargó su rabia conmigo. Y yo... me dejé llevar hasta que la cosa empezó a no gustarme y lo eché de mi cama. Después me pidió perdón y ahí comprendí que jamás seríamos felices ninguno de los dos, por mucho que lo intentáramos. No quiero que me toque y él me demuestra lo mismo. Algún piquito que otro para disimular y ya está. Desde que mi padre nos obligó a casarnos todo ha sido diferente. Ángel y yo sabemos la relación que tenemos. Hacemos un paripé todo el tiempo. Incluso cuando no hay nadie presente. Se ha convertido en algo rutinario. Nos decimos palabras cariñosas y hasta se nos escapa algún que otro beso sin importancia. Debemos ser muy cautos y no levantar sospechas por si mi padre se entera. Tenemos que casarnos para que Ángel pueda dejar de estar amenazado, siempre y cuando firme el acuerdo que mi padre le propone. Quiere que, en cuanto sea su yerno, le ceda toda la parte de la empresa que comparte con su padre para así compensar las pérdidas que tuvo con mi chivatazo. Me siento culpable por ello. He sido la causante de toda esta situación. Si no hubiese sido tan cabrona y me hubiese estado calladita esto no habría pasado. No debí decirle al tío de Francesco que Ángel pasaría por esa carretera con el cargamento de mi padre. Creí que era el momento de vengarme por todo lo que he sufrido estos años por su culpa. Necesito salir de la vida de mi padre para siempre. Lo que no me imaginé es que jodería la de mi futuro esposo. Soy consciente de que él sigue enamorado de Diana como el primer día. Cuando empezamos a salir me comentó que solo fue un rollo de una noche. Pero como mujer observadora que soy he podido comprobar cómo la mira cuando le habla, el trato que tiene hacia ella, y las conversaciones que él alargaba con absurdas preguntas sobre su padre solo por oírla unos segundos más. Recuerdo el día que llegó a casa furioso y me pidió amablemente que tratase con respeto a Diana. Y ya para rematar, en la gala, confirmé que jamás se enamoraría de mí. Él estuvo a su lado durante toda la actuación, para que no se sintiera sola y pudiera tocar la pieza favorita de Anselmo. En el fondo tenía la esperanza de que eso ocurriese, yo poder corresponderle y así comenzar una vida nueva. Pero por más que lo he intentado no ha sido posible. No lo amo y jamás lo haré. También he tenido enfrentamientos con ella y la he provocado cada vez que he podido. Sin embargo, Diana ha sabido aguantar mis provocaciones como una señora. Debo reconocer que, aunque no es santo de mi devoción, es una mujer que debe ser feliz al igual que yo. Espero que cuando hable con ella y le proponga mi plan, confíe en mí y podamos llevarlo a cabo. Si esto sale bien, todos saldremos ganando y podremos ser felices cada uno por su lado. Pero para ello tengo que hacerle ver que no soy tan mala persona como cree. La vida ha hecho que me vuelva una mujer desconfiada e interesada, ya que no lo he pasado muy bien desde que comencé a ser una adolescente. Mi padre pagaba todos sus enfados con mi madre y conmigo dándonos grandes palizas, e incluso un día, llegó a casa tan borracho que mi madre estuvo dos meses ingresada por los daños que le ocasionó. Y no estando contento con ello abusó de mí llegando a tal extremo que quedé embarazada. Me obligó a abortar llevándome a una de las clínicas de sus queridos amigos. Hizo conmigo una carnicería. Me provocó una hemorragia tan fuerte que estuve a punto de irme para el

otro mundo. Nunca le ha importado nadie. Solo su negocio y su bienestar. Cuando mi madre regresó del hospital de su última paliza, y vio lo que me había pasado, se enfrentó a él enzarzándose de nuevo en una gran discusión que la llevó a la muerte. Fue tan grande el golpe que recibió que la dejó tirada en el suelo desangrándose. Él no hizo nada por salvar su vida. Mi padre es el mayor hijo de puta que ha existido en la tierra. Ha llegado el momento de mi venganza.



Vuelvo a estar en mi casa sola. La verdad es que tanta tranquilidad me altera. Suena contradictorio, pero son tantas cosas las que me han pasado en tan poco tiempo, que ahora que estoy relajada no consigo estarlo al cien por cien. Creo que voy a salir a correr un rato, a ver si me despejo un poco. Me preparo con ropa deportiva, y cuando estoy poniendo el móvil en la funda para sujetarla en el brazo, comienza a sonar. No es un número conocido, por lo cual no lo cojo. En pocos segundos vuelve a llamarme el mismo número. Por alguna razón respondo la llamada para que quien sea deje de darme la lata.

—¡Dígame! —respondo molesta.

—*Ciao*, Diana. —Escucho una voz muy familiar al otro lado del teléfono.

—¿Qué quieres, Isabella? Estaba a punto de salir y no puedo entretenerme con tus tonterías.

—No creo que la vida de Ángel sea una tontería. Por favor, tranquilízate y escúchame.

Al mentar el nombre de Ángel me pongo aún más nerviosa.

—¡No! Escúchame tú a mí. Deja de una vez por todas de jugar con eso. Te vas a casar con él, pues muy bien. Quédatelo y que lo disfrutes mucho. Pero a mí haz el favor de no molestarme más con tus dichosos celos. —Sin embargo, cuando acabo de soltarle parte de lo que siento, se hace silencio. Recapacito sobre la frase que he escuchado y caigo en la cuenta de que no me está llamando para recriminarme mi amor por Ángel, sino que la vida de él, ¿está en juego? Me tranquilizo como bien me ha pedido y respiro hondo varias veces antes de continuar. Cuando lo consigo, le hablo.

—Disculpa, ¿has dicho que la vida de Ángel está en juego?

—No, bueno algo parecido. Como ya te has calmado un poco me gustaría hablar contigo pacíficamente. Si tú quieres. —Lo pienso por un momento y acepto.

—Me parece bien. Dime dónde y cuándo. —le respondo muy segura.

—En tu casa. Ahora mismo.

—¿Cómo? ¿Estás aquí?

—Sí, y por favor, ábreme pronto para que nadie pueda verme subir.

Como una autómatas pulso el botón del portero automático y la dejo subir.

—Último piso —le indico.

Escucho cómo el ascensor llega y antes de que llame al timbre, ya estoy con la puerta abierta. Sale del ascensor, ¿y cuál es mi sorpresa? La veo salir acaramelada del brazo de Francesco. Vamos, lo que me faltaba.

—¿Qué hace él aquí? —pregunto más molesta que la primera vez.

—Viene conmigo.

—Eso ya lo veo. Pero se supone que vamos a hablar las dos; no sé qué narices pinta tu amante en nuestra supuesta conversación.

Me mira con cara de superioridad y se cuela en mi casa tirando de la mano de su acompañante, dejándome plantada en la entrada de mi casa. Rápidamente reacciono. Cierro dando un portazo y camino hacia mi pequeño salón. Están de pie esperando a que les dé permiso para sentarse. Vaya, ahora sí que van de educados.

—Sentaos.

—Gracias —responde Isabella por los dos.

—Y bien, ¿a qué debo esta grata visita? —les pregunto con tono sarcástico.

—Diana, te lo pido por favor. Vamos a mantener una conversación como adultos que somos y déjame que te explique el motivo de mi visita.

—Está bien. Suéltalo ya para que pueda irme a correr tranquilamente.

—Imagino que Ángel ya te habrá contado nuestra historia y cómo hemos acabado cediendo a la dichosa boda.

No salgo de mi asombro por cómo ha comenzado la conversación. Me siento en el otro extremo del sofá y sigo escuchando sus palabras.

—Yo no amo a Ángel, mi amor verdadero está sentado justamente aquí en este momento.

—Acaricia la mano del italiano—. Dentro de poco daré el sí quiero a un hombre que, aunque en su momento disfruté mucho de su compañía, jamás ha podido hacer que me olvide de Francesco. Vengo a proponerte algo que estoy segura que no vas a rechazar.

Si antes me había quedado ojiplática, ahora no tengo palabra alguna para describir cómo me siento.

—Te escucho. —Es lo único que sale por mi boca. Al cabo de un buen rato y después de no sé cuántos vasos de agua, termina de relatarme su maravilloso plan.

—¿Puedo contar contigo? —me pregunta con la esperanza de que mi respuesta sea afirmativa. Me paro unos segundos y...

—Por supuesto que sí. ¿Pero estás segura de que todo saldrá bien?

—Eso espero. Si haces todo tal y como te he dicho. No debe fallar nada.

—Lo haré —vuelvo a contestarle.

—Sabía que no te negarías. Sé perfectamente el amor que sientes por Ángel y que serías capaz de hacer cualquier cosa para que sea feliz.

—Pero ¿tú cómo sabes eso?

—Diana, no soy tonta y tengo ojos en la cara. Solo hay que ver cómo tu mirada brilla cada vez estás cerca de él.

—Da igual como lo mire. Él ya no es para mí. Lo nuestro no puede ser. Así que llevaremos a cabo lo acordado y ya está.

—Lo que tú digas —responde cansada. Está un poco demacrada. Y no me extraña. Con todo lo que me ha contado no es para menos. Me despido de ellos, y antes de que Isabella entre de nuevo en el ascensor, me da las gracias por ayudarla. Cierro la puerta de casa y vuelvo al mismo sitio donde estaba hace unos momentos antes de que Francesco y Maléfica se fuesen. Ahora siento remordimientos por llamarla así. Ha sufrido mucho por culpa de su padre. Pero ella no se ha cortado ni un pelo a la hora de provocarme. También pienso en la suerte que tengo de tener unos padres como los míos. Tengo que contarles todo lo que está ocurriendo para que sepan en el lío que su única hija se va a meter. O mejor dicho, en el que ya estoy metida. Los llamo y les relato todo de principio a fin, sin dejarme detalle alguno. Al comenzar, mi madre pone el grito en el cielo, pero con la ayuda de mi padre logramos tranquilizarla y hacerla entrar en razón.

—Ten cuidado, cariño. Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Lo tendré. Os quiero. —Y así es cómo termino la conversación con dos de las personas más importantes que hay en mi vida.



No puedo creer que Diana haya aceptado ayudarme. Espero que todos salgamos ganando porque la vida de mi futuro marido depende de ello. Vuelvo a casa y por el camino llamo a mi padre.

—*Ciao*, papá —comienzo a hablarle y le cuento que quiero casarme en el gran jardín que tenemos

en la que va a ser mi casa. Él no pone ningún impedimento y accede a todos mis caprichos. Desde que me hizo abortar se ha comportado de una manera diferente y hace todo lo que le pido. No quiere escándalos públicos, ya que eso no sería bueno para su reputación. Es un hombre muy poderoso y cualquier cosa lo pondría furioso. Es mejor dejar las cosas como están y sigan su curso.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



Ha llegado el día. Hoy firmo mi sentencia de muerte. No me imagino el resto de la vida atado a esta mujer y no poder volver a besar a mi amada Diana. Llevo varias semanas sin saber de ella, no por falta de ganas, sino todo lo contrario. He puesto tierra de por medio para no aumentar lo que siento al estar a su lado ni hacerla sufrir más. Aunque imagino que de este modo también estoy haciéndole daño. Estoy en mi habitación abrochándome el último botón de la camisa. Me miro en el espejo y a través de él veo cómo la puerta se abre muy lentamente.

—Hola, hermanito. Ese traje te queda muy bien —me halaga Miguel—. Deja que te ayude con la corbata.

—Gracias. Ojalá no lo tuviera puesto. Hermano, no quiero hacerlo.

—Joder, Ángel. No lo hagas más difícil. Tú solo hazlo. Y el lunes nos ponemos en marcha con el divorcio.

—¿Divorcio? Creo que no lo has entendido. Debo seguir casado por lo menos hasta que papá muera, si no, no podré pagar mi deuda.

—Debes conseguir que el cabrón de Marco te entregue los papeles de tu libertad.

—Lo sé. Pero sin Diana, ¿para qué quiero ser libre? Me encantaría que la mujer que está en la habitación de al lado poniéndose un vestido blanco fuese ella y no otra.

—Ángel, escúchame atentamente. —Me coge la cara con las dos manos para que le preste toda mi atención—. Vamos a salir de esta y al final nos reiremos de todo esto. Solo tienes que confiar en mí. ¿Te fías del loco de tu hermano? —me pregunta con una sonrisa angelical.

—No me queda otra, ¿no es cierto? —respondo de la misma manera.

—Así me gusta. Eres un López, y nosotros no nos rendimos jamás. Sal ahí y disfruta del espectáculo.

—Miguel, de verdad. A veces das miedo. Sin embargo, llevas toda la razón. Isabella en vez de organizar una boda, parece que ha organizado una feria. Esta mujer no tiene fondo alguno. Menudo derroche de gilipollices. En fin, que comience la función. Estoy listo. Pero antes de salir quería darte las gracias por estar en este momento conmigo. Y también preguntarte si ella...

—Ángel. —Me corta para que no siga hablando—. La familia está para apoyarse en cualquier situación. Deja ya de martirizarte. Diana no va a venir. He hablado con ella durante estos días y le he aconsejado que se evite ese mal rato. Está fuera de la ciudad.

—Mejor así, porque si llegara a verla no sé de qué sería capaz. Ahora sí. Vámonos y acabemos con esto de una puta vez.

Hastiado por la situación, salgo de la habitación a toda prisa. Me dirijo hacia el jardín donde todo lo que veo me pone más nervioso aún. Flores por aquí y por allá. Una alfombra roja, donde supongo que debemos pasar Isabella y yo hasta llegar al altar que han dispuesto al lado de la piscina. No entiendo por qué debo casarme en mi casa. No me gusta tener a gente desconocida merodeando por cualquier rincón.

—Hijo, ¿te encuentras bien? —Escucho preguntar a mi padre. Está muy elegante.

—Hola, papá. Sabes de sobra que no. Pero lo estaré. Mi boda no me la imaginaba así la verdad.

—Ven, acompáñame. Necesitamos un instante de padre e hijo. Sígueme. Aún falta un rato para que esto de comience.

Le hago caso y nos dirigimos hacia la sala del piano.

—Papá, por favor. Aquí no.

—Calla y entra.

Se acerca hacia el equipo de música y comienza a sonar la cancioncita de los cojones.

—Papá, ¿no podías poner otra sonata que no fuera esta?

—No. Ella me pidió que la escucharas antes de dar el paso. Me ha dicho que te desea que seas muy feliz y que todo salga bien.

—¿Os habéis vuelto todos locos? ¡Qué manía os ha entrado con decir que todo irá bien! Claro, soy yo el que se va a casar y es muy fácil verlo todo desde el otro lado, ¿verdad? También me jode perder el patrimonio que con tanto esfuerzo hemos ganado durante estos años. Y estar unido a una mujer que ni siquiera amo. Por lo menos espero que Marco Torchia cumpla con su palabra y me entregue los documentos para ser libre.

Terminada la pieza musical y sin hacerme caso, mi padre me indica que ya es la hora.

—Vamos, ha llegado el momento—. Salimos de la sala y por el pasillo me encuentro a mi futuro suegro.

Antes de que comience a hablar lo saludo como buen caballero que soy. Aunque en vez de eso me hubiese gustado darle una buena hostia y quitarle esos aires de grandeza con los que va.

—Buenos días, Marco.

—Buenos días. Toma, esto te pertenece. —Me entrega unos papeles.

—¿Qué son? —pregunto con nerviosismo.

—Los únicos documentos que te incriminan. —Me los da con una sonrisa maliciosa, pero antes de que pueda cogerlos me dice:

—Antes de que te los quedes, quiero que firmes estos otros. Isabella los ha redactado. En ellos pone que me cedes el cincuenta por ciento de tu empresa y una vez haya muerto el vejestorio de tu padre me quedaré con el otro cincuenta. Al escuchar la forma tan despectiva en la que se ha dirigido a mi progenitor, hago un amago de asestarle un puñetazo, pero es mi propio padre el que me frena.

—No lo hagas. No lo merece la pena —me suplica mi padre.

—¡Eres lo peor, hijo de la gran puta! —suelto con rabia.

—Gracias por el cumplido. Y ahora firma.

Con toda la furia acumulada, los dos firmamos los documentos. Acto seguido me entrega mis papeles.

—*Benvenuto in famiglia*. —Me abraza mientras me da la bienvenida a su familia. Aguanto el tirón como puedo, porque ahora mismo solo tengo unas ganas terribles de matarlo, y salgo como alma que lleva el diablo a esconder la documentación.

Una vez la tengo a salvo, un poco más tranquilo me dirijo a decir el sí quiero. Quizás con el tiempo pueda llegar a querer a Isabella.

Ya estoy del brazo de Chedes; está muy elegante y como si de mi madre se tratase, va derramando lágrimas por todo el pasillo. Se ha ofrecido a acompañarme y no he podido negarme. Llegamos al compás de la tradicional marcha nupcial y me sorprende ver a un sacerdote que no conozco. Dos niñas pequeñas comienzan a echar pétalos de rosas por el camino. Mientras Isabella llega hasta mi lado me giro para preguntarle a Miguel sobre eso y me contesta que el padre Venancio se ha puesto enfermo y no ha podido asistir a la ceremonia. En su lugar ha venido el padre Kiko. ¿El padre Kiko? Qué nombre más raro para un cura, pienso para mí. Supongo que eso no tiene mucha importancia. Me pide tranquilidad, pero algo en mi interior está diciéndome que hay alguna cosa que no va bien. Ya está mi futura mujer a mi lado y le doy un beso en la mejilla. Está preciosa. Pero no irradia felicidad como cualquier novia haría en el día de su boda. ¿Qué ocurre? Tantos meses con los preparativos y tengo la sensación de que no lo está disfrutando. ¿Le habrá pasado algo?

—Hola, caramelito. Estás muy guapa. ¿Te encuentras bien?

—Hola, *amore*. Sí, tranquilo. Estoy nerviosa. Solo es eso. Por cierto, tú también estás muy guapo.

—Gracias.

Una vez que todos hemos ocupado nuestros asientos, da comienzo la ceremonia.

—Queridos hermanos. Estamos aquí reunidos para unir en santo matrimonio a esta hermosa pareja. —Así es cómo comienza el principio del fin de mi felicidad. Pasa un rato y llega el momento cumbre.

—Isabella, ¿quieres recibir a Ángel como esposo, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

—Sí, quiero.

—Ángel, ¿quieres recibir a Isabella como esposa, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

Miro al cura, a Isabella y por el rabillo del ojo observo a Marco señalando su arma avisándome de que no me queda otra que aceptar. La imagen de Diana pasa por mi mente y como el que llevan al corredor de la muerte, suspiro y por fin acepto.

—Sí, quiero —respondo abatido.

—El señor confirme con su bondad este consentimiento vuestro que habéis manifestado ante la Iglesia y os otorgue su copiosa bendición. Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre. Por el poder que me ha sido concedido, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia. —Termina de decir el padre Kiko y no tengo otra opción que levantarle el velo a mi esposa y besarla. En ese momento vuelve a mi mente la imagen de Diana e imagino que es ella la que está recibiendo mi beso. Pero de repente al sentir el contacto de sus labios caigo en la cuenta de que no es ella y me vengo abajo, aunque intento por todos los medios disimularlo, ya que se supone que tengo que ser el hombre más feliz mundo. Después de besarla nos giramos hacia nuestros invitados y todos rompen su silencio con un ¡Vivan los novios! Aplauden sin parar mientras pasamos de nuevo por la tela roja y al final de esta nos esperan más invitados para echarnos arroz, flores y no sé qué más pero que ha estado a punto de dejarnos tuertos. Me preocupo por mi esposa y ahora sí que la veo sonreír. Ya está más relajada.

El convite transcurre con normalidad y ha llegado el momento de cambiarse para salir de viaje de novios. Sí, mi mujer quiere que salgamos de inmediato para nuestra luna de miel. No entiendo tanta prisa, pero me dejo llevar. Probablemente, me siente bien salir de aquí y despejarme de todo este embrollo. Se supone que soy libre y debo estar feliz por ello. Pero sigo con esa sensación de inquietud en mi interior. Me despido de todos mis seres queridos hasta la vuelta, pero al hacerlo de Miguel, sus palabras me han puesto en alerta.

—Ángel, disfruta todo lo que puedas y no te preocupes por nada. Todo está controlado. Déjate llevar por el momento y no hagas preguntas. Te echaremos de menos. Sé feliz.

—Miguel, estáis todos muy raros desde esta mañana, ¿qué pasa? Solo me voy a ir unos cuantos días. Anda, ven aquí, capullo. Te veré a la vuelta. —Nos fundimos en un fuerte abrazo y me dirijo hacia la salida, donde ya está esperándome Isabella con todo el equipaje necesario. Ya se ha despedido de su padre. Y radiante de felicidad me insta a que suba al vehículo. Ella entra seguidamente después de mí y el conductor nos da la enhorabuena.

—Muchas felicidades, señores. ¿Listos para su viaje? —Nos pregunta el chófer, pero esa voz...

—Sí, estamos preparados. Por favor, dese un poco de prisa. Mi marido y yo estamos ansiosos por llegar al aeropuerto.

—Enseguida, señora.

—Isabella, ¿puedes decirme dónde demonios vamos?

—*Amore*, todo a su tiempo. Deja que te sorprenda. Por una vez en la vida confía en mí.

—Está bien. Lo haré. —Intento relajarme en el asiento. Vamos acompañados como bien he dicho por un señor joven y al parecer una mujer que está sentada en el lado del copiloto. Desde mi sitio no puedo verla con claridad, ya que lleva puesta la gorra del uniforme. Sino fuera porque se encuentra lejos de la ciudad diría que se parece mucho a... ¡No puede ser! Creo que me estoy volviendo loco. Ángel, deja de obsesionarte.

Por fin hemos llegado a nuestro destino. Hemos parado en una pista privada donde nos está

esperando toda la tripulación con el jet a punto. Bajamos del coche y el chófer, junto con la que parece ser su ayudante, nos echa una mano con las maletas. Alzo la vista y me encuentro con esa mirada azul que tanto me gusta. ¡Lo sabía!

—¿Diana?, ¿qué haces tú aquí?

—Ángel, ahora no puedo explicártelo. Sube al avión y hablamos.

—¿Isabella? —pregunto muy nervioso y desconcertado.

—*Amore*, no hagas preguntas y sube al maldito avión ¡ya! —exige alzando un poco más el tono de voz.

Hago lo que me piden. Entro en el puto avión. Ahora mismo me siento como si fuera una marioneta. No entiendo nada. Pero si antes no comprendía la situación menos lo hago ahora cuando de buenas a primeras me encuentro cara a cara con Francesco.

—¿Puede explicarme alguien de una puñetera vez qué cojones está pasando aquí?! —grito enfurecido.

Al escuchar mis voces, Diana viene en mi busca, y antes de aclararme nada sella sus labios con los míos bajo la atenta mirada de Francesco e Isabella.

—Diana, ¿qué estás haciendo?

—Besarte, ¿no lo ves?

—Un momento. Acabo de casarme. ¿No lo recuerdas?

—Perfectamente. Pero que yo sepa el dueño de un restaurante no tiene poder para oficiar una ceremonia. ¿O sí la tiene? —Termina de decirme muerta de la risa.

—Siéntate y te explicaré todo lo que está pasando.

No salgo de mi asombro. Espero que para todo esto haya una buena razón porque van a conseguir que me vuelva loco de verdad. Sigo sin reunir las piezas del puzle para que todo encaje.

—*Amore*, siéntate, abróchate el cinturón y escucha lo que tenemos que decirte. —Hace una breve pausa y continúa hablando—. Hace unas semanas me presenté en casa de Diana. Le confesé todo el amor que siento por Francesco. Debo decirte que fui yo la culpable de que te atraparan con la mercancía de mi padre. —Enfurezco al momento.

—¿Qué coño estás diciendo Isabella?! Por tu culpa llevo todo este tiempo amargado. Sabía que eras una puta egoísta, pero lo que no podía creer es que llegaras hasta este punto. ¡Quiero el divorcio inmediatamente!

—Tranquilízate, por favor —me pide calma Diana, sujetándome para que no me levante. Estamos a punto de despegar.

Vuelvo a mirar la cara de Isabella, pero esta vez lleno de cólera. Ella ha comenzado a llorar.

—Lo siento mucho, de verdad. Déjame terminar y entenderás el porqué de todo esto.

—De acuerdo. Prosigue.

—Como bien acabo de decirte, Diana y yo estuvimos hablando en su casa. Le expliqué la situación de maltrato que hemos vivido durante estos años en casa de mi padre y también le dije lo del aborto. —Traga saliva con dificultad. Es duro recordar otra vez lo que el cabrón de Marco les hizo—. Al principio pensé que podíamos ser felices y formar una familia juntos. Pero en mi corazón al igual que en el tuyo siempre ha habido otra persona. Nunca he podido olvidar a Francesco. *Amore*, tú y yo no estamos casados. El sacerdote que supuestamente nos ha casado es Kiko. El dueño del restaurante Las Gaviotas de Kiko y amigo de Diana. —Respira hondo y continúa hablando—. Los documentos que mi padre te ha dado en realidad vienen a decir que le cedes la mansión de los López en tamaño reducido. Es decir, que Marco heredará una réplica exacta de juguete cuando Anselmo muera. Y esperemos que sea lo más tarde posible. En este mismo instante debe estar furioso, porque me consta que en cuanto ha acabado la boda se ha dirigido al notario para validar toda la documentación. Se ha llevado nuestro supuesto certificado de matrimonio y los papeles que has firmado antes de nuestro enlace.

—Vale, vale, estoy flipando. Me estoy ahogando. Necesito respirar. —Inspiro y espiro varias veces

hasta que consigo calmarme lo suficiente como para seguir escuchando—. Entonces, cuando me ha entregado los míos donde supuestamente me culpa de todo, ¿son falsos también?

—No. Esos son los originales. Y aunque te ha dicho que no había copias, te mintió. Había varias de ellas, las cuales ya me he encargado de que sean destruidas

—Isabella, no sé qué decir. Si no he entendido mal, todo esto que ha sucedido ha sido una mera venganza contra tu padre. Sin embargo, no tuviste en cuenta que me joderías la vida. Y ahora has querido remediarlo falsificando documentos, organizando un paripé de mil demonios y huyendo como cobardes hacia no sé dónde y todo para... ¿salvarme? ¿Me equivoco?

—Más o menos es así —responde tan fresca.

—¿Y no te has parado a pensar que los matones de tu padre pueden estar buscándonos por cualquier lugar?

—Sí, y no hay que preocuparse por ellos, porque les he dado una buena cantidad de dinero por su silencio. Si mi padre se entera de que lo han traicionado son hombres muertos. No dirán nada de nuestro paradero. Te lo aseguro.

—Joder, podríais habérmelo dicho antes. Y me hubiese ahorrado toda esta angustia. Entonces, ¿sigo soltero?

—Sí, de momento lo estás.

Reparo por un momento en Francesco, y le tiendo la mano.

—Gracias por ayudarnos. No eres la persona que Marco me hizo creer.

—Amo a Isabella y por ella estaría dispuesto a morir —responde Francesco.

—Sé lo que se siente cuando amas a una persona con tanta intensidad. —Mientras digo esto me acerco un poco más a Diana y ahora soy yo quien la besa sin importarme quién nos esté mirando. Cuando terminamos de besarnos caigo en la cuenta de que Marco puede tomar represalias contra mi familia.

—Isabella, tenemos que volver. Debo poner a salvo a mi familia. Tu padre puede cargar contra ellos y eso sí que no me lo perdonaría jamás.

—Cálmate. Tu familia estará bien. El que no lo va a estar será Marco, porque sus propios secuaces lo van a tener retenido de momento hasta que yo les indique todo lo contrario. Ahora soy yo quien tiene el poder. Se acabó el obedecer sus órdenes y el estar acojonada todo el tiempo.

—Joder, caramelito. Ahora entiendo por qué te llaman Maléfica —le digo sin ser muy consciente de lo que acabo de soltar.

—¿Cómo dices? —pregunta extrañada y yo no sé qué decir.

—Nada, no le hagas caso. Creo que no sabe muy bien lo que dice. Son muchas noticias juntas de golpe —responde Diana sonriendo sin parar.

—Sí, eso creo. —Isabella se marcha hacia el lado de Francesco.

Nos acomodamos en nuestros asientos para disfrutar del que creo que va a ser un viaje inolvidable.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



No puedo estar más atacada. Estoy temblando dentro del coche nupcial. A mi lado se encuentra Francesco, y por lo que observo, él tampoco está tranquilo. Nos estamos jugando nuestra felicidad. Cuando se presentó Maléfica en casa, «por cierto Diana, debes de dejar de llamarla así», explicándome su plan, no supe muy bien cómo reaccionar, pero por él merecía la pena intentarlo. En estas semanas que no he visto a Ángel lo he pasado francamente mal. Lo amo tanto que sería capaz de hacer cualquier cosa por él. De hecho, es lo que estoy haciendo en este preciso momento. Menos mal que le expliqué toda la situación a Miguel y gracias a él he podido seguir el plan con más fuerza que nunca. Vuelvo a mirar a mi compañero. Sigue nervioso. No para de frotarse las manos. Le sonrío para transmitirle un poco de tranquilidad. Esa que a mí ahora mismo no tengo.

—Francesco, todo saldrá bien. Ya falta menos para que la celebración termine y podremos descansar por lo menos durante unos días. A la vuelta, ya pensaremos en cómo seguir disfrutando de ellos.

—Diana, sin tu ayuda esto no sería posible. Espero que todo salga como lo hemos planeado.

—Confiamos en que sí. En nada de tiempo los veremos entrar por esta misma puerta. —Mientras estoy acabando de decir esto mi teléfono suena. Es un mensaje de Miguel diciéndome que los supuestamente recién casados ya vienen hacia nosotros.

—Ya están aquí. —Me pongo más nerviosa aún, si cabe. Nos reajustamos nuestras gorras tapando un poco más la parte de los ojos para que mi amado no nos reconozca hasta llegar al aeropuerto. Hemos conseguido un par de trajes de conductores de limusina que Iván ha confeccionado para nosotros, para que todo sea aún más realista. La verdad es que ha hecho un gran trabajo.

Salgo de mis pensamientos cuando de repente escucho a Francesco saludar y felicitar a la pareja. Isabella le dice que se apresure, y sin más nos ponemos en marcha.

Ángel comienza a hacer preguntas. Isabella le pide que confíe en ella y que se calme. Por el espejo retrovisor puedo ver cómo mi amado se ha fijado en mí. Me doy cuenta de ello y procuro que no me reconozca. De momento no debe hacerlo. Por fin, llegamos al aeropuerto. Estamos descargando las maletas y soy descubierta por Ángel en el momento que alzo la vista para mirarlo y entregarle su equipaje. Se sorprende mucho al verme y le digo que suba al avión para explicárselo todo. Isabella también lo hace, y sin rechistar obedece. Una vez que todos hemos entrado, se pone más nervioso aún porque también ha identificado a Francesco. Esa situación lo altera demasiado y no me queda otra que acercarme a él y besarlo. Cuando ya veo que lo tengo un poco calmado, o más bien desorientado, se ruboriza porque lo he besado delante de la que cree que es su esposa. Le explico que el cura que los ha casado no lo es en realidad, pero no me ha entendido. Así que es Isabella quien comienza a explicarle todo lo ocurrido. En varias ocasiones mi amor se enfada por todo lo que está escuchando. Incluso ha hecho un amago de levantarse de su asiento por lo alterado que se ha puesto. Menos mal que lo he podido tranquilizar. He tenido que interactuar en algunos momentos de la conversación y la verdad, me ha resultado más fácil de lo que creía. Cuando hemos terminado de contarle todo, le ha estrechado la mano al que se suponía que era su enemigo y han aclarado todas sus diferencias. Ahora estoy abrazada plácidamente a él, disfrutando plenamente de su compañía. No para de mirarme.

—Si sigues mirándome así vas a gastarme.

—Es que te miro y compruebo que eres todo lo que necesito. Déjame que lo haga. Llevo muchos días sin hacerlo y tengo que recuperar el tiempo perdido.

—Ahora lo tenemos. Vamos a disfrutar de este regalo que aún no he consumido.

—¿De verdad no has disfrutado de tu regalo de cumpleaños?

—No. Y eso no es todo. Lo he alargado un poco más para que estemos el mayor tiempo posible juntos. Isabella y Francesco harán su particular viaje y en unos días volveremos a vernos para regresar y enfrentarnos a la dura realidad. Es decir, a Marco Torchia.

—Diana, no quiero escuchar ese nombre por lo menos hasta que volvamos.

—Esa es una idea estupenda. —Y al terminar me da un beso del que disfruto a tope.

Antes de aterrizar, Isabella me pide un rato a solas con Ángel para poder hablar con él. Le pide perdón de nuevo y le ruega que no le guarde rencor. Ángel le contesta que después de haber hablado conmigo y entender toda la situación no se lo guardará y que espera que pueda ser feliz con su amado.

—Gracias, *amore*. —Escucho responder a Isabella. Y se marcha de nuevo junto a su italiano.

Entre arrumacos y besos hemos llegado a París. Nos despedimos hasta dentro de dos semanas, que es lo que durará nuestro viaje.

—Cogemos un taxi y llegamos al Mayfair de París. Es el mismo que Ángel había reservado. No he cambiado nada de lo que el planeó. Entramos, y en recepción nos entregan la llave de la habitación. Dejamos las maletas y lo primero que hace es lanzarme sobre la cama.

—¿Qué haces? —pregunto divertida.

—Voy a hacerte el amor como si nunca te lo hubiese hecho —me responde muy picarón mientras se va deshaciendo de su ropa.

Me dejo llevar por sus ansias, ya que yo también deseo que haga conmigo todo lo que se le ocurra para darnos placer. Comienza con un reguero de besos que va desde mi cuello hasta llegar a mis pechos. Se para un momento y juguetea con ellos. Ardo de amor y de placer. Cada caricia que siento está mimada como nunca. Se dedica a besar cada parte de mi cuerpo reteniendo en su memoria cada centímetro por el que pasa. Toca mi lunar de la cadera izquierda, ese que tanto le gusta. Siento cómo su erección aumenta por segundos y con la mirada le suplico que no me haga sufrir más. Me penetra suavemente para que lo sienta al máximo. Recibo sus envites con pasión. Arqueo la espalda para sentir su contacto de nuevo, lo que le provoca bastante placer. Repito varias veces ese gesto y siento cómo poco a poco se vuelve loco de amor. Llevábamos mucho tiempo sin tocarnos y nuestros cuerpos se echaban de menos. Vuelvo a abrir los ojos y le pido que terminemos juntos. No hace falta decir nada más. En un santiamén se pone un preservativo y llegamos juntos al clímax, dándonos toda la pasión y el amor que necesitábamos. Después de una placentera ducha, nos arreglamos y decidimos ir a dar un paseo por la torre Eiffel. Estoy encantada de sentir el aire fresco desde lo más alto del monumento y que Ángel me abrace para que no pase frío. Vivo algo tan increíble que parece que estoy soñando. Volvemos a besarnos para no olvidar cuánto nos queremos.

—Diana —pronuncia mi nombre suavemente, provocándome un gran escalofrío.

—¿Sí? Dime, Ángel.

—Te quiero.

Muda. Ese es mi estado. Es cierto que me ha demostrado y dicho muchas veces lo que sentía por mí, pero no así de esta manera. Aún recuerdo cómo me obligó a decirle que lo quería el día de mi cumpleaños. Sonríe al recordar dicha escena.

—Ángel, yo...

—No hace falta que digas nada.

—Ángel, te quiero. Siempre te he querido y querré. Hemos pasado por situaciones muy difíciles y el estar contigo aquí y ahora... ¡Dios! ¡No te quiero! ¡Te amo!

Le miro a los ojos y puedo notar cómo dos lágrimas recorren su perfecto rostro. ¿Perdona? ¿Qué he dicho?

—¿Te encuentras bien? —pregunto preocupada.

—Me siento más que bien. Llevo mucho tiempo esperando escuchar esas dos palabras por tu boca

sin que tenga que obligarte a ello. Por fin has reconocido que nos amamos. Porque sabes que yo también te amo. Y espero que esto dure siempre. —Sellamos esas palabras con un gran beso el cual interrumpen un grupo de adolescentes que se atreven a aplaudirnos, ya que han escuchado parte de nuestra conversación. Dichosas hormonas.

Como dos enamorados agarrados de la mano, bajamos de la torre y nos disponemos a buscar un lugar para comer. Encontramos un pequeño restaurante donde nos sirven un riquísimo almuerzo. Terminamos, y decidimos volver al hotel. Descansamos un rato y después de echar una buena siesta hablamos durante toda la tarde. No nos hemos dado cuenta de lo rápido que ha pasado el día. Le pido a Ángel que nos quedemos en la habitación y este me da el capricho. Nos traen la cena y disfrutamos de ella junto al gran ventanal del que dispone la estancia. Agotados, nos vamos a la cama para descansar después de un duro día.

A la mañana siguiente, soy la primera en despertar. Observo la cara de tranquilidad que mi amado tiene mientras duerme. Es tan guapo... Se le ve feliz, aunque sé que sigue preocupado por lo que pueda pasar a nuestro regreso. No puedo dejar de pensar en ello. Sin embargo, debo hacerlo para que este viaje no nos lo estropee nada ni nadie.

Los días han pasado volando. Y es que cuando estás con la persona que amas el tiempo pasa más deprisa. Como cada mañana memorizo el rostro dormido de Ángel. Hemos visitado gran parte de la ciudad, incluso el parque Disney. Ha sido como volver a mi infancia. Desde el minuto uno no ha quedado rincón libre en el que no nos hayamos hecho una foto abrazados, besándonos, riéndonos el uno con el otro, comiendo... Y por supuesto, no podía faltar la típica foto con Mickey Mouse. Aunque para ello hemos tenido que esperar un buen rato en la cola. Aún metidos en la cama, repaso mentalmente lo que tenemos planeado para nuestro último día en la ciudad del amor.

En la mañana de hoy visitaremos Los Campos Elíseos, El Museo del Louvre y para finalizar el día, asistiremos al espectáculo del teatro Moulin Rouge. Tengo una extraña sensación. Hoy me he levantado con el estómago revuelto. Deben de ser los nervios del fin del viaje o que me haya sentado algo mal. Tengo unas ganas terribles de vomitar. Me dirijo rápidamente al baño y echo hasta la primera papilla que tomé. Ángel me escucha y de momento se preocupa por mí.

—Diana, cariño, ¿te encuentras bien?

—No entres, por favor, enseguida salgo. —Me limpio la boca y lavo los dientes. Seguidamente, abro la puerta del baño y me encuentro a un Ángel muy preocupado.

—¿Qué te ocurre? Estás muy pálida.

—No te preocupes, mi vida, estoy bien. En estas dos semanas no hemos parado de entrar y salir. Puede ser que esté agotada. O también que algo de lo que haya comido no me haya caído bien. Dame unos minutos y estaré como nueva. Tenemos que despedirnos como es debido de esta preciosa habitación. —Lo miro con cara lasciva y me sonrío por ello. Pasamos el día muy tranquilo, ya que mi cuerpo no ha permitido hacer ninguna otra cosa. Qué mala suerte, el último día y he tenido que ponerme mala. En fin, espero que se pase pronto este malestar. La noche ha llegado y, con ella, el momento de disfrutar de nuestras últimas horas en París. Estamos en el gran teatro y nos ofrecen una función maravillosa acompañada de una succulenta cena que, por increíble que parezca, de momento me ha sentado muy bien. Espero que siga así durante toda la noche. De vuelta al hotel, ya de nuevo en la habitación, recibimos un mensaje de Isabella indicándonos la hora a la que debemos estar en el aeropuerto para coger el vuelo que nos llevará de vuelta a casa. Suelto el móvil en la mesita de noche y, al girarme, me encuentro con un cuerpo semidesnudo y esos ojos azules que tanto me gusta mirar. Me lanzo sobre él y comienzo a besarlo sin parar. Él acepta gustoso mis besos y da comienzo a la gran despedida de nuestro viaje. A la mañana siguiente, nos despertamos muy temprano y vuelven las ganas de vomitar.

—Diana, deberíamos visitar un médico antes de irnos.

—No seas exagerado. En cuanto lleguemos a España lo haré. Hemos quedado en un par de horas con Isabella y Francesco, y ya sabes lo nerviosa que se pone Maléfica con la impuntualidad. —Miro a

Ángel y le digo: —Lo sé, tengo que dejar de llamarla así. —Comenzamos a reír y nos dirigimos con nuestras maletas hacia la recepción para entregar la llave. Una vez todo en regla, desayunamos en la misma cafetería del hotel y, a continuación, nos ponemos en marcha hacia el aeropuerto. No tardamos en llegar y ya están esperándonos la parejita italiana. Se ven muy felices y acaramelados. Al igual que nosotros.

—Buenos días —saludamos nada más llegar a su encuentro.

—*Buongiorno* —contestan los dos a la vez.

Terminados los saludos, nos disponemos a subir de nuevo al avión. Durante el viaje, Isabella y yo nos contamos cómo lo hemos pasado, y descubro que no es esa mujer tan fría y calculadora como ha hecho ver en más de una ocasión. Hablamos sobre cómo debemos comportarnos a la llegada y acordamos hacerlo de la mejor manera posible. Ya no hay que disimular delante de nadie. Daremos rienda suelta a nuestros sentimientos sin que nadie nos cohíba.

—Isabella, ¿sabes algo de tu padre?—Pregunto con cautela.

—Sí. Está que echa humo porque lo tengo secuestrado en una pequeña casa a las afueras de Málaga. Ha jurado matarme en el momento que me vea. En cuanto llegemos a España me presentaré allí y le plantaré cara de una vez por todas.

—Yo iré contigo —le dice Ángel muy seguro de sí mismo.

—Ni hablar, esto es cosa mía y no pienso volver a poner en peligro tu vida. No me lo perdonaría jamás —responde Isabella un poco alterada.

—Si Ángel va, yo también iré. —Se une Francesco.

—Pues si vais todos, no seré yo quien se quede fuera. Así que no te queda elección. Nos enfrentaremos los cuatro ya que por un motivo u otro a todos nos ha jodido. —Termino diciendo.

—Chicos, no sé qué decir. Estoy muy agradecida. —Comienza a llorar, me acerco a ella y la abrazo. Ella recibe mi abrazo y al poco tiempo se calma. Pasado un tiempo, llegamos a España y, con tanta emoción, antes de bajar del jet tengo que salir apresuradamente hacia el baño para volver a vomitar.

Isabella me observa y saca su mejor sonrisa. Esa que en muy pocas ocasiones he podido ver.

—¿Por qué te ríes? —le pregunto un pelín molesta.

—¿Desde cuándo llevas así?

—Así cómo.

—Con esos vómitos.

—Desde hace unos días. Ha debido sentarme algo mal en París, porque cada mañana me levanto de igual manera. Luego se me pasa. En cuanto llegue a casa pediré cita con mi médico de cabecera.

—O mejor pide cita a tu ginecólogo —dice sonriendo aún más.

—¿Qué? ¿Cómo? —pregunto muy sorprendida.

—¿Cuándo fue la última vez que te bajó la regla?

Al preguntarme eso me quedo pensativa. Miro en la aplicación del móvil y es cuando me doy cuenta de que... ¡No me ha bajado este mes!

—Según esto... —Le enseño la pantalla del teléfono y puede ver que tengo un retraso de tres semanas—. Debería de haberme venido mucho antes del viaje, pero con tanto estrés no he reparado en ello. Pero ahora que lo pienso... —Hago una pausa. Y caigo en la cuenta del día en que Ángel y yo...

—Diana, por el amor de Dios. Te va a dar algo. Háblame.

—Isabella, yo... No sé cómo decirte esto pero... ¿Recuerdas días después de que Anselmo llegó del hospital, y que yo supuestamente fui a visitarlo..., tú estuviste llamando a Ángel por toda la casa y no lo encontrabas?

—Sí, lo recuerdo. Ese día te vi salir de la casa y cómo él corría detrás de ti.

—Ángel y yo estábamos escondidos en la sala del piano. Acabábamos de...

—Ya, ya no hace falta que me expliques más —responde sofocada.

—Si no recuerdo mal, en el momento que lo llamabas tuvimos que salir corriendo para que no nos

vieras y mucho me temo que no pusimos ninguna protección. No sé si me entiendes.

—Diana, te entiendo perfectamente. Sois unos inconscientes. ¿Ángel lo sabe?

—Me temo que quiso avisarme y yo no le hice mucho caso. Hablaré con él en cuanto salga de dudas. Aunque, analizando la situación..., la respuesta está clara. Pero prefiero que un profesional me lo confirme.

Subimos al coche, y en poco tiempo llegamos a casa. Ángel me pide que pase la noche con él pero declino su oferta, ya que debo organizar mi casa y pasarme por la de mis padres. Además, no quiero que se entere de que mañana mismo iré a hacerle una visita al doctor Bravo.

—Mi vida, tengo que ir a ver a mis padres y explicarles muchas cosas aún. También necesito ver a Iván y que me ponga al día sobre la clínica...

—Llevas razón, mi amor. Te echaré de menos. —Me pone pucheros como si de un bebé se tratase.

—Y yo a ti, cariño.

Y como si me arrancara el alma, me despido de él hasta el día siguiente.

CAPÍTULO VEINTICINCO



Son las siete de la mañana. Me levanto de la cama y sin poder remediarlo tengo que ir al baño a echar de nuevo lo que tenga en el estómago. ¿Y si me confirman que estoy embarazada? ¿Qué hago yo con un bebé? ¿Estoy preparada para ser madre? ¿Sabré hacerlo? ¡Ay, Dios mío! ¿Qué dirá Ángel? ¿Será un buen padre? Sí, de eso no me cabe duda. No nos ha dado tiempo de hablar de ese tema. Espero que si el resultado es positivo sepamos llevarlo de la mejor manera posible. Por un lado, me encantaría que tengamos un hijo fruto de nuestro amor, pero por otro, estoy realmente cagada de miedo por lo que pueda pasar en un futuro. No voy a adelantarme a los acontecimientos y esperaré mi cita médica.

Anoche, antes de irme a la cama y después de hablar con mi madre, Iván y mis locas amigas, pedí cita desde la aplicación del móvil. No les he dicho nada aún hasta que el doctor Bravo me lo confirme. Tengo que estar a las nueve de la mañana. Me doy una ducha y rápidamente me preparo para desayunar con Iván. Aunque pensándolo mejor, le escribiré y le diré que nos veremos más tarde. Es una suerte que Rocío esté ayudando en la clínica con los masajes. Es una mujer estupenda. Ha aprendido muy rápido cómo funciona el negocio y ayuda a Iván en todo lo que puede. Gracias a ellos he podido tomarme este descanso que tanto necesitaba. Ya estoy preparada para salir. Me apresuro en bajar por el ascensor y aprovecho para buscar las llaves del coche. Llego hasta mi plaza de aparcamiento, subo en el coche y salgo a toda prisa. Entre unas cosas y otras me he entretenido demasiado y voy con la hora justa. Tengo suerte y encuentro aparcamiento muy cerca del ambulatorio. Subo hasta la planta donde se encuentra la consulta y me siento en la sala de espera a que llegue mi turno.

Al cabo de un rato sale el médico y me nombra. Es mi turno. Entro en la consulta y le cuento al doctor mis sospechas. Me da un bote para que haga pis y que lo entregue en la sala de curas, para que lo analicen. Así lo hago y vuelvo a esperar hasta que la enfermera me da un papel con el resultado y en el que leo: «Positivo». Creo que me estoy mareando. Miro a la mujer y me dice:

—¿Estás bien?

—Sí, pero ¿podría decirme qué pone aquí, por favor?

La amable enfermera me mira y a punto de soltar una carcajada confirma que estoy embarazada. ¡Por la Virgen del Carmen! ¡Voy a ser mamá! Vuelvo a la consulta con el resultado del análisis y el doctor Bravo empieza a darme una infinidad de papeles para pedir cita con la matrona y en ginecología, una receta de ácido fólico, yodo, e incluso unas pastillas para no vomitar. ¡Madre del amor hermoso! ¡La que hemos liado! ¡Si en vez de traer un niño al mundo parece que estoy pidiendo una hipoteca! Salgo de la consulta como en una nube. Inconscientemente toco mi tripa. Es increíble la sensación que tengo. Desde hace unos segundos. Enterarme de que una vida está creciendo en mi interior y ya siento que la voy a proteger hasta que me quede sin aliento. Tengo que decírselo a Ángel, pero quiero hacerlo de una manera especial. Voy hacia mi coche sin parar de llorar por tanta emoción. Por el camino llamo a mi madre y le cuento que va a ser abuela. Ella estalla de alegría y rápidamente se lo cuenta a mi padre. Le prometo que en un rato iré a verlos y lo celebraremos. Seguidamente, marco el número de Isabella, pero no lo coge. Supongo que la he pillado ocupada y que en cuanto vea mi llamada me llamará. Llego a casa y cuando aparco de nuevo salgo corriendo para la clínica. Me muero de ganas por contarles a Iván y Rocío que van a ser titos.

—¡Hola! —digo llena de júbilo saludando a Rocío.

—Hola, Diana, ¡qué alegría verte por aquí! ¿Qué tal estás?

—Muy bien. ¿Dónde está Iván? —pregunto ansiosa.

—Acaba de terminar con un cliente y estaba lavándose las manos.

—Ya estoy aquí. ¡Oh, *my darling!* —grita emocionado y me abraza tan fuerte que casi llega a hacerme daño.

—¡Suéltame un poquito, por favor! Tengo que contaros una gran noticia. —Los dos me miran expectantes. Hago una breve pausa.

—¿Quieres soltarlo de un maldita vez? —Se impacienta mi amigo.

—¿O quieres que te torturemos? —sigue diciendo Rocío.

—¿En serio? ¿Seríais capaz de martirizar a una embarazada? —Cuando son conscientes de lo que acabo de decir, se lanzan sobre mí a besuquearme sin parar. Los tres nos abrazamos y no puedo evitar que las lágrimas salgan de nuevo. Al cerrar la clínica vamos juntos a tomar algo al bar de Kiko, y entre risas y confidencias, llega el momento de despedirnos porque ellos tienen que volver al trabajo. Quedo con Iván en que cuando termine el turno de la tarde lo llamaré y hablaremos más tranquilamente.

Por el camino de vuelta a casa, llamo a Miguel.

—¡Hola, guapo! —le digo muy feliz.

—Hola, preciosa. ¿Es mi sensación o estás más feliz de lo normal?

—No, no es tu sensación. Tengo algo muy importante que contarte.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —me pregunta nervioso.

—Estoy perfectamente. Hubiese querido decírtelo en persona pero... ¡no me aguanto! ¡Tengo que decírtelo ya!

—Diana, me estás asustando. —Rompo en carcajadas cuando lo escucho decir eso y él, sin saber por qué, comienza a reír conmigo.

—Estoy embarazada —suelto del tirón, y se le corta la risa de golpe.

—¿Puedes repetir lo que has dicho? Creo que no he entendido bien.

—Estoy embarazada —repito.

Se hace un breve silencio, y de repente...

—¡Voy a ser tío! —grita eufórico—. ¡Qué calladito se lo tenía el capullo de mi hermano! Cuando lo vea se va a enterar de lo que es bueno.

—¡No! No le digas nada. Él no sabe nada aún. Quiero darle una sorpresa esta noche.

—Joder, sí que se va a sorprender. Está bien, preciosa. No le diré nada aunque muera de ganas. Y cambiando de tema. Ángel me ha contado lo que pensáis hacer con Isabella, y sabiendo lo que sé no creo que debas acudir con ellos. Ahora tienes que pensar en tu bebé.

—Miguel, no me va a pasar nada. Simplemente pondremos en su lugar al cabrón ese y nada más.

—Diana, no voy a permitir que pongas en peligro la vida de mi futuro sobrino y mucho menos la tuya. Sabes lo mucho que te quiero y no podría soportar que te pasara algo.

—Escúchame bien. No quiero discutir. Esta misma noche se lo diré a Ángel y hablaremos sobre ese tema. Tranquilo. Yo soy la primera que no quiero que nos pase nada.

—Perdóname. No debí hablarte así. Eres muy importante para mí y no quisiera que pasase ninguna desgracia. Disfruta mucho esta noche y ya me contarás qué cara ha puesto mi hermano cuando le des la gran noticia. Pagaría por verle el careto que pondrá.

—Gracias. Discúlpame tú a mí también. Nos vemos pronto. Un beso.

Cuelgo con sentimientos contradictorios. Estoy feliz porque Miguel se ha alegrado mucho de la noticia. Pero también estoy un poco enfadada porque no me ha gustado cómo me ha hablado. Voy a llamar a Ángel para quedar con él.

—Hola, mi amor —me responde cariñosamente.

—Hola, mi vida. —Lo hago de igual forma.

—No hagas planes para esta noche. Te invito a cenar en mi casa. Tengo algo importante que decirte y me gustaría hacerlo a solas.

—Diana, no me asustes. ¿Todo bien entre nosotros?

—Más que bien. O eso espero. Tranquilo. Cuando llegues a mi casa saldrás de dudas. Te espero a las nueve en mi piso. Hasta entonces te echaré muchísimo de menos. Te quiero.

—Y yo a ti, preciosa. Nos vemos a la noche. —Termino de hablar con él y hago otro intento de llamada al número de Isabella. En esta ocasión tampoco me responde.

El tiempo pasa volando y he pasado gran parte de la tarde cocinando algo especial para la cena. He hecho unos pimientos del piquillo rellenos con bacalao. Como plato principal he preparado un solomillo al horno con salsa de mostaza, y para el postre una tarta de tres chocolates. Menos mal que tengo el robot de cocina que si no... ¡Qué sería de mí!

Faltan cinco minutos para las nueve, y compruebo que mi sorpresa esté bien preparada. He metido en una cajita dos patucos blancos junto con el resultado de la analítica. Se lo daré antes del postre. Muero por ver cómo reaccionará. En pocos segundos escucho el portero automático. Me doy prisa en abrir sin preguntar quién es y ahora soy yo quien frente al espejo retoco mi cara y mi atuendo. Quiero que esta noche sea perfecta. «Ya está aquí», me digo a mí misma cuando escucho llegar al ascensor. Sin dejar que toque al timbre abro la puerta y me lanzo a sus brazos.

—¡Dios! ¡Cuánto te he echado de menos! —le digo mientras no paro de besarlo.

—Joder, nena, quiero que siempre me recibas así. Yo también moría por verte. Creo que voy a pasar de cenar, y empezar directamente por el postre. —Comienzo a reír por su ocurrencia y lo dirijo hacia la mesa.

—El postre tendrá que esperar un poco más. Ahora quiero que cenemos y hablar de nosotros. —Apenas hemos comido, porque en vez de comernos mi riquísimo menú, nos hemos dedicado más bien a jugar con la comida. En el momento que he puesto el postre en la mesa, observa que al lado de este hay un pequeño regalo.

—¿Y esta caja? ¿Es para mí? —pregunta curioso.

—Sí, ábrela —le contesto nerviosa. Comienza a quitarle la tapa y de repente oímos cómo golpean fuertemente la puerta de mi casa.

—¿Pero qué coño pasa? —exclama Ángel dejando medio abierta la cajita sobre la mesa. Se acerca hacia la entrada furioso y yo asustada lo acompaño.

—No. Quédate en el salón —me dice con voz autoritaria. Al abrir para ver quién es el que está aporreando la puerta sin parar nos quedamos de piedra al ver a Francesco muy nervioso.

—¿Francesco? ¿Qué haces aquí a estas horas y en este estado? —Le exige Ángel para que le dé una explicación.

—Lo siento. Perdonadme pero yo... Isabella... —Comienza a balbucear.

—¡Qué le pasa a Isabella! —Ahora soy yo quien subiendo el tono de voz le insta a que siga hablando.

—Isabella se ha ido sola en busca de su padre. Ha pedido a sus matones que la dejen con él para que no haya testigos de lo que pueda suceder allí. Había quedado con ella para ir a cenar y ha mandado un mensaje en el que me pedía perdón por el plantón. También, que si no volvía con vida que no me olvidase de ella jamás. Ángel, tienes que ayudarme a encontrarla. Es capaz de cometer una locura. Si le pasa algo yo no quiero seguir viviendo. Sé que a Marco lo tenía encerrado en las afueras de Málaga pero nada más.

—Yo sé dónde se encuentra —les digo a los dos—. Mientras volvíamos de París, Isabella me comentó que tenía una casa a la que llamó La piccola Italia. Creo recordar por donde está.

—¡Vamos para allá! —Nos apremia el italiano. En ese momento me viene a la mente la conversación que mantuve con Miguel esta tarde. Pero Isabella está en peligro y debemos ayudarla.

—Cariño —comienza diciendo Ángel—. Siento mucho dejar la cena. Te prometo que cuando volvamos la terminaremos a lo grande. Te aseguro que me muero de curiosidad por ver qué hay en esa caja.

—Mi vida. No te preocupes, primero debemos encontrar a Isabella y después ya vendrá lo que tenga venir.

—Eres la mejor del mundo, preciosa. Te amo.

—*Bambini*, perdonad que os interrumpa tal bella escena romántica pero mi amor está en peligro.

—Francesco se impacienta y le pedimos perdón.

Los tres salimos rápidamente y ponemos rumbo hacia la casa donde supuestamente encontraremos a Isabella con su padre. Mientras les doy las indicaciones, Ángel se encarga de avisar a Miguel y le ordena que llame a la policía. Le da la dirección y le cuelga.

El camino se está haciendo eterno pero por fin hemos llegado al lugar indicado.

Bajamos del coche y lo primero que escuchamos son unos gritos seguidos de disparos. Rápidamente nos dirigimos hacia la casa, pero antes de llegar a la entrada, podemos apreciar el rugido de un motor salir a toda prisa conducido por el matón de Marco Torchia. En la parte trasera podemos ver con claridad cómo Isabella está siendo apuntada con una pistola por su padre. Comienzo a gritar para que volvamos al vehículo y seguirles allá donde vaya con mi amiga. Sí, desde aquel día que estuvimos charlando en mi casa, la considero mi amiga.

—Vamos, conduce más deprisa, por favor —le ruego a Francesco que es quien ha subido a la parte del conductor. Ángel me abraza para tranquilizarme.

—Diana, cariño, no te preocupes. Los alcanzaremos.

—Ángel, tengo miedo. No quiero que le pase nada a Isabella.

—¿Ya no la llamas Maléfica? —me pregunta con la sonrisa de medio lado para quitarle hierro al asunto.

—Mi amor, no estoy para bromas. Y no. No la llamo así ya —le respondo de la misma manera.

Vamos cagando leches y vemos cómo el coche que tiene secuestrada a Isabella gira bruscamente hacia un polígono industrial. Aparentemente no hay nadie. De pronto, frena en seco y nos quedamos muy cerca de chocar con un poste de la luz que hay próximo de donde hemos parado. Menos mal que Francesco tiene buenos reflejos y ha sabido manejar la situación. Inconscientemente, pongo las manos en mi barriga y Ángel me pregunta por ello.

—¿Te has hecho daño?

—No. No pasa nada. Son solo nervios. Vamos a bajarnos.

—¡Esperad! No lo hagáis aún. Lo haré yo solo. Mientras entretengo a Marco vosotros iréis a por Isabella. En ese momento, vemos cómo bajan los tres y Marco arrastra de los pelos a su hija mientras fríamente se gira y dispara a su chófer ocasionándole la muerte.

Francesco, sin dejar que le demos réplica, se baja del vehículo hacia donde está el traficante con su hija. Ahora la tiene sujeta por el cuello, atada de manos y apuntándola con su arma.

Lo estamos viendo todo desde el interior del coche. No puedo aguantar esta situación y salgo del turismo sin que a Ángel le dé tiempo de retenerme.

—¡Diana, no! ¡Vuelve aquí inmediatamente!

—Lo siento, mi amor, pero necesitan mi ayuda.

—¡Espera! ¡No vayas ahí o te matará! —grita desesperado. Sin pensarlo sale detrás de mí.

En cuestión de segundos aparecen varias patrullas de la policía nacional que, gracias a la llamada de Miguel y a la colaboración de Fabio, han logrado encontrarnos.

—¡Marco! ¡Le habla en inspector Fabio De Luca! ¡Entréguenos a su hija y no le pasará nada! —El policía intenta negociar con él.

—¡Jamás! ¡Antes la mato! —grita muy exaltado apretando cada vez más fuerte la garganta de Isabella.

No paro de llorar. Isabella se está poniendo morada. No la deja respirar.

—¡Por favor, hagan algo! ¡No puede respirar! ¡La está matando y nadie hace nada para impedirlo!

Francesco, ni corto ni perezoso, sale corriendo hacia su novia sin pensar en las consecuencias que pueda acarrear. Me pongo histérica y lo único que se me ocurre es agarrarme la tripa y seguirle. Todos comienzan a gritarnos, pero hacemos caso omiso a sus exigencias. Uno de los agentes nos persigue, pero por orden de su superior deja de hacerlo. Eso podría empeorar las cosas si Marco

llegase a verlo. Isabella nos observa desde la distancia y sin saber de dónde ha sacado las fuerzas se gira pudiendo soltarse de las garras de su malhechor. Le da una buena patada en el estómago obligándolo a soltarla para poder escapar. Me apresuro en llegar hasta ella para socorrerla porque en el intento de salir huyendo se ha caído al suelo. Con las manos atadas y sin apenas poder respirar es difícil que lo consiga.

—Isabella. Háblame. Tranquila —le ruego que lo haga. Seguidamente aparece Francesco. Consigo levantarla y le insto a que coja a su amada y se la lleve. Al ponernos de pie, Marco me pilla desprevenida y me asesta un puñetazo en la tripa. ¡Dios mío, no! ¡Mi bebé! Comienzo a llorar por él.

—¡No te metas, puta! —Enfurecido, vuelve a darme otro golpe. No puedo más y me dejo caer al suelo. Me retuerzo de dolor. Como si estuviera en un sueño, escucho disparos y a Miguel gritarle a su hermano mientras corren en mi ayuda.

—¡Ángel! ¡Qué coño hace Diana aquí en su estado!

—¿De qué coño me estás hablando?

—¿No te lo ha dicho aún?

—Decirme, ¿el qué?

—¡Joder! ¡Está embarazada!

Ángel, al escuchar a su hermano, ata cabos y cuando logran llegar hasta mí, Marco me ha obligado a levantarme y es a mí a quien tiene agarrada. Ángel se lanza sobre él liberándome de sus brazos. Comienzan un forcejeo en el que Miguel se une a ellos. No puedo parar de llorar. Un sanitario sale en mi busca. Se acerca a mí para atenderme. Cuando me dirige en contra de mi voluntad hacia la ambulancia escucho de nuevo disparos. Hago un amago de volver hacia donde están dos de los hombres más importantes de mi vida, pero ni el médico ni la policía me dejan hacerlo.

—¡Suélteme! —Cuando me doy la vuelta veo algo terrible. Ángel se encuentra tirado en el suelo. Marco le ha disparado en el pecho. Está sangrando. Empujo fuertemente al sanitario y voy hacia él.

—¡Qué le has hecho, hijo de la gran puta!

—¡Matarlo! Es lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo. Muerto el perro se acabó la rabia.

—¡Nooooo! —Lloro sin parar a su lado.

Isabella, bastante recuperada y con todo el dolor de su corazón, logra deshacerse de los brazos de su amado italiano y de nuevo con una fuerza de voluntad increíble sale en mi busca. Cuando creo que viene a mi encuentro, no lo hace. Isabella saca de su bota otra pistola. Sin que le tiemble el pulso apunta hacia su padre y...

—Hasta aquí hemos llegado. *Addio*, cabrón. —Con una seguridad y precisión perfectas, aprieta el gatillo bajo la atenta mirada de todos los presentes y en especial la mía; le da justo en el corazón. Marco cae abatido perdiendo la vida en ese mismo instante.

Estoy presionando la herida del amor de mi vida. No sé si conseguirá salir de esta, pero si no lo hace yo no quiero seguir viviendo. La ambulancia se acerca rápidamente hacia nosotros. Subimos en ella y sin parar de llorar mientras Ángel lucha por su vida, me acerco a él y le digo:

—Mi amor, no te mueras. Tenemos que criar a este bebé que llevo dentro juntos. No me hagas esto, por favor.

Creo haber visto una sonrisa. Hace un vano intento de abrir los ojos pero no lo consigue. Vamos a gran velocidad hasta el hospital. Me he negado a ir en otra ambulancia. He prometido que en cuanto lleguemos me dejaré atender por los médicos. A escasos metros del sanatorio, Ángel deja de respirar y todos nos ponemos muy nerviosos. El encefalograma está plano. Ángel no reacciona. Comienzan a hacerle la reanimación cardiopulmonar. El disparo está en el costado. No sabemos el daño que ha causado y las consecuencias que acarreará en el caso que sobreviva.

—¡Carga a trescientos! ¡Lo perdemos! —Es lo último que escucho antes de caer redonda al suelo y perder el conocimiento.

Han pasado dos meses desde el altercado y se me hace extraño no tener a Ángel a mi lado. No consigo despertarme cada mañana y no poder hablar con él. Han sido las peores Navidades de mi vida. Ya se me nota un poco la barriga. Miguel viene todos los días a verme y me desahogo con él. Le cuento cuánto echo de menos a su hermano y que me encantaría que estuviera a nuestro lado. El pobre no ha parado de viajar de Jerez a La Carihuela en esas fechas tan señaladas para estar con Silvia y conmigo. En este momento se encuentra pasando unos días en mi casa porque ha notado que estoy de bajón. De vez en cuando mi amiga me da la sorpresa y se viene con él para pasar un par de días antes de volver al trabajo. Eva me ha llamado todos los días para contarme sus cosas y así poder evadirme un poco de mi desgracia. Aunque en el fondo nunca me olvido de ella.

Mientras le vuelvo a contar a Miguel el día de mierda que llevo, suena mi teléfono. Dejo que suene varias veces porque no me apetece cogerlo. Pero viendo que insisten demasiado decido responder. Es del hospital Costa del sol de Marbella.

—¿Dígame?

—¿Diana?

—Sí, soy yo —respondo nerviosa.

—¿Se puede saber por qué no coges el puto teléfono? —me regaña Carmen—. Debes acudir al hospital inmediatamente. Ángel ha salido del coma y no hace otra cosa que preguntar por ti —me informa mi querida amiga. La trasladaron hace poco y, por suerte para mí, ha sido un gran apoyo en estos momentos tan duros.

Me quedo callada. Comienzo a llorar y no sé qué decir.

—Diana, ¿te encuentras bien?

—Es la mejor noticia que podrías darme. No tardaré en llegar. Gracias por llamar, Carmen —respondo entre lágrimas.

—La gracias para las monjas, bonita. —Se ríe.

—¿Qué pasa, Diana? —pregunta Miguel un poco nervioso porque me está viendo llorar.

—Ángel ha despertado y está preguntando por mí.

—Será capullo. Pensé que preguntaría por mí después de la de litros de sangre que he donado para él —dice entre risas.

—Miguel, el único capullo que hay aquí eres tú —le respondo por fin con una leve sonrisa en los labios.

—Estoy feliz, Diana. Vamos, te acompaño al hospital. Me muero por darle una colleja al capu...

—Ni se te ocurra decirlo. —Los dos comenzamos a reír. Estamos repletos de felicidad.

El camino hacia el hospital se me ha hecho eterno. Por fin veo la puerta de entrada y casi no he dejado a John aparcar. He salido del coche aún en marcha. Miguel me ha regañado por ello. Pero me ha dado igual. Solo quiero verlo, besarlo, abrazarlo...

Dando grandes zancadas atravieso el pasillo que lleva hasta la habitación, chocándome con todo el personal que trabaja en ese turno. Sin llamar a la puerta, entro de golpe y ahí está. Se ha quedado dormido. Hago un gran esfuerzo de no lanzarme sobre él y me permito observarlo unos segundos. Como hacía cada mañana en París. Sigilosamente me acerco a la cama, le cojo la mano que tiene libre, porque en la otra tiene el suero puesto.

—Mi amor, estamos aquí contigo. Bienvenido a la vida. —El simple roce de mi mano provoca que se despierte.

—Cariño, estás aquí —me dice con lágrimas en los ojos.

—Estamos aquí. —Le corrijo señalándome la tripa.

—¿Estáis bien? —pregunta muy asustado.

—Estamos bien. Me regala esa sonrisa que tanto me gusta y ahora sí. Me lanzo a sus labios que tanto he añorado en todo este tiempo. Le beso con pasión durante un buen rato hasta que Miguel nos interrumpe.

—Ejem, ejem, ¿podéis dejar de hacer guarradas, por lo menos hasta que me haya ido, por favor?

—Miguel como siempre en su línea.

—Ven aquí, capullo —le pide a su hermano para poder abrazarlo.

Les dejo su espacio, y otra vez las lágrimas comienzan a salir. Las hormonas me tienen dislocada. Durante todo el día no para de venir gente y llamar por teléfono interesándose por su estado. También lo hace Isabella. Se recuperó muy rápidamente gracias a la ayuda de Francesco. Ha prometido hacerle una visita en cuanto llegue de Italia. Cuando por fin nos quedamos solos de nuevo en la habitación, Ángel me pide que me acerque y ya que la enfermera se acaba de ir y ya no tiene que venir hasta dentro de un buen rato, me tumbo junto a él y me dice.

—Un hombre consecuente cree en el destino, pero el mío es caprichoso y cree en la suerte. La suerte de volver a encontrarte y quedarte conmigo para siempre —me susurra al oído provocándome que se me erice todo el bello de mi cuerpo.

Y le respondo así.

—Tan caprichoso es el destino que te puso en mi camino cuando yo ya no te buscaba, sin embargo lo hizo en el momento perfecto. Te amo, y lo haré siempre.

EPÍLOGO



Cuatro años más tarde...

Acabo de llegar de mi último concierto de esta gira. Ángel ha estado en todo momento a mi lado. Pero es hora de un merecido descanso. Llevamos viviendo juntos desde el día que él volvió a nacer.

Es el cuarto invierno que Chedes pasa en casa de Anselmo. No han podido separarse después de todo lo que han vivido juntos. Ella, cada mañana se levanta muy temprano para ir a trabajar a la clínica junto a Rocío. Cuando Ángel me convenció de que debería retomar mi carrera como pianista, ellas se liaron la manta a la cabeza y se apropiaron del negocio. Iván ha tenido que dejar de dar masajes, ya que Giorgio Moretti se lo ha llevado con él a trabajar. Están muy ocupados con la nueva firma de ropa de mi amigo. Mike lo ha acompañado y ha tenido la suerte de montar un local donde poder hacer sus tatuajes y así estar cerca de su pareja.

Miguel, ¡Ay, mi Miguel! Bueno, mío, mío..., ya no lo es. Aunque un poco sí. Ha conseguido plaza como jefe de neurocirugía en el mismo hospital donde trabaja Silvia en Jerez de la Frontera. No quiso dejarla escapar y parece que de momento están muy bien. Veremos más adelante qué les depara el destino.

A Eva sí que la veo más a menudo porque Javi consiguió conquistarla por completo hasta el punto de engatusarla y hacer que se casara con él. Después de la boda se compraron una casita con piscina aquí en Málaga y están viviendo muy felices. El día que necesita que me quede con la pequeña Andrea, lo pasamos bomba. Me encanta ejercer de tita. Ella, mientras tanto, aprovecha para echarle una mano a su marido con las cuentas de la empresa. El negocio va de maravilla. Tanto que han ampliado sucursales en toda la provincia.

Y ahora, después de todo este tiempo, voy siguiendo los pasos de mi hija Daniela, mientras con su arte y desparpajo va esparciendo pétalos de rosas.

Noto cómo mi acompañante me aprieta el brazo cada vez más fuerte. Si sigue así creo que acabará partiéndomelo.

Estoy tan embelesada mirando a mi hija que cuando alzo la vista no puedo creer lo que ven mis ojos.

En el altar que hemos preparado está uno de los novios más guapos y sexis que he visto jamás.

Él nos mira embobado cómo nos vamos acercando, hasta que por fin llegamos, y con lágrimas en los ojos le digo:

—Iván, estás espectacular. Aquí te entrego con todo mi cariño a Mike para que viváis siempre felices. Pero antes debes decirle el sí quiero.

—Gracias, *my darling*. Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti, cariño. —Y dándole un beso en la mejilla damos comienzo a la boda civil.

Después de una bonita y emotiva ceremonia, nos dirigimos a la finca donde celebramos mi treinta cumpleaños.

¡Qué recuerdos de ese gran día! Han venido casi todos nuestros familiares y amigos. Isabella y Francesco no han podido venir porque están muy ocupados en Italia con los gemelos recién nacidos. ¡Dan mucho trabajo!

Las que sí están a mi lado son Carmen, Silvia y Eva. Volvemos a estar las cuatro juntas. Aunque sea temporal me siento muy feliz por ello. Me he dado cuenta que Dani, el amigo de Miguel, no ha parado de mirar a Carmen. Él también es escritor y me da la sensación de que a ella también le ha gustado. Debo indagar un poco más en este tema. Me encantaría que mi amiga encontrara a alguien

con quien compartir su vida.

La comida es maravillosa, y con el apetito que manejo últimamente, seguro que acabo vomitando todo para variar. Esto de estar embarazada de nuevo es lo que tiene. Entre eso y el ir a hacer pis cada dos por tres, paso gran parte del día metida en el baño. Y hablando de eso precisamente, me han entrado unas ganas terribles de ir a hacer un pis. En vez de un Darío, parece que tenga instalado un grifo abierto y se me haya olvidado cerrarlo.

Le hago saber a Ángel que debo ir de nuevo a hacer aguas menores. Me mira sonriente cuando me ve resoplar cada vez que me levanto de nuestra mesa. Carmen viene conmigo y por el camino me dice lo atractivo que le parece Dani. Y curiosa me pregunta:

—¿Quién es la pelirroja de ojos azules que lo acompaña, que no hace más que abrazarlo tan cariñosamente? —¡Lo sabía! Le sonrío, y le digo:

—Es Ángela, su hermana. Son amigos de Mike.

Cuando salimos del aseo, nos dirigimos de nuevo a la mesa donde nos encontrábamos comiendo. Pero me quedo paralizada al escuchar la música tan bonita y que tan buenos recuerdos me trae. Proviene del lugar que hay para la orquesta cuando hay eventos como el de hoy. Pero al reconocer al pianista que la toca y a su acompañante más sorprendida me quedo. Mis dos amores están sobre el escenario tocando nuestra sonata. Ángel me mira y me lanza un guiño. Inclina la cabeza hacia nuestra pequeña indicándole que se acerque a su lado y le dice algo al oído mientras sigue tocando. Ella se dirige al micrófono que han puesto justo a su altura y comienza a hablar justo en el momento que su padre termina de dar los últimos acordes.

Ángel se levanta de su asiento, y poniéndose al lado de Daniela, le insta a que hable por fin.

—Mami, ¿te quieres casar con papi?

De pronto, todos los invitados comienzan a saltar de alegría y empiezan a vitorear nuestros nombres. No sé qué decir; bueno, sí lo sé.

—Sí. Quiero.

Fin

Biografía



Ángela Martínez Camero nació el 29 de octubre de 1980, en Granada. Felizmente casada con un hombre desde 2006, quien la ha inspiró en la descripción de su protagonista, Roberto. Su primera novela *Un te quiero, no es para tanto*. *Un te amo es para siempre*.

Estudió en el colegio de La Presentación y en el I.E.S. Fray Luis de Granada. Ha trabajado en diversos sectores de la hostelería y comercio. Le encantan las manualidades y, sobre todo, leer novelas erótico-románticas.

Tras asistir a un encuentro de romántica, en su ciudad natal, decidió escribir la historia de Rosa y Roberto. Arropada por su familia y amigos se embarcó en esta gran aventura. Ha sido tal la acogida de esta primera novela que su cabecita la llevó a escribir esta segunda.

Le encanta interactuar por las redes sociales y hacer comentarios en los grupos en los que se encuentra.

Es una persona muy alegre y, a veces, un poco tímida.

En estos momentos se encuentra escribiendo su tercera novela que está basada en hechos reales y no parará, ya que está llena de ideas para muchas más.

Podéis ver información sobre la autora en las siguientes redes sociales:



Aquí podrás saber más sobre sus historias y sus personajes.



En Instagram podrás enterarte de las últimas novedades.



En el canal de Eve Romu podrás disfrutar del booktrailer